

Hugo Correa

*Los
Altisimos*



EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.
SANTIAGO DE CHILE

Hernán Varela despierta en una clínica santiaguina. Todo lo que le rodea es normal, salvo una pequeña ventana que se abre en el muro, y que luego desaparece sin dejar rastros. De esta manera comienza la acción de "Los Altísimos", la primera obra chilena de ciencia-ficción, que lo es no sólo por apoyarse en los campos contemporáneos del género, sino por reflejar —mediante un ágil y eficaz diálogo, y un sentido preciso de lo irreal— lo que podría ser un mundo organizado y dirigido por la inteligencia de la máquina y el poder ignoto y presente de otra inteligencia: la de los Altísimos.

¿Por qué Hernán Varela, simple empleado de *Acomsa*, se transforma en "X"? ¿Dónde se encuentra el lejano —o cercano— Cronn? ¿Quién guiará a "X" por ese alucinante mundo de los nueve círculos? ¿Qué acechan los Vigías? ¿Y los Técnicos, de impassibles y hieráticos rostros? ¿Qué cuidan con tanto sigilo los Máximos? Todas estas preguntas remontarán hasta la pregunta definitiva: ¿quiénes son los Altísimos?

La Editorial Del Pacífico se complace en presentar a sus lectores una novela que rompe los lindes realistas en que se ha movido la prosa chilena. En "Los Altísimos", Hugo Correa hace lo increíble creíble, cotidiano lo fantástico, normal lo que trasciende los límites de nuestro entendimiento terrestre. Leyéndolo, el lector irá de sorpresa en asombro, sin detenerse, a través de estas deslumbrantes páginas, para encontrar que todo ese mundo podría existir —¿por qué no asegurar?: existe— en "alguna parte" de este planeta o del cosmos.



BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

Hugo Correa / LOS ALTÍSIMOS

es propiedad

derechos reservados para todos los países

inscripción nº 20912

(c) by editorial del pacífico, s. a.

santiago de chile, 1959

BIBLIOTECA DE NOVELAS

impreso y hecho en chile
printed and made in chile
editorial del pacífico, s. a.

impresores

312

HUGO CORREA

los altísimos

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.
SANTIAGO DE CHILE



Nos engañamos con la idea de que habitamos en la superficie de la tierra; lo cual es cabalmente como si un ser vivo que estuviese en el fondo del mar hubiera de imaginar que estaba en la superficie del agua, y que el mar era el cielo a través del cual veía el sol y las demás estrellas, no habiendo llegado nunca a la superficie a causa de su debilidad y pereza, y no habiendo jamás alzado la cabeza ni sabido ni oído de alguien que hubiese visto cuánto más puro y bello que el suyo es el mundo de arriba.

PLATÓN, FEDÓN O DEL ALMA

ABRO LOS OJOS. Hay una luz blanca y suave que emana de alguna lámpara colocada a mi derecha. Estoy recostado en una cama, de espaldas, tapado hasta el pecho. Voy distinguiendo cosas: la ropa de cama —sábanas blancas y una colcha celeste—, el bulto formado por mis piernas, en una perspectiva que remata en un arco verde y lustroso, al extremo del lecho.

Una marquesa sobria, de líneas estilizadas. Más allá del arco, una pared verde, limpia y reluciente como la marquesa. Del mismo material, sin duda. A la izquierda, próxima al rincón, se divisa una puerta con una ventanilla en la parte superior. Detrás de la ventanilla: oscuridad.

Es una habitación de regular amplitud. No se ven ventanas. Quizá las haya en el muro situado detrás de mi cabecera. No puedo verificarlo: me siento muy débil.

Del techo, blanco y lustroso como las paredes, no cuelgan lámparas. La luz viene de la derecha: si vuelvo la cabeza puedo verla. Una lamparilla sobre un velador. Una lamparilla metálica con una ampolleta esmerilada. Sin saber por qué su descubrimiento me produce alivio. Algo hay de poco común en el resto de la pieza. Ni el más leve rumor altera el aire.

Advierto, entonces, que una persona se aproxima al lecho por la izquierda. Se desliza silenciosa sobre el piso. La presiento más de lo que mis sentidos la delatan. Vuelvo la cabeza: un hombre joven, de unos treint-

ta años, que viste uniforme blanco cerrado hasta el cuello, está de pie observándome. Lleva la cabeza descubierta, y su pelo, corto y negro, contrasta con la blancura de su piel. Sus facciones son correctas, de rasgos definidos; irradian un no sé qué de calma e indiferencia desconcertante.

Es alto y delgado. Destácanse sus ojos, de mirar penetrante y profundo.

—¿Cómo se siente?

La pregunta, en tono seco y bajo, apenas interrumpe el silencio.

—¡Pues... no sé! —respondo, con voz casi inaudible—. ¿Dónde estoy?

—¡En una clínica! —replica presto—. ¿Tiene alguna molestia?

—No, nada especial... —Difícil me habría sido explicar que sentía—. ¿Qué ha pasado?

El hombre da un paso y arrastra una silla, que el velador ha mantenido oculta de mi vista. Se sienta, sin dejar de mirarme.

—Ha tenido una intoxicación alcohólica bastante grave.

Su voz parece cada vez más dura. Advierto que pronuncia con un leve acento extranjero, tan leve, que bien podría deberse a la sequedad con que habla.

—¿Una intoxicación? ¿Qué... qué quiere decir?—
Fluyen lentas e incoloras mis palabras.

Esboza una sonrisa:

—Pues significa que bebió demasiado. Como la bebida tenía un gran porcentaje de alcohol metílico, la intoxicación fue seria.

Procuro recordar qué me sucedió antes de llegar a la clínica. Una escena con una mujer. ¿Cómo se llamaba?

—¿Cuándo fue eso?

—Hace ya algunas horas —contesta, sin vacilar—. Nos ha costado mucho hacerlo revivir.

—¿Revivir?

—Sí: revivir. Estuvo muy mal, pero ya pasó el pe-

ligro, para su tranquilidad. Sin embargo, tendrá que continuar en cama por algunos días más. No puede recibir visitas ni comunicarse con otras personas, mientras el médico no lo permita.

—¿No es Ud. el médico?

—No. —Seco, cada vez más seco—. A pesar de eso, estoy autorizado para estar en contacto con Ud. y atender sus necesidades más inmediatas. ¿Se le ofrece algo?

Suspiro.

—¡Creo que sí, pero... no sé qué puede ser! ¡Es poco lo que recuerdo! Casi nada.

Esboza otra sonrisa.

—Ya recordará. ¡No se preocupe!

Intoxicación alcohólica. El trago contenía alcohol metílico. "Nos costó mucho hacerlo revivir".

Se me antoja que el diálogo se ha suscitado entre el desconocido y otra persona que no soy yo. ¿Quién soy yo? Hernán Varela me llamo, sin duda. Ya es un punto de partida. ¿Por qué he venido a parar a esta clínica? Simplemente porque he bebido en exceso. Intoxicación, sí, intoxicación alcohólica...

Deseo incorporarme. Hace un gesto negativo el otro. Descubro que el mínimo esfuerzo desplegado me produce malestar. Como si de insistir yo en la tentativa pudiera deshacerme.

—Aún está muy débil —dice el hombre—. No haga fuerzas todavía. Los efectos de la intoxicación son largos. ¡Hay que tener un poco de paciencia!

Sonrío con debilidad.

—¿Cómo se llama Ud.?

—L. —replica, secamente—. Llámeme así: L. ¿Se encuentra con ánimos de conversar?

—Un poco... ¡No mucho, en realidad! —Algo me dice que puedo postergar muchas preguntas. Me domina una gran abulia. No obstante, hay ciertas cosas que creo conveniente aclarar—: ¿Desde cuándo estoy aquí?

—Desde el martes por la noche.

—Y... ¿Qué día es hoy...?

—Miércoles —dice, con calma.

—¿Miércoles? —Me sorprendo de veras—. ¿Anoche llegué aquí, entonces?

—Sí, anoche —contesta brevemente, desviando la mirada hacia el velador.

Miro el techo, y me quedo, la mirada fija en él, sin hablar. Me observa L., callado. Intento concentrarme en mis recuerdos. Todos muy lejanos. ¡Miércoles! Estaba convencido de que el tiempo que llevaba allí era mayor.

—¡Yo tenía hoy que...!

Me interrumpe con un breve movimiento de la mano.

—¡No se preocupe de nada! Sus asuntos serán atendidos por Fernando Mendes. Sus ojos brillaban vivaces—. Me encargó decirle que no se inquietara por eso. ¡Está muy interesado en que Ud. se recupere pronto y en que no haga desarreglos!

El rostro de una mujer adquiere forma en mi mente. Luego su cuerpo. Después, escenas de baile en restaurantes y boîtes. Yo era el que bailaba, evidentemente. La sensación de que aquel Hernán Varela que bailaba, si bien tenía mucho de mí, no era yo, reaparece. ¿Y... después? Existe un viaje en auto de por medio. Más adelante, una intoxicación. Nada más. ¡Ah! La mujer se llamaba Raquel.

Andrés Villanueva... Aquel nombre, también remoto, activa un poco mis pensamientos. ¿Quién era? Un subgerente de Acomsa, aquella sociedad en la cual Hernán Varela trabajara por dos años. Un ave de rapiña vestida de hombre, que conociera de manera muy íntima a Raquel, en forma mucho más íntima de lo que la pudo conocer Hernán Varela.

—¿Cómo se produjo la intoxicación?

—Ud. había comprado dos botellas de whisky. Una estaba semivacía: al analizarla, se descubrió que contenía un gran porcentaje de alcohol metílico. Y la sonda reveló que Ud. había bebido de ese whisky.

Se aclaraban las cosas. Whisky falsificado. ¿Y por

qué no? Poco tiempo atrás hubo un escándalo por adulteración de licores. Dos botellas rezagadas de aquella "industria". O, tal vez, de una industria nueva.

De pronto se tornan borrosos mis pensamientos. Cierro los ojos y creo flotar. Es algo raro. Llega como un mareo o un vahido, pero no es ninguna de las dos cosas. Como si me hubiese separado en dos.

Enmudezco mientras me parece flotar sobre la cama, apartado de todo. L. nada dice. Mantengo los ojos entrecerrados, sin saber qué hacer ni que decir. Sé que nadie podrá ayudarme.

Una vez más: el silencio. Ignoro si aquella impresión pasará, o si, por el contrario, el yo desintegrado continuará escapando poco a poco. Luego comienzo a sentirme envuelto en el silencio. Voy flotando, flotando en un mundo blanquecino, lleno de aristas que me van mutilando. Aristas suaves, que producen sus escisiones sin dolor. Y el silencio pesa cada vez más. Se ha materializado en una cosa informe, sin conciencia ni misericordia, que permanece agazapado. Me hundo en esas regiones sin ruidos, como un barco rodeado por una espesa niebla, navegando en un mar inmóvil.

He llegado a un mundo de completo silencio. Nada, ni una brizna de ruidos. Y entonces... Una campanada o algo como una campanada, que parece brotar de todas partes, de todo cuanto me rodea, interrumpe la quietud. Es un son fantástico, ni muy penetrante ni muy opaco, que no proviene de una fuente determinada sino de millones de focos pequeñísimos que resuenan al unísono. Forman un único sonido, amplio, vibrante, que todo lo penetra. Lo mismo que una laguna quieta en la cual ha caído una piedra. La campanada provoca miles de ondas concéntricas que se alejan del foco, yendo a morir en las riberas del infinito, una tras otra.

Esto me devuelve la conciencia, y, rápido, abro los ojos. Con un rumor de hojitas secas, mis yos se reinte-

gran en lo poco que resta de Hernán Varela. Allí está L. observándome.

—¿Qué... qué fue eso?

—¿El qué? —Me mira con curiosidad.

Quedo escuchando: nada se oye, como al principio.

—Pues... me ha despertado un campanazo. Un ruido raro, que parecía venir no sé de dónde... ¡Estoy seguro que lo oí!

Una expresión de duda aparece en su ceño.

—¡No he oído nada así! Ud. estaba dormitando. Es probable que lo haya soñado.

—Sí: parece que me quedé dormido —reconozco—. Pero fue precisamente ese ruido el que me despertó. ¡Un sonido muy fuerte que todo lo llenaba! Juraría que no fue un sueño.

Su voz se endurece.

—A veces, como consecuencia de las intoxicaciones, se producen fenómenos psicológicos. Nos parece oír ruidos, conversaciones y hasta gritos. ¡Algo así le ha sucedido!

No le discuto. Si nada ha oído, difícilmente podré convencerlo.

—¿Qué fue de ella?

Basta eso para que entienda.

—Está perfectamente.

—¿También está aquí?

—No. No hubo necesidad de hospitalizarla.

—¡Ah!

La figura de ella, casi desnuda, bailando con obscenas contorsiones, riendo lasciva, adquiriría por momentos cierta consistencia. Por desgracia, la memoria no me daba para más. Podría, quizá, seguir recordando, para contestar algunas preguntas. Pero un censor misterioso atajaba los recuerdos y les fijaba una meta borrosa. Hasta aquí no más, parecía decir.

Se me producían chispazos de lucidez.

—¿Cómo llegaron Uds. al departamento?

—Este... Fernando Mendes llamó para allá y su amiga, al verlo caer a Ud., tuvo una pequeña reacción. ¡Coincidió con la llamada de Mendes, y ella, arrastrándose tal vez, llegó hasta el teléfono y pidió auxilio! Acudió Mendes, y, al verlos a ambos sin conocimiento, nos llamó.

El silencio, siempre al acecho, se acentúa. No es un silencio ominoso ni inquietante. Es, simplemente, una ausencia de ruidos. Algo que parece natural, como si fuese una calidad intrínseca del lugar.

—¿Tiene hambre?

En realidad, tengo hambre. Su pregunta me hace descubrir que la tengo. Se lo hago ver. Toca un timbre, y aguarda unos instantes. En seguida, se dirige al rincón de la izquierda. Hago un esfuerzo para seguirle. Se ha abierto una ventanilla en el muro. Le oigo conversar en voz baja con otra persona. Me es imposible oír qué dicen. Regresa, y toma asiento.

—Le he pedido un filete con ensalada y un vaso de leche. ¿Qué le parece?

—Pues... ¡Muy bien! —Mi comentario resulta falto de entusiasmo—. Me preocupa la marcha de mis negocios. Imagino que Ud. sabe que soy el representante para Chile de Fernando Mendes, un notable hombre de negocios. Además, es mi mejor amigo, el único verdadero amigo que he tenido.

Se levanta y parte hacia la ventana. Vuelve con una bandeja, en la cual hay un gran plato de ensalada surtida con un buen filete. Aquello agudiza mi apetito.

—La amistad es un sentimiento extraño, ¿verdad? —me pregunta, pasándome la bandeja—. ¿Se le ha ocurrido alguna vez analizar qué es la amistad?

Ayudado por L. me siento en la cama, experimentando, al hacerlo, un pequeño mareo. Tengo la fugaz impresión de estar al borde de un abismo, lo que me provoca vértigo. Cierro los ojos y la sensación pasa.

—¿Qué me decía Ud?

Estuvo viéndome comer un rato. Luego miró la pared opuesta, por encima de mi cama.

—Me refería a la amistad. Ha dicho Ud. que Mendes es el mejor amigo que ha tenido.— Sus ojos brillaban de manera curiosa. Yo, con gran lentitud, continuaba comiendo—. ¿Por qué piensa que es así?

La pregunta suena rara. Dejo de comer, y, a mi vez, lo miro. Sereno, sostiene mi mirada.

—¿Por qué pregunta eso?

—Siempre me ha interesado el tema. Cada vez que tengo oportunidad lo abordo. ¡Es la única razón!

¿Decía la verdad? Sí, al parecer. Veíase tranquilo y emanaba de él cierta sinceridad. Seguí comiendo. La carne estaba blanda y sabrosa. Cada bocado hacía-me recuperar energías.

—Bueno... Fernando Mendes ha hecho mucho por mí.

¿Le contaría todo? Sin ningún motivo especial estimé que a él podría relatarle la verdad. A pesar de su frialdad aparente, inspiraba confianza. Quizá, aquella misma falta de interés que demostraba, sin servilismo o doble intención, me hizo reaccionar así. O tal vez, se debiera al estado de abulia porque atravesaba. Pasaba sin duda por un período de relajamiento físico y mental. Los días que precedieron al accidente fueron de una actividad enervante. No recordaba todo lo que había hecho. Viví en un mundo casi irreal. Y, ahora, aquella clínica.

Indudablemente, el poder sincerarme con alguien, por desconocido que fuese, me probaría bien. Hasta ese instante, a nadie le había hecho confidencias de mi espectacular cambio de fortuna.

—¿Qué fue lo que hizo por Ud? —L. es muy diplomático. ¡Ni que hubiese esperado a que yo terminase de hacerme todas esas conjeturas!

He terminado la colación. Coge L. la bandeja y va a la ventanilla. Cuando regresa noto que, más allá de él, en el muro, el ventanuco ha desaparecido. ¡No se

divisan ni rastros de él! En cualquiera otra ocasión habría sentido curiosidad por averiguar las causas de una desaparición tan completa. La oscuridad del rincón, donde la luz de la lámpara apenas alcanza, no permite ver mayores detalles.

—¡Ah! Me olvidaba... —Me recuesto, hundiendo la cabeza en la almohada—. Sí: Mendes me ayudó a surgir. Antes de conocerle, yo era un simple empleadillo en Acomsa. Le caí en gracia, pues me encontraba parecido a un amigo suyo, un muchacho francés de apellido Lemaire, que se suicidó por un asunto sentimental...

El rostro de L. permanece impasible. Lo único que cambia en él es el brillo de sus ojos.

—¿Sí? ¿Lo encontraba parecido a alguien?

—Claro. A Pierre Lemaire. ¡Un tipo de la nobleza de Francia!

Algo de vanidad me quedaba. No había otra explicación para que yo hiciera resaltar lo de "la nobleza".

—¡Ah! —exclama, secamente—. ¡Así fue la cosa...! Quiero decir, ésa fue la razón que tuvo él para darle ese puesto. ¿Cómo lo conoció?

En breves palabras le narré la historia. Si L. la escuchaba con algún interés particular, lo disimulaba a la perfección. Noté que mis recuerdos fluían con bastante facilidad y nitidez. A decir verdad, todo había ocurrido en fecha reciente.

Hacia sólo diez días que Fernando Mendes me abordara en la calle. Me pareció estar viendo su rostro barbudo:

—Perdone que me presente así, sin mayores etiquetas. ¡Resulta que Ud. es igual a un gran amigo mío!

Sostuvimos un corto diálogo, ya que Mendes andaba apurado, según manifestó. Desde ese primer encuentro tuve la impresión de haber visto antes al brasileño. Como solamente hacía dos meses que estaba en Chile, país que visitaba por vez primera, me convencí de que

era imposible. Deduje, por lo tanto, que Mendes se parecía de manera notable a alguien que yo conocía.

Durante las contadas ocasiones que estuve con él me devané los sesos tratando de aclarar el problema. Aún en sus gestos y en su manera de ser veía dicha semejanza, ya que, desde nuestra segunda entrevista, Mendes se presentó llevando anteojos ahumados. Me dijo que padecía de una afección a la vista y que, justamente el día de nuestro encuentro, se dirigía al oculista a comprar un nuevo par de anteojos, pues los otros se le habían roto aquella misma tarde.

Los acontecimientos se desarrollaron con rapidez. A los tres días de conocerlo, Mendes me ofrecía la representación de sus intereses en Chile. Cruzaba yo por una etapa de decaimiento moral agudo, que había llegado a su punto crítico en esos mismos días. De esta manera las razones que me expuso, que le habían movido a tomar tal decisión, las encontré naturales. Hallar una persona casi idéntica a un amigo que ha muerto trágicamente, podía considerarse un buen motivo para que el brasileño, hombre de pocas relaciones en Chile, experimentara una inmediata simpatía por mí.

Por cierto que el hecho no justificaba el que me diese de buenas a primeras tantas responsabilidades. Pero todo aconteció con tal naturalidad que yo no me preocupé de analizar el asunto con detenimiento. ¡Convertirse de la noche a la mañana en el apoderado general de un multimillonario, con un sueldo y expectativas fabulosos, es un acontecimiento capaz de dejar turulato a cualquiera!

Me había lanzado impetuoso a la nueva vida. Con el ímpetu del nuevo rico. Entonces inicié mis salidas con Raquel, mi ex-secretaria en Acomsa, amante del subgerente Andrés Villanueva. Era éste, para mí, la encarnación del hombre de éxito.

Hasta esa parte recordaba con precisión. Después, las imágenes hacíanse borrosas.

L. estuvo observándome por dos o tres segundos, una vez que hube concluido.

—Es un buen motivo para que él lo haya elegido como su hombre de confianza. ¡Una razón sentimental bastante decisiva!

Notable me parece la rapidez con que L. traduce sus ideas. Su lenguaje es fluido, sin vacilaciones. Lanza sus frases como quien repite un guión, sabiendo de antemano lo que hay que decir.

—Yo, en su caso, habría quedado intrigado de que un tipo, que no me conocía ni de nombre, me hubiese elegido sin más averiguaciones para algo de tanta importancia. Por mucho que me hubiese encontrado idéntico a otra persona.— Su voz, impasible, como siempre, encierra una pequeña ironía. Creí notarla, al menos—. He tenido amigos, pero siempre por razones de mera convivencia. Nunca porque haya confiado plenamente en ellos. ¡Por cierto que todos los caracteres son distintos! Yo no puedo ocultar mi desconfianza frente a un desconocido. En un caso similar al suyo me habría puesto instintivamente en guardia contra un tipo que me aborda por el sólo hecho de hallar un hipotético parecido con un amigo suyo...

—¿Por qué habría de ser "hipotético"?

—Porque a Ud., es decir a mí, ya que estamos suponiendo que yo soy Ud., no me constaba que existiera tal semejanza ni menos tal amigo. ¡Se me habría antojado un mero pretexto!

—¿Por qué? ¿Qué razones podría tener yo para que viera un pretexto en su manera de trabar amistad conmigo? ¿Pretexto para qué?

Deja escapar un ligero suspiro de impaciencia.

—Estoy haciendo meras conjeturas respecto a las reacciones que hubiese tenido yo en su caso.

—Es posible que Ud. sea muy receloso —manifesté, acrecentado mi interés por las reflexiones de L.

—¡No creo que se trate de desconfianza! Me parece, más bien, una cuestión de carácter.

—¡Es que Ud. no se pone en mi caso! No sé como explicarle...

—¡Entiendo perfectamente qué me quiere decir! —me interrumpe, con brusquedad—. Es muy difícil colocarse en un momento dado en la situación de una persona que se encuentra frente a un determinado acontecimiento. Uno, como simple observador de un hecho externo, lo juzga desde un plano puramente subjetivo. ¡Yo lo habría hecho de tal moodo o del otro! Pero, inconscientemente, uno se encuentra en una posición falsa, ya que, con toda probabilidad, jamás pudo llegar a ser el protagonista de tal hecho. ¡En el fondo, se está hablando por hablar! Como la mujer que dice muy convencida: “¡Jamás me casaría con el Aga Khan!” Quienes la conocen, y ella misma, incluso, saben positivamente que son mínimas las posibilidades de que se encuentre, en la práctica, en la disyuntiva de adoptar una actitud ante una proposición semejante.

Es convincente L. De pronto, siento curiosidad por saber algo de él y, sobre todo, respecto a la clínica. Por primera vez llega a mi conciencia en forma clara, la advertencia de estar viviendo una situación extraña.

—¿Cómo se llama esta clínica?

Si el brusco giro que dí al tema que tratábamos le produjo el efecto de un balde de agua fría, no hay duda que estaba perfectamente impermeabilizado. ¡Ni una arruga asoma a su rostro!

—“Clínica Polaca”.

—¿Dónde queda?

—Cerca de La Reina. La verdad de las cosas es que es nueva. Fernando Mendes la conocía, en especial a su director, y por eso lo envió para acá.

Podría ser, musité para mí, podría ser. La reflexión queda bailando en mi cabeza, insistiendo en volver una y otra vez. “Clínica Polaca”. Su director: muy amigo de Fernando Mendes... Podría ser, podría ser.

—Así es la amistad, pues —comenta L., siempre muy serio—. Un sutil sentimiento que no se sabe dónde empie-

za ni dónde termina. En un caso semejante al suyo, yo, de natural desconfiado, habría creído que las intenciones del señor Mendes, ese misterioso millonario brasileño, eran bastante sospechosas. ¿Qué sabía yo de él, del origen de su fortuna, de sus relaciones en otros países, de su pasado? ¿Por qué tanto apuro en presentarme a mí, un desconocido, como su representante general, si había de por medio intereses tan fuertes? ¿Quién era yo para que, de la noche a la mañana, me pusieran, sobre muchos hombres de negocio de vasta experiencia, a dirigir una empresa fabulosa?

¿No era un simple empleado de Acomsa, uno de los menos importantes, sin ninguna experiencia en los negocios? ¿Era posible que el brasileño, poseedor de una penetrante sicología, hubiese descubierto en mí a un genio de las finanzas? ¿Quién era Fernando Mendes? ¿Por qué su afán de permanecer en la penumbra, manejando a escondidas los hilos de sus empresas, realizando constantemente misteriosos viajes, postergando siempre el momento en que dejaría todo en mis manos? ¿Por qué me había dado tanto poder y pensaba seguir dándomelo, sin esperar la prueba de mi verdadera capacidad? ¿Sólo por mi parecido con su amigo el francés? ¿Había existido en realidad Pierre Lemaire? ¿Por qué su historia me la relató Mendes de manera tan concisa y fría? ¿A quién me parecía yo, entonces...? ¿Fue mi semejanza con alguien la que impulsó al brasileño a buscar mi amistad? ¿Existían otras razones de por medio?

—¡No sé...! —digo, cansado—. ¡No sé nada!

L., luego de dar el impulso inicial a las interrogantes y lanzarlas en mi conciencia, seguía su trayectoria.

—¿Quién es Ud. L.?

—Ayudante del doctor D., solamente. Pertenezco al laboratorio del doctor.

—¿Quién es Fernando Mendes? ¿Lo conoce Ud.?

—Sí, lo conozco.

—¿Podría hablarme de él?

—Es un hombre muy inteligente, con una inteli-

gencia algo pervertida, apasionado y no siempre claro en sus propósitos. Incapaz de sentir grandes afectos, mentiroso en grado superlativo, audaz en todo lo que pueda reportarle alguna ventaja, inescrupuloso, capaz de engañar a medio mundo si con eso puede obtener algún provecho de la otra mitad para, en último término, tomar para sí mismo todas las ventajas. Nadie le ha conocido hasta la fecha un verdadero amigo, y nadie se lo conocerá jamás. ¡En resumen, eso es Fernando Mendes!

Fernando Mendes. Cualquiera cosa podrían decirme de él y cualquier cosa podría creerla. ¡Lo había conocido tan poco!

—¿Qué intenciones tenía conmigo?

—Utilizarlo para una habilidosa maquinación, con la cual despistó en forma casi definitiva a sus enemigos.

—¿Sí?

—En lo que respecta a sí mismo, a su seguridad personal, puede prescindirse del "casi". Respecto a lo que dio a sus enemigos, podría aplicarse esa palabra. ¡En resumen, consiguió plenamente lo que quería!

Bruscamente me posee el sueño. Apenas oigo las últimas palabras de L. Dándose cuenta de la situación, deja de hablar. Devuelve la silla a su sitio y apaga la luz. La habitación no queda a oscuras. Una luminosidad tenue, que parece emanar del techo, permite vislumbrar los objetos. Entreveo la figura del hombre que se retira. No tengo ánimos de dar vuelta la cabeza para seguirlo.

De nuevo tengo cierta conciencia de estar flotando, movido por una brisa. Me rodea la noche y, detrás de un velo espectral, las estrellas (¿serán estrellas?) me contemplan. A veces parecen transformarse en ojos que hacen guiños sombríos. Otras, se reducen a puntos microscópicos, paulatinamente, como si empezaran a alejarse de mí. Aumenta su velocidad. Yo, inmovilizado, me siento invadido por la soledad.

Pero regresan las estrellas. Aproxímanse, y antes de definirse en estrellas u ojos, el velo las diluye. Mi sole-

dad acentúase. Sigo navegando en la noche, tranquilo, sintiendo, sin embargo, el secreto temor de que aquello no podrá durar eternamente. Es como estar tendido en el agua, arrastrado muellemente por el flujo, presintiendo que, en cualquier instante, la corriente nos puede impulsar hacia una catarata. No es sino el presentimiento de que algo puede acontecer en el próximo segundo, en el minuto próximo, en las horas próximas. Quizá nunca.

La atmósfera se hace más y más enervante. Siento las ideas agazapadas, tratando de eludirme: están al acecho, ocultas a medias, materializadas en cuerpecitos informes que cuchichean.

La noche se cierra y me rodea.

UN DIÁLOGO en idioma extranjero llegó a mis oídos al despertar. Dos personas conversan en voz baja, al lado de mi cama. Una de ellas es L. La otra, un viejo de mirada dura, ganchuda la nariz y labios crueles. Sus ojos, muy brillantes y verdes, son la frialdad misma. Es alto y flaco, y su presencia me produce una inmediata antipatía.

Me he recuperado bastante, aunque continúo sintiéndome débil y falto de voluntad.

—Este es el doctor D. —dice L.—. No habla castellano. Si Ud. desea preguntarle algo tendrá que hacerlo por mi intermedio.

Dice algo en su curioso idioma el viejo —en polaco, de seguro—, observándonos alternativamente.

—Opina el doctor que Ud. ya está fuera de peligro. No obstante, estima que deberá guardar cama por varios días más.

Pregunto, entonces, si puedo hablar con alguno de mis conocidos. Quiero, además, saber noticias de Ráquel. Me quedo pensando en la secretaria, a quien aún no consigo localizar en mi memoria. La siento como un ser lejano, de borrosa fisonomía, que sonríe misterioso. ¿Qué era lo que más me atraía en ella? Algo de esc/ también comienzo a recordar. Un cuerpo de formas atractivas, a medias desnudo, bailando en un departamento.

—El doctor considera que Ud. no debe conversar con

nadie todavía. ¡Ya está libre del envenenamiento, pero podría tener una recaída! Hay que tener un poco de paciencia.

Un poco de paciencia. Por lo visto, había nacido para aprender a tener paciencia. Siempre, desde mi niñez, oí aquel consejo: "es preciso tener paciencia". El instinto me dice que, de ahora en adelante, podré tenerla.

Veó mi vida anterior, la que concluyó con la borrachera, como una serie de sucesos remotos. Sí: algo ha terminado para mí. ¿Qué? ¿Por qué?

Contemplo a mis interlocutores. Me parecen tan lejanos y tan extraños a cualquier cosa que, de repente, pienso que estoy en el otro mundo.

¿Me habré salvado realmente de la famosa intoxicación? ¿Qué significa esta "Clínica Polaca", situada en La Reina, silenciosa como la nada y con esas paredes plásticas? ¿Pertenece todo esto al mundo de los vivos? ¿Y a qué se debe mi estado síquico, cuando recién unos días atrás desplegaba una vitalidad extraordinaria? ¿Por qué se ha enfriado mi entusiasmo, y mi interés por tantas cosas ha desaparecido?

Recuerdo a mi madre, y su imagen me hace experimentar una pequeña reacción. Pregunto por ella.

—Está muy bien —contesta L.—. ¡No se preocupe por ella! Hemos preferido no contarle nada de su accidente, para no ponerla nerviosa.

Nuevamente D. pregunta algo. L. asiente.

—¿Qué le ha preguntado el doctor?

Ríe L. Mejor dicho, contrae de manera imperceptible los labios en algo que, con un poco de esfuerzo, podría transformarse en una sonrisa.

—Pregunta si tiene buen apetito.

Me mira el viejo, perforándome con sus ojos. Dice un par de palabras a L., y, sin despedirse, se retira. Sale por la puerta de la izquierda, y no oigo el ruido de sus pasos. Es indudable que el piso es de goma o ha sido revestido con una gruesa alfombra.

La imagen de mi madre se repliega en la oscuri-

dad, pero permanece alerta en el fondo de mi cerebro, como una figura sin contornos.

L. acerca la silla y se instala a mi lado. ¿El ángel tutelar? Cuesta asimilar su figura, tan seca y fría, a la del ángel. Río para mis adentros.

—Con que Fernando Mendes... —empiezo.

—Un hombre bastante especial —concluye L. tranquilo.

—¡No le tiene Ud. mucho aprecio, que digamos!

—¡En absoluto! Fui amigo de él. Mejor dicho, lo conocí un poco. Pudo ser un hombre notable, útil a la colectividad, de no haber sido por sus pasiones.

—Cuénteme más sobre él.

Como de costumbre, L. fue al grano de inmediato. Nada de circunloquios previos. Lo mismo que una cinta magnética que, una vez oprimido un botón, comienza a transmitir, y luego, apretando otro, calla, y habla de nuevo en términos precisos, al volver a darle contacto, sin repetir lo dicho, desde el momento en que finalizó la transmisión anterior.

—En su juventud fue aplicado y estudioso. Ingresó en una sociedad de convivencia mutua, donde llegó a destacarse. Sin embargo, aún no empezaba o no se resolvía a realizarse a sí mismo.

—¿Qué sociedad fue esa? ¿La masonería?

—Parecida a la masonería —dice, indiferente—. Fracasó en sus buenos propósitos, y lo expulsaron. Fue enviado, entonces, a desempeñar otras actividades, sometido a una disciplina más rigurosa. Ahí lo conocí yo.

—¿Por qué razones fracasó Mendes?

—Por su desmesurada ambición. Lo descubrieron a tiempo. ¡Jamás habría logrado sus fines y, en esa lucha, que lo perdió al fin, demostró que algo funcionaba mal en su cabeza! Un tipo demasiado brillante que, al igual que todos los de su especie, se ofuscó en su propio brillo y perdió el sentido de las proporciones.

—¡Ah...! —hice yo—. Esa era la historia de Mendes.

¡Poco le conocí y menos sospeché su verdadera personalidad!

—¿Qué vino a buscar a Chile?

—¡A esconderse! Aburrido de la nueva disciplina, planeó su fuga y desapareció.

—¿De Brasil?

—¡No: de Polonia!

—¿No era brasileño, entonces?

—No, no era brasileño.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —Mi pregunta es casi inoíble.

—Unos cuatro meses.

—¿Y de dónde sacó su inmensa fortuna?

—De su patria.

—¿Robó?

—¡Sí, robó! —Me miraba de nuevo L., sereno—. Robó millones y millones.

—¿Y partió para Chile?

L. no es persona que gesticule al hablar. Por lo general se mantiene con los brazos cruzados. A veces, con una pierna arriba. Otras, ambas manos entrelazadas alrededor de sus rodillas. Quizá sea su falta de mímica la que lo hace aparecer tan raro. Evidentemente, es un tipo disciplinado, que no gasta energías en movimientos inútiles. De cuando en cuando, apoya la barbilla en una mano.

—¡No de inmediato! Antes vivió en Brasil, donde se fabricó la personalidad de Fernando Mendes.

—¿Qué otro nombre tiene?

—Se llama X., nombre polaco.

X., ¿nombre polaco? L., D., ¿polacos también? Algún nombre polaco conocía yo, sin duda. ¿Cuál? No podía recordarlo, pero no era ninguno de aquéllos. Me habrían podido citar cualquier país, y para mí hubiese sido lo mismo.

—¿Dónde estamos, L.?

—En Polonia.

Así, con toda naturalidad. También mi pregunta

fue hecha en el mismo tono. ¿Me sobresalté? No. Me quedo tranquilo, escuchando el silencio que reflejan las paredes. La réplica de L. permanece flotando; penetra una y otra vez en mi cerebro; se pasea por sus vericuetos, y va, por último, a materializarse junto a la figura de mi madre.

En Polonia. ¿Qué sé yo de Polonia? La conocía de nombre. Asimismo, sé que está muy lejos de Chile: que se encuentra en Europa. Y pare de contar.

—¿Cómo me trajeron hasta aquí, L.?

En lugar de contestar mi pregunta de manera directa, comienza a hablar con lentitud, midiendo sus palabras.

—Cuando se descubrió la fuga de X., nuestras autoridades enviaron agentes en su persecución, con órdenes de traerlo de vuelta, vivo o muerto. En lo posible, vivo. Trabajaba él en un campo experimental y necesitábamos averiguar si, además del dinero, se había llevado consigo algún importante secreto.

Por razones que “más adelante me explicaría”, existía un plazo máximo de tres meses para cogerlo. Pasado dicho lapso, la captura se tornaba imposible. Mendes —usaba dicho nombre para mi comodidad— conocía ese plazo. Todo cuanto debía hacer era despistar a sus perseguidores por noventa días. Y se salvaba.

Al huir llevó consigo tinturas muy perfeccionadas, desconocidas en otros países, por lo cual no cabía duda que había modificado su aspecto. Prosiguieron buscándolo los agentes polacos, y ya comenzaban a perder las esperanzas de hallarlo, cuando recibieron una información de Chile.

—¿Qué clase de información?

Reaparece su espectral sonrisa.

—Desgraciadamente, tampoco puedo explicárselo ahora. Confórmese con saber que la recibimos. Volaron a Chile nuestros agentes. Al cabo de dos días, localiza-

ron a dos personas de conducta sospechosa. Faltaban sólo siete días para que se cumpliera el plazo. Nuestros hombres, desconcertados, sin atreverse a proceder por miedo a equivocarse, enviaron una fotografía que, con todo disimulo, tomaron a uno de los sospechosos. ¡Esta es!

De un bolsillo extrajo un rectángulo de plástico, que me alargó. ¡Allí estaba yo en colores!

Tres fotos, muy nítidas todas, tomadas desde ángulos distintos. Únicamente aparecía mi rostro, y, a juzgar por determinados detalles que se perfilaban en la que estaba de frente, colegí que las tres me había sido tomadas en Reñaca.

—Son muy buenas, ¿verdad? Se utilizó un teleobjetivo muy poderoso, para no despertar sus sospechas.

Continúo estudiándolas, ligeramente excitado, sin sospechar qué podría significar aquello. L. acude en mi ayuda.

—En cuanto llegaron a nuestras manos, yo mismo, luego de introducir algunas modificaciones en una foto de X., obtuve el siguiente resultado.

Principiaba a aclararse el misterio. Antes de mirar la fotografía que me alarga L., adivino el desenlace. Otra vez yo, y ahora de perfil.

—También soy yo —balbuceo.

—Sí. Ahora Ud. es él, en cierto sentido, y él es Ud.

¿Por qué adoptaba ese tono misterioso? ¿Para ocultar su fracaso? Todo estaba muy claro. Una simple confusión. En último término, una vulgar sustitución. Hasta me pareció ingenuo. ¿Por qué si buscaron a un hombre disfrazado habíanse decidido por uno que bien podía ser su doble? ¡Eramos iguales! Tal vez el otro era un poco mayor que yo. Debía tener unos cuatro años más, o sea, debería frisar en los treinta.

—Bueno. Sus agentes son bastante ingenuos, por lo visto. ¿Supusieron que Mendes se presentaría a cara limpia?

—¡No deja de ser psicológico el recurso! Mal que mal,

él tenía que sospechar que buscábamos a un tipo disfrazado. Aquí tiene Ud. al verdadero X.

Observé la nueva fotografía, y, esta vez, todo lo que yo encontraba claro se oscureció. El hombre que allí estaba en nada se parecía a mí. ¡Ni siquiera en el color del pelo, puesto que lo tenía rubio! Además, su piel blanca contrastaba con la mía, que es ligeramente morena.

—No entiendo. ¡No entiendo nada!

—Muy sencillo. X. nos hizo creer que se había disfrazado de Ud., Hernán Varela. Mediante ligeros retoques en su rostro y en su aspecto general, puede sustituirlo a la perfección. Es decir, eligió una persona en apariencia distinta a él, pero que podía ser él disfrazado. A su vez, X. modificó su aspecto en forma muy burda: se dejó barba, se tiñó el pelo y usó anteojos ahumados. O sea, un disfraz tan convencional, que nadie habría supuesto que Mendes, hombre inteligente, lo hubiese adoptado.

—¡Es... lo más fantástico que he oído! —Sin exteriorizarlo en demasía, no pude ocultar mi admiración—. Pero, ¿qué otras razones tuvieron Uds. para creer que yo era X.? ¿A sus agentes no se les ocurrió informarse respecto a mi pasado? ¿Sobre mi persona, mis actividades, mi vida anterior?

Se impacienta L. Reprime un suspiro, un poco molesto.

—¡No somos tan ingenuos! Hicimos muchas indagaciones. Supimos que Ud. había estado trabajando en Acomsa hasta pocos días antes de que lo ubicáramos. Igualmente, nos enteramos que Ud., de ser un desconocido, pasó de la noche a la mañana a convertirse en el representante de un magnate brasileño. Y aquel millonario, que necesariamente debía ser X., se hace humo de repente. ¡Y todos sus asuntos los sigue atendiendo el señor Varela! ¿Era sutilizar demasiado el suponer que Mendes, luego de esconder a aquel anónimo se hubiese hecho pasar por él, representando la farsa de que había nombrado a un apoderado de sus intereses? ¿Y si, por

otra parte, existían ciertas concordancias fisonómicas entre ambos, tan evidentes como que una foto de Mendes, luego de leves arreglos, se transformaba en Hernán Varela?

¡Mendes había desaparecido! Eso era verdad. Llegó un momento en que el brasileño, o polaco, mejor dicho, se esfumó, pretextando negocios urgentes en apartadas provincias.

Hundida la cabeza en la almohada, observo el cielo levemente luminoso. Entreveo que mi horizonte se oscurece. Columbro que el error de los polacos es mucho más trascendental de lo que L. me ha dado a entender hasta ese momento.

Pero un enigma se aclara. Aquella sensación que me produjera Mendes de que yo lo había visto antes, en alguna parte. La misma impresión que tuvo mi madre cuando lo conoció. ¿Y cómo no? Le había visto mil veces en el espejo al afeitarme o, cuando desmoralizado por mis fracasos sentimentales, trataba de hallar las causas en mi rostro. Cuán elemental todo: Mendes se parecía a mí. ¡Daba risa! Una semejanza poco notoria. En tanto fue un polaco, blanco y rubio, nadie nos hubiera confundido. Pero, ya moreno y de pelo negro, aquella similitud de rasgos, de conformación facial, tenía que resultar chocante para un tipo observador. ¡Y él reparó en eso! Al otro día de nuestro primer encuentro, se presentó de anteojos. ¡Una afección muy desagradable a la vista!

El infernal X. tenía un gran sentido del humor. Abordarme con el pretexto de que me encontraba idéntico a uno de sus mejores amigos. ¡El, que nunca los tuvo, según L.! No obstante, había una persona a quien el polaco estaba en condiciones de considerar su mejor amigo. ¡El mismo! Muy, muy gracioso. ¡Como para reír a gritos!

“Eres mi mejor amigo...”, le había dicho yo, en una

ocasión. ¿Qué me contestó? Intento traer su respuesta a la memoria, sin conseguirlo. ¡Siempre tenía respuestas oportunas!

—¡Y llegamos al momento de la captura! —prosigue L., los ojos brillantes. Reanuda la conversación con exactitud matemática, en el momento en que interrumpo mis reflexiones—. Hernán Varela decide llevarse una mujer a su departamento. ¡Y allí lo atrapan nuestros agentes! Tarea que se simplificó a causa del alcohol metílico... —añade, sicológicamente risueño—. Se le mete en un auto, se le conduce a un aeródromo particular, se le embarca en un avión pequeño y, luego de un vuelo con pocas escalas, llega a Venezuela. Allá le aguarda un reactor de gran autonomía y, Hernán Varela, es decir Fernando Mendes, X. para nosotros, llega a Polonia. Simple, ¿no es cierto?

Sencilísimo. ¡De una simplicidad infantil! Imagino a Méndes o X., muerto de la risa al ver cómo sus ingeniosos perseguidores, engañados por su aún más ingeniosa treta, partían con el imbécil de Varela a cuestras, de regreso a casita. ¿Y después? El desenlace fluye nítido, aún para mi atontado magín: se ha cumplido el plazo fatal, los agentes vuelven con su prisionero, y Mendes, ahora Hernán Varela en definitiva, se hace cargo de sus negocios como absoluto representante de sí mismo. ¿Y el brasileño? Se va a Brasil, por supuesto. Hay allí empresas que organizar, intereses que atender y una "vida disipada" —eso me había contado Méndes sobre su pasado— que es necesario formalizar. ¡El único idiota en toda esta historia soy yo!

—Como Ud. ve, no descuidó ningún detalle. Y como Ud. le presentó a su familia, él, consumado actor, estará en condiciones de suplantarle con facilidad.

Me olvidaba de aquella parte. Yo le había presentado a mi madre y a mi hermana. Ahora comprendía el porqué del gran afecto que le despertara mi gente. Su deseo de invitarlos a almorzar, de atenderlos, para así poder sonsacarles innumerables "datos" respecto a mi

modo de ser, mis gustos, mis aficiones, etc., con el sencillo recurso de plantearle a mi madre cualquier tema relativo a mi persona. Imagino oírle hablar hasta por los codos de mis complejos, mis ambiciones, mis fracasos sentimentales.

—¿Qué hora es? —inquiero, con debilidad.

Descubre su reloj cromado, con un amplio gesto.

—Las tres y treinta y siete minutos de la tarde.

—¡Las tres de la tarde! —Me enderezo y lanzo una mirada a las paredes—. L., ¿por qué no tiene ventanas la pieza?

—Nos hallamos a varios metros bajo tierra. A eso se debe, también, el silencio de la clínica.

—¿En qué parte de Polonia estamos?

—En las cercanías de Varsovia —responde, sin vacilar. Sus ojos fulguran otra vez.

¡Si me fuese posible interpretar aquellos cambios de brillo! Hay un aparato llamado espectroscopio, si mal no recuerdo, que se utiliza para determinar la composición de los gases mediante el análisis de sus ondas luminosas. Quizá, de poseer yo un instrumento parecido, que fuese capaz de interpretar las emociones de L. a través del análisis de esos destellos, podría contestar una multitud de preguntas que me hago de manera atropellada.

En los alrededores de Varsovia. ¿Qué es Varsovia? Una ciudad polaca, la capital, tengo entendido. Hasta ahí llegan mis conocimientos.

—¿Y la clínica queda bajo tierra?

—Hace poco rato le dije que X. estaba trabajando, muy a su pesar, en un campo de experimentación. Los laboratorios de este campo quedan, en su mayoría, bajo tierra. Esta es la enfermería.

—¿Y por qué me trajeron aquí?

Presentía la respuesta. La sensación de estar caminando en una cuerda floja me agudiza el instinto.

—Sencillamente, porque Ud. es X.

Como para dar énfasis a su aseveración, escúchase el extraordinario campanazo, sonoro y opresivo, cuyas ondas todo lo traspasan. Hasta la última de mis células vibra con él. Una campanada o un gong, no sabría precisar cual de los dos, que de súbito estallara en el fondo del mar. Un sonido sobrenatural, que revienta de pronto y que se queda tremolando durante varios segundos, disolviéndose suavemente en la atmósfera, como un espectro. Proviene de todas partes, y, por un instante, creo que ha restallado dentro de mí. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

—¿Qué... qué fue eso? —tartamudeo—. ¡No me va a decir que no lo ha oído esta vez! ¿Verdad?

La expresión de L. se endurece.

—Es un reloj electrónico, de gran potencia, que señala la hora una vez al día con esa campanada.

—¿Por qué no me lo explicó antes?

—Porque habría tenido que contarle que estábamos en un campo de experimentación de Polonia.

Podría ser, pienso, podría ser esa la causa. ¡Qué sé yo de experimentos electrónicos! Un reloj electrónico de gran potencia. Hablarme de electrónica, de física nuclear o de cualquiera de esas ciencias nuevas, es como hablarme de lenguas muertas. Pero ese ruido... Si le dijera a L. que, a mi juicio, no hay nada en el mundo capaz de producirlo, por muy electrónico que sea, puedo quedar como ignorante. Pienso nuevamente que hay muchas cosas que L. oculta. ¿Cuál es mi verdadera situación? Una vez más la idea de que he muerto acude socarrona. Porque hay una cosa cierta: no soy el Hernán Varela de antes. Pero algo me estaba diciendo L. cuando resonó la campanada. ¡Ni más ni menos que yo era X.!

—¿Qué significa eso de que soy X., L.?

Suspira. Un temblorcillo en las aletas nasales. Eso es todo.

—¡Muy sencillo! Se ha producido una doble sustitución: X. es hoy día Hernán Varela, y Hernán Varela

es y tendrá que ser, por un tiempo al menos, X. ¿Entiende? —Se nota una reprimida excitación en su voz. Además, creo percibir un cierto tono de amenaza—. A Ud. le hemos traído a Polonia en la convicción de que era X. ¡Así lo hemos informado a nuestras autoridades, y ya no podemos echar pie atrás! Y ya que le estoy hablando con entera franqueza, le voy a hacer una advertencia: se evitarán grandes dificultades y serios peligros si Ud. nos ayuda. ¡No lo tome como una amenaza! Hemos cometido un error al traerlo acá. ¡Pero ya es tarde para dar explicaciones! No vaya a pensar que estoy tratando de salvar mi propio pellejo. ¡No! Es el suyo el que está en mayor peligro. Y, a fin de evitar algo desgraciado, solicitamos su cooperación.

—¿Quiénes son Uds., y por qué solicitan mi cooperación?

—El profesor D., el vigía Mh., y yo. ¡Somos los únicos que sabemos que Ud. no es X.!

—No tardarán en descubrir la verdad.

—Con su ayuda, no. Hemos dicho que X., como resultado de un accidente, ha sufrido un serio trastorno mental y que, por un tiempo, permanecerá en observación.

—¿Y cómo van a explicar el cambio de cara?

—No hay nada que explicar. Eso se sabía de antemano. La fotografía retocada fue vista por muchas personas que jurarían que Ud. es X. disfrazado. Aún más: nuestros agentes creen que capturaron al verdadero X. Y como X. deberá permanecer trabajando en este campo por un tiempo más, nadie sospechará nada. Aquí el que manda es el profesor D., y es imposible que duden de su palabra. ¿Comprende?

Sólo ahora vengo a descubrir qué es lo que me desconcierta en L. En realidad es algo que falta en su persona. Un atributo que decididamente no posee: humanidad. Sí: eso es. Hay un no sé qué de inhumano en él. La precisión en el hablar; la facilidad casi mecánica con que expresa sus ideas; la continuidad en sus de-

claraciones, que no repite, cuando coge el hilo justamente en donde lo dejara durante la sesión anterior. Esas pausas tuyas, que me permiten meditar en lo que está diciendo, meditar exactamente hasta el punto donde él estima que debo hacerlo, antes de proseguir con su voz parsimoniosa y seca, interrumpiendo mi pensamiento en el instante en que hago un alto para reanudar su historia. A decir verdad, se observan pocos detalles humanos en el polaco. ¿He sobrevivido de veras a la intoxicación? ¿O ella me ha producido una falla en el cerebro, que me hace ver la realidad desde un nuevo ángulo?

Doy una mirada de reojo a L. ¿Estará leyendo mis pensamientos? Inmutable, mantiene la vista clavada en la colcha, la barbilla apoyada en su mano derecha, meditando. Sus rasgos parecen despedir un tenue fulgor, el cual se debe, con toda probabilidad, a la luz de la lamparilla que se mezcla con la que llega del techo.

—¿Y el idioma? —murmuro, cansado—. ¿Cómo van a explicar el hecho que yo haya olvidado el polaco y que hable otro en cambio?

—Lo podemos solucionar. Por suerte, poseemos un sistema que le permitirá aprender polaco en un tiempo breve. Por otra parte, sólo tres personas, las que le nombré, estamos enterados del asunto. En caso de urgencia, podemos explicar que dicha falla se ha debido al accidente.

—¿Y no temen que los traicione o que intente huir? La sonrisa se hace ligeramente más definida.

—¿Traicionarnos? De ganar algo Ud. con una actitud así, temeríamos la eventualidad. Pero, en las actuales circunstancias, Ud. sería el más perjudicado. ¡No es broma que un extranjero, sean cuales fueren las razones, se introduzca en un lugar donde se efectúan importantísimas investigaciones científicas! En cuanto a huir, debo adelantarle que tal posibilidad ni siquiera la consideramos.

—¿Por qué?

—Por una simple razón: nadie, durante el tiempo que yo recuerdo, ha conseguido escaparse de aquí.

—¿Y X.?

Una sombra cruzó su rostro.

—Ese es otro cuento. X. se aprovechó de la libertad que se le había dado, en la creencia de que se estaba reformando. ¡En una palabra, nos engañó! Abusó de nuestra confianza en un momento imprevisto. ¡Jamás pensamos en que trataría de huir a otro país! Una cosa así no podrá repetirse, como Ud. comprenderá. Pasa una sola vez.

Podría ser. De modo que ésa es la perspectiva que se me presenta. Sin ser de lo más halagadora, no deja de ser novedosa. Cada vez me convengo más de que el alcohol metílico es capaz de producir los más originales efectos. Ahora resulta que yo, Hernán Varela, deberé ser X., condenado a trabajar en experimentos científicos. Es decir, estoy obligado a pagar los delitos de otro. Y esto como la solución más favorable para “mi caso”.

—Oiga L., ¿cuándo descubrieron que yo no era el que Uds. necesitaban?

—Sólo cuando ya estaba aquí.

—¿Cómo?

—Mediante un examen detenido de sus rasgos y de su conformación general. Nos fue necesario un trabajo muy acucioso, ya que la semejanza es extraordinaria.

—¿Y las huellas dactilares?

—Es posible cambiar totalmente esos detalles. La cirugía estética ha progresado tanto que se hace difícil distinguir qué es lo que se ha sustituido.

Le miro fijamente y sostiene la mirada.

—Mire L. Dígame con franqueza: ¿Me encuentra cara de tonto?

—En absoluto. —Nada le traiciona.

—Entonces, ¿Ud. cree que voy a tragarme eso de la intoxicación?

—Al principio, no más, cuando recién recuperó el co-

nocimiento, convenía que lo creyera así. Ahora no importa.

—¿Qué veneno le echaron al whisky?

—¡Ningún veneno! Únicamente, un poderoso narcótico.

—¿Reconoce que se les pasó la mano?

Casi sonrío esta vez.

—¡Al revés! A Ud. se le pasó la mano en beber. Como el narcótico es de acción lenta, de no haber seguido Ud. tomando el primer sorbo habría sido suficiente para dejarlo dormido. ¡Pero Ud. se bebió más de media botella!

Recuerdo a mi compañera de juega.

—¿Y ella? También bebió bastante. ¿Dónde está?

—En Chile. Antes de partir con Ud., nuestros hombres llamaron a la asistencia pública para que la fuera a buscar. Para su tranquilidad, los efectos del narcótico no son dañinos. Un poco desagradables, solamente.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí, L.?

—En dos horas más, se completarán siete días.

¡Siete días! Por eso se me ocurrió que L. mentía cuando dijo, en el curso de nuestra primera conversación, que yo estaba allí desde la noche anterior. ¡Había estado una semana sin conocimiento!

—Yo ayudaba a mi madre, L. Le daba parte de mi sueldo. ¿Qué va a ser de ella ahora?

—Puede estar seguro que X. se preocupará de ella con mayor dedicación que la suya, probablemente. Para él es muy importante tener una madre.

¡El gran X.! ¡Qué bien lo había tramado todo! No dejó nada al azar. Hubo una sola cosa que no le preocupó mucho: mi destino.

—¿Hasta cuándo tendré que estar aquí?

—Tres o cuatro meses, por lo menos. O sea, hasta la fecha en que podamos explicar de alguna manera satisfactoria la desaparición de X. Veremos modo de arreglar las cosas para que Ud. pueda regresar sin despertar sospechas en nuestras autoridades. —Clava la vista en la

lamparilla—. En todo caso, si Ud. se acostumbra a esta vida y llega a gustarle, podría quedarse más tiempo.

“Seguro”, pienso.

—A la larga, alguno de los antiguos compañeros de X. van a descubrir el cambio —insinúo, temblando de ira.

—Los antiguos compañeros de X. han sido trasladados a otra parte. ¡Era hombre de pocos amigos! Así es que después de su fuga, las escasas amistades que se le conocían fueron enviadas lejos de aquí, por su posible complicidad en la preparación de la huída.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

DORMÍ el equivalente de una noche. Al despertar, al cabo de un sueño tranquilo, vi junto a mi cama una máquina cuadrada, montada sobre ruedas, con cuadrantes y dispositivos que me eran desconocidos. Estaba examinándola, con la falta de entusiasmo que no me abandona desde mi despertar en la clínica, cuando entra L.

Se acerca sin saludar, y me dice:

—Esta máquina le enseñará nuestro idioma en pocas horas. Quédese tranquilo y verá como todo resulta fácil.

Coge una especie de micrófono, y, luego de silabear una cifra o clave, se enciende una lucecita entre los cuadrantes.

—Funciona mediante instrucciones verbales —explica.

Saca un tablero de la parte posterior del aparato, y, por medio de dos trípodes telescópicos que instala a ambos lados del lecho, lo sostiene por encima de mis piernas, de modo que su parte ancha quede frente a mí.

Lo examino. En el centro se destaca una especie de pantalla negra y rectangular, sobre la cual hay algo que parece ser una ampolleta embutida. De ambos lados de la pantalla surgen dos ganchos gruesos, que rematan en brillantes esferas, las cuales quedan frente a mis sienes.

—¿Qué debo hacer? —pregunto, nervioso.

—¡Nada! —responde presto, los ojos brillantes—. Simplemente mirar el ojo que está encima de la panta-

lla —lo señala—. Le provocará un estado hipnótico, que le facilitará el aprendizaje.

Las esferitas —prosigue— introducirán telepáticamente en su cerebro ideas y palabras, recogiendo de paso las dudas que puedan suscitársele, las que le serán aclaradas de inmediato. Además controlan el ritmo de aprendizaje, para no “intoxicar” al alumno con una cantidad mayor de conocimientos de lo que es capaz de asimilar en una sesión. La pantalla reproduce objetos e, incluso, ideas abstractas, las cuales le serán explicadas por telepatía.

—O sea, la instrucción es tanto mental como visual. Al decir mental, se involucran los conceptos de sonidos y voces, que le serán inyectados, por así decirlo, directamente a los centros idiomáticos de su cerebro.

Una explicación clara y concisa. Observo la máquina, y siento un escalofrío.

Se enciende el ojo del centro. De inmediato, tengo la curiosa sensación de que mi mente queda en blanco. Luego: nada. Desfilan imágenes por la pantalla, oigo voces dentro de mi cerebro; todo en un estado de atontamiento que no me deja meditar en lo que ocurre.

Por último, cuando advierto en ese período de semi-inconsciencia que mi mente se niega a seguir funcionando, el mecanismo se detiene. Me recuesto en la cama, abombada la cabeza y los ojos cansados. Duermo algunas horas, y, al despertar, nada recuerdo de la experiencia. Comprendo que mi cabeza está atestada de cosas nuevas, pero la manera como ellas fueron a grabarse allí permanece en la oscuridad. El mecanismo del aprendizaje, que captara a medias durante la lección, se ha esfumado. Por otra parte, en medio de la sesión, tampoco logro entenderlo, debido al proceso hipnótico a que estoy sometido.

L. se halla a mi diestra.

—¿Qué tal? —pregunta.

—Un poco cansado —replico.

—Su pronunciación es muy buena —observa.

Me doy cuenta de que el diálogo no se ha desarro-

llado en español. Me quedo confuso, sin saber qué decir ni qué pensar.

Proseguimos conversando en polaco. L., que seguramente conoce las etapas del curso, guía la conversación de acuerdo a lo que la máquina ha alcanzado a enseñarme. A veces noto serios vacíos. Inútilmente trato de encontrar la palabra adecuada. Y, al ocurrir los primeros tropiezos, descubro algo más: que hasta ese instante no me he preocupado de traducir, sino que las frases las he pensado y construido en la nueva lengua.

Las lecciones son tres. Entre una sesión y la siguiente, tengo un "recreo" durante el cual duermo y me alimento. L. me hace ingerir pastillas de vitaminas concentradas, necesarias, según él, para resistir el curso. En quince horas, incluyendo los descansos, estoy en situación de hablar el polaco a la perfección.

Cuando L. me hace oír nuestros diálogos, luego de grabarlos en lo que él llama una "memoria artificial", que integra el equipo, se me hace difícil creer que sea yo quien dice frases tan extrañas.

Llega D. Me es imposible reprimir un profundo desagrado al sentir sus ojos clavados en mí.

—Parece que Ud. está muy bien —observa con voz metálica.

Hago un gesto afirmativo. Se vuelve a L., y le dice:

—Ya puede llevarlo a su refugio, para que respire buen aire. —Y me explica, con rapidez—: Por razones que pronto comprenderá, su vida tendrá que desenvolverse, por un tiempo al menos, en forma más o menos sigilosa. ¿Le explicó L. su situación?

Asiento. Recuerdo, entonces, algo relacionado con Polonia.

—¿Todas estas precauciones se deben al régimen comunista?

—¿Comunista? —La expresión del doctor da a entender claramente: "¿Qué es eso?"

L. tose.

—Lo que pasa, profesor, es que él llama comunista al régimen soviético.

Lo mira D., y luego vuelve sus ojos hacia mí. Ríe, divertido al parecer.

—Qué gracioso. ¡Llamar “soviéquitos” a los comunistas!

—Al revés, profesor —explica L., con leve impaciencia—. El llama comunistas a los soviéticos... —Y añade, haciéndome un gesto indefinible—: ¡Siempre el profesor ha dicho “soviéquito”! Le cuesta pronunciar esa palabra, como a todos los de Varsovia.

¡Qué gracioso!, estoy por exclamar a mi vez. Pero me arrepiento. Sin poseer la sutileza de L., comprendo que allí hay algo raro. Estoy seguro que el bueno de D. sabe tanto de comunistas como yo de chino. Sin embargo, tengo la plena convicción de que Polonia está detrás de la “cortina”. Y de ser así, el régimen imperante tiene que ser el comunista. ¿Por qué el doctor parece ignorarlo?

—Todos los sabios son distraídos —me dice L. No hay duda que el polaco adivina mis pensamientos—. Entonces, profesor, quedamos en que llevo al nuevo X. a mi refugio.

—¡Exactamente! Y que siga descansando. Una vez que se haya recuperado bien comenzará su instrucción.

Sin despedirse, no sé si por su carácter distraído o por otras causas que ignoro, D. desaparece.

Me alarga L. una pastilla y un vaso de agua.

—Las vitaminas le han sentado muy bien —observa.

Le miro sin replicar. Pienso que cualquiera reiría de ver mi expresión maliciosa. Quizá llegaría a sincerarse conmigo. Por lo menos sonreiría. L., en cambio, se ve serio, como si acabase de presenciar un drama. Ni un gesto contrae su cara.

Trago la pastilla. Y me duermo rápidamente.

Desperté en una habitación grande, frente a un amplio ventanal. Penetraba la luz del día y pude ver árboles y flores. Aquellos, agitados por el viento, demostraban la existencia de un vidrio, al cual no delataba ni un leve reflejo: parecía que allí no había nada.

Debían ser alrededor de las seis de la tarde. A juzgar por el tono de la luz, el cielo estaba anubarrado. Aumentaban en intensidad las ráfagas, presagiando una noche tempestuosa.

La pieza me produjo una sensación de bienestar y comodidad. A pesar de ello, creí percibir un no sé qué de opresivo en el ambiente, lo cual podía atribuirse a mi aún precario estado de salud.

¿Cómo he venido a dar aquí? Seguro que me han dado otro narcótico con la última dosis de vitaminas y me han trasladado dormido a esta casa.

Examino la habitación. Evidentemente, las paredes son de plástico. Suaves y lustrosas, como los muros de mi pieza en la clínica. Sus colores, eso sí, son más alegres. El piso semeja un tablero de ajedrez, de escaques grises y negros.

Me hallo en una cama ancha y blanda, cubierta con una colcha verde. Hay dos sillas, un silloncito bajo, un escritorio adosado al muro de la izquierda y dos veladores. No se ven lámparas.

A través de una puerta de correderas, cuyo vano separa el vidrio de la pared que está a la derecha, aparece L. Lleva pantalones ajustados a los tobillos y una camisa amplia, de color café. Se ve de buen humor.

—¿Qué me dice X.! ¿Cómo se siente?

—Muy bien. Mucho mejor que en la clínica, por cierto. ¡Esto es más alegre! ¿Dónde estamos?

—En el campo —replica lacónico. Se sienta en una de las sillas.

—¿Cerca de Varsovia?

—Más o menos. —Añade, cambiando de tema—: Mañana podrá levantarse y dar un paseo por los alrededores. Estamos en un lugar muy pintoresco.

—¿A qué actividades debo dedicarme, L.?

—Todo a su tiempo. —Esboza su famosa sonrisa—. Primero, repóngase. Luego, empezará el aprendizaje, que será un poco largo. ¡Tiene que prepararse para vigía!

—¿Vigía?

—X. era un vigía. Por lo tanto Ud., como su sucesor, también deberá serlo. Y para desempeñar el oficio en forma adecuada, se requiere de un largo entrenamiento.

¡Vigía! La sensación de comodidad que experimentara al despertar, se desvanece. Diríase que, de improviso, todo se ha puesto al acecho.

La hierática expresión del polaco corta mis reflexiones.

—¿Este es su refugio?

—Sí, ¿le gusta?

—Me parece cómodo y elegante. —Y añado con vacilación—: ¿En qué consiste ese oficio?

—Bueno —sus ojos empiezan a brillar—. Tal como su nombre lo indica, están encargados de la vigilancia del campo experimental de que le hablé. Hay multitud de países interesados en conocer nuestros secretos.

Pienso en la máquina que enseña idiomas. Indudablemente es uno de los inventos que se esconden tras la cortina de hierro.

—Vamos a tener tempestad —murmura L., mirando hacia el jardín—. Pronto será de noche. ¿Desea comer?

Digo que sí con desgano.

—¿Le gustaría leer después? Tengo algunas novelas en castellano. ¿O prefiere revistas?

Me decido por las revistas.

—¿A qué se debe eso de novelas en castellano? ¿No puedo leer el polaco, acaso?

—¡Claro que sí! —exclama rápido—. Pero da la casualidad que todos los libros en polaco que hay en la casa son científicos, y no están al alcance de un lego en la materia. No me atrevo a recomendárselos. Más adelante tendrá que leerlos.

Me sirve la comida. De seguro que en la casa no hay servidumbre.

—¿Vive alguien más aquí?

—No: nadie más.

Junto con la bandeja ha traído consigo cinco o seis revistas, algunas con portadas a todo color: "Life", "Er-cilla". Esta última la vi muchas veces en mi velador, allá en Chile.

Mientras doy cuenta de la colación (mi apetito es escaso), cambiamos frases triviales con el polaco. Una vez que he terminado, coge la bandeja y se marcha. Desde la puerta agrega:

—En pocos minutos más va a oscurecer. La casa tiene un sistema especial de iluminación. —Indica el techo con un gesto—. El cielo se pone luminoso. Le explico el asunto para que no se asombre cuando se ilumine la pieza. La luz llega paralela y gradualmente con la oscuridad exterior.

—¿Dónde va a estar Ud.? —pregunto nervioso.

—En mi dormitorio, cerca de aquí. Cualquier cosa que se le ofrezca, llámeme. No es necesario que grite, porque estaré lo suficientemente cerca para oírlo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Contemplo los árboles agitados por el viento.

¿Qué había sido de aquel Hernán Varela que, a los veintiséis años de edad, se disponía a conquistar el mundo? Helo aquí, contemplando un atardecer polaco, preparándose para representar el papel de otro. Aprenderá un nuevo oficio, y, con el tiempo, llegará a convertirse en un vigía de primer orden. Vigilando, todos sus sentidos alertos, un campo. ¡Un centinela de la ciencia! Un excelente vigía, preparado concienzudamente por L. y D.

Sí, señor: Hernán Varela, X. ahora por obra y gracia de X., en la actualidad Hernán Varela por ingenuidad e inexperiencia de Hernán Varela, será un intrépido.

do vigía. Seguramente, tendremos un himno, y desfilarémos, fruncido el ceño, perdida la mirada en el más allá.

Afuera avanza la oscuridad. Adentro, la luminosidad del techo reemplaza en forma insensible el oscurecimiento externo. Tan insensiblemente que no lo noto. Sólo porque el jardín desaparece de mi vista, comprendo que la luz ha cambiado de origen. El cielo derrama una luz suave, bastante intensa, que llena toda la habitación.

Entrecierro los ojos, soñoliento. Tal vez, sin darme cuenta, me sumerjo en el sueño. La mejilla apoyada en el extremo izquierdo de la almohada, abarco el piso hasta el ventanal, y percibo, a través de mis pesadas pestañas, sus más mínimos detalles.

Un objeto volador aterriza en silencio en el table-ro, entre el extremo de la cama y la pared izquierda. ¿Sueño? El aparato, en forma de disco, mide unos cincuenta centímetros de diámetro. Es de un material fosforescente que despide suaves destellos, como un fuego fatuo. De súbito se apaga, y la gigantesca lenteja se transforma en un cuerpo opaco, negruzco y sin vida.

Entonces, por debajo de aquél, emergen unos seres diminutos, que se levantan dos centímetros del suelo. Son insectos, que caminan verticalmente y que, a juzgar por sus gestos, cambian impresiones entre ellos. Han aterrizado en el planeta Dormitorio; forman un grupo de seis o siete, que otea el horizonte, inspeccionando el nuevo mundo. Tienen cabecitas esféricas, grandes en relación con el tamaño de sus cuerpos, de las cuales salen dos antenas. Su color general es un gris metálico.

Podrían ser hombrecitos vestidos con trajes del espacio, de esos que se supone utilizarán los viajeros interplanetarios. No se deciden a separarse del disco. ¿Qué peligros les acechan en este mundo simétrico, artificial en apariencia, en donde la tierra se encuentra revestida de una sustancia lustrosa, que forma grandes cuadrados, uno solo de los cuales es suficiente para contener su astronave? No es un planeta tranquilizador, por cierto. ¿Y aque-

lla inmensa construcción que se divisa en lontananza, con una montaña encima, cubierta de verde césped? ¿No semeja un coloso durmiendo?

Y los astronautas, luego de intercambiar nerviosos comentarios, desaparecen bajo el disco. De nuevo la máquina se torna luminosa, y, veloz, desaparece. Abro los ojos. ¡Ya no hay nada en el piso!

—¡L...! —grito con debilidad—. ¡L...!

Miro hacia la puerta, ahora cerrada. Me enderezo en la cama, restregándome los ojos. Vuelvo a mirar la puerta, y ésta se abre.

—¿Qué pasa? —me interpela duramente.

—L. —empiezo, nervioso—. ¡Estoy seguro de haber visto un aparatito circular, ahí, en el piso! ¡Bajaron unos insectos!

—¿Insectos? ¿Aparato circular? —Lanza una fría mirada en torno suyo—. ¿Seguro que no estaba soñando?

—¡No sé! —Me entran dudas—. ¡A lo mejor estaba dormitando! ¡Pero no tenía los ojos completamente cerrados! Estaba viendo el piso de “este” dormitorio, acostado en “esta” cama. ¿Entiende? No veía nada fantástico o fuera de lo común, excepto el disco.

Se encoge de hombros.

—¡Vaya! Eso es muy común. Son visiones que se producen cuando uno se está quedando dormido. ¡Por eso son tan reales! ¿No le ha ocurrido, a veces, que sueña tropezando con algún objeto y que, con el sobresalto, despierta?

—Es verdad. Me ha sucedido muchas veces.

—Todas esas sensaciones tan reales, en las cuales coinciden hora, lugar y otros factores que contribuyen a darle realismo, son sueños que tenemos antes de quedarnos dormidos.

Da unos pasos hasta llegar al sitio donde aterrizara el disco.

—Así debió ser. —comento, aún azorado—. Me parece estar viendo el disco en el mismo lugar donde está Ud. ahora.

Hace una mueca de indiferencia, al mismo tiempo que señala la habitación con una mirada circular.

—¿Por dónde iba a entrar?

—Este... no sé... —E insisto, no del todo seguro—: Parecía un disco volador en miniatura, con tripulantes minúsculos, vestidos con trajes del espacio.

Insinúase su casi sonrisa.

—Es difícil que existan cosas así, ¿verdad? Claro que todavía están frescos los efectos de la droga. —Y agrega, con leve ironía—: Puede suceder que uno vea figurillas raras, como discos voladores...

Me siento ligeramente ridículo.

—Bueno... ¡Tiene que reconocer que me han pasado varias cosas extrañas ahora último!

Afuera llueve torrencialmente. Ametralla la lluvia el ventanal con un repiqueteo fresco.

—¡No lo tome a mal! —me dice—. No es que me ría de Ud. Lo que pasa es que me ha parecido muy original su visión.

La disculpa suena a falso. L., el imperturbable L., es un mentiroso de marca mayor. Ya he tenido antes la misma sensación.

La primera vez negó la existencia del reloj electrónico y su fantasmal campanada. Después, cuando se dio cuenta que yo la había oído soltó la verdad. ¿Sucederá lo mismo con el disco? Bien pudo ser un sueño. Con toda seguridad, lo fue. Pero estoy convencido de que el polaco aún no lo ha dicho todo.

Desde que me encuentro en Polonia, todo se me antoja cosa de sueño y, a veces, de pesadilla. Sólo la lluvia parece real y tangible en el nuevo ambiente.

Se retira L. Me quedo despierto por varios minutos más. Llega el sueño con mucha lentitud. Antes de dormirme, creo oír la campanada electrónica tan nítidamente como en la clínica.

Son muchos los discos que aterrizan en mi derredor. Aunque estoy de espaldas, me parece verlos posarse en el piso y rodear mi cama, despidiendo reflejos blancos, como si estuviese contemplando la escena desde arriba.

Cientos de hombrecillos o insectos, con escafandras metálicas, salen de las lentes y parten en batallones, decididamente, hacia mi lecho. Son miles y miles. Semajan hormigas que se mueven, silenciosas y torpes, pugnando por alcanzar los extremos de la colcha que cuelga a ambos lados de la cama. Al fin logran su objetivo.

Trepan los primeros invasores, aferrándose al tejido, lo mismo que alpinistas a un paredón vertical. Se ayudan unos a otros mediante cordeles, que no son sino hilitos apenas visibles. Y son tantos que la colcha se pone tensa. Trepan por los dos lados simultáneamente, conforme a un bien estudiado plan de ataque.

Llegan los primeros a la cumbre de la meseta verde, todavía al borde del precipicio. Aquellos ayudan a izar a sus compañeros. Y la meseta, con una cordillera central formada por mi cuerpo, se llena de insectos uniformados que inician la marcha rumbo al cerro nevado del fondo —mi almohada— donde descansa la cabeza del coloso. La colcha está plagada de seres que agitan sus patitas sobre mis piernas, mi estómago y mi pecho. Van llegando al cuello y puedo ver una apretada fila —la vanguardia de los invasores— que se extiende de hombro a hombro, en un arco erizado de antenitas. ¡Y descubro que no son insectos!

Despierto sobresaltado. La lluvia, que no amaina, prosigue tamborileando en el ventanal. Su familiar ruido contribuye a tranquilizarme. Todo ha sido un sueño. La pieza se encuentra vacía. Si bien inquietante, la visión no me produce mucho desasosiego. Luego de varios segundos de escuchar la lluvia, me duermo.

Desperté al amanecer. El sol penetra por la ventana, formando una franja luminosa que se extiende has-

ta los pies de mi cama. En el jardín, los árboles y las flores, todavía húmedos, se agitan suaves.

¡El sol! Hace años que no lo veo. El hecho de ver su luz en el piso cuadriculado me reanima y tranquiliza. Llegué a pensar que en Polonia la gente hacía vida subterránea.

Salto de la cama y llego hasta el vidrio. Mis rodillas están débiles; mi paso es trémulo. Pero hay sol, y el paisaje, a mi derecha —acostado no era visible para mí— es hermoso. La casa de L. ha sido construida en la cumbre de una colina y está rodeada de un jardín lleno de flores y arbustos, los cuales dificultaban la visibilidad desde mi cama. Se abarca, al fondo, una inmensa extensión, con montañas cubiertas de tupidos bosques.

Apoyado en la baranda plástica de la terraza, paseo la vista por valles donde corren arroyuelos que aparecen y se ocultan con destellos metálicos, entre bosques y colinas. Al fondo se eleva una montaña, a cuyos pies recuéstase un lago azul. Es inmenso, con frondosas selvas en las riberas próximas a nosotros. A ambos lados se yerguen cadenas montañosas de considerable elevación, con sus laderas tapadas de vegetación brumosa.

—¡Qué bonito es esto! —exclamo.

—Sí: la región es muy pintoresca —asiente L., con voz incolora—. ¿Vamos a dar un paseo a caballo?

Descendemos por una escalera que desemboca en un caminito, el cual culebrea por la falda de la colina hasta rematar en el valle. La caballeriza está situada a unos cincuenta metros, oculta por un bosquecillo.

—Se ve poco poblado el lugar... —observo, mientras L. ensilla las cabalgaduras.

—Sí: estamos lejos de los centros habitados. —Imagino que sonrió, al continuar—: Algunas prerrogativas

tenemos los vigías. Por lo menos, un refugio en una parte tranquila y bonita.

Partimos a buen tranco, siempre bajando por el sendero de tierra. A derecha e izquierda, arbustos y árboles mayores. La colina, en cuya cumbre se halla la casa de L., se eleva desde una pendiente casi vertical.

Mi caballo, un alazán de raza, tiene la marcha ágil y rápida. El negro de L., algo arisco, avanza cabeceando constantemente. El sol, muy alto ya, esparce un suave calor. Seguro que al mediodía va a quemar, salvo que la brisa —que empieza a soplar, fresca y con olor a bosque y a tierra húmeda— se mantenga.

Arribamos a la ribera del arroyo, en el fondo del vallecito, el cual remata en el lago. Nos encontramos rodeados de cerros boscosos. Hacia adelante se abren, pero el lago permanece invisible debido a la vegetación. Mariposas y pájaros revolotean entre las ramas, acompañado todo por el rumor de la corriente que reluce detrás del follaje.

La lluvia de la noche anterior ha endurecido la tierra, evitando así la nube de polvo común a toda cabalgata.

—¡Qué será de Mendes! —comento en voz alta. Había olvidado al brasileño, pero su imagen reaparece de pronto.

—¡Dedicado a sus engañifas, supongo! —El polaco no agrega nada más. Respira el aire campestre a grandes bocanadas. Se ve casi humano.

Olvido a Mendes, y pienso en Raquel. ¿Qué estará haciendo a estas horas? Seguramente ha vuelto a los brazos de Villanueva. No la soltaría así no más. Menos ahora.

L., impertérrito, cabalga a mi lado. Marchamos por un camino de tierra húmeda y a la vera del riachuelo. El paisaje es hermoso. Los árboles, los insectos y las aves son reales. Y a pesar de tales pruebas, tan evidentes y tangibles, hay algo de fantástico en todo lo que me rodea. La luz solar, el rumor del agua que cabrillea entre

la foresta, la brisa que agita las hojas y el piar de los pájaros han contribuido a tranquilizar mis nervios, resentidos por la intoxicación, el ambiente de la clínica y las pesadillas que precedieron a mi despertar. Pero detrás de aquel mundo alguien acecha.

Rechazo las inquietudes para dedicarme a gozar del paseo. Hemos llegado a las márgenes del lago, y sus aguas, onduladas por el viento, aumentan mi gozo. Dejamos los caballos pastando entre los árboles y nos dirigimos a una canoa que descansa en la arena. La empuja L., y la proa, abriendo un surco recto en la playa húmeda, hiende las aguas calladamente.

—¿Cómo se llama este lago?

—Lago Wigry.

—¿Wigry? ¿Dónde queda?

—Cerca de la frontera rusa.

—¿Cómo vinimos a dar a este lugar, L.? Es decir, ¿cómo me trajeron?

—En una ambulancia —informa secamente.

No se ven casas ni construcciones. Una región de tanta belleza debería tener hoteles y residencias particulares.

—Existen hoteles y refugios en las riberas norte y oeste. Mi refugio queda, precisamente, en la zona más apartada del lago. Lo he traído para evitar encuentros con otras personas, antes de que Ud. sea instruido en forma adecuada.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

REGRESAMOS al mediodía. L. se ha encerrado en un mutismo poco común, y su conversación se limita a meras interjecciones. No está de mal humor. En realidad, difícil sería determinar si el polaco tiene cambios de humor. Se diría que su extraordinaria disciplina psicológica le permite controlar a la perfección sus emociones.

Los caballos no se habían movido. Dormitan, uno al lado del otro, gachas las cabezas. Palmoteo el cuello de mi alazán, pero el animal no se da por aludido. Sin embargo, tiene los ojos abiertos.

—¿Qué les pasa a los animales? —pregunto—. Es como si estuvieran atontados...

L., con agilidad, mete su pie en el estribo y se instala en la montura.

—¡Tendrán sueño! Vamos, que ya es hora de almorzar. Va a conocer Ud. la cocina automática.

Partimos al trote.

—Tan interesante y práctica como la máquina que enseña idiomas. Contiene diez mil recetas seleccionadas, que incluyen toda clase de guisos, postres y hasta cocteles. Obedece instrucciones verbales. Basta con que Ud. solicite el menú deseado, para que comience a trabajar.

—¿Cómo es eso?

—Por medio de un micrófono, Ud. pide el plato o los platos que desea. Una memoria artificial retiene las instrucciones y pone en movimiento al cocinero mecánico, el cual mezcla los ingredientes, llena las ollas y con-

trola el período exacto de cocción. Para esto, desde luego, se necesita una despensa bien surtida, conectada a esos dispositivos. Echa Ud. los alimentos por un tubo neumático, y, automáticamente, éstos son distribuidos en depósitos apropiados, como los tipos de una imprenta en la linotipia. Todo al vacío para evitar la descomposición. Una correa transportadora conduce los platos; otra máquina los sirve, adereza con esmero y los lleva al comedor. Se enciende una lucecilla: la comida está lista.

—Pero para todo eso se necesita una enorme máquina.

—¡En absoluto! Cabe en el espacio que ocuparía una cocina y una despensa común. Debo añadir que el ciclo se completa con el lavado de la loza y la cuchillería.

—En todo caso, tiene que resultar muy caro —insisto.

—Detrás de la cortina de hierro, los términos “caro” y “barato” se encuentran en completa extinción. Se les ha reemplazado por los conceptos “útil” e “inútil”. El hecho de que estas máquinas hayan sustituido a la servidumbre doméstica, ha contribuido a la realización de ese ideal de igualdad por el cual siempre hemos luchado.

—¿Me quiere decir que esas casas son enteramente automáticas?

—¡Por completo! —L. se ha puesto muy locuaz. Vamos subiendo el caminillo que conduce hasta el refugio.

—¿Y la limpieza? ¿Hay autómatas que aspiran el polvo, barren y sacan brillo al piso?

—No es necesario. La casa ha sido construida con materiales que se mantienen limpios por sí mismos. Y se logra gracias a los plásticos con que están hechas. Aunque dichos plásticos parecen compactos son, en realidad, porosos como una esponja.

De súbito, se me ocurre que L. está demasiado comunicativo. Siento una pequeña inquietud. El polaco siempre habla y hace las cosas movido por alguna ra-

zón. Desde luego, es muy interesante lo que me cuenta. Pero toda la mañana ha estado cerrado como ostra, por lo menos desde que empezamos el paseo. Y toda aquella disertación sobre cocinas automáticas, paredes porosas...

—¿Qué es lo que ha obtenido nuestra industria? Algo increíble: un plástico que respira.

¿Cómo empezó? Por la cocina automática. No: fue porque se aproximaba la hora del almuerzo. Una buena razón, claro está. El paseo me había abierto el apetito, y L., que parece poseer la facultad de leer los pensamientos, aprovechó la coyuntura para hablar de la cocina. Un encadenamiento lógico, como se puede ver.

—Cada tres minutos millones de poros microscópicos se abren en las paredes, el techo y el piso, y aspiran profundamente.

El polvo y las partículas menores penetran a través del tejido plástico y son conducidos por tuberías al crematorio central. De este modo, no se acumula polvo en las casas. Poros de mayor diámetro aspiran las basuras más grandes y las llevan por su propio sistema de tubos —que podría compararse al tejido vascular del organismo humano— al mismo crematorio. Junto a los orificios de succión existen orificios de exudación, por los cuales sale un detergente y lustrador combinado que, luego de limpiar un sector minúsculo, es reabsorbido y llevado otra vez a su lugar de origen. Allí se le filtra y purifica y queda listo para ser utilizado de nuevo. A todo esto, hay que agregar un sistema de aspiradoras laterales situadas a ras de tierra, las que dan cuenta de los desperdicios de mayor tamaño. Como tales mecanismos están funcionando constantemente, las casas se ven limpias y lustrosas.

Llegamos a las caballerizas. Mi alazán parece muy cansado. Absorto con la fantástica disertación de L., apenas si había reparado en el agotamiento de la bestia. Entonces, bruscamente, un punto se aclara: minutos antes, a orillas del lago, yo reparé en que a los caballos

les ocurría algo. Y ahí fue donde L. me endilgó su conferencia.

—L... —La campanada, sombría y remota, que parece surgir del aire que nos envuelve, interrumpe mi pregunta. El sobrenatural sonido queda vibrando en el espacio y se desvanece lento.

El mismo paisaje, alegre y pintoresco, da la sensación de ensombrecerse con el ruido. En la clínica, silenciosa, aquel sonido parecía más de acuerdo con el tono del lugar. Pero aquí... Es como si una inteligencia quisiera destruir el encantamiento del paisaje. Permanezco escuchando sus últimos sonos, mientras L. desensilla los animales, sin darse por aludido del fenómeno. Reparo, asimismo, en otro detalle: los caballos tampoco han reaccionado.

L. se dirige a mi encuentro.

—Suena raro el reloj aquí, ¿no es cierto? Estamos muy lejos del lugar donde se encuentra. Por ahora, ya que nuestros técnicos están empeñados en que sea oído en toda la nación.

—¿Qué?

—Mediante retransmisores, colocados a un kilómetro de distancia. Están dispuestos en forma radial respecto al reloj, por cuya razón su alcance se va extendiendo de manera uniforme en rededor del aparato. Su radio de acción es susceptible de prolongarse hasta grandes distancias.

—¿Pero con qué objeto?

—¡Vaya, para dar la hora! Para que todos los habitantes del país conozcan la hora exacta, controlada por los observatorios, cualquiera sea el lugar en donde estén... —Dicho lo cual, añadió con naturalidad—: ¡Vamos a disponer el almuerzo! ¿Qué le gustaría comer?

Subíamos la escalera de la terraza.

—L., ¿por qué los caballos no se espantaron con la campanada? ¡Ese ruido es capaz de ponerle los pelos de punta a una estatua!

Hemos llegado a la terraza. Sin detenerse, me contesta, mientras se dirige al interior de la casa.

—Su pregunta revela falta de espíritu de observación. Los caballos son polacos y hace muchos años que están oyendo la campana. Hasta los animales se acostumbran a todo, por insólito que parezca.

Me siento humillado. ¿Cómo no se me ocurrió? ¡Son tantos los detalles desconcertantes de Polonia: no es raro que se escapen algunos! Cuando uno atraviesa por un período de confusión mental, hasta la perogrullada más grande se nos antoja cosa de magia.

L. ordena el almuerzo luego de consultarme. Hago el pedido sin mucho entusiasmo. Siempre hay algo que me quita los ánimos. Y, tomando en cuenta que, desde mi arribo a Polonia, soy en la práctica otra persona, no sólo por el hecho de tener que simular en lo sucesivo el rol de X., cualquier acontecimiento extraño, por insignificante que sea, me produce trastornos. Cada día que transcurre, se acentúa en mi ánimo la interrogante: ¿qué me espera?

—¿Se acuerda de lo que le dije anoche sobre el disco que apareció en el dormitorio?

Sé que no puede haberse olvidado tan fácilmente.

—Estoy seguro que no fue un sueño.

—Bueno: desde un punto de vista lógico, es difícil que un disco volador, por pequeño que sea, entre a un dormitorio, ¿no? Ahora, extremando las posibilidades, podría ser... —Se instala en un sillón—. Las puertas son automáticas: con un dispositivo adecuado, el aparato que Ud. describe pudo abrirlas y llegar al lado de su cama. Claro que es poco verosímil.

Repantigóse en su asiento y entrecruzó las manos sobre el pecho; al mismo tiempo miraba, distraído, la punta de su zapato.

—¿Nunca ha visto Ud. un disco volador? —pregunto. Su mirada va desde el zapato al ventanal; recorre

el piso plástico, luego la terraza, y trepa, en fin, por la baranda de ésta. Con un fruncimiento de cejas mira el espacio y el cielo sin nubes.

—¡No los he visto jamás! Y eso que mi trabajo está muy relacionado con la astronomía.

—Pero, ¿cree en esas cosas?

Su mirada sigue ahora las evoluciones de un pájaro, que planea majestuoso, aproximándose a la cumbre de las montañas que están al fondo.

—Sin entrar a discutir el asunto estimo que, en su caso particular, la cuestión es fantástica por donde se le mire. ¡Y que el disco tuviese tripulantes microscópicos es más que fantástico!

El pájaro ha desaparecido detrás de los cerros. L. agudiza la mirada, como si aguardase su reaparición. Me mira. No trata de parecer elocuente. Al contrario: pienso que desea dejarme en la duda. Porque, ¿cómo puede hablar de "fantástico" un hombre que me ha explicado con toda naturalidad el funcionamiento de las paredes plásticas y de la cocina automática?

La lucecita roja de la pared señala que el almuerzo está listo. Abrese una ventanilla debajo de la ampolleta, y L. retira platos y vasos ya servidos.

El día transcurrió rápido. El clima y el paisaje contribuyeron a mejorar mi estado de ánimo. No así L., cuyo carácter me tiene más y más intrigado. Nunca se sabe con qué va a salir. No se notan fallas, deslices o contradicciones en lo que expone. O me he convertido en un idiota o el polaco es demasiado inteligente para mí.

En la tarde nos instalamos en la terraza a contemplar la puesta de sol. Tiñóse de rojo el cielo. No desaparecían los últimos resplandores del día, cuando las estrellas empezaron a titilar.

Millones de soles, lejanos y silenciosos. Me mostró L. las principales constelaciones del hemisferio boreal:

La Osa Mayor y la Osa Menor, ésta última con su estrella polar. Ensimismado en la contemplación de los astros, pregunté a L. si creía que existiesen otros planetas habitados.

Me contestó que era lo más probable. ¿Por qué, de tantos sistemas solares, iba a ser la tierra la única habitable?

—¿Y cree que los hombres podrán salir de ella?

Comienza a hablar, tranquilo. Paulatinamente sus palabras cobran bríos. La intuición me advierte que el polaco prepara algo.

—Se ignoran los vínculos que ligan al hombre con su planeta —me dice—. Es decir, hasta qué punto nuestra psicología ha sido determinada por factores puramente telúricos. Tampoco se sabe si es posible prescindir de dichos vínculos. Es algo que no se puede demostrar en el laboratorio. Biológica y síquicamente hablando hemos sido creados para habitar un planeta de determinada masa, peso, velocidad orbital, magnetismo, etc.

“Un viaje interplanetario podría provocar en el hombre un trauma similar al del nacimiento. Cuando el ser humano nace sale de un medio seguro y cómodo —el vientre materno— a un mundo poco acogedor, lleno de peligros e incomodidades. Y la primera madre, la Gran Madre, es, sin duda, la tierra. Tal vez el ser humano se encuentre unido a ella por algún cordón umbilical, que pasa inadvertido mientras vive aquí, el cual podría materializarse en cuanto se alejara. El hombre es débil en extremo; para vivir en distintos lugares de su planeta, necesita, muchas veces, de una aclimatación previa.

“Es probable, también, que la naturaleza nos haya hecho físicamente capaces de realizar viajes interplanetarios. Pero existen las mismas probabilidades en contrario. Podría ser, asimismo, que el hombre consiga a la larga suplir, con el avance de la ciencia, sus deficiencias orgánicas y síquicas.

—¿Ud. no comparte el entusiasmo que los científicos sienten por esos experimentos?

—Sólo como una nueva posibilidad científica. Primero, el hombre debe conocer su planeta. ¿Sabe Ud. cuáles son los conocimientos reales que tiene el hombre sobre la tierra?

—No.

Hace entonces la siguiente comparación: la tierra es una esfera de 12,74 metros de diámetro, en la cual un metro equivale a mil kilómetros. El hombre ha explorado su superficie sólida —para diferenciarla de las aguas— casi en su totalidad. En cuanto al fondo de los océanos, sus conocimientos son muy incompletos.

”Bajo la superficie terrestre, el hombre ha descendido hasta una profundidad de un kilómetro, aproximadamente. Y valiéndose no de su ingenio sino de grutas y cavernas naturales. O sea, en nuestra esfera, significaría una profundidad de un milímetro. Necesitaría perforar un agujero de doce mil veces esa longitud para atravesar el globo terráqueo de parte a parte.

”¿Por qué sabe tanto de las estrellas y de los planetas? Porque los ha tenido a la vista desde que el primer hombre miró el cielo hace algunos cientos de miles de años. En la práctica, la técnica de la astronomía ha nacido por sí misma. Se trataba de prolongar el alcance de los ojos. Es lo único que ha hecho. Pero la corteza terrestre es impenetrable para los sentidos. Miles de kilómetros de tierra y granito esconden los secretos del planeta. Tal vez en la actualidad las fuerzas plutónicas estén preparando un cambio de maquillaje en su cara, como sería el hundimiento de los continentes y la aparición de otros. Y el hombre ni lo sospecha. Una catástrofe así sólo afectaría a la raza humana, pues pasaría inadvertida para el resto del sistema solar. En proporción, la muerte de un perro puede ser más trascendental para la humanidad que la desaparición de ella misma para el Universo.

”Para un observador marciano, por ejemplo —de existir los marcianos—, sería curioso que la tierra apareciera de pronto con una nueva configuración conti-

mental. Poco le preocuparían las infinitas interrogantes, dudas, ambiciones y miserias destruidas por ese simple cambio de cara. ¡Y todo ello dentro del sistema solar! Prácticamente, "en casa".

—No crea, X., que mi intención es demostrar la pequeñez del hombre. Quiero que Ud. comprenda las razones y trascendencia de ciertos estudios que estamos haciendo en Polonia. Por suerte, hemos hecho algunos progresos en el conocimiento de la tierra. El día en que la conozcamos totalmente y desentrañemos sus misterios, habremos logrado un verdadero avance científico. Mil veces superior al que pudiéramos obtener si lográramos viajar a la Luna, por ejemplo, o a otros astros.

L. insiste en lo indispensable que es el averiguar cuáles son los verdaderos nexos que unen al hombre con su planeta, pues, en último término, tales lazos son los que le permiten existir. Esas raíces, invisibles pero presentes, lo conectan al corazón de la tierra: quizá de allí fluye la energía que le hace moverse, ambicionar y sufrir. Desconociéndolos, los primeros viajes interplanetarios podrían traer como consecuencia la aparición de nuevos tipos de muerte.

Repentinamente, L. calla. ¿Estarán sus palabras relacionadas de alguna manera con mi destino?

Estuvimos tres días en el refugio. Después de nuestra última conversación, L. no vuelve a mencionar el tema. Tampoco me adelanta mucho respecto a la naturaleza de las investigaciones polacas. Ni respecto a las que él practica junto a D. Sólo me informa que también pertenece al cuerpo de vigías. Y cuando le pido, al día siguiente, que me explique, aunque sea en forma sucinta, cuáles serán mis futuras actividades, se niega. Me explica que, faltando poco tiempo para que me entere personalmente de ellas, es perder el tiempo hablar en teoría, puesto que la finalidad de nuestra estadía en el

refugio es el descanso. Como de costumbre, tengo que armarme de paciencia.

Me preparo con cierta angustia para la instrucción. A decir verdad, mi curiosidad científica es mínima en relación con los presentimientos que me asaltan. ¡Todo cuanto me sucede es increíble, por no decir absurdo! Muy explicable será la jugarreta de X., el error de los agentes polacos, la posta aérea que me condujo a Polonia en estado de inconsciencia, etc. Todo explicable y hasta lógico, en cierto sentido. Pero hay un sinfín de hechos extraños y anormales.

Para comenzar: mi actual personalidad. No soy el mismo Hernán Varela de antes. Escasos son mis conocimientos en sicología, y difícil me sería, por lo tanto, encontrar una razonable explicación a las anormalidades que noto en mi modo de ser. Es como si el narcótico, o cualquier otro agente desconocido, hubiese desconectado dentro de mí los medios que me ponen en contacto con la realidad. Racionalmente, no puedo dudar de ésta, por lo que se refiere al mundo que me rodea. Pero aquella realidad está disfrazada, con una máscara que la hace adquirir un algo de fantasmagórico, sin que esta impresión me sea posible asimilarla a ninguna experiencia que haya vivido antes.

No es la sensación de estar viviendo acontecimientos sobrenaturales, aunque algo de eso tiene. Es, más bien, la convicción de experimentar emociones nuevas. Y no por el hecho de haber sido trasplantado sorpresivamente a otra nación. Por exótico que sea un nuevo ambiente, desde el momento que pertenece al mundo material, cuanto nos rodea es percibido por los mismos elementos de percepción que utilizábamos en el nuestro.

Desde que llegué a Polonia, en cambio, me he convencido que mis sentidos funcionan a medias, que ya no son capaces de darme una información precisa de lo que ocurre a mi alrededor. En muchos aspectos, me en-

gañan. ¿Será aquélllo un principio de desequilibrio mental?

Desperté, a la mañana siguiente, en un ambiente nuevo. Estoy ahora junto al mar, pues oigo el ruido de la resaca. La luz del amanecer penetra en el dormitorio por una ancha ventana. Los materiales de construcción son los mismo plásticos que viera tanto en el refugio como en la clínica.

Enderezándome en la cama veo un curioso paisaje: grandes dunas de arena roja, y, más allá, el mar. Todo ello iluminado por una claridad que bien puede ser de origen lunar, aún cuando es más potente y fluctuante.

La visión me mueve a saltar de la cama y pegar la nariz al vidrio. La intensidad de la luz, luego de cada período de descenso, aumenta en el próximo. Es una especie de oleaje cuya mínima luminosidad es comparable a un crepúsculo avanzado, y la máxima al de un amanecer vecino a la salida del sol.

La luz se impone rápida. Transcurren varios minutos durante los cuales las dunas y el mar cambian de coloración debido al parpadeo. A veces las primeras adquieren una tonalidad roja subida, y el agua un tinte azul oscuro, para luego degradar a un rojo ladrillo y a un verdemar reluciente.

Los períodos se acortan: adquieren una frecuencia cada vez más veloz. Por último, una luz brillante se esparce de manera uniforme por el cielo. Sin embargo, tiene algo de especial.

Intrigado, parto en busca de una puerta para salir. Al aproximarme al muro de la derecha, un paño de aquel se recoge y desaparece en el techo, quedando de este modo un amplio vano. Paso a una sala, con ventanales que abarcan dos de sus paredes, amobladas con sofás y sillones bajos.

Por otra puerta que se descorre en la pared de la izquierda, salgo a una terraza opuesta al mar.

Antes mis ojos se extienden redondeadas colinas y

bosques que comienzan a menos de una cuadra, dejando de por medio una franja de césped. De nuevo, me choca la originalidad del territorio. Semeja un escenario artificial, y no el producto de las fuerzas naturales. Como si un jardinero ciclópeo hubiese trabajado durante siglos en hermostrar la inmensa comarca. Y es su inmensidad la que me saca del embobamiento. ¡Toda ella presenta ese aspecto ficticio! Cientos y cientos de kilómetros, hasta lontananza, en donde las nubes y el suelo se unen en una faja vaporosa que interrumpe bruscamente el panorama.

La luz, al difundirse a través de la capa de nubes, produce un efecto de falta de relieve. Los cuerpos no proyectan sombras, a pesar de que la claridad es tan intensa como la luz neónica.

Desciendo de la terraza, avanzo por el pastizal y, rodeando la construcción por la izquierda, me dirijo a la playa. Segundos después mis pasos se graban en la arena roja.

A mis espaldas se encuentra el edificio. Es de un solo piso y demasiado grande para ser una residencia particular. Pronto comienzo a subir por los faldeos de una duna gigante. La arena, compacta, me permite caminar sin hundirme. Sopla una brisa fresca y vivificante, que aspiro a bocanadas. Llego a la cumbre del montículo, desde donde el panorama se amplía aún más.

Al frente, a cien metros, el mar: las olas van a morir en una playa de líneas regulares. A derecha e izquierda de aquélla la costa se eleva varios metros sobre el nivel del agua, revelando la existencia de un acantilado.

Vuelven a presentarse los inusitados detalles de la región. Dos son los que se destacan: el primero, que el horizonte se encuentra muy arriba en los cuatro puntos cardinales. Detrás de la casa, a mis espaldas, la sucesión de lomas boscosas asciende en una suave pendiente hasta unirse con el cielo, sin que dicho efecto lo produzca la existencia de lejanas cordilleras. A diestra y siniestra la costa, salpicada de dunas y de rocas, también se curva hacia arriba en las proximidades de lontananza. A su vez,

el océano desaparece a corta distancia; a pesar de ello, muestra una superficie ligeramente cóncava.

Me pongo nervioso. El segundo detalle es el aspecto del cielo: las nubes parecen estar más próximas a la tierra, directamente sobre mi cabeza. ¿Será un espejismo provocado por la luz difusa, o por un fenómeno meteorológico desconocido?

Un ruido de pasos a mis espaldas me distrae. Es L. que llega impasible y silencioso. Lanzo un suspiro de alivio. ¡Mi inquietud se estaba convirtiendo en angustia!

—Madrugó Ud. —me dice, muy serio.

—L... —No disimulo mi nerviosidad—. ¿Ve Ud. el cielo combado, y el horizonte tan alto como lo veo yo?

—Así es.

—¡Explíqueme! ¿A qué se debe?

—Haga trabajar su imaginación. ¿Qué efecto inmediato le produce la altura del horizonte?

—El de hallarme en un bajo.

—¿Nada más?

Lanzo otra mirada en derredor. La luz ha aumentado, y junto con ello suben los bordes de la concavidad hasta integrar una sola línea con las nubes. En el horizonte terrestre los detalles se reducen a proporciones microscópicas, como si estuviesen en la parte más alta de una ladera, la cual, comenzando en nuestras vecindades, asciende en forma regular y constante, tal las paredes interiores de un hemisferio.

—Pues... ¡No sé!

—Si Ud. llegase a un planeta como Júpiter o Saturno, por ejemplo, observaría un fenómeno similar. La extensión de esos astros le haría ver muy arriba el horizonte. Pero no estamos en Júpiter ni en Saturno. ¡Nos encontramos en la tierra!

Fulguran sus ojos al proseguir:

—¿Qué otra explicación se le ocurre?

Me invade una oleada de rabia.

—¿Hasta cuándo va a seguir con sus misterios? Ud.

sabe, mejor que nadie, que no estoy aquí por mi propia voluntad. ¡Me revientan los enigmas! ¿Entiende?

—¡Cálmese X.! Le aseguro que no he tratado de hacerme el misterioso. Pero para que Ud. pueda desempeñar su nuevo papel, es indispensable ponerlo al tanto de ciertos secretos que pocos conocen. A eso se debe que haya tenido que ir dosificando lo que Ud. necesita aprender. No trato de insinuarle que lo que Ud. verá en Polonia es de carácter sobrenatural, sin una explicación lógica. Simplemente es para que comprenda que su papel de X. es por completo distinto al de Hernán Varela. No sólo tendrá que desarrollar sus actividades en un país nuevo, sino que dichas actividades nada tienen en común con su vida anterior.

¿Vida anterior? ¿Qué quiere decirme L.? ¿Estoy entonces en el otro mundo? Me recorre un violento escalofrío.

Tembloroso, pregunto:

—L. Dígame la verdad. ¿Estamos en el mundo de los vivos?

L. me observa sin contestar. Y, al mirar el paisaje, éste se me presenta, bruscamente, en toda su anormalidad. Esa arena rojiza; aquellas dunas mórbidas; las colinas de aspecto artificial, y aquel mar que parece doblarse hacia arriba... ¿Pertenece al mundo de la realidad? Afirmo los pies en la arena: sin duda, es material. La brisa también. Y el ruido del oleaje, a pesar de cierta lejana resonancia, se asemeja al de otros oleajes que escuchara en Chile. Me agacho y tomo un puñado de arena. ¡Es arena también! Posee su misma consistencia, aún cuando su grano es casi impalpable. Sólo el color es diferente. La dejo escurrir entre mis dedos.

L. se aleja unos pasos y se sienta en el borde de la duna. Sus piernas resbalan por la roja pendiente. Luego, lentamente, se da vuelta.

—Nos encontramos a cientos de kilómetros bajo la superficie terrestre. A eso se deben las rarezas que Ud. ha observado...

ME QUEDO mirando a L., los ojos muy abiertos, sin saber si está hablando en serio. Con un pequeño vértigo, me dejo caer a su lado.

—¿Qué es eso de mundo subterráneo? ¿Cómo llegamos aquí?

—Como de costumbre, lo trasladamos mientras dormía. Instrucciones superiores. Por el momento, confórmese con saber que se encuentra en la subtierra. No lo hemos traído con métodos brujos, sino por un sistema que conocerá más adelante.

Algo columbro. Las cosas se tornan ligeramente inteligibles. ¡En ningún caso la aventura pierde su carácter fantástico!

—¡Un mundo subterráneo! —repito, aplastado por la noticia—. ¡Es lo más extraordinario que he oído! Jamás habría pensado que algo así existiese de verdad. En una novela de aventuras leí una vez la historia de un viaje al centro de la tierra. ¡Una novela de Julio Verne! ¿La leyó Ud.?

Me pongo de pie. De golpe despierto en el mundo fabuloso, transfigurado el rostro, como un niño que oye hablar de países legendarios. ¡Cientos de kilómetros bajo tierra! Siempre había asociado el concepto subterráneo con la idea de oscuridad, de cosas tenebrosas. En cambio aquí hay luz; una luz fantasmagórica pero que alumbra a la perfección. Es una colosal caverna, como la que describía Verne, sin duda.

—Sí. Pero no recuerdo qué decía. —L. se refiere a la novela.

—Una caverna, grande como un país, con un mar, iluminada por un fenómeno eléctrico o algo así.

—¡Ah! La verdad es que esto no es una caverna, propiamente. Algo tiene de eso pero con ese concepto no podría explicarse por completo lo que es.

Abstraído en la contemplación del territorio, apenas escucho las palabras de L.

—¿Esto se encuentra debajo de Polonia?

—En parte, sí. Se extiende bajo varios países. Es muy grande.

—¿Y la luz? ¿De dónde proviene?

—La atmósfera es luminosa, igual que la del mundo de Verne. Equivale a la luz del sol en cuanto a sus propiedades, pero es más suave.

—¿Y dónde quedan las paredes de esta gruta?

—No es una gruta, simplemente. Imagine la superficie interior de un casquete esférico, siendo la esfera a la cual pertenece dicho casquete, la tierra. ¿Comprende? O sea, el suelo que pisamos corresponde a la cara interna del globo terrestre.

—¡Espérese! No entiendo bien. ¿Me quiere decir que estamos cabeza abajo con respecto a los de la superficie?

—¡Exacto! No se nota, ¿verdad? No tiene nada de extraño, por cuanto el concepto “arriba” o “abajo” depende del punto de donde proviene la atracción.

—¿Cómo es eso? ¿Entonces la gravedad está invertida?

—¡Ni más ni menos! Como la gravedad depende de la masa, aquélla actúa atrayendo los cuerpos tanto hacia la cara externa como interna del globo terrestre.

—¡Pero para eso la tierra tendría que ser una esfera hueca!

—No se trata de que “tendría que ser”. Es hueca —puntualiza L. con voz suave, la mirada perdida en el mar.

—¿Me está tomando el pelo, L.? ¿Desde cuándo que es hueca la tierra?

—Días atrás le dije que habíamos hecho grandes descubrimientos relacionados con el interior de nuestro planeta. Este es uno: descubrimos que la tierra es una esfera hueca, con una corteza relativamente delgada en comparación con su radio.

—¡Increíble! Déme su palabra de que no me está mintiendo, L. —pido, como un niño.

—¿Para qué habría de mentirle? Ud. lo está viendo. ¿Qué otra explicación podría haber para esa sensación de encontrarnos en el fondo de una cavidad?

Acentúase el vértigo. Mi cabeza se ha convertido en un remolino de ideas fantásticas.

—¿Quiere decir que si el cielo no estuviese nublado veríamos sobre nuestras cabezas mares y continentes? ¿No sólo arriba sino también en los costados de esta esfera?

Sucedería eso de encontrarse vacía la esfera, observa L. con lentitud. Pero resulta que a una distancia de mil kilómetros —señala el cielo—, hay otro planeta que gravita en el interior del primero. Estamos en una especie de caverna: su piso lo forma la superficie interna de la tierra, y su techo el planeta interior, bastante más pequeño que la tierra pero tan grande que abarca todo el espacio.

¡Ya tendría oportunidad de verlo con mis propios ojos!

—¿Y cómo se sostiene la corteza para no caer sobre el otro mundo? Mil kilómetros de distancia es inferior a la altura que gira el Sputnik.

Se pone en pie y se sacude la arena. Ensimismado, le imito. Parte hacia el edificio, descendiendo por la pendiente arenosa. Huellas alargadas se forman en el polvo rojo, que se desgrana en un fino alud hacia el interior de la pisada.

No anda mal mi sentido de las proporciones, reconoce. La distancia es pequeña, considerando que el

diámetro de la tierra es de 12.740 kilómetros. Pero la corteza terrestre es de un espesor regular, por lo cual cada una de sus partes es atraída con la misma fuerza hacia el núcleo central. De ahí resulta que jamás podrán estrellarse: el planeta interior flota libremente dentro de la corteza, manteniéndose siempre a la misma distancia de mil kilómetros. La esfericidad de la tierra es casi perfecta por dentro y por fuera.

—¿Y me va a decir que esto es obra de la naturaleza?

Vamos llegando a la construcción. A través de un ventanal entreveo paredes de colores brillantes y rostros. ¡Sí: rostros de personas! Aquel descubrimiento me distrae de las revelaciones de L. Ya hace tiempo que no veo otras caras que no sean la de L. y, en dos ocasiones, la de D.

—Sí, de la naturaleza. Es difícil concebir una raza de gigantes capaz de realizar un trabajo de zapa tan perfecto. ¿Qué habrían hecho con el material sobrante, para citar un sólo problema?

—L. —le interrumpo—. ¿Hay más gente aquí? ¡Perdone que cambie de tema!

—Sí. Estamos en un lugar de veraneo. Aquí hay un casino donde desayunaremos.

Llegamos a una terraza frente a la fachada que da al mar. Cuando subíamos los cuatro escalones, L. se detiene y me advierte:

—No debe hablar con la gente de aquí. Todos son muy sagaces, incluso las mujeres...

¡Mujeres! Ya había divisado una sentada a una mesita con un hombre. Me había olvidado de ellas.

Hay tres parejas instaladas en otras tantas mesas, y una cuarta ocupada por dos mujeres. Jóvenes y hermosas.

Avanza L. sin saludar a nadie. Los otros, a su vez, nos dedican distraídas miradas, a excepción de las dos mujeres que nos escrutan por breves segundos. Nos instalamos en una mesa vecina al ventanal. Advierto que

las muchachas, después de habernos sentado, prosiguen su conversación.

—Todos pertenecen al Cuerpo de Vigías.

—¿Las mujeres también?

—Sí.

—¿Hay mujeres vigías?

—Desempeñan oficios menos rudos en las enfermerías y laboratorios. Además son útiles para ciertas actividades. —Hace un guiño apenas perceptible.

De súbito aparece un carrito que se aproxima silencioso a nuestra mesa. Sobre él hay tazas y platillos. Al llegar junto a nosotros se detiene. Con rapidez, al ver mi cara de sorpresa, L. me explica que es un mozo automático. Trago saliva.

Echo una nueva ojeada a las mujeres. Sus ojos son brillantes y vivos. Colijo que son altas. Una de ellas me mira con al rabillo del ojo. Sonríe.

—¿Estarán solas? —pregunto, indicando a las dos.

—Ya tendrá oportunidad de trabar amistad con ellas.

Desaliento.

—¿Solteras?

—Solteras.

—¿Las otras?

—Nuestro régimen prohíbe el matrimonio.

—¡Ah! —Y empiezo a tomar mi desayuno.

Ambas muchachas se levantan y atraviesan la sala; se dirigen a la terraza. Usan vestidos ajustados y translúcidos. Caminan con gracia y elasticidad.

—Nuestras mujeres —comenta el polaco— son cada vez más hermosas y femeninas; nuestros hombres, día a día más fuertes y masculinos. A mayor diferenciación, mayores son las perspectivas de engrandecer la colectividad. ¡Nuestro sistema ha suprimido los complejos de inferioridad! Ud. no verá mujeres feas ni hombres enclenques. La raza polaca progresa día a día.

Las mujeres caminan rumbo a la playa. Ambas desaparecen tras una duna.

L. habla de su raza. Dentro del régimen, la castidad es bien mirada. Se ha descubierto que estimula el desarrollo de determinadas percepciones síquicas, importantísimas en la ciencia.

Otra pareja parte a la playa. L. se pone de pie y me invita a salir. No iremos hacia el mar. Echo una última y melancólica ojeada al rojo arenal: su belleza se me antoja deprimente. Las nubes deben haberse disipado, pues una luminosidad brillante se esparce sobre el lugar. Cada detalle refulge con colores propios. La falta de relieve se compensa por la variedad de matices, todos definidos, aunque de una tonalidad crepuscular. Colinas cubiertas de césped y de densos bosques, con cumbres azulinas, se extienden subiendo hacia lontananza. Allá, una franja de neblina separa la tierra del cielo. Una brisa tibia y enervante sopla sobre mi cara. Proviene de los cerros, salpicados de flores, y acarrea olor a tierra húmeda y a vegetación. Levanto los ojos.

Un colosal mapamundi flota en el espacio. Una esfera que abarca todo el cielo, con sus detalles nítidos y en relieve. Retrocedo, fascinado. Simétricos canales, playas, lagos y ríos. Grandes continentes con zonas verdes y marrones. Creo notar que el cielo oscila, que de un momento a otro se precipitará sobre mí con su mole multicolor; me dejo caer en el pasto, sin poder separar los ojos del otro mundo.

—¡Esto no puede ser obra de la naturaleza! Una esfera hueca...

La naturaleza es amiga de las formas redondas, puntualiza L. Todos los planetas son esferas casi perfectas. ¿Por qué no podrían ser huecas? Observo el techo: no se apoya en columnas ni en murallas. Podría caerse y aplastarnos como a hormigas. Pero no. Somos nosotros los que estamos cabeza abajo. Cierro los ojos, tratando de eludir el vértigo.

—¿Podría vivir gente allí?

Por toda respuesta saca un binocular y me lo alcanza.

—Mire allí donde los canales se juntan, al lado de la zona amarilla.

Siguiendo las instrucciones de L. enfoco el canal. ¡Una vasta extensión de agua, con un oleaje oceánico, se precipita sobre mí! Es tan vívida la sensación que suelto los anteojos y me echo para atrás.

—¿Qué le pasa? Continúe. Acuérdesse que será un vigía. Métase en la cabeza la idea de que todo lo que ve no tiene nada de sobrenatural, sino que es perfectamente explicable. La gravedad, que actúa sobre la cara interna de la tierra, llega hasta la mitad del espacio que nos separa del segundo planeta; después, actúa su fuerza de atracción. Es decir, si estuviéramos allá, veríamos estos territorios sobre nuestras cabezas. Mire de nuevo.

Existirán muchas leyes básicas que explican todo, pero la realidad es una: en el cielo hay playas, continentes de contornos simétricos y espesas selvas. Paulatinamente me dejo fascinar por la maravilla. Recorro el nuevo mundo hasta llegar a una playa. Los techos de una población proyéctanse hacia mí: sus calles, sus jardines, una plaza central y hombres. ¡Sí, gente que camina cabeza abajo, como moscas en el techo! Hombres y mujeres entran y salen de las casas sin percatarse de "su" precaria posición. Tal es la potencia del prismático que, a pesar de los mil kilómetros que nos separan, esas figuras están al alcance de mi mano. Dejo caer los anteojos, y me quedo silencioso. Me zumban los oídos. Miro de nuevo: desfilan regiones cubiertas de nubes, que se desplazan con suavidad. Hasta ese instante, mi atención se había concentrado en los territorios más próximos, o sea, en la parte inferior del hemisferio. Desvíó el binocular hacia la zona donde la superficie de nuestro planeta, en franca ascensión, se une al techo en una franja brumosa.

—¿Y se puede ir hasta allá? —En mi confusión, me había olvidado del pueblo que recién viera.

—Fácilmente, X. ¡Pronto haremos el viaje! Y Ud.

disfrutará de una emoción única: hacer un viaje interplanetario sin salir de la tierra. Descarte los ruidosos cohetes o cualquier aeronave espectacular. Aquí se le saca partido al magnetismo, que es muy abundante y activo. Nuestros vehículos son silenciosos.

Le miro incrédulo.

—¿Significa que con tales vehículos Uds. controlan ambos planetas?

Asiente.

—Pero ¡espérese L.! Déjeme pensar... Dos planetas. ¡Dos mundos! O sea, Uds. tienen el dominio de dos planetas completos. Es un territorio inmenso.

Casi el doble de la tierra, explica. Y como los océanos ocupan un espacio pequeño, compensando su menor tamaño con una mayor profundidad, la superficie útil aumenta. El hombre no tendrá que preocuparse de la superpoblación. La subtierra es feraz y rica en minerales radioactivos y magnéticos. Todos los elementos pesados que en los tiempos primitivos se hundieron en las profundidades del globo, están aquí a flor de tierra. El terreno, riquísimo en minerales fosfatados, es de una fertilidad asombrosa. Y la luz posee cualidades superiores a la del sol, en muchos aspectos. La atmósfera, que se eleva hasta treinta kilómetros sobre ambos planetas, es de una composición especial, que estimula el crecimiento animal y vegetal. Está recargada de emanaciones, de un tipo que se desconoce afuera. Aquí uno vive en las entrañas de la Madre, como el niño que crece y se desarrolla en el vientre materno, rodeado de óptimas condiciones. La naturaleza se ha esmerado en dotar a estos mundos de toda clase de cualidades, con las cuales puede suplir ventajosamente las condiciones de la superficie externa.

Absorto en la contemplación del cielo, escucho sus palabras como algo lejano.

—Más allá de la atmósfera —continúa—, hay un vacío sin meteoros ni rayos cósmicos. Otras fuerzas actúan en él. Fuerzas vitales, que simplifican las actividades hu-

manas y que las simplificarán aún más a medida que se vayan penetrando sus misterios. Los estudios que ya se han efectuado han dado resultados asombrosos. Aquí está, al natural, el laboratorio que engendró la vida.

Pienso en multitud de cosas, atestada la mente de un millar de interrogantes. Por mucho rato me quedo en silencio, recorriendo el techo con el prismático. Creo que habría podido permanecer así durante horas, la cabeza hundida en el pasto, sumergido en un éxtasis, gozando de la vertiginosa emoción de contemplar un mundo al revés.

—¿Sabe L.? Eso de concebir una esfera hueca, con un planeta concéntrico, dotado de una luz similar a la del sol, con una vida semejante a la que existe arriba... ¡Cualquiera supondría que un mundo subterráneo es en todo opuesto al otro! Oscuro, habitado por seres sombríos, por una forma de vida distinta. ¿No encuentra extraño que, habiendo tanto espacio disponible, la naturaleza lo haya construido? ¿Con qué objeto?

Eso podría explicarse diciendo que la naturaleza tiene preferencia por determinadas formas. Tampoco sabemos si existen otros planetas con las mismas características. Y en cuanto a que la naturaleza se repite, es un hecho. Basta con mirar los millones y millones de estrellas: son idénticas en su forma y composición. De existir otros sistemas planetarios, deberán ser iguales al nuestro, en cuanto a su funcionamiento: alrededor del astro de mayor magnitud giran los de masa inferior. La naturaleza se repite, pero siempre con una pequeña variación. Quizá siglos antes, estos lugares estuvieron poblados por seres fantásticos. Tal vez su aspecto haya sido distinto al actual. Quizá no sólo existen yacimientos minerales a nuestro derredor sino también espirituales.

Lanzo una inquieta mirada a los contornos. Luego sigo contemplando el cielo.

—Claro que no es tan natural que digamos —con-

tinúo—. Tiene mucho de artificial. Muy simétrico, como hecho a mano. Por ejemplo, esos mares en forma de canales. ¿Marte es el planeta de los canales?

—Sí, Marte. Pero esas son teorías: puede ser una ilusión óptica, como muchos creen. En cambio, esos canales existen. Y como Ud. dice, son tan simétricos que no parecen obra de la naturaleza...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

PENETRAMOS en un bosque por un sendero de césped. Una luminosidad azul se filtra en la floresta, acentuando su aspecto de irrealidad.

Habla L. sobre la activa campaña de colonización en que está empeñado su gobierno. Tarea larga debido a la inmensidad de los territorios. Pregunto si han encontrado nativos. No: no los hay. Quizá hace siglos los hubo. Exceptuando una fauna propia, bastante particular, y una variada vegetación, les ha sorprendido el hecho de no hallar indígenas.

—Cuando este secreto sea conocido en el resto del mundo, cada nación va a reclamar la porción territorial que queda debajo de ella. Y con todo derecho. En teoría, tengo entendido que cada país es dueño de su suelo hasta el centro de la tierra.

—Sólo en teoría —puntualiza—. En la práctica los lugares de acceso, los que hasta la fecha se conocen, quedan en Polonia.

Caminábamos sin apuro. Estamos debajo de los Estados Unidos. De perforar la tierra con un aparato que nos llevase a los dos llegaríamos a Nueva York, más o menos. Jamás los yanquis podrían imaginar que sus enemigos estaban tan próximos. Apenas a unos mil kilómetros. La distancia de Santiago a Puerto Montt.

—Pero esas máquinas no existen. ¿O ya las han construido?

—Nuestros sabios trabajan en su construcción. En

cualquier momento se puede probar una. ¿Imagina el poder que tendremos? Los cohetes intercontinentales pasarán a la historia como objetos pasados de moda, en comparación con las posibilidades estratégicas de la nueva arma. Existe un mapa completo del nuevo mundo, y se sabe con exactitud cuáles son las regiones que quedan bajo los países superficiales. Con una de esas máquinas podríamos atravesar la corteza y llegar a Nueva York o a un centro industrial, y colocar una bomba de hidrógeno, por ejemplo. A una profundidad conveniente. Sin previo aviso la ciudad entera volaría por los aires. Aún más, sería posible minar anticipadamente los países enemigos, y en caso de guerra, apretar un botón. ¡Terremotos artificiales! Un arma muy superior a los cohetes, que deben ser dirigidos por control remoto y que tienen un margen de error apreciable. Sin contar que puede descubrirse un método para interceptarlos.

Hemos llegado a un claro del bosque. En su centro hay una esfera.

—Nuestro navío interplanetario. —Avanza hasta el aparato. Le sigo, tras un segundo de vacilación—. Un sistema ingenioso y económico de viajar. Sin combustible: sólo se aprovecha el magnetismo. Es silencioso y suave.

Señala el cielo. El mapamundi se ha desplazado un tanto. Los lugares que observara con el binocular ya no están sobre mi cabeza, sino más hacia la izquierda. Nuestro viaje será vertical. Aquí se cumple el axioma de que la línea más corta que hay entre dos puntos es la recta. En la superficie exterior, al trasladarse de una ciudad a otra, se describe una curva, ya que se recorre una sector de la circunferencia terráquea. Aquí no. Un salto hacia arriba, en línea recta, y se acabó.

Coloca una mano en la zona ecuatorial de la bola. Se eleva ésta y queda flotando a la altura de un hombre. De su parte inferior, que es achatada, se desprende una plataforma circular que se posa en el pasto

con suavidad. Semeja una enorme rueda de ferrocarril, con tres altas pestañas concéntricas que no son sino otros tantos escalones. Ascendemos como en un ascensor. El magnetismo de la esfera, al actual sobre la escalinata, hace subir la plataforma. Alarga L. un pie y lo asoma fuera de aquélla. Hago un gesto de terror, pensando que su pie quedará atrapado. Pero la plataforma se detiene en seco.

—Cualquier objeto que sobresalga basta para impedir que la esfera se cierre. Quería demostrarle lo seguro que es el sistema. —Retira el pie, y nuestro piso encaja en su alvéolo.

Nos encontramos en el centro de una amplia superficie circular. Encima y en nuestro alrededor extiéndese el paisaje que acabamos de dejar. Sobre el piso plástico hay seis sillones dispuestos a la redonda. Estando dentro de la esfera, la cúpula es transparente; vista por fuera es de un compacto color nácar. Me dejo caer en uno de los sillones. Árboles agitados por la brisa. En el cielo el otro planeta. Como hallarse al aire libre.

L., sentado en otro sillón, sostiene un objeto pequeño, unido al asiento por una delgada cuerda. El polaco silabea algunas palabras en el micrófono. De inmediato mis pies se hunden en el piso. Alcanzo a divisar, en una visión fugaz, cómo el bosque y las colinas son tragados por la tierra. Pasado el golpe de inercia me acerco al borde de la tarima y doy una mirada a tierra. Mi piel se humedece con una fría transpiración. Sensación de vacío. Los árboles, las dunas y el mar se hunden con progresiva celeridad. Alargo una mano. Mis dedos se apoyan en la diáfana pared.

L. se aproxima.

El hemisferio inferior de la bola la aísla del magnetismo terrestre, y el casquete superior concentra el magnetismo del segundo planeta. De este modo, aquélla es atraída con velocidad uniformemente acelerada. Cuando la esfera llega a la zona donde la energía de

ambos mundos se anula, se invierte para que el magnetismo de la corteza la frene hasta hacerla aterrizar con velocidad cero. Basta con dar la clave de partida. Lo demás se hace solo.

Una plataforma sin barandas ni paredes visibles. Cobramos altura. Arriba: la mole continental se aproxima girando con lentitud debido al movimiento de tirabuzón que lleva la esfera, provocado por las fuerzas opuestas que actúan sobre ella.

Me aventuro a pasear por el centro de la cubierta.

—Por desgracia este sistema de locomoción sólo es posible aquí, donde el magnetismo, activado por dos masas planetarias tan próximas, es muy intenso.

— La esfera —que ellos llaman “magnetón”— puede trasladarse en cualquier sentido. En el vacío, previa elección de una órbita apropiada, donde las fuerzas actúen en equilibrio, sería capaz de girar indefinidamente en torno a los planetas.

Contemplo el mundo inferior. Sus flancos suben hasta desaparecer.

—¡L.! —grito de súbito—. ¿Qué es eso?

Señalo con mi índice tembloroso una franja oscura que asoma en lontananza, donde la ladera de la concavidad desaparece. Describe un arco invertido que abarca más de la mitad del horizonte. Su firme trazo esfumado por la bruma.

—Es un anillo máximo que flota en el espacio a ciento ochenta kilómetros del primer planeta.

—¿Qué significa eso de anillo máximo?

Y mientras observo, ofuscado, el fenómeno, las precisas palabras de L. lo describen: es un meridiano sólido que da vuelta al mundo, girando alrededor de un eje imaginario, perpendicular al de los planetas, en el mismo período de rotación de éstos. ¿Cómo se sostiene? Por gravedad: siendo su espesor y anchura uniformes, cada una de sus partes es atraída con la misma fuerza por la

corteza. Es decir, jamás podrá caer sobre ella. Ha flotado y flotará siempre a la misma altura. Orbitas sólidas de satélites artificiales, agrega. ¿Por qué están ahí? Eso no se sabe. ¿Que a mí me parece que se desplaza hacia nosotros? No es efectivo: los aros se mantienen inmóviles con respecto al eje de los planetas. Son cuatro iguales, separados entre sí por una distancia de ciento ochenta kilómetros. Dos se hallan regidos por la gravedad de la corteza, y el resto por la del planeta interior. Su regularidad de separación se puede apreciar muy bien en los Cruces. ¿Qué son los Cruces? La voz del polaco llega esfumada a mis oídos: en la esfera terrestre los meridianos se cortan en los polos. Aquí también. O sea, hay dos Cruces de anillos. ¿De qué están hechos?, ¿para qué sirven?, ¿quién los puso ahí? La naturaleza. Es todo lo que se sabe sobre su probable origen. Son metálicos, de una superficie pulimentada con orillas de agudos filos. Podrían hacer las veces de satélites, sobre los cuales sería posible construir hasta ciudades. Tienen la longitud de un meridiano —la circunferencia de la tierra—, por lo cual su extensión aprovechable es de millones de kilómetros cuadrados. Y sin ser ése su objetivo específico —al respecto sólo cabe hacer conjeturas— sirven de puntos de referencia, aquí, donde no hay estrellas ni sol, pues están situados en lugares que no varían con el correr de los años.

No separo los ojos del aro que divide el cielo. L. me habla de su gravedad superficial, que está determinada por el planeta al cual están circunscritos. En los dos de la corteza uno apoyaría los pies en su parte cóncava. Vería el anillo como una carretera de doscientos ochenta kilómetros de ancho que sube al cielo por ambos extremos. En los otros dos sucedería lo contrario: la carretera presentaría un aspecto normal. Si yo me hallase en el segundo anillo de la corteza y L. en el segundo del planeta interior, y nos mirásemos con prismáticos, nos veríamos mutuamente cabeza abajo.

Debemos encontrarnos a mitad de camino. Arriba se aproxima el otro mundo. Más acá del horizonte el aro

máximo se hincha. Imagino el aspecto de la tierra, con cuatro anillos casi pegados a su faz, como esos avisos de artículos eléctricos donde aparece una esfera —el núcleo del átomo— rodeado de aros metálicos que simulan órbitas. Así se vería la tierra desde la luna.

Cierro los ojos. Las imágenes giran vertiginosas. En el fondo del remolino el impertérrito rostro del polaco sonríe sardónico. Me afirmo en la cúpula. El mundo gira.

—¡Empezamos a caer! —exclama—. ¿No le pareció que el mundo daba vueltas? Hemos atravesado la zona neutra, y la esfera se ha invertido. ¿Sintió una sensación de falta de peso por algunos segundos?

El cielo: cóncavo. Los detalles del mapa han cambiado. Ya no son canales que se cortan en variados ángulos, sino continentes de graciosas formas. Hojas de trébol. Figuras redondeadas. Pétalos. En el cielo, muy alto, un arco negro en posición correcta. ¿Y todo es obra de la naturaleza?

—¡Hemos llegado! —La voz seca de mi compañero me vuelve a la realidad.

Descendemos en la plataforma. Progresivamente, el borde superior del agujero me llega al pecho, al cuello, y por último, lanzo una mirada al paisaje exterior, antes de hundirnos. Suben las paredes del hueco, y la plataforma se posa sobre el pasto. El magnetón flota encima de nuestras cabezas.

Es una pradera rodeada de selvas, detrás de las cuales se divisan las cumbres de las colinas. Hacia el norte los cerros adquieren cada vez mayor elevación. Al fondo una cordillera, cuya cima parece sumergirse en el vacío.

—¿Qué altura tiene ese monte?

—El Vigía. Tiene una altura de 45.022 metros. ¡No se extrañe! Hay montes aún más altos. Estamos en un mundo subterráneo, en el cual, de existir un paredón que sostuviese el techo como Ud. creía, mediría mil kilómetros de altura.

Partimos hacia una serie de casas situadas en medio de colosales árboles. Al mirar sus copas se me hiela la sangre. Algo que semeja un hombre surge por detrás del follaje y desciende como un proyectil, perdiéndose luego tras las colinas de la izquierda. A la distancia reaparece y sube. Distingo unos esquíes en sus pies; al parecer, los utiliza para deslizarse por el aire.

—Esquí aéreo —explica L. con naturalidad, al ver mi rostro—. El magnetismo aquí es muy intenso. Colocándose unos aparatos apropiados es posible esquiar en el aire. O sea, volar.

Descubro dos esquiadores que inician un descenso vertiginoso. Uno viene hacia nosotros. Oigo el rumor del aire hendido por su cuerpo. Me echo para atrás. Tropiezo, y caigo de espaldas. Con el silbido de una saeta cruza a menos de veinte metros de altura. Temo que se vaya a estrellar contra los árboles. Pero ha empezado a cobrar altura. Sube verticalmente y pasa rozando las últimas ramas. Una de éstas queda moviéndose.

Habituado a las rarezas de la subtierra, observo las lechugas alternadas con repollos arbóreos que se yerguen a ambos lados. Al final del camino comienza un nuevo paisaje: una explanada con peñascos de color oscuro, cuya apariencia posee cierta vitalidad.

—Aquí el magnetismo está muy concentrado. —L. indica la pradera—. A cinco mil metros de altura pasa una corriente magnética de diez kilómetros de ancho. Un verdadero río que atraviesa mares y continentes.

La atmósfera enervante, cargada de electricidad, me produce un cosquilleo en la piel. Nos dirigimos a una serie de cúpulas plásticas, de vivos colores. Entramos en una. Son de reducido tamaño. Allí hay esquíes y trajes especiales, de un material semitranslúcido. Además, una veintena de escafandras. Podemos conversar sin dificultades pues éstas llevan diminutos radiotransmisores. Los

equipos son tan livianos que permiten una gran soltura de movimientos.

—El mirador del casco le permitirá ver las corrientes magnéticas, que se destacan por su coloración azul. Haga exactamente lo que yo hago. El tronco y los brazos puede moverlos a su antojo. No así las piernas. —Coloca en sus muñecas pulseras con cuadrantes.

Sale. Alcanzo a ver como flota a ras de tierra antes de desaparecer de mi vista.

Dominando el pavor cruzo el umbral. Mediante una torsión del pecho y un balanceo de brazos consigo mantener el equilibrio al completar el paso de salida. No me apoyo en el suelo. Me deslizo sobre una película azulina, tenue como el aire. Unos cinco metros adelante se halla L.

—Para detenerse basta hundir la punta de los esquíes.

Realizo la maniobra al llegar junto a él, a un metro de tierra. Bajo la corriente el terreno es pedregoso y árido. Me detengo en seco. El éxito me hace lanzar una risita.

—Mire: allí está la gran carretera magnética.

Siguiendo su indicación diviso una ancha cinta que cruza el cielo de lado a lado.

—Ahí se puede alcanzar velocidades de mil kilómetros por hora. Circunvala el planeta con una anchura constante.

Las grandes vías forman una red que atraviesa ambos planetas en todas direcciones. Se encuentran dentro de la capa atmosférica, pues en el vacío pierden intensidad. Transitables en ambos sentidos, su utilidad como medio de transporte rápido y económico es evidente. Verdaderos caminos rodantes. Estamos en un mundo privilegiado para el transporte. Seguramente que de haber existido habitantes aquí, habrían descubierto la manera de servirse del magnetismo. La rueda jamás habría sido inventada. Sólo el deslizador.

Estamos a cien metros de altura. Los senderos se extienden hacia todas partes. Suben, bajan, forman verda-

deras montañas rusas, se entrecruzan: colinas que cubren el desierto. El vuelo se efectúa en silencio.

A más de quinientos metros de altura. Cada vez me siento más seguro de mis movimientos.

—Ahora aterrizaremos.

Miro a tierra. Volamos sobre unos de los canales, cerca de su simétrica costa.

—¿Dónde estamos?

—A más de doscientos kilómetros de las canchas.

Bajamos por uno de los innumerables senderos. El litoral: cortado a pico con una rara perfección.

El borde del paredón. Con su color gris oscuro se extiende interminable hacia sus dos extremos. Apariencia de pulimento que sólo su opacidad disminuye. Cien metros de altura. Y hasta donde es posible ver, su elevación es constante. En el interior del continente se destacan colinas pétreas saturadas de energía.

Nuestro caminillo dobla hacia la costa. Luego sube abrupto y cruza a pocos centímetros del filudo borde del acantilado: su verticalidad es rigurosa. No presenta hendiduras ni salientes.

De súbito, en una explanada rodeada de rocas aparece una serie de cúpulas amarillentas de singular diseño. Son veinte en total; están dispuestas en hilera a la orilla misma del paredón.

L. salta a tierra, luego de frenar en seco. Al efectuar la misma maniobra ésta me resulta desprovista de gracia y agilidad. Caigo a tierra en un torpe tirabuzón. Golpeo mi hombro contra la planicie de granito.

L. acude en mi ayuda y me levanta. Medio aturdido, esbozando una sonrisa estúpida, hago esfuerzos por tenerme en pie.

—¡Vaya manera de aterrizar!

—¿Dónde estamos?

—En una villa costera. Sáquese los esquís. Alojaremos aquí.

Nos aproximamos a los domos. Sobrepasan los treinta metros de elevación. Son casi esféricos, de un color blanco amarillento. Me recuerdan algo.

El paisaje es melancólico. A derecha e izquierda, peñascos; atrás, el pedregal con arbustos esqueléticos y agudas espinas; al frente, los domos. El oleaje retumba bronco, arrancando lejanos ecos. La luz empieza a decrecer.

—¿También hay noche aquí? ¿Cómo se explica eso cuando la luz es una propiedad de la atmósfera?

Hasta cierto punto es una característica de la atmósfera, dice L. Pero su origen es electromagnético, y la acción del sol influye. El mecanismo aún no ha sido descubierto, pero se supone que es similar al de las mareas. Cuando los planetas interiores, al girar sobre su eje, presentan su cara al sol —en sentido figurado— se activa el electromagnetismo y el aire se torna luminoso. El fenómeno disminuye, y desaparece al ponerse el sol. De ahí resulta que los períodos de noche y día coinciden con los de afuera. Por mucho que nos encontremos a más de mil kilómetros bajo tierra, continuamos subordinados al sol.

—Por otra parte hoy en la mañana Ud. presencié un amanecer.

La primera cúpula. Su estructura: un material poroso y duro. No es el plástico de las casas. El tiempo ha corroído la substancia dándole un aspecto de antigüedad. La luz comienza a parpadear. Ondas luminosas recorren el cielo, haciéndose cada vez menos intensas. Por último asoman en lontananza como una silenciosa tempestad. A medida que su potencia disminuye el colorido se torna rosa, rojo sangriento luego, y arroja, por último, destellos violáceos que envuelven el paisaje con una fosforescencia espectral. Desaparece el centelleo: una luminosidad verde se esparce en el ambiente.

Estamos en la orilla del acantilado, de espaldas a los domos. Me doy vuelta. Me quedo helado. La rapidez con que la imagen llega a mi cerebro y lo inverosímil de la misma me ofusca. Doy un paso atrás: si no es por

la agilidad de L. me habría precipitado al mar. Una formación de enormes calaveras.

A la luz del crepúsculo su aspecto es siniestro. Su constructor les ha dado una apariencia tan real que parecen legítimos cráneos agrandados por un misterioso proceso. Una muralla semicircular de dientes, cada uno de dos metros de alto, encajados en sus alvéolos, coincide con los dientes de la mandíbula inferior.

—Su futuro oficio requiere de un sistema nervioso a toda prueba. Estamos en el villorrio de la Calavera.

La voz seca y mesurada se destaca apenas del estruendo del oleaje. Parece insinuar: "Y si no resiste, ¡qué le vamos a hacer!"

—Estaban aquí cuando nuestra primera expedición llegó.

Penetramos por debajo del extremo de la mandíbula. Por fatídico que sea su aspecto, el arquitecto fue un artista de primer orden. No ha descuidado detalle. La luz del atardecer penetra por tres agujeros que integran un triángulo. Se filtra por varios resquicios. Adosado a una pared, un entarimado rústico, accesible mediante una escalinata de piedra. Hay allí varias camas. L. enciende una lamparilla. Se distinguen instalaciones de cocina y una construcción cúbica que hace las veces de baño. Todo oscuro y de antigua apariencia. Sin duda que los polacos quisieron conservar su carácter primitivo, y se limitaron a instalar lo indispensable para el alojamiento. El techo en forma de cúpula. Las aberturas, por las cuales entra la luz ya debilitada, son las cuencas y fosas nasales de la calavera.

L. saca ollas y otros enseres. Su figura, iluminada por la única luz, que se recorta contra los reflejos blanquecinos de las paredes, ha adquirido un aspecto fantástico.

En derredor reina una tranquilidad de muerte. El rumor de las olas llega apagado. En tanto L. prepara la

comida, analizo los últimos acontecimientos. La contemplación del planeta interior, con sus simétricos mares y continentes; el viaje en el magnetón; los anillos-satélites; el aerosquí, y por último las calaveras. Ahora acuden en la semipenumbra de la cúpula. Todo es vago y absurdo.

Hundido en un sillón, semidormido. La campanada. Me levanto de un salto.

—¿Qué pasa? ¿Todavía no se acostumbra al reloj?
Me quedo escuchando.

—¿Me quiere decir que aquí también se oye? ¿A más de mil kilómetros de profundidad?

Coloca dos platos en una mesita: la empuja entre los sillones para que quede a nuestro alcance. Luego se vuelve hacia mí. La luz, a sus espaldas, deja su rostro en sombras. Se distingue el vivo fulgor de sus pupilas.

—El ruido proviene de aquí —empieza con lentitud—. Sus causas son naturales, pero las desconocemos.

Ambos planetas, al girar en sentido inverso en torno a un eje común, acumulan energía en las regiones polares. Esta se descarga cada veinticinco horas con esa especie de campanazo. Muchos factores concurren: la abundancia de magnetismo, los mismos anillos que por su peso influyen en todos los fenómenos meteorológicos de estos lugares. Se desconoce el comportamiento del espacio herméticamente comprimido entre dos masas planetarias. Sin duda dicha conformación se presta para los fenómenos acústicos. Barajando esos factores podrá determinarse un día el origen de ese sonido. En todo caso es útil: permite medir el tiempo con exactitud, pues se repite cada veinticinco horas con matemática precisión. Sin ser más comprensible, el origen natural de la campanada parece más lógico que el mecánico. Por lo menos, se comprende mejor su grandiosidad. Acostumbrado uno a vivir en un mundo al que la mano del hombre aleja día a día de la naturaleza, de tal manera que el hombre puede llegar a la optimista conclusión de que todo es obra suya, la súbita revelación de las creaciones telúricas desconcierta.

De todo lo anterior saco una consecuencia: L. es un mentiroso. Viendo como ingiere su colación, impassible el rostro, no puedo menos de admirar su facilidad para improvisar una interpretación razonable para mis dudas.

—¿Cómo se explica que esa campanada se oiga en la superficie?

—Mediante un mecanismo que lo transmite desde aquí. Nuestros científicos decidieron que, debido a su periodicidad, era útil llevarlo a Polonia, en lugar de basar la medición del tiempo en la sola observación astronómica.

Imposible descubrir si miente.

—Ud. se aprovecha de mi ignorancia. Sabe que cualquier historia que me cuente estoy obligado a creérsela.

—Siempre estamos esclavizados a algo o a alguien. El hombre nació para ser sojuzgado. La curiosidad es su peor maldición. Algún día lo comprenderá.

Esta vez ha sido sincero. Lo observo mientras recoge los platos.

Tendido en la cama, observo la cúpula débilmente iluminada por los últimos fulgores del crepúsculo. El reflejo me cripa los nervios, como el rumor del oleaje con su extraña resonancia.

De súbito, un silbido lúgubre. Una ventisca penetra por los resquicios.

L., a menos de dos metros de mí, respira con ritmo acompasado. Duerme profundamente.

EL DÍA avanza. Una tenue neblina flota a ras del agua. Me aproximo a la orilla del acantilado, pisando un suelo liso y duro, a medias recubierto por una capa de polvo. Se extiende aquél en línea recta como una vereda, interrumpido a veces por las colinas y rocas. El muro desciende a pico hasta el mar, formando un ángulo recto con el sendero superior. Comprendo ahora la simetría de los continentes y de los océanos.

—¿Quién hizo esto?

—¿Quién? —L. vuelve la mirada a las calaveras—. “Ellos”. Construyeron esto. Y aquéllo —señala el cielo.

—¿Me va a decir que esos cráneos son de verdad?

—Son sus restos. Se estima que sus dueños medían cerca de doscientos metros.

Me aproximo al que nos sirviera de alojamiento. Palpo sus paredes. Se explica la perfección del trabajo. Y también la atmósfera opresiva que impregna el lugar. Un cerebro que sufrió y pensó. Y el cuerpo que sostuvo aquellas toneladas de masa encefálica, dióse maña en construir malecones para librar al continente de la erosión marítima.

—¿Seguro que no queda ninguno vivo?

—El último representante de la raza desapareció hace miles de siglos.

Alguna peste los exterminó, pues toda la raza se extinguió en un plazo relativamente breve, según las investigaciones hechas. Fue un pueblo esforzado que canalizó los océanos, decoró los continentes y descubrió la

manera de trasladarse de un planeta a otro. Cada uno debía pesar alrededor de ochenta mil toneladas. Como un transatlántico.

Trabajaron los anillos recubriéndolos de planchas metálicas, que les dieron su forma actual, simétrica y pulimentada. Para comprender la magnitud de sus trabajos, es necesario considerar que la tierra era un planeta de baja gravedad en comparación a su masa. Lo mismo que le ocurriría a un hombre en la luna, por ejemplo, concluye.

—¿Cómo han podido mantener en secreto este descubrimiento?

—Es fácil vigilar los puntos de acceso. Y la gran mayoría de los colonos ha venido a quedarse definitivamente, para garantizar su discreción.

Aquí se vive mejor que arriba, continúa. El aire es más sano. Es posible que la vida se prolongue más allá de lo que puede durar afuera, donde el ser humano se halla expuesto a todos los peligros del cosmos.

—¿Cree Ud. que los colosos llegaron alguna vez a la tierra?

Los veinte cráneos, empequeñecidos por la distancia. La neblina disfuma sus contornos.

Podría ser el origen de la leyenda de Prometeo y otros titanes. Toda mitología se basa en sucesos reales. También la Biblia lo dice: "Hasta gigantes hemos visto allí; ante los cuales nos pareció a nosotros que éramos como langostas; y así les parecimos nosotros a ellos". Quizá algún representante de la raza encontró los caminos y apareció entre los hombres. Y por primera vez pudo contemplar las estrellas. Fue una raza que creció y evolucionó sin tener el cielo estrellado sobre sus cabezas. ¿Qué concepto tuvieron del universo? Vivían entre dos planetas, en un mundo perfectamente limitado. Para ellos las palabras "infinito" y "nada" no tuvieron sentido. Y sin embargo, efectuaron viajes interplanetarios.

Marchamos por la orilla izquierda de la gran vía. Carga aérea montada sobre trineos y dirigida por control remoto se desliza rauda por la pista.

A la distancia se divisa un cruce de caminos gigantes. Decenas de líneas auxiliares los unen previamente: se puede alcanzar la otra vía sin esperar el cruce mismo. Otros senderos bajan al continente. Nueve mil metros abajo destácase un pueblo.

—Las colinas y el paisaje en general, ¿son obra de los titanes?

—En gran parte. Fueron consumados jardineros.

Cruzamos una franja de césped alto y espeso, y llegamos a una calle “plastificada”, que se curva en derredor de la población. A aquélla vienen a desembocar las calles radiales que nacen en una plaza central. Es un pueblo de administración y recreo. Cinco mil habitantes. La mayoría de las casas es de un solo piso. Los constructores han aprovechado la policromía de los plásticos para lograr un efecto de armonía y limpieza. Todas las calles son de colores distintos. Hombres y mujeres transitan por ellas. Entran y salen de las casas.

De nuevo reparo en que nadie saluda a nadie. A veces las personas cambian palabras entre sí, y prosiguen su camino. Algo le falta al pueblo. Tal vez dicha sensación la produzca la seriedad de la gente. Nadie levanta la voz. La misma disciplina que observé en L. se advierte en los hombres y mujeres.

Al fondo se divisan árboles y un monumento que se destaca por su altura. La puerta de una casa.

—Desocupada —explica L., señalando una plaquita nácar.

Cuando la placa es negra, hay huéspedes. Al marcharse de la casa se dice una clave, y la plaquita vuelve a su primitivo color. Aquí no existe la propiedad privada. Las casas pertenecen a la colectividad.

La calle que acabamos de abandonar se ve con nitidez a través de vidrios invisibles. Cristales polarizados, que impiden ver desde afuera.

Entra L.

—Debo salir. Me necesitan en la Central de Vigías. No. No se trata de Ud. Regresaré a las tres en punto de la tarde. Debe permanecer aquí, y no salir por ningún motivo hasta mi vuelta. Estoy seguro que no contravendrá mis instrucciones. ¿Entendido?

—No hay nada que me impida huir.

—Está equivocado —su voz se endurece—. Hace dos noches se le inyectó un reactivo que nos permitiría encontrarlo rápidamente. No sólo eso. El líquido lo ha transformado a Ud. en un receptor de ondas electromagnéticas. Podemos provocarle un golpe que le sumiría en un estado cataléptico. Y a cualquiera distancia.

Contemplo la calle. Me observo las manos para ver si la inyección ha producido algún cambio de color en la piel. No. Su aspecto es el mismo. Ordeno el almuerzo. Tentado estoy por salir a la calle o, al jardín. Pero el recuerdo del reactivo me hace detenerme.

La casa respira. Es como estar en el interior de un organismo. La calle, a su vez, parece convertirse cada cierto tiempo en un harnero. Cúbrese de orificios de regular tamaño, y en seguida recupera su apariencia normal. Periódicamente se humedece por breves segundos. Ha sido construida con los mismos plásticos orgánicos, pero sus poros son de mayor diámetro. Aspiradoras contractiles situadas a ambos lados de la vía complementan la tarea de mantenerla limpia.

Mujeres ligeras de ropa. Y jóvenes: entre los veinte y treinta años. Sólo entonces descubro qué es lo que le falta a la ciudad. No se ven niños. Ningún chico corretea por las calles. Ninguno camina al lado de sus padres. Ninguno es llevado en brazos por una madre. No se oyen sus risas. Ni sus llantos. Ni sus juegos. Y comprendo que la ciudad necesita de ellos.

UN GONG me despierta. A través de la ventana noto que la luz ha disminuido de brillo. Al principio paso por alto el detalle. Pero de pronto recuerdo a L. Y, al pensar en él, la debilidad de la luz se materializa en una advertencia: ¡tienen que ser más de las tres de la tarde!

Rápido me dirijo a la sala de estar. Tras la ventana pasean los polacos. Es un hecho que la luz es menos intensa. L. está retrasado tres o cuatro horas. Puntualizó de manera especial que regresaría a las tres. Claro que puedo estar equivocado en mis cálculos. Si bien es cierto que la actividad electromagnética disminuye junto con el declinar del sol, aún no poseo la experiencia necesaria para medir el tiempo con la mera observación.

L. tenía que suponer que un atraso suyo me inquietaría. Hay una sola razón que explique su impuntualidad: que la sustitución haya sido descubierta.

No es necesario analizar las consecuencias de un acontecimiento así. Estoy en peligro.

A pesar de mi opacidad emocional, aquella idea me provoca una violenta reacción. Debo irme: abandonar la casa cuanto antes. ¿Y después? Me dirijo a la puerta de calle. No hay picaportes. Pero antes de volverme al interior en busca de otra salida, la hoja se abre en silencio. No hay nadie. En la calle los peatones siguen transitando. Nadie se da vuelta a mirarme.

Con la mayor calma de que soy capaz, salgo de la casa. A mis espaldas, la puerta se cierra. En medio de

mi agitación había olvidado el automatismo de las viviendas. Parto en dirección al centro del pueblo. No miro atrás sino una vez que me he alejado unos cincuenta metros de la casa. Temo, sin ninguna razón especial, que el peligro venga de ese lado.

¿A dónde encaminar mis pasos? La explicación que me diera L. respecto al líquido que se me había inyectado contribuye a devolverme los ánimos. Mediante aquél reactivo están en condiciones de encontrarme en un santiamén. Claro que aquella facilidad también puede hacerse extensible a los demás polacos. Pero si es cierto que mi presencia en la subtierra sólo está en conocimiento de unos pocos, únicamente éstos conocen el método de localizarme. Y, con toda seguridad, procederán sin escándalo en el caso de que el atraso de L. no haya sido provocado por el descubrimiento del engaño. Aprieto el tranco, confundiéndome entre los hombres y mujeres que circulan por la avenida. A cada instante, me parece sentir que una mano robusta se aferra a mi hombro. Nada sucede. Tuerzo por la primera bocacalle. La esquina me protege de cualquier posible visitante de la casa. Sólo entonces me permito un breve suspiro de alivio. Sigo avanzando con naturalidad. Pienso que, entre aquella gente disciplinada, cualquiera actitud que delate mi nerviosidad, puede perjudicarme.

¿A dónde ir? Estoy en el fondo de la tierra, en un mundo desconocido para los de arriba. A nadie puedo recurrir sin delatarme, y, perdida la ayuda de L. o D., nunca podré salir de aquí. Si mi aventura ha sido descubierta, mi destino se limitará a eludir a los polacos por el mayor tiempo posible.

Horas antes, aquella ocurrencia habría bastado para quitarme los ánimos. En el momento actual, sólo el instinto de conservación me sostiene.

Un hombre avanza a mi encuentro. Sin detenerse echa una mirada al cielo: instintivamente, le imito. Una franja ancha y oscura, de bordes paralelos, divide el planeta superior en dos porciones. Semeja un puente, ten-

dido de horizonte a horizonte, cuyas proporciones son suficientes para ocultar una amplia extensión del cielo. Uno de los aros máximos: su vista me inmoviliza.

—¿Se ha quedado dormido?

Una voz suave, cálida. Frente a mí hay una mujer alta. Tez morena. Ojos oscuros. Me observa con curiosidad. Sus facciones son ligeramente toscas: el conjunto hermoso. El incidente me hace olvidar, por el momento, mis preocupaciones. Confuso, no sé qué replicar.

—Pues... —empiezo.

—¡Ah! Permiso médico. ¿Se siente mal? —Observa mi placa identificadora.

¡Qué gran precaución la de L.!

—¡No, no! ¡Estaba mirando el anillo! —Algo tranquilizador se desprende de ella. Mi imaginación trabaja veloz. ¿Qué debo decir? El instinto, de nuevo, me hace callar.

—Sí, lo noté. —Sonríe—. ¿Va hacia allá?

—¿A dónde?

Frunce el ceño. Viste ropas tenues y ajustadas. Mueve la cabeza.

—Cuando se mejore, tal vez nos veamos. Debo irme.

Se apresta a cruzar la calle. Desconcertado, me quedo observándola.

—¡Espere! —Me pongo a su lado—. ¿La puedo acompañar?

—¡Ah, no sé! Esa es cosa suya...

Algo funciona mal, sin duda. Sigue ella su camino, sin preocuparse mucho de mí. Trato de ajustarme a su paso ágil. Temo estar haciendo el ridículo. Miro a los demás transeúntes: no se han dado por aludidos de nuestra conversación. Entonces recuerdo mi condición de fugitivo. Echo otra mirada en derredor: no se advierte nada sospechoso. Mi cerebro trabaja febril; pienso que, acompañado por una mujer, mi huída se facilitará. Claro que mi riesgo es mayor, por cuanto puedo delatar-

me al hablar. Y por otra parte, el guardar silencio en las actuales circunstancias es absurdo.

Caminamós callados. Es más alta que yo: una mezcla de sensualidad y pureza. La melancolía se refleja en su rostro. No ha vuelto a mirarme. Aquella actitud no parece motivada por alguna hostilidad hacia mí. Tampoco es indiferencia. Debo decir algo. No me decido.

—¿En qué piensa?

—En muchas cosas. ¿Y Ud.?

—También. —Y ahí me quedo.

Nos hemos alejado un buen trecho de la casa. La sensación de peligro se ha desvanecido.

—¿Sabe? —empiezo, vacilante—. Es posible que... mi modo de ser le parezca extraño. Recién me estoy recuperando de un grave accidente...

Todo lo que sale de mis labios se me antoja torpe y falto de gracia. Me mira.

—¿Ud. es vigía?

La pregunta me deja confuso. Otra vez recuerdo la placa.

—Sí. Pero... —Necesito salir del paso—. Voy a estar un tiempo largo alejado de mi trabajo.

Una plazoleta. Varios magnetones. ¿Pensará embarcarse? Detiéndose frente a uno. Al toque de su mano, el aparato se eleva. La plataforma desciende.

—Ah... —dice, ascendiendo los tres escalones. Al ver que me he quedado en tierra, añade: —Voy a Ernn. ¿Viene?

En un segundo me decido. De nuevo, se me hace presente la necesidad de alejarme del pueblo. ¿Qué será Ernn? De un salto, estoy a su lado. Me observa con una sonrisa indefinible.

—Es Ud. un tipo muy especial. Tiene que haber sido muy grave su accidente.

—¡Gravísimo!

La plataforma se integra con el magnetón. Tras la cúpula transparente el pueblo me parece hermoso. Tres

o cuatro personas trepan a otro magnetón, disponiéndose a zarpar.

Sin replicar, se dirige a un sillón. Coge el micrófono. Afuera, oscurece rápido. En el cielo, la negra masa del anillo presagia el advenimiento de las tinieblas. Dice la clave de partida.

El golpe de inercia me pilla desprevenido. Manoteo en un inútil intento por aferrarme de algo. Húndense los techos de las casas, y junto con aquella breve visión, caigo de costado. Acude ella en mi auxilio. Me pongo en pie, y me aferro a su brazo.

—¡Aún estoy muy débil!

Se desprende sin premura. Sólo entonces reparo en su manera de mirar. En alguien he visto antes aquella mirada triste y fría. En L. Claro que en ella se transluce otro sentimiento, pero en ningún caso la hace perder su falta de interés por todo.

En su pecho hay una placa: A., seguido de una cifra. Esta indica su profesión. Todavía no sé cuál sea. Desconozco los signos.

Se deja observar.

—¿Le parezco bien?

Enrojezco.

—¡Pues... muy bien...! —digo, en un débil intento por salir del paso.

Ríe. Luego se aproxima a la pared translúcida. La sigo avergonzado. Me aproximo. Algo que emana de ella me inhibe. Algo nos separa. Tal vez esa mezcla de sensaciones que en mí despierta. Inquieto me sitúo junto a ella. El paisaje se esfuma en el atardecer. Abajo, el pueblo semeja una rueda de rayos multicolores recostada entre verdes praderas y colinas. Divísanse grandes extensiones cultivadas que se distinguen por su uniforme coloración. Debemos hallarnos sobre una región agrícola. Veo, también, rebaños de animales inidentificables por la distancia y la falta de luz. Hacia el sur los campos labrados se pierden en el horizonte. Al norte y este, las cordilleras limitan la llanura. Nuestro vuelo es vertical. No cabe du-

da que nos dirigimos al anillo, cuya negra mole nos sirve de techo. A juzgar por su tamaño, deduzco que se trata del primer aro, el más próximo al planeta interior.

Continuamos ascendiendo veloces, y, mientras el parpadeo crepuscular juega con los detalles continentales, el magnetón devora los ciento ochenta kilómetros que nos separan del satélite. ¿Qué vamos a hacer allí? A. se vuelve hacia mí, envuelta en un resplandor fosforescente. Ensimismado en la contemplación del panorama, no había reparado en la luminosidad que invadía la esfera. Aquella comunica a la mujer y a las cosas un aspecto fantasmal. Descubro que la luz proviene del piso, construído, seguramente, con la misma substancia del cielo raso de las casas.

—Tengo que hacer dos visitas en Ernn. Después dispondré de algún tiempo.

Su voz me retrotrae a la realidad. Toma asiento en el brazo de un sillón.

—El accidente me ha convertido en una calamidad.

—Conozco la labor de los vigías, aunque sólo una vez estuve en la Cáscara; pero sé que es una de las regiones más peligrosas. Claro que, con todo, Ud. no deja de parecerme un hombre especial.

¿Cáscara? ¿Qué podría significar eso? Estoy a punto de hacer la pregunta. Me arrepiento. Tengo que tragarme la curiosidad. ¿Por qué L. no me había instruído sobre mi futura profesión?

Me aproximo a A. Me mira desde abajo, lo que me permite apreciar en una sola perspectiva el óvalo de su rostro. La fosforescencia hace fulgurar su piel. Tomo su mano izquierda, que mantiene apoyada en la rodilla. No me rechaza.

—¿Se demorará mucho en sus visitas?

—No. Es cosa rápida.

—¿Cómo haremos para vernos?

—Me espera en cualquier parte. Ahora, yo no sé si Ud. tiene algo que hacer, aparte de acompañarme.

—Nada. Al menos por esta noche.

Sepárase de mí, y coge el micrófono. Al perder su contacto, vuelve a parecerme inmaterial. Dice dos o tres palabras. Se vuelve. Mis dedos se hunden en sus hombros. La atraigo. Bruscamente se separa.

—Eres un tipo raro —dice en voz baja—. Agradable. Pero raro.

—¿Raro?

—¡No sé! Eres distinto a los otros. Me interesan los hombres distintos. Pero tú...

—¡No entiendo...!

—No te preocupes. No tiene mayor importancia. Sé que los que vigilan la Cáscara están expuestos a terribles accidentes. Y a veces sufren cambios muy grandes.

La figura de Raquel, bailando desnuda en el departamento. La intoxicación alcohólica. La clínica. Veo rojo. La tomo de los hombros, y la atraigo hacia mí. La estrecho con fuerzas. No se resiste. La beso. Sus labios están fríos. De súbito reacciona. Siento todo su cuerpo. Envuelve mi cuello con violencia. Sus dientes se oprimen contra los míos hasta producirme dolor. Se revuelve ella como un animal joven. Su actitud lejana ha desaparecido: es una mujer que está en mis brazos. Cada vez se entrega más. Se desprende violentamente. Se levanta, desfigurado el rostro. Tiembla acometida por una brusca ira. Le brillan los ojos. La respiración le dilata las aletas nasales. Con rápidos movimientos se arregla el vestido y los cabellos. Va a decir algo. A insultarme quizá. Pero la furia desaparece de su cara: sólo una expresión cansada. Y de nuevo el frío.

—¿Por qué...? —Al acercarme, la mujer retrocede un paso. No demuestra temor ni inquietud. Tropieza en un sillón: allí se queda, afirmada en su respaldo.

—Esa es una pregunta que no se puede contestar. Lo sabes muy bien.

—¡No sé nada!

—Uds., los vigías, piensan de un modo distinto.

Brillan sus ojos. Algo funciona mal. Creo que no he

hecho ni dicho nada fuera de lo común. Su interés hacia mí se ha desvanecido.

—Ernn —dice ella, mirando a la distancia.

Me vuelvo ofuscado. Lejos: un conjunto de rascacielos que avanza a nuestro encuentro. Una gigantesca ciudad que desprende un halo luminiscente y policromo: una ciudad sin arrabales, en cuyas afueras comienza la sombría silueta de un bosque, que, al parecer, la circunda por completo. En pocos segundos cruzamos sobre una avenida, que se curva alrededor de la población, separándola de los macizos arbóreos. Y después, rascacielos y rascacielos, todos de altura uniforme, bien espaciados entre sí, que se yerguen en medio de verdes prados, jardines y parques de corpulentos árboles. Las calles desprenden aquella fosforescencia, cada una con su tonalidad propia: ríos luminosos y quietos. Advierto grandes plazas, con fuentes que lanzan surtidores de agua. Y sobre aquel conjunto, elébase el halo fantástico, que se degrada en suaves gamas hasta esfumarse en las alturas.

—¿Te sientes mal?

No debo hacer preguntas. El peligro se presenta por segunda vez en el curso de la tarde.

—No.

Desciende el magnetón sobre una azotea, donde se divisan otras esferas estacionadas. Pálido, a punto de ser poseído por el vértigo, me instalo en el centro de la plataforma. A., tranquila, se mantiene a prudente distancia. Baja la rueda. Estamos sobre la terraza, en medio de un grupo de personas que abandonan las esferas o que acuden a ellas.

Tras la baranda, la urbe se extiende inmensa. No es bulliciosa: sólo un zumbido suave, que se diluye a lo lejos, delata la presencia de una multitud de transeúntes.

—Debemos separarnos —dice A.—. Tal vez volvamos a encontrarnos.

¿Dará cuenta a las autoridades? Es posible que, en cuanto nos separemos, parta a delatarme. No obstante, su rostro nada indica. Se dirige hacia una construcción

que se destaca en el centro de la terraza. La sigo, sin tratar de alcanzarla. Pronto nos encontramos frente a una serie de puertas, entre varias personas que se dedican indiferentes miradas. Ella finge no advertir mi presencia. Un hombre se le acerca, mirándola con tranquilo interés. En la semipenumbra, le dedica una sonrisa. Me siento enfermo.

—A. —la llamo.. Ella se vuelve. El hombre se detiene—. Necesito hacerle una pregunta.

Viene hacia mí. La llevo lejos de la construcción, que es un terminal de ascensores.

—¿Qué quieres?

—¿Ha oído hablar de Polonia?

—“¿Polonia?” ¿Un santo y seña?

—No; no se trata de eso. ¿Tampoco conoce el régimen comunista? ¿La cortina de hierro?

—Es la primera vez que los oigo nombrar. —Me mira con extrañeza. Mueve luego la cabeza, apenada—: Ojalá te recuperes algún día. Eres un hombre de veras agradable. ¿Qué es eso de Polonia?

—No tiene importancia —digo, asustado.

Se aleja. Allí está el otro, esperándola. Veo cómo le rodea el hombro con su brazo. Entran así en el ascensor, sin volverse una sola vez. Ciérranse las puertas, y A. desaparece de mi vista con su nuevo amigo.

¿Dónde estoy? Sobre un edificio de una fantástica ciudad, iluminado por el reflejo lunar que de ella emana: en la subtierra. Una incógnita se despeja: nada tiene que ver el nuevo mundo con Polonia. Las respuestas de A. han sido decisivas. Comprendo ahora el porqué de mi incredulidad respecto a los “descubrimientos polacos”. Estoy, seguramente, en las entrañas del planeta; pero tales territorios son desconocidos para los de arriba. Esa es la parte que L. no alcanzó a contarme. Quizá se disponía a hacerlo aquella tarde.

¿Qué puedo hacer ahora? ¿Continuar mi huida? ¿Mezclarme entre aquellas gentes hasta que me descubran? Por otra parte no debo quedarme en la terraza.

Todos se han ido. Hay allí seis o siete magnetones dispuestos a trasladarme a cualquier parte. No los sé conducir.

Reparo en una serie de aparatos de forma cúbica alineados contra una baranda. Me dirijo al ascensor. Me detengo confuso, tratando de encontrar un medio para llamar los vehículos. Temo quedarme abandonado en la azotea. Debo salir de allí. Una puerta se abre frente a mí: un ascensor desocupado me espera. Ciérranse las puertas a mis espaldas. Inicia el descenso. No se ven tableros ni palancas de ninguna clase.

—Bienvenido a Ernn, señor. ¿Desea alojamiento?

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Es UNA voz metálica, de amables inflexiones. Miro en de-
 rredor, sobresaltado. Nada.

—¿Quién . . . quién habla?

—El ascensor, en nombre de la ciudad de Ernn, se-
 ñor. ¿Desea alojamiento?

—Este . . . sí . . .

—Hay departamentos desocupados en todos los pi-
 sos, señor. ¿Cuál prefiere?

—Cualquiera.

—Séptimo piso, departamento seis, señor.

Una fría transpiración. Termina el viaje. Abrese la
 puerta. Doy un paso para salir. Enfrento un pasaje sub-
 terráneo que desemboca en un túnel de grandes propor-
 ciones. Una luminosidad azul emana de aquél.

—De inmediato lo llevo al séptimo piso, señor.

Me detengo en seco. Reflexiones atropelladas. Es un
 hecho que necesito alojamiento. Pero, ¿correré peligro?
 El ascensor se pone en movimiento. Estoy atrapado.

—Séptimo piso, señor. Departamento seis.

—Gracias.

No hay respuesta. Un pasadizo amplio y bien ilumi-
 nado. Camino sobre un piso plástico que absorbe el ru-
 mor de mis pisadas. Aún confuso observo los números
 estampados en las puertas. El seis. La hoja se abre servil.
 Una luz verde parpadea sobre el dintel. Estoy en un
 cuarto pequeño y cerrado. El suelo cede de manera casi
 imperceptible. Súbitamente la pieza entera relampaguea.

Noto de manera fugaz que todas las paredes, incluso la que corresponde a la entrada, se iluminan. Además tengo la impresión de ser observado desde todos los rincones de la habitación. Apáganse las paredes, y al frente se abre otra puerta.

—Adelante, señor. —La voz afable y metálica.

No bien repuesto avanzo. A mis espaldas la puerta se cierra. Poseído por un repentino pavor me doy vueltas para salir. La hoja vuelve a abrirse.

—¿El señor se marcha?

● —¿Quién habla?

—El departamento, señor, en nombre de Ernn, la ciudad.

Su eficiente tono me devuelve la tranquilidad. Si bien las casas del pueblo eran automáticas, no hablaban. ¿Toda la ciudad será así? Estoy en un bien iluminado vestíbulo, separado por un vano de una extensa sala de estar. Todo se ve limpio y reluciente. El departamento ha sido decorado con elegancia.

—¿El señor desea beber?

—Todavía no.

El muro de enfrente es de panales cristalinos. A través de ellos la urbe despide su fantástico halo. Me aproximo. Un paño del cristal se desliza rápido y silencioso. La terraza.

—¿Cómo se llama esta ciudad?

—Ernn, ciudad de Cronn. CLVIII ciudad del primer anillo.

La voz me sigue desde invisibles parlantes instalados, de seguro, en todas las habitaciones. Emerge ahora de algún rincón de la terraza.

Mi escena con A. me impidió fijarme en el rumbo que tomábamos. El anillo estaba en el cielo. Y en tan poco tiempo era imposible que hubiésemos regresado a la corteza. Algo me alcanzó a decir L. sobre los trabajos realizados por los titanes en los aros. Estaban en el vacío. ¿Cómo se explicaba entonces la existencia de aquella población? Recuerdo también los macizos arbóreos adya-

centes a la ciudad. Es un vasto territorio. ¿Queda en el satélite?

Los hermosos rascacielos, con sus audaces volados y atrevidos diseños. Todos han sido proyectados en un estilo propio. No existen edificios pareados. Se yerguen imponentes y extraños, cada uno en un sitio espacioso, rodeados de prados y árboles. Parecen seres vivos, no construcciones. Todos son de un tamaño uniforme. Ninguno sobrepasa los veinte pisos. Semeja la urbe un bosque bien raleado. Se extiende ilimitada a través de las construcciones, envuelta en el resplandor que emana de las calles. Abundan los árboles. Como la luz diurna proviene de la atmósfera no producen sombras. Por ello se les ha utilizado con profusión con las consiguientes ventajas para la pureza del aire. Sopla una brisa vivificante, con olor a flores y a vegetación. Respiro a grandes bocanadas.

A. y su nuevo amigo deben estar hablando un lenguaje común. Con toda probabilidad ya ha olvidado a su compañero de viaje. Recuerdo, asimismo, que la mujer tenía que hacer dos visitas antes de quedar desocupada. Su amigo debe estar esperándola con la frialdad y falta de entusiasmo que caracteriza a los pobladores de este mundo.

—¿Cómo se llama el país?

—Cronn, señor.

—¿Dónde queda?

—En Cronn, señor.

—¡Vaya respuesta! ¿Qué es Cronn?

—La patria de los cronnios, señor —replica la voz sin el más leve asomo de chanza.

Sin duda, hay preguntas que no sabe o no puede contestar. Directamente debajo de la terraza, los transeúntes —puntos oscuros sobre un río de luz azul que se pierde a lo lejos— se desplazan calmosos. No se divisan vehículos. Ni ruidos de motores. Ni bocinas. Las calles son para el uso exclusivo de los peatones. El tránsito mecanizado debe ser aéreo o subterráneo. No se ven letreros por ninguna parte. También había observado aquel detalle

en el pueblo continental, aunque sin que me llamase la atención. En la ciudad es más notorio. Ningún aviso luminoso o mural. Quizá sea esto lo que confiere mayor singularidad a la urbe, junto con su belleza y austeridad. En la distancia los perfiles de los rascacielos aparecen diluïdos en la vaporosa claridad.

—¿Le gusta Ernn, señor?

—Sí —replico, sorprendido.

—Ha sido construída obedeciendo leyes orgánicas, señor. Cada edificio es un individuo, con un espacio suficiente a su alrededor para que pueda respirar sin trabas. Lo que es justo, por cuanto nuestros órganos-plásticos se comportan en la práctica como la piel. De estar hacinados como en la antigüedad se asfixiarían. ¡Esta es una colectividad de rascacielos, señor! Cada edificio es una célula de este maravilloso organismo que se llama Ernn. Día a día nuestra ciudad adquiere mayores derechos. Hay abundante legislación al respecto. ¡Estando a gusto los rascacielos la ciudad será feliz y acogedora! ¿No le parece señor?

—Evidente.

—Puedo decirle con seguridad, señor, que Ernn no necesita del cronnio. No lo tome a mal. En todo caso se ha logrado una perfecta convivencia entre la ciudad y sus habitantes. Ernn es hospitalaria con sus huéspedes. Jamás se ha sabido que haya rehusado dar hospedaje a un forastero. —Y añade, con legítimo orgullo—: Nuestros edificios siempre se mantienen con sus departamentos bien surtidos de provisiones y ropas. ¡La cúspide en materia de urbanización! Porque, ¿cuál es el primer deber de una ciudad? Mantenerse limpia y atractiva de manera que sus moradores vivan a gusto, sin el problema habitacional, que es deprimente. ¡Hasta los cronnios son felices cuando las ciudades obedecen las leyes de la urbanización! Hemos obtenido el ideal de muchos soñadores: que nuestras ciudades se pongan al servicio incondicional de la colectividad.

¿Por qué la ciudad me dice todo eso? De súbito salta

la sospecha. ¿Estará aleccionada para que a cada ocupante de los departamentos le hable de sus cualidades? Nervioso, echo un vistazo al departamento. Quietud y soledad. Desde la sala de estar un comfortable sillón parte hacia la terraza, deslizándose con extrema suavidad sobre el piso plástico. Contengo la respiración. Simultáneamente una mesita acude servil y se detiene a mi lado junto con el sillón. Trago saliva. Ya había visto muebles automóviles: el mozo mecánico que nos sirviera el desayuno a L. y a mí, cuando desperté en la subtierra. Bajo el piso del departamento debe existir una red de conductos magnéticos que guía a los muebles hasta donde se encuentran los huéspedes.

—¿Quiere algo de beber el señor?

Pido un trago. De nuevo la sospecha.

—¿Por qué me has hablado de todas esas cosas? —Me siento espiado. Vuelve la inquietud.

—Porque el señor nunca había estado en Ernn.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque preguntó cómo se llamaba esta ciudad.

Lanzo un suspiro de alivio. Tomo asiento. La visión de la urbe. ¿Dónde he venido a parar? ¿Qué es Cronn?

—¿El señor desea una compañera para esta noche?

—¿Cómo es eso?

—Si el señor tiene la amabilidad de pasar a la sala le puedo mostrar varias ocupantes de los departamentos del edificio, que se encuentran solas. Si alguna es de su agrado se la llamo. No le respondo de su venida porque quizá tenga algún compromiso. Pero más de una debe estar desocupada. Y aburrida.

En ese instante llega a la terraza el carrito con el trago. Además trae una bandeja con dulces y bocados. Antes de contestar a su ofrecimiento la voz se me adelanta:

—Una señorita llamada A. lo busca, señor.

—¡A! —exclamo, incrédulo.

—Sí, señor. ¿La hago pasar?

—¡De inmediato!

Parto hacia la sala de estar. A. entra con rapidez. La noto ligeramente agitada.

—Menos mal que no habías salido del edificio —exclama, con alivio.

—¿Cómo me encontró? —pregunto, atónito.

—Me informó el ascensor. —Me indica silencio llevándose un dedo a los labios—. Salgamos. Dispongo de poco tiempo.

Señala el departamento con un gesto.

—¿Se va el señor?

—Sí —replica A.

Mientras esperamos el ascensor magnético me cuchichea al oído:

—Al aire libre podremos conversar.

Hay dos hombres en el vehículo.

—¿Desean alojamiento los señores?

—No —responde A., cortante.

Ambos sujetos nos dedican indiferentes miradas. Uno de ellos permanece examinando a mi compañera por breves segundos.

—Tercer piso, señor. Departamento cuatro.

Sale uno de los cronios.

La avenida azul, la misma que observara segundos antes. Los transeúntes deambulan tranquilos, sin apuro, pero con propósito definido. No se ven grupos. A veces un hombre y una mujer marchan juntos, conversando en voz baja. Otras, una mujer detiene a un hombre, o a la inversa, sin que al parecer exista un conocimiento previo; cambian breves palabras en voz baja, y luego se separan o siguen juntos. Las parejas de hombres solos son escasas.

Siento un ligero soplo. Es una brisa que parece venir de arriba. Junto con ella escúchase una succión leve y rápida. La calle respira. La luz proviene del suelo, y es suficiente para caminar con tranquilidad, sin temor a tropezar o a extraviarse. La visión de la gente que se mueve en aquella penumbra. El rostro de las personas

que se distingue con claridad, rodeado de un halo. A. marcha a mi lado en silencio. Me echa rápidas ojeadas.

—¿Por qué volviste?

—Tú no eres un cronnio. Cuéntame todo. Nada temas: he vuelto para ayudarte.

La voz de la ciudad, amable y servicial. El impávido rostro de los peatones. Y su silencio. No se oyen gritos. Tumulto. Risas. Nada. Mi instinto de conservación se ha diluído en el ambiente fantasmal. La mujer me coge de un brazo. Fluye de su mirada una leve ternura. En forma sucinta le narro mis aventuras. Me escucha en silencio. No intercala comentarios. A veces creo percibir atisbos de sorpresa en su rostro.

Una plaza extensa, llena de flores y de árboles. No se ven monumentos. De su centro, periódicamente, se eleva una cúpula de espuma. Luego ésta es reemplazada por una infinidad de surtidores gruesos y potentes que se estrellan en la altura en nubes opalescentes. Caminamos hacia el interior de la plaza. La luz también proviene de los caminillos que serpentean entre la foresta. Escasos paseantes.

—¿Qué es Cronn? ¿Dónde queda?

Durante varios segundos permanece callada. Luego habla con lentitud:

—En el fondo de la tierra. Los hombres ignoran que existen estos territorios.

—¿Y cómo llegaron X. y L. a la Tierra? ¿Cómo me trajeron?

—Hay caminos. Yo no los conozco. L. debe pertenecer al grupo de exploración. Cuando vuelva a encontrarte te explicará todo.

—Es posible que todo haya sido descubierto —murmuro, sombrío.

—Es de esperar que no sea así. L. debe haber tenido algún contratiempo imprevisto, que le impidió avisarte. Quizá no debiste abandonar el pueblo.

—Tuve miedo.

La inmensa pileta central. El agua prosigue en su

caprichoso juego. Cilindros de espuma que se pierden en la altura. Me reanima el espectáculo. Una neblina húmeda baña mi rostro. Me reconforta. A. observa el agua agitada y rielante. Árboles temblorosos húndense en las profundidades.

—¿Qué piensas hacer?

—No sé. ¿Qué es Cronn? ¿Cómo es posible que no se le conozca afuera?

Se sienta en el reborde de la laguna. Los caminos han sido descubiertos en fecha reciente, explica la cronnia. Habla en voz baja, como todos los de su raza. Mide el efecto de sus palabras. Sin embargo, no le doy mayor importancia a este detalle. Multitud de ideas confusas me agitan. Otra vez todo se presenta como algo irreal. La ciudad, a través de los árboles, parece dotada de un suave palpar. La misma mujer despide los fantásticos reflejos. Me invade un sordo pánico.

—Siéntate. Estás muy pálido.

Me coge una mano.

Cronn ha alcanzado un alto grado de civilización sin tener nociones de la existencia del hombre, dice A. Tal vez dicha diferencia de cultura dificulta la posibilidad de un entendimiento con los terrestres.

—Sólo soy una cronnia que trabaja. Los problemas de tipo social y político no me incumben. Tampoco me interesan.

Sus vagas explicaciones me hacen bien, a pesar de todo. Cronn, como un mundo ignorado por los hombres, es más explicable que los "descubrimientos polacos". Aún cuando la nueva realidad, por otra parte, hace más difícil mi situación.

—¿Por qué volviste? ¿Qué recordaste?

—Recordé que una expedición cronnia acababa de regresar de la Tierra. Es decir, el cronnio que encontré en la terraza me informó.

—¿Sospechó algo?

—Nada. Quedé intrigada con tus últimas preguntas. Y lo interrogué sobre Polonia.

—¿Qué debo hacer?

—Esperar a que L. te encuentre. Nadie sabe que estás aquí, excepto la ciudad misma.

—¿Cómo es eso?

—Cuando entraste en el departamento la ciudad te pesó y televisó tu imagen, desde cuatro ángulos, a la central. Todas las ciudades cronias llevan un cuidadoso registro de sus huéspedes. Por eso te hice abandonar el edificio. Hay micrófonos que oyen y registran las conversaciones.

Al ver mi expresión de pánico me tranquiliza. Nada debo temer. El control de los cronios es automático. Desde que nacen se les inyectan determinadas sustancias que les hace emitir ondas electromagnéticas. Es decir, tales reactivos acentúan las radiaciones naturales del organismo, lo que permite que máquinas ultrasensibles estén en condiciones de seguir la trayectoria de los cronios donde se encuentren. ¿Por qué una vigilancia tan rigurosa? No se trata tanto de rigor como de comodidad. La organización de la subtierra es compleja. Su población y superficie territorial es superior a la de los países de arriba. Cronn es un pueblo de trabajo. Nadie puede eludir sus labores. Se halla regido por un sistema político estricto, sobre el cual A. sólo se explaya superficialmente.

—L. me inyectó un reactivo.

No puede ser el mismo que inoculan a los cronios, explica la mujer. Sus efectos deben ser de carácter local. Además, cada cronio tiene una clave identificadora que está registrada en la central. Es imposible falsificarla. Aunque la mía sea la de X. —cosa que ignoro—, sin el correspondiente reactivo es imposible que me vigilen. Las sustancias identificadoras son personales de cada cronio. Como se las utiliza desde fechas remotas, se han hecho hereditarias hasta el extremo de llegar a constituir un nuevo factor del organismo.

—Yo hablé con la ciudad. Le hice varias preguntas.

—No tiene importancia. Para un cronio cualquiera

la tendría . Como la imagen es televisada la ciudad registra la clave, y mediante ella, desde las centrales de identificación es fácil encontrar a una persona que se encierra en un departamento. Pero no a ti, pues no estás fichado.

En resumen, el automatismo me favorece. Ni siquiera la posibilidad de que L. se haya visto obligado a confesar su delito complica mi caso. Dentro de la extraordinaria organización cronnia no está contemplada la eventualidad de que un extranjero pudiese colarse subrepticamente en sus territorios. Y menos que aquél llegase a conocer la manera de vivir entre ellos sin delatarse. Por cierto que mi modo de llegar a Cronn es único e imprevisible: ayudado por los propios cronnios.

Las explicaciones de A. contribuyen a aclarar —aún cuando sin llegar a explicarla por completo— mi relativa seguridad. Lo único que debo hacer es evitar mezclarme con la gente. No es alentador el porvenir que se me presenta: deambular solitario y silencioso por las ciudades cronrias. En cuanto a mi subsistencia, está asegurada. En Cronn no existe la propiedad privada ni el dinero. Todo es patrimonio de la colectividad.

—¿Dónde queda Ernn?

Se encuentra, junto a dos mil ciudades similares, en el interior del primer anillo. Este es hueco y encierra en su interior un inmenso territorio. Es un verdadero país. Un valle interminable, con bosques, tierras de cultivo, lagos y ríos. Si el hombre llegase un día a la subtierra, ¿podría imaginar que en el interior de aquellos extraños satélites existían grandes países?

No es la A. del magnetón. Antes ignoraba quién era yo. Ahora procede con seguridad: ya no me teme. He perdido el misterio. Soy un hombre extraviado en su mundo. Un nativo en medio de esta supercivilización. Desenmascarado. Nada de vigías que protagonizan románticas aventuras. Expuestos a tremendos peligros. Só-

lo un hombrecillo desamparado en la multitud. Ella, generosa, me alarga una mano. Me invade una oleada de rabia.

—Por desgracia no puedo quedarme mucho tiempo contigo. Tengo una labor que cumplir. Pero te indicaré los medios para que estés en condiciones de vivir sin gran peligro.

—No te preocupes. Olvídate. Anda a juntarte con tu amigo.

Mis sentimientos son otros. Estoy a punto de insistir. La plaza está solitaria. La gente apenas se divisa entre los árboles, a lo lejos. Los hombros de la mujer, húmedos con la neblina, fulgen suaves.

—Estás molesto conmigo, ¿no? Poco en común tienen los hombres con los cronnios. Uds. son unos niños: impetuosos e irresponsables. Primero debes conocernos.

Me oprime la mano. Hay una suave expresión en su rostro. Me desarma.

—No quiero atemorizarte: corres peligro. En Cronn no son bien mirados los extranjeros. A eso se debían las precauciones de L.

Sí: soy un fugitivo. Vuelve la realidad. Nada temo, no obstante. Poco me preocupa el futuro. Pero ella sí.

—¿Sólo volviste para ayudarme?

Asiente.

—Me gustas, ya te lo dije. Pero los cronnios pensamos y sentimos de otra manera.

—¿Cómo hacen el amor? ¿Por telepatía?

Ríe.

—No nos entregamos tanto, simplemente. Olvídate de eso. No es el momento más oportuno, ¿verdad? Cualquier cosa que sucediera entre los dos podría atarte a mí. Y eso sería fatal.

Se pára. Me aproximo. Ella me mira sin bajar los ojos.

—Debemos evitar los sentimentalismos. No debí volver en tu busca dado tu especial modo de ser. Pero no podía dejarte así. ¿Ves? Si no me hubieses gustado no ha-

bría vuelto. De algo te ha servido conocerme. No me pidas más.

Su rostro bello y triste. La atraigo hacia mí. Se separa con suavidad.

—¿Qué temes? ¿Es peligroso que te vean conmigo?

—No. Nadie podría acusarme de complicidad. Esta ciudad es muy grande, y el anillo también, y Cronn aún más. Son mínimas las probabilidades de que pudiesen sospechar algo de mí. Excepto si me quedase contigo un tiempo largo. Pero debemos evitar que nuestras relaciones sobrepasen ciertos límites. Por tu seguridad.

—No te preocupes por eso.

—Eres un niño. Vamos. Tengo que hacer una visita más. Pero antes te voy a dejar instalado.

—¿Qué vas a hacer después?

—Tengo un compromiso.

—¿Con tu amigo, el de la terraza?

—Podría ser.

Las hospederas: garitas de primoroso aspecto que se suceden cada cierto trecho a lo largo de las avenidas. Desde allí es posible reservar alojamiento en cualquier edificio de la urbe. También en ellas se escucha la servil voz de Ernn. Contrasta su tono con la frialdad general de los cronnios. Mera compensación, me explica A. Ya que los cronnios han perdido la costumbre de ser amables, a sus máquinas les han inculcado buenos modales. Es gracioso oírla como habla de las curiosidades de su país. Esto se hace así, o no se hace, simplemente. No posee el criterio científico de L. Tampoco la atosigo con preguntas. Muchas son mis preocupaciones. Otro mundo. Se explica, en parte, mi estado síquico de angustia y desconfianza.

—¿Hasta cuándo podrás estar conmigo?

—Hasta mañana. Quedarás bastante interiorizado sobre las costumbres cronnias luego que te haya mostrado dos o tres cosas que es necesario que conozcas.

—¿Y después?

—Deberás esperar a que L. te encuentre. No creo que demore mucho. Seguramente ya anda en busca tuya. No entra en el edificio donde me ha reservado departamento. Me da las señas del suyo para que la llame por el televisor, en caso de necesidad. Ella, a su vez, ha tomado las del mío.

—No aceptes ningún ofrecimiento de mujeres, ¿entendido? Tienes que prometérmelo.

—Está bien.

—No salgas esta noche...

La campanada interrumpe sus palabras. Por primera vez noto algo nuevo en ella. No parece un simple són: es el producto de un coro de millones de voces ahogadas que estallan en una palabra larguísima. Y esa palabra, que se hace inteligible tal vez porque en los anillos el fenómeno es más nítido, dice: ¡crooonnnnn...!

—¿Es idea mía o la campana dice Cronn? —pregunto, sobresaltado.

—Sí: dice Cronn. De ahí deriva el nombre de nuestro país. Los primitivos pobladores creyeron que las voces de sus antepasados gritaban una vez al día el nombre de su tierra. —Añade, enigmática—: Nuestro mundo siempre nos recuerda donde estamos.

El tránsito de peatones no amaina. Nadie parece percatarse del estruendo. No obstante toda la ciudad parece quedar vibrando con él.

—Ya sabes: ningún ofrecimiento de mujeres. Duerme tranquilo. Y no pienses mal de mí. Mañana temprano te llamaré.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

—¿EL SEÑOR desea beber?

—No, gracias.

—¿Desearía comer el señor?

—Bueno, sí.

Me ofrece toda clase de guisos. Elijo varios al azar.

La terraza flota sobre una avenida color verde. Contemplo la hermosa metrópoli. Ha sido construída íntegramente de órganos-plásticos. Cintas transportadoras que corren por debajo de las calles garantizan una movilización rápida y expedita. No hay accidentes del tránsito. Las calles, durante el día, se apagan. De noche fosforescen. Siempre, de día y de noche, mantienen su coloración. Por el centro de cada arteria corre una angosta franja: la banda identificadora. Es una ciudad para cinco millones de habitantes. Los cuatro satélites contienen cerca de diez mil poblaciones similares.

¿Qué será de L.? Ernn, transportada por el anillo, ya se ha alejado de los territorios que visitara aquella tarde en compañía del terco cronnio. El aro es en cierto sentido la órbita sólida de un satélite que, al rotar alrededor de un eje perpendicular al de los planetas, permite que Ernn y las demás urbes del valle pasen por sobre todos los puntos de aquéllos cada determinados períodos. O sea, basta quedarse en Ernn para que, llegado el momento, mediante un magnetón, sea posible dirigirse en un viaje vertical a cualquier lugar de ambos mundos.

—¿El señor desea una compañera para esta noche?

—No, gracias. A propósito, ¿es posible presenciar algún espectáculo artístico o cualquier cosa así?

—Sírvase pasar a la sala de estar, señor.

Había olvidado la televisión. La especial conformación de la subtierra es privilegiada para transmitir microondas. Estas, al saltar de planeta en planeta, dan la vuelta al mundo, permitiendo que las imágenes lleguen nítidas a los puntos más remotos de ambos planetas y de los anillos. En la tierra, para conseguir un efecto semejante, se requeriría de un complejo sistema de satélites artificiales.

Ilumínase toda la pared del fondo. Crece la sala de estar: un amplio vano la separa del dormitorio. Es tan nítida la imagen tridimensional que por un momento creo que el muro se ha descorrido para dejar al descubierto un dormitorio colindante. Una mujer entra por la derecha. Me lanza una lánguida mirada, y por un instante estoy seguro que se ha dirigido a mí. Es hermosa: alta y de pelo rojo. Da la sensación que, de llamarla, me contestaría. Y que podría cruzar el vano y llegar donde ella. Tan real es la escena. La mujer vuelve a mirarme y sonrío. Luego comienza a desnudarse.

—¿Qué es esto?

—La señorita del departamento ocho, señor. Está sola. Parece que Ud. le agrada. ¿La llamo, señor?

La cronnia ha terminado de desvestirse. A la izquierda, a través de un muro transparente, se ve un baño. La pelirroja va hacia él.

—¡Basta! —grito—. ¡Terminemos con esto...!

La mujer me mira sorprendida. La imagen se desvanece rápida.

—Perdone, señor. No creí que se molestaría.

—¡He pedido un espectáculo!

—No sé a qué se refiere el señor, entonces.

Sentimientos confusos. Me invade una cierta angustia. ¿Hasta cuándo podré mantenerme así? Apenas pro-

bé la comida. Los últimos acontecimientos me han quitado el apetito. Ernn, solícita, me ofreció una docena de platos en cambio. Los rehusé. Ernn pareció evidentemente molesta por mi actitud. ¿Está enfermo el señor? ¿Desea que llame a una clínica? ¿Algo le ha parecido mal? Me ha costado bastante convencerla que sólo se trata de una vulgar inapetencia. De inmediato ha enumerado un sinfín de aperitivos, todos infalibles. He tenido que decir que no con firmeza.

—¿El señor desea tomar un baño antes de acostarse?

—No, gracias.

No tengo sueño. Sopla una brisa fresca.

—Hay una señorita en la puerta, señor.

De inmediato la puerta interior se torna transparente. Es una pantalla que refleja a los visitantes. Una muchacha rubia. Alta y delgada. Sus ojos me escudriñan sin verme a través de la hoja. Está apoyada en el marco a menos de dos metros de mí. Es tan vívido su aspecto que casi le digo: ¡adelante! Viste un traje celeste que armoniza con el color de sus ojos. I: el nombre se destaca en su placa identificadora.

—¿A qué viene? —pregunto, confuso.

—Busca alojamiento, señor.

—¡Tú se lo ofreciste!

—No, señor. Ella preguntó en el ascensor si había un departamento con un hombre solo. Y le indicaron éste.

—¿Le indicaron? ¿Quién le dio la información?

—Ernn, la ciudad, señor.

—¿Y quién eres tú, entonces?

—También Ernn, señor.

En el rostro se marca un leve rictus de impaciencia. El visor se apaga. La puerta se abre.

—¿Puedo pasar?

Una voz alta. Tratando de aparentar frialdad hago un gesto indefinible, entre asentimiento e interrogación.

—Estoy muy cansada para buscar alojamiento. —Entra, caminando con soltura. Esparce un perfume suave y

enervante—. Ud. es el único que está solo en el edificio, según lo que me informó el ascensor.

—¿La señorita desea servirse algo?

—Nada. —Se deja caer en el sofá, y me mira—. ¿O prefiere que me vaya?

Tengo que proceder con dominio de mí mismo. Ya no hay escapatoria.

—No. Puede quedarse.

Sonríe, complacida. Todos sus gestos tienen algo de maliciosos. Y de infantil.

—Vengo llegando de Ors. He tenido un día muy agitado.

—Yo también. ¿Comió?

—Sí —agrega, observándome con serenidad—: Me agrada Ud. Ha sido una suerte encontrarlo. Anoche también llegué tarde a Ors. En el edificio donde aterricé el imbécil del ascensor me dijo que había un hombre solo...

—¿Desea algo de beber la señorita?

Ordena un trago, irritada.

—Estas ciudades parlantes me tienen hasta la coronilla. Qué impertinentes son, ¿no? ¿Siempre habrán sido iguales las ciudades cronniás? Bueno: como le decía me fui para allá. El huésped era un tipo maduro, y con una cara antipática. Estaba durmiendo. No le gustó que lo despertara.

—¿Y?

—Me pidió que durmiera en la sala de estar. Estaba tan agotada que acepté —añade, con un divertido fruncimiento de labios—: Espero que Ud. no me hará dormir en el sofá.

—No. No es necesario. —“Puedo hacerlo yo”, estoy por agregar, nervioso.

Toma el vaso que trae el mozo mecánico, y sale a la terraza. Sus movimientos son felinos. No parece apoyarse en el suelo. Cada gesto suyo destaca su extrema juventud. Me posee una gran agitación. I. me llama. En la semipenumbra me es fácil disimular mi nerviosidad.

Apoyada en la baranda la muchacha lanza una lánguida mirada a Ernn.

—Me gusta esta ciudad. ¿Y a Ud.?

—También.

—Nunca he estado de día aquí. Voy a tratar de cambiar mi horario de trabajo. Estoy llegando siempre tarde a dormir. ¿Me creerá que nunca he encontrado un departamento vacío?

—Es cuestión de ir a las hospederas.

—No es para tanto —exclama, riendo—. Siempre llevo muy cansada. No me dan ganas ni de caminar unos pocos metros fuera de los edificios. Además me gustan las sorpresas. Llamar a una casa, donde se sabe que hay un hombre. Y ver cómo es. ¡Me cargan los alcahuetos por televisión!

—¿La señorita desearía tomar un baño antes de acostarse?

—Sólo una ducha.

—¿Nunca se ha arrepentido?

—¿De qué? —Sus cejas finas y negras se enarcan, interrogativas.

—Que el ocupante sea demasiado desagradable.

Se encoge de hombros.

—Nunca he conocido un cronnio tan desagradable. ¿Le ha sucedido eso con alguna cronnia?

—No.

Me acuerdo de A. y de la promesa que le hiciera. De haberse quedado conmigo I. no estaría aquí, tan suelta de cuerpo.

—Ya es hora de dormir, ¿no le parece? —Se dirige al dormitorio, anunciando con tono soñoliento—: Voy a darme una buena ducha.

—Sírvase pasar al dormitorio, señor.

Me echo en la única cama —ancha y sin ropa: el aire acondicionado la sustituye—, y trato de serenarme. Tras el ventanal, Ernn y su halo.

—Tenga la bondad de mirar a la izquierda, señor. La pared que separa el baño del dormitorio —un cristal polarizado— se ilumina. Detrás del invisible panel la muchacha se apresta a entrar en la ducha. Sonríe, entre ingenua y picaresca. Su cuerpo se esfuma bajo un manto de espuma y agua. Algo hay en aquel desenfadado modo de proceder que inspira temor. ¿Estaré metiéndome en un lío?

—¿Qué le parece la rubia, señor?

—Está bien —contesto, irritado.

—Siempre resulta mejor lo imprevisto, ¿verdad, señor?

—¿Quieres callarte?

—Muy bien, señor. .

I. continúa bañándose alegre. No parece que una pared nos separase. El agua limpia su cuerpo de espuma.

—Llaman, señor.

Me pongo en pie de un salto. Lanzo una última mirada a I.: se apresta a entrar en la cámara de aire caliente para secarse. El muro que me separa de la sala de estar se convierte en un amplio salón. No es el de mi departamento. Allí está A., de pie. Me hace un nervioso gesto para que me aproxime.

—Abandona de inmediato el departamento —cuchichea, agitada—. Van en tu busca.

—¿Cómo? ¿Quién?

—No puedo explicarte. Llámame de nuevo cuando estés lejos. Rápido. Estás en peligro.

Su figura se desvanece. Me quedo petrificado.

—¡A! ¡Espera! —Pero ya es tarde.

Abandono el dormitorio. Todas las interrogantes. No hay nada que hacer.

—¿Se va el señor?

—Sí.

—¿Qué le digo a la señorita?

El visor de la salida indica que el pasadizo está vacío.

—Que tuve que irme...

A mis espaldas la puerta se cierra en silencio. Aún aturdido entro en el ascensor.

—¿El señor desea alojamiento?

—¡NO!

—Está bien, señor. Perdone. ¿Piso?

—Subterráneo.

Segundos después camino por un amplio pasaje, que desemboca en una de las cintas transportadoras. No miro para atrás.

Estoy en una vereda que se extiende hacia ambos lados, dentro de un túnel colosal, iluminado por una fosforescencia verde. A mi derecha, dos escaleras mecánicas dobles conectan el subterráneo con la ciudad. Sube y baja gente por aquéllas. Pero no es eso lo que me deja atónito sino la manera de desplazarse de la gente. No caminan: se mueven quietas deslizándose sobre algo. Avanzan con mucha rapidez desde el fondo del túnel. De pronto disminuye su velocidad, y la corriente se detiene. El público abandona la vía, salta a la vereda y parte hacia la calle o hacia los pasajes que conducen a los edificios. Advierto que, separado por un andén central, corre otra vía en sentido contrario, de la cual también desciende una multitud que se dirige a las escaleras situadas en la vereda opuesta, al otro lado del túnel.

Impulsado por el gentío me instalo sobre la superficie luminosa. Algunos se quedan inmóviles; otros siguen su camino, y se internan en el subterráneo. Estoy rodeado de gente silenciosa. La novedad de la situación me ha hecho olvidar los recientes acontecimientos. Miro en derredor, temiendo ver ojos que me observan sospechosos. Nada: sólo la gente. Algunos conversan en voz baja. Repentinamente siento que me empujan por los pies y que me voy de espaldas. Cada vez mis piernas tienden a avanzar con mayor rapidez. Pierdo el equilibrio entre las indiferentes miradas de mis vecinos. Desesperado trato de tenerme en pie con torpes movimientos del tronco

y los brazos. Y mi velocidad aumenta. Estoy sobre una cinta transportadora.

Como acelera progresivamente, debo ofrecer un curioso espectáculo. El público, a mi alrededor, me mira entre sorprendido y risueño, apartándose con prudencia. Por último caigo a tierra. Sonrisas en los rostros de los demás.

Nuestra velocidad es vertiginosa. No se escucha ni el más leve rumor de máquinas o de roce. El desplazamiento del aire es mínimo. Me pongo de rodillas, avergonzado. Con alivio noto que otras personas se han sentado en el piso plástico. Muchos siguen en pie; otros caminan como si estuviesen en tierra firme. De nuevo la falta de niños.

El detalle me hace relegar a segundo término a I., A. y mi misterioso perseguidor. Al principio, cuando aún me creía en Polonia, su ausencia podía ser explicable. Si recién se empezaba la colonización de los territorios, no era raro que los polacos hubiesen prescindido de ellos. Pero disipada la duda acerca de los "descubrimientos polacos", el problema vuelve. ¿Dónde están los niños?

Al otro lado, en la segunda cinta, la gente atraviesa en sentido contrario a enorme velocidad. La fosforescencia comunica a la multitud un tono que podría ser siniestro de no ser por la limpieza y pulimento de las paredes del túnel.

El transportador se detiene al cabo de avanzar unos trescientos metros. Baja y sube público. Me quedo, decidido a llegar hasta el término. Además, pienso que es preferible alejarse el máximo de mi alojamiento. En cada paradero hay un paso, bajo nivel, por donde corren otros dos caminos rodantes. Con toda seguridad, éstos corresponden a las calles circulares. Se les puede alcanzar por intermedio de escaleras automáticas.

Me estoy acostumbrando a la claridad espectral,

que emana de la misma cinta. Los distintos tonos de los túneles transversales forman en los cruces curiosos efectos cromáticos.

Las paradas no duran más de medio minuto. Vuelve a deslizarse el río humano. De nuevo reparo en la quietud del aire. Seguramente, el magnetismo que impregna el subterráneo actúa sobre las moléculas atmosféricas y las desplaza junto con la cinta. Esta se extiende hacia sus dos extremos, rematando en focos verdosos. Las aceras a las cuales dan los accesos siguen ininterrumpidas a lo largo de las calzadas. La gente conversa en voz baja. Sólo un leve zumbido altera la quietud.

Pero no hay niños. Tampoco se ven ancianos. Es decir, no se notan grandes contrastes. La persona de mayor edad que he visto hasta ahora es D. Y no es tan viejo. La luminosidad acentúa la extrañeza de estos detalles. La falta de humanidad que observé en L. se refleja en cada uno de los transeúntes. Especialmente en los hombres. Aquél detalle no me preocupa tanto en las mujeres.

En nada disminuye esta impresión los cuchicheos, las distanciadas y económicas sonrisas. La cinta se detiene. Todo el mundo la abandona. Me quedo observando a los que se dirigen a las salidas. Lo funcional de aquéllas y de la cinta suavizan mis temores. Siempre lo mecánico ha sido contrapuesto a lo sobrenatural. Por otra parte todo es sobrio, sin adornos superfluos. Los fulgores de las amplias escaleras semejan corrientes de energía que resbalan por una pendiente. A diez metros no se distinguen sus peldaños. El camino se pone en movimiento. Ahora estoy solo. Miro hacia adelante. A treinta metros el transportador describe una curva. Gira en torno al terminal del andén central, y se convierte luego en la segunda vía. Un circuito cerrado. Doy vuelta alrededor de la acera divisoria: la calzada man-

tiene su anchura y su lisa superficie. Como un río que allí girase y continuara transformado en el camino de regreso. La última estación ha quedado en el lado opuesto. Debí bajarme allí. Quizá estoy en las afueras de la ciudad. Enfrento la estación inicial. Voy a cambiarme de cinta en el próximo descanso, para regresar al paradero final. Atravieso el andén divisorio, llego a la otra calle, y me encuentro entre un grupo de personas que me dedican frías miradas.

De nuevo al aire libre, en la misma avenida verde, a cuya vera está el edificio que abandonara minutos antes. La avenida desemboca en otra que circunda un enorme parque. Tras los árboles se destaca una gigantesca construcción globular, de color rojizo, bajo cuyos volados fulgen largos ventanales gualdas que rodean la cúpula. Sus pisos inferiores desaparecen detrás de la vegetación. A unos doscientos metros se distingue la planta baja del macizo. Es posible que esté en el centro de la ciudad. La calzada amarilla en la cual remata la verde es la que circunvala el núcleo de Ernn. Tentado estoy de visitarlo. Pero A. se hace presente en mi memoria. Y también I., bañándose con toda naturalidad a mi vista. Me dirijo a la próxima hospedera.

—¿El señor desea?...

—¡Nada! Ni mujeres, comida ni trago. Sólo tranquilidad.

—Muy bien, señor —Prosigue, en un tono melifluo—: ¿Quizá el señor querrá presenciar un espectáculo artístico?

—¿Ah, sí? ¡Por ningún motivo! Tienes buena memoria, ¿no?

—Ernn se esmera por atender a sus huéspedes —replika, ofendida—. Eso es todo, señor.

—Comunicame con 435, sexto, siete.

A., a menos de un metro. Al alcance de mi mano.

Está hermosa, envuelta en una bata translúcida. La miro con amargura. Sonríe.

—Mi amigo. Se le puso que tú eras un vigía que él conoció hace tiempo. No lo pude detener. Mañana te explicaré lo demás. Mala suerte, ¿verdad?

—Pésima suerte —repito con rabia, al recordar a I. Y pregunto, esperanzado—: ¿Qué piensas hacer?

—Dormir —responde, soñolienta—. Te aconsejo hacer lo mismo. Mañana nos vemos.

Pero mi sueño se ha desvanecido. Nervioso y frustrado salgo a la terraza. Hacia el norte, muy cerca, la maciza construcción despide un halo rojo.

—¿Qué es eso?

—El corazón de Ernn, señor. ¿Aún no lo ha visitado? Vale la pena conocerlo, señor.

Pronto marchó por un camino de grava bajo los árboles.

El edificio. Allí nacen dos amplias escaleras mecánicas. Ascienden por el interior de una galería roja que desaparece en lo alto. Fulguran los escalones con reflejos sangrientos. Avanzo. Varias personas me han precedido, y sus figuras, envueltas en el fulgor, se esfuman en la altura. En un peldaño, ancho como una plataforma, inicio la subida. Mis acompañantes más próximos son jóvenes. Por la escalera vecina regresan varios muchachos. Miro hacia arriba: la escalera interminable. Aquella galería parece el interior de una arteria: la escalera, el torrente sanguíneo. La fosforescencia roja me provoca una especie de somnolencia.

No. No estoy en una escalera. Bajo mis pies, un río de sangre, que me arrastra hacia el corazón de Ernn. Las personas que van delante: espectros que ascienden veloces por el espacio. Los detalles de las gradas y del pasillo se funden en un sólo túnel de sangre que late acompasadamente. Trato de salir de mi estupor. Vano intento. Algo que emana de la luz o de las paredes me

ha inmovilizado. Las imágenes se desvanecen. Sólo una pantalla escarlata se extiende ante mí.

Un ruido profundo y acompasado. Latido que aumenta en intensidad. El foco verde que brilla. La luz se agranda. Sin darme cuenta me aproximo a ella. El latir. El pulso. El corazón de Ernn. Doy un paso. Salgo de la escalera. Avanzo por el interior de lo que debe ser una gigantesca cúpula. Mis ojos fijos en el verde fanal que flota en el vacío. El latido resuena. Súbitamente cesa. Corto silencio. El latido. El pulso.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

ERNN: ciudad de Cronn. CLVIII ciudad del primer anillo.

Visión del anillo. Una llanta metálica de superficie rigurosamente pulimentada. Un cuerpo geométrico de sección rectangular. Es hueco: mide doscientos ochenta kilómetros de ancho por veintiocho de alto. Sus paredes, altísimas cordilleras. Muros oscuros y lisos. La de arriba es transparente. Vista por fuera es un espejo donde se reproduce una franja de la carta geográfica de la corteza. El interior del aro: un valle sin fin. Un aeroducto cuyo suelo está formado por una capa de tierra seleccionada. Sobre ella la atmósfera, que llega hasta el techo translúcido, catorce kilómetros más arriba. Un territorio feraz. Selvas, bosques y montañas. Tierras de labranza. Lagos y lagunas. Ríos bien canalizados. Navegándolos, se puede dar la vuelta al mundo a ciento ochenta kilómetros de altura. Doce millones setecientos diecinueve mil ochocientos cuarenta kilómetros cuadrados. Suficientes para abastecer a las poblaciones sin recurrir a los planetas.

Ernn: visión panorámica. Su exacta posición en el anillo. Rectos caminos que nacen de su última calle, la unen a las demás urbes. Caminos que siguen a través del valle, circunvalándolo. Ferrocarriles subterráneos que circulan por tubos al vacío, aseguran su comunicación con todo el aro. La conectan con los centros de producción. Estos, automáticos, situados lejos de la ciudad,

son los únicos donde interviene la mano del cronnio. Este siembra, cosecha —ayudado por máquinas— y conduce la materia prima a las elaboradoras. De allí parten a Ernn, ya transformadas en productos.

El corazón de la ciudad. De aquí nace la red de tubos neumáticos —el sistema circulatorio— que distribuye a cada uno de los edificios, automáticamente, alimentos, enseres, prestación de servicios, etc.

Bajo el corazón, la Mente. La Mente regula. La Mente vigila. La Mente dirige toda la ciudad. Cada edificio reclama sus provisiones antes que se le terminen: el tubo se las lleva. Desde el subsuelo de aquéllos, otro sistema distribuye a cada uno de los departamentos.

Almacenes, tiendas y mercados. Conectados a los edificios y al corazón. De cualquier departamento pueden solicitarse sus servicios: la red satisfará la demanda.

Cualquiera falla, cualquiera irregularidad, cualquiera falta de cortesía: ¡reclamad a la central!

La movilización: cintas transportadoras que se deslizan sobre polos magnéticos. No descansan jamás. Tomadlas en cualquier barrio y podréis recorrer toda Ernn.

¿Necesitáis volar? ¿Queréis recorrer la ciudad, sus alrededores y el anillo por el aire? Id al edificio más próximo: en su azotea hallaréis magnetones. ¿No los sabéis conducir? Ahí están las profesoras automáticas: máquinas cuadradas que se alinean contra una baranda en todas las terrazas.

Aquí están los museos, donde se guardan los sagrados principios de la colectividad. Aquí las clínicas. Aquí los restaurantes.

¿Queréis salir del anillo y dirigiros a los planetas? Tomad los magnetones cuando llegue el momento y dirigíos a la más próxima salida. Cráteres de mil metros de diámetro, sitios a lo largo de todo el valle, cerca de las ciudades, desembocan en la pared inferior del aro. Los accesos: enormes tapas circulares que se abren y

cierran por magnetismo, periódicamente, para evitar la más mínima pérdida de aire.

Esta es Ernn, CLVIII ciudad del primer anillo.

¡Respetadla y ella os servirá leal y sumisa!

Estoy bajo una enorme cúpula rojiza, sobre una cinta transportadora que gira con lentitud en derredor de un foso central. Tomo una escalera de bajada. Por la vecina suben varias personas. Siempre los ojos fijos.

El tránsito urbano. ¿Quiénes son los cronnios? ¿Qué hacen? ¿Por qué su silencio? Un salvaje trasladado brusca-mente a una metrópoli: eso soy. Siglos de cultura sedimentada. Siglos de vivir en ciudades como Ernn. Siglos de disciplina síquica. Una brisa fresca aquieta mis nervios. En el cielo, más allá de la neblina iridiscente, está la cubierta diáfana. ¿Quién había hecho todo eso? ¿Los titanes? Parecía una tarea gigantesca aún para ellos. El hecho de que hubiesen actuado en un planeta de baja gravedad, según L., la hacía más comprensible. Colocar un techo de doscientos ochenta kilómetros de ancho. Si los anillos son de origen natural, bien pudieron los titanes limitarse a darles su actual aspecto y función: estuches herméticos, en cuyo interior corría un valle de mayor tamaño que los EE. UU. Allí los herederos de los gigantes habían levantado dos mil ciudades como Ernn.

Cronn nada tiene que ver con el mundo superior. La corteza terrestre vuela en mil pedazos, y surge de sus entrañas un nuevo planeta rodeado de anillos. Habrían podido hacerlo.

El restaurante está en una terraza, en el segundo piso. Lo he elegido al azar. Tengo hambre.

Las mesas, para dos y cuatro personas, se ven bastante separadas entre sí. Se nota que aquí los restaurantes

no persiguen fines de lucro. Me instalo al lado de la baranda, junto al parque.

A pesar de lo avanzado de la hora, varias personas están comiendo. A través de un cristal percíbese un salón. La iluminación es suave; deja los rostros de los demás en la penumbra. A mi izquierda, la ciudad se proyecta con su infinidad de rascacielos perforados de luces; deja oír su zumbido de colmena, interrumpido a veces por su apagada respiración.

Hago mi pedido al mozo mecánico, y aguardo. La silueta de I. vuelve a mi mente. También A. No me quedan ánimos para insistir con las cronias. A. tiene razón. Debo esperar. De lo contrario, todo me saldrá al revés. Tal vez ha sido preferible que lo de I. haya tenido un desenlace tan poco afortunado. Pude meterme en un lío. Había empezado bien. Pero, ¿habría podido mantener la farsa hasta el final?

Para ser un restaurante, poco o nada en común tiene con los que conocí en Chile. No se oyen risas ni conversaciones; no se ven rostros congestionados, ni mujeres que miran a hurtadillas. Los diálogos se mantienen en voz baja. Las risas jamás sobrepasan un tono discreto, cuando llegan a producirse.

El hombre aparece cuando empiezo a comer. De inmediato llama mi atención. Es alto y delgado; viste uniforme gris oscuro. Toma asiento al lado de la baranda, separado de mí por una mesa. Entonces veo su rostro. Muy pálido: ojos rodeados de negras ojeras que se destacan en su cara hierática.

Varios comensales lo observan. Hacen comentarios en voz baja. Hasta me parece percibir en dos de ellos algo como preocupación. En ese preciso instante me lanza una rápida ojeada. Destellan sus ojos, y, por una milésima de segundo, me siento traspasado. Luego se inclina sobre la mesita rodante, y ordena su comida. Parece olvidarse de mí.

El incidente me ha intranquilizado. Siento un impulso incontenible de marcharme de allí. Me contengo,

y sigo comiendo, lanzando disimuladas miradas al hombre. Sobre su pecho, a pesar de la distancia, distingo su placa identificadora que se destaca por su tamaño. Técnico. Las demás cifras son ilegibles.

¿Policía? Nada había dicho Ernn sobre ella. ¿Sería un agente? Su aspecto inspira desconfianza. Ese es el sentimiento que creí percibir en los comensales, a pesar de su frialdad.

Trato de desentenderme de él, a pesar de que lo tengo al frente. Me inclino sobre el plato. Una extraña sensación me obliga a alzar la vista: el Técnico ha clavado sus ojos en mí. Me escruta impasible, sin que un sólo músculo de su cara esté alterado. Nervioso miro en mi derredor: la gente sigue comiendo tranquila. El segundo plato. El Técnico continúa observándome. Un centelleo hipnótico riela en sus ojos. Sin pensarlo dos veces me levanto y, paso a paso, me dirijo hacia la rampa. Ya oigo una voz dura que me conmina a detenerme. Al llegar a la salida, doy un vistazo al hombre. No deja de mirarme.

Segundos después avanzo por la calle. Por la primera escalera bajo a las cintas transportadoras. Miro hacia atrás. No distingo al Técnico entre la multitud. La vía se pone en movimiento. ¿Tendrá algo que ver este personaje con el peligro que me advirtiera A.?

—¿Quiénes son los Técnicos?

—Los que dirigen Cronn, señor.

—¿Cómo así? ¿Qué dirigen?

—Las ciudades, las máquinas, todo.

—¿Qué es "todo"?

La voz calla. Insisto. El mismo silencio. Otra pregunta sin respuesta. ¿Por qué?

Los ventanales de Ernn me escudriñan a través de la terraza.

Me he serenado. Mi situación no puede seguir así, indefinidamente. ¿Qué será de L.? Sólo ahora comprendo la falta que me hace. Aún no estoy recuperado por completo de los efectos del narcótico. ¿O he cambiado?

No hay duda que mis reacciones son opacas. Siempre fui nervioso. ¿Regresaré algún día a la superficie? Me encuentro en condiciones de encarar con entereza las posibles conclusiones. Ha desaparecido en parte la sensación de estar viviendo un sueño. Poco avanzo sin L. Pero debo partir de la base de que lo volveré a encontrar. Posiblemente, A. me ayude a ello.

¿Volveré a Chile? Los habitantes de este mundo nunca lo consentirán. Ha pasado la peor parte de la aventura. Alejado de Chile, hallarme en Polonia o en Cronn resulta lo mismo. Hay, no obstante, un hecho que me favorece: los cronnios se han visto forzados a justificar su error. L. y D. —hay otro en el secreto que aún no conozco— necesitan que las autoridades cronnias ignoren que X. ha huído. O sea, nadie en Cronn sabe que no soy X. Claro que esta confidencia también se la he hecho a A. ¿Habré procedido bien? Después de todo, ¿quién es A.? Pero su imagen, al volver a mi memoria, me inspira confianza.

Nadie debe saber que X. ha intentado escapar. Puedo entonces comenzar una vida nueva, bajo circunstancias favorables.

¿En qué consistirá mi oficio? ¿Qué deberé vigilar? Por cierto que no es el campo experimental que mencionó L. De nuevo el mundo subterráneo. De ahí debo partir. Cronn nada tiene que ver con la tierra. Está separada de ella por mil kilómetros de granito. ¿Cómo se va a la superficie? ¿En qué forma llegó X. a Chile? ¿Por dónde me trajeron? Tiene que existir algún camino. L. me había hablado de él en el villorrio de la Calavera. Una senda muy bien resguardada. Un camino que traspasa la corteza, sorteando bolsones de lava, pantanos en ebullición. Zonas donde la gravedad está alterada. El infierno. Los cronnios deben utilizar un vehículo hermético, una especie de tanque. Puras divagaciones. A., alegando ignorancia, también había rehusado darme explicaciones. Y entonces pienso que los vigías son los encargados de custodiar esas salidas. Eso tiene que ser. Siendo así, y con

un poco de suerte, algún día se me presentará la oportunidad de ir hasta la superficie. O mejor aún, L. y D. me permitirán regresar. Porque, ¿habría alguien arriba que diese crédito a la historia de los planetas interiores?

L. pudo ser sincero al decirme que sería devuelto a mi patria. Recapturarían a X., y yo volvería a ser Hernán Varela. Tal vez, para asegurar mi silencio, los cronnios estuviesen dispuestos a darme dinero. Probablemente aquellos fuesen los planes últimos de los cronnios: volver a Chile, apoderarse de X. y devolverme la libertad. Sí: aquél tenía que ser su proyecto. De ahí su interés en conservarme vivo.

Pero, ¿y si X. hubiera huído? Ha tenido tiempo de más para abandonar la personalidad de Hernán Varela y buscarse una nueva. ¿Cómo no pensé antes en eso? X. tiene que haberlo hecho. No podía ignorar que sus compatriotas volverían a buscarlo en cuanto descubriesen su truco. ¡Hernán Varela ya ha desaparecido de Santiago! X., hombre de infinitos recursos, debe haber abandonado su disfraz. Cuestión de fraguar un viaje al extranjero. Nada más.

La historia que me relató L. en la clínica. El plazo que los cronnios —polacos en esa época— tenían para recuperar a X. ¿Cuáles serían las causas de aquél? Otra vez la subtierra. Mientras no sepa a qué atenerme sobre ella, todas mis disquisiciones son ociosas. En todo caso, mis posibles alternativas redúcense a dos: que los cronnios me devuelvan a Chile, o que me vea condenado a representar el papel de mi antecesor por el resto de mis días. Siempre que el secreto de la sustitución no haya sido descubierto. Porque entonces . . .

—¿Algún recado para mañana, señor? ¿A qué hora desea que lo despierte?

Salgo a la terraza a echar un último vistazo a Ernn. Continúa el ir y venir de peatones. Vuelvo al dormitorio.

—¿Quiere oscuridad, señor?

Ernn desaparece bruscamente, hundiéndose en las sombras.

—BUENOS días, señor. Le espera un día hermoso. ¿Qué se va a servir de desayuno?

Me doy un largo baño. Chorros de agua pulverizada se deshacen contra mi piel produciéndome un infinito bienestar. Me visto, y tomo el desayuno.

De súbito recuerdo a I. Por un impulso inexplicable pido que me comuniquen con ella. Frente a mí se materializa la figura de la muchacha. Me mira con una indefinible expresión.

—Este... quería explicarte... —empiezo.

Se encoge de hombros. Sin dejar de observarme, su silueta se desvanece en silencio. Sus ojos son los últimos en desaparecer. Asunto concluído. Huelgan las explicaciones.

La calle se curva a lo lejos. Los cronios van y vienen. Varios miran el cielo.

Un cruce. Ernn, transportada por el anillo —un valle rodante—, va llegando al polo. La blanca llanura, delineada por un canal circular, aparece atravesada por oscuros arcos. Ernn aún no se encuentra bajo el vértice. El relieve y simetría de los anillos que surcan pesadamente el espacio. Sólo la gravitación los sostiene. Ideas vagas y confusas.

En una tienda de artículos ópticos me premuno de prismáticos. Basta pedirlos por un micrófono, y allí están.

Una cruz de seis brazos —cuatro plateados y dos negros— comienza a extenderse contra la zona alba. Algu-

nós cronnios se detienen a observarla. Otros, la mayoría, la ignoran. Una rápida mirada, cuando mucho. En la azotea hay tres personas contemplando el cielo. ¡La cruz ha desaparecido! Sólo una cinta negra divide el continente polar. Es la cara inferior del segundo anillo. El tercero y el cuarto, regidos por la corteza, se han esfumado. Miro a los cronnios. No les ha llamado la atención el fenómeno. Tampoco advierten —por suerte— mi ofuscación. ¿Qué ha ocurrido? Recorro el cielo con el prismático: nada. Los brazos plateados no están. Vértigo. Veo todo envuelto en una niebla. Y entonces... Ernn lo dijo: la cara superior de los aros son espejos. Me recupero. Sí: en el tercer y cuarto anillo se reflejan, en este instante, los territorios polares del planeta central. Blanco sobre blanco. Minutos antes, al observar los satélites, había visto sus paredes laterales. A medida que Ernn se aproximaba al vértice, aquéllas se hicieron más delgadas, y desaparecieron cuando la ciudad llegó bajo el punto de intersección. Yo estaba en el ascensor. Lentamente perfilanse cuatro líneas negras que se cruzan con la silueta del segundo aro. Son las paredes opuestas de los dos satélites. Ernn sigue su marcha, y se aleja del vértice. Fuera del polo, los dos espejos —que se distinguen por un borde— retratan una franja de los continentes inferiores. Un canal, que comienza en el linde del tercer anillo, desaparece bruscamente en el vacío. El mapa de la corteza está atravesado por una carta geográfica de orillas paralelas; se interrumpe en el polo, y reaparece en su lado opuesto hasta hundirse en el horizonte. Lo mismo sucede con el cuarto aro. Desde allí los cronnios, cabeza abajo, contemplan el mismo espectáculo. Pienso que, con un telescopio y fuera del anillo, podría verme a mí mismo escrutando el cielo.

Me deshago de los prismáticos y los echo en un tubo recuperador. Este lo conducirá a la Central. Allí la Mente, que todo vigila, se encargará de devolverlo a una tienda de artículos ópticos.

Es una hermosa ciudad. Limpia y de bellos colores.

Marcho por el centro de la avenida. De tarde en tarde la calle parece transformarse en una criba. Abrense los innumerables poros del plástico y aspiran profundamente. Además, las aspiradoras laterales engullen cada cierto tiempo los escasos desperdicios. El detergente y lustrador combinado complementan el aseo humedeciendo las arterias a grandes trechos. Camino sobre una piel.

El deambular de los cronnios tiende a disminuir. Gran movimiento de magnetones en el cielo. Esferas opalinas que cruzan raudas, destacándose apenas contra la corteza. Todo en silencio. El cruce ha quedado atrás. El planeta superior es una tela floreada. Limpieza y resplandor en todos los detalles. Sí: Cronn es un mundo limpio. Pero detrás de aquella pulcritud se oculta la amenaza.

Las fuentes que lanzan chorros caprichosos a enorme altura. Y entonces . . . Los niños siguen ausentes. Me dedico a corroborar el detalle. No se ve ningún chico. Como en el pueblo.

La sastrería. En un cuarto pequeño un sastre mecánico e invisible toma mis medidas mediante sutiles instrumentos y pantallas. Se abre una especie de guardarropa, y allí está mi atuendo. No ha sido confeccionado especialmente para mí. El sastre se ha limitado a pedirlo luego de verificar mi talla. El tubo neumático ha hecho el resto. Es un uniforme azul, sobrio y cómodo. Me servirá, además, para despistar a mis probables perseguidores. En Cronn los hombres no se destacan por su elegancia. Sólo las mujeres exhiben mayor variedad de vestiduras.

—¿Has esperado mucho? —La cronnia lleva un vestido más recatado.

Nos dirigimos al próximo paradero de cintas. Repara en mi flamante tenida. Le informo que he visitado el corazón de Ernn. Pero nada le digo sobre la repentina llamada que le hiciera a I.

—Eres casi un cronnio —comenta.

La escalera automática. No tomaremos los transportadores. Un tercer juego de escaleras nos lleva más abajo.

—¿Qué son los Técnicos?

—¿Has visto alguno? —pregunta, con un leve sobresalto.

Escaso público. Una amplia galería. En la pared que enfrenta el acceso se destaca una serie de puertas. Cuando le narro el incidente del restaurante me insta a hablar en voz baja. Nadie repara en nuestro confidencial coloquio. La galería, reluciente, iluminada por la delicada fosforescencia del cielo raso, presenta sobrios dibujos. Impresiona su amplitud. Es una de las estaciones de trenes subterráneos.

Los Técnicos son los que tienen la responsabilidad del funcionamiento automático de Cronn. Reciben una educación especial, sometidos a una férrea disciplina. De ahí su curioso aspecto.

—¿Curioso? Diría fatídico.

Movimiento entre el público. Luces de diversos colores se encienden en las puertas. Estas se abren. Cruzamos un corto pasillo que desemboca en otro larguísimo, perpendicular al primero. Siempre la tenue iluminación que, no obstante, permite ver hasta los menores detalles. Apagadas exhalaciones de compresoras. Tengo la curiosa impresión de hallarme herméticamente aislado del exterior. A ambos lados del pasaje hay puertas. Un confortable camarote: cómodos sillones transformables en camas. Un minúsculo cuarto de baño. También, una pantalla de gran tamaño que semeja una ventana.

Una fuerza invisible me empuja con suavidad contra el respaldo del asiento. Por el tubo al vacío el "subte" resbala como un proyectil impulsado por los polos magnéticos.

Oprimo una mano de A.

—¿Siempre tienes que aferrarte a las mujeres?

—Toda la vida.

En la pantalla relucen líneas y puntos, que forman una especie de mapa. Es el itinerario del tren.

—Dnak. —musita A. en un micrófono. Luego contesta un comentario mío—: Los cronnios son amigos de la intimidad.

—¿Todos los vagones están divididos en camarotes como éste?

—Todos. Los bienes materiales sobran en Cronn.

Siempre es posible encontrar departamentos disponibles, tanto en las ciudades como en los ferrocarriles. Nunca faltan los magnetones en las terrazas. Sobra la comida y el vestuario.

—Y siempre encontrarás una mujer dispuesta a compartir estas comodidades —concluye, en un tono indefinido—: Sobran las A. y las I.

—¿I.? ¿La conoces?

—Anoche tuve el gusto de escuchar su voz, por lo menos.

—¿Cómo?

—Mi amigo nada sospechó. Pero yo sí. En la imposibilidad de prevenirte contra todas las acechanzas cronrias, pedí una comunicación confidencial con tu departamento. Tú no te diste cuenta. I., que estaba tan deseosa de dormir, tampoco. Y escuché vuestra amable charla.

—¿Por qué lo hiciste?

—Para defender a mi buen X. de tentaciones. Aunque sé que tú no deseabas ser defendido de I.

Se recuesta. Entrecierra los ojos, al proseguir:

—No te desanimes. Con el tiempo, si todo resulta bien, no te faltarán amigas comprensivas y libres de prejuicios.

—¿Por qué hablas así?

—Vienes de un mundo donde existen cosas que aquí han desaparecido. Somos mucho más distintos de lo que crees.

En Cronn sólo se convive, prosigue A., cansada. Todos colaboran por el bienestar de la colectividad. Se desconoce el egoísmo. No existiendo el matrimonio ni la familia, el cronnio es libre para hacer lo que le plazca. Siempre que no perjudique los intereses colectivos. No

hay mujeres feas ni hombres sin atractivos en Cronn. Todos somos más o menos iguales. La voz de A. resuena extraña al decir aquéllo.

—Trabajamos duramente. No hay tiempo para el amor: sólo para convivir.

Fulgen las paredes plásticas. Se espesa la atmósfera del camarote. El expreso engulle espacio en el vacío. Una bala que jamás abandonará el ánima de su cañón. Comodidad, limpieza, funcionalismo. Tras ello, una gran frialdad. La gente: meros accesorios de aquél fabuloso poderío económico. La ocurrencia se esfuma rápida. Pero queda latente en el fondo de mi conciencia.

—¿Y los niños?

—En salas-cunas. A cargo de personal especializado. Son engorrosos dentro de un pueblo que trabaja.

A veces la fuerza me empuja hacia adelante. Una estación. De nuevo la inercia. Nueve mil kilómetros por hora. El ferrocarril se desliza por las tuberías de la gran máquina cronnia. Transporta en silencio a sus callados pasajeros. Va y viene. Se para. Vuelve a resbalar. Todo controlado desde la distancia. Un Técnico de expresión hierática y profundas ojeras mueve palancas y conmutadores. Sus ojos penetrantes escrutan diales, barajan ecuaciones, miden el tiempo. Las imágenes desfilan veloces por mi imaginación.

—¿Qué labores le quedan a los cronnios por realizar si todo es automático?

La verdad es que todo el mundo podría descansar en Cronn, me explica A., con desgano. Sería posible vivir sin trabajar. Pero la colectividad, temerosa de la corrupción, ha limitado el automatismo. Además de protegerlos contra la degradación, la fuerte disciplina a que se encuentran sometidos los cronnios impide que el progreso se estanque.

—L. te explicará todo eso algún día—. Decididamente, hay tópicos que la aburren.

—¿Sería posible que tú me ayudaras a localizar a L. o D.?

—¿Conoces su clave identificadora?

Se refiere a las cifras que van estampadas en la insignia. Advierto que A. no lleva la suya.

—No.

—Es imposible hacer lo que pides, entonces. Pero ellos podrán localizarte llegado el momento.

De pronto se me ocurre pensar que A. está en connivencia con L. Es una sospecha imprevista y repentina. L. pudo dejarme escapar adrede. La mujer apareció de manera providencial.

—Tú conoces a L.

—Estás equivocado —replica con tranquilidad—. No conozco a L. ni a D. Tampoco sé qué planes tienen respecto a ti.

Brillan sus ojos suavemente.

—¿Planes? No entiendo...

—Tú me contaste una historia. Yo te la creí. Pero a mí no me consta que la historia que L. te contó sea verdadera.

Acentúase la irrealidad del ambiente. Un ligero escalofrío me sacude. Ella es la que me coge la mano ahora.

—Nada temas. Los cronios no acostumbramos a inmiscuirnos en la vida del prójimo. En tanto más solo andes, menos riesgos correrás.

—Procedes de un modo extraño.

—Piensas eso porque desconoces nuestra mentalidad. Es posible que haya hecho cosas que te han herido. Pero no he tenido tiempo de trazar un plan para adaptarte a nuestro medio como L. Además, no serviría para eso. Soy poco aficionada a pensar. Me has caído en gracia. De lo contrario te habría dejado solo.

De nuevo una gran debilidad.

—Tú no te das.

—Las cronias nunca se dan.

—¿Y tu amigo?

Sonríe. Sus labios rojos y húmedos. Un poco abultados. La escena en el magnetón. Me revuelvo inquieto.

—Dale con lo mismo. No tengo amigos. El de anoche lo conocí en la terraza.

—¿Y por qué te fuiste donde él entonces? —A duras penas contengo mi furia.

—Convivencia, simplemente. —Lo dice sin cinismo.

—Pero conmigo no convives.

El aislamiento del camarote. Los sillones. El silencio. Mi vista se oscurece. Su mano me acaricia el pelo. Experimento una gran sensación de alivio. Y dulzura.

—Es lo único que he hecho desde que volví en busca tuya.

—¡No es ésa la colaboración que quiero!

—¡Cálmate! Eso lo encontrarás en todas las cronias, cuando llegue el momento.

—Sólo te quiero a ti.

—Dnak —dice una voz seca.

—Nada de impulsos. —Se desprende de mí.

—¿Y cómo lo hacías con tu amigo anoche?

—Telepatía —exclama riendo. Y añade con un tono de reproche—: Eres bastante grosero, ¿no?

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Dnak: selva umbría y esbeltos edificios.

Flores de raras formas y colores. Las calles cruzan a gran altura sobre la foresta. Puentes audaces que sólo se apoyan en los rascacielos. Estos se yerguen en medio del inmenso parque, apoyados en robustos pilotes por cuyo interior circulan ascensores. Salvajismo y civilización. Un colorido intenso y un perfume enervante emergen de la urbe. Las construcciones están dispuestas en círculos concéntricos, delineados por las calles aéreas. A ambos lados de éstas los rascacielos —más altos que los de Ernn— dejan entre sí grandes espacios abiertos. Y abajo la selva. Canales serpentean entre la espesura. Verdes prados. Debajo del manto agreste corre el alucinante sistema de cintas transportadoras.

—¿Te gusta?

La visión de la urbe: fantasía descabellada. Sólo una incalculable riqueza ha sido capaz de concebir y realizar Dnak. Los anillos que ruedan alrededor de los planetas. La corteza que se desplaza lenta en el cielo, con sus océanos y continentes.

—No te quedes así embobado. Recorre la ciudad sin aparentar asombro, mientras yo hago mis visitas. Si quieres baja al parque y me esperas allí.

—¿No hay fieras?

Ríe.

—Creo que no. Encontrarás de todo. Cualquier cosa que necesites no tienes más que pedir las a las proveedoras.

Las márgenes de una laguna. Hojas de un verde intenso inclínanse sobre las aguas. Las flores exhiben corolas de tamaños monstruosos. Un jardín de mutantes. Bajo el agua se deslizan extraños peces. Aves semejantes a zancudas me miran desaprensivamente.

Me tiendo sobre el césped aterciopelado. Rumor de hojas agitadas por la brisa. Piar de pájaros. Pero arriba, a poca distancia, atraviesa una calle plástica bordeada de jardines. Y a través del paisaje selvático aparecen los bellos edificios. Una perfecta amalgama entre la naturaleza y la obra del hombre: el rascacielos y la selva. Pronto me duermo.

La escalera, disimulada entre las plantas, me traslada al subsuelo. Una galería que va a desembocar en las cintas transportadoras. Tiendas de comestibles. No hay nadie. Sobre mi cabeza extiéndese la selva. Los cronios gozan con los contrastes. Desde el fondo del pasaje llega el murmullo de los transeúntes. La suave fosforescencia. Desde un televisor me comunico con A.

—¿Dormiste?

—Un poco. ¿Nadie viene aquí?

—Únicamente después de las horas de trabajo.

—¿Y los niños?

—Las grandes ciudades son para mayores.

—¡Ah!

—¿Quieres darte una zambullida antes de almorzar?

El agua me sienta bien. Me devuelve los ánimos. Hasta me pongo optimista. Con lo que podría esperarse de la moda cronnia, los trajes de baño son discretos. Pero en las proximidades dos mujeres y una pareja se bañan desnudos. Chapalean sin gran alborozo. A pesar de todo el parque es solitario. Tendría que bajar toda la ciudad para que se mostrara poblado.

Almorzamos recostados en el pasto. ¿Qué hay tras

tanta belleza y comodidad? Salta la interrogante de tarde en tarde. Entonces todo parece ponerse al acecho. Miro a la cronnia. Como siempre está cerca pero lejana. Sonríe a veces. Otras, me observa pensativa.

—¿Quién construyó todo esto, A.?

—¿Qué cosas?

—Los anillos.

—Son naturales, que yo sepa.

—¿Tan simétricos? ¿Con ese techo transparente?

—Hubo una raza antiquísima que los trabajó y les dio su forma actual.

—¿Los primitivos pobladores de Cronn?

—Sí: la raza de titanes de que te habló L. —asiente, con lentitud.

—¿Cuál es tu trabajo?

—Inspectora.

Cada vez que ocurre un caso de percepción extra-sensorial A. u otra inspectora acuden al lugar del hecho. Verifican y toman nota de todos los fenómenos externos que pudieron influir en la percepción: calor, presión atmosférica, luminosidad, magnetismo, etc. Además, hacen una especie de reconstrucción de la escena. Es una labor de tipo estadístico. Los datos así reunidos los envía al laboratorio. Tampoco se explaya mucho sobre la naturaleza de tales investigaciones. Sólo me explica que en Cronn se efectúan importantes trabajos en ese campo. Por lo demás sus actividades son de carácter rutinario. Las desarrolla dentro de un sector que comprende tres ciudades del primer anillo, que incluye Dnak y Ernn.

—¿Qué hacías en el pueblo?

—Cuando dispongo de ratos libres me agrada ir a los continentes.

—¿Te gusta tu trabajo?

Hace un gesto de indiferencia.

—Tengo condiciones para él.

—¿No te agradaría criar niños, por ejemplo?

—No. —Su tono se endurece instantáneamente.

—Por lo visto las cronnias tienen poco desarrollado el instinto maternal.

—No creas. No sólo los niños lo necesitan. Somos muy maternales con los mayores.

—No conmigo.

—Tú eres un niño todavía. Deberían meterte en una incubadora por algunos años más.

La brisa agita las hojas y el agua. Arriba flota la calle. Más arriba, el cielo translúcido. Tras él: la envoltura de la subtierra. A veces, rumores de voces en las cercanías. Risas ahogadas. Los cronnios se hacen el amor en contacto con la naturaleza. Es decir, conviven.

En la galería A. echa la cesta y demás adminículos en un recuperador.

—¿Existen policías aquí?

—No. Únicamente la autoridad central.

—¿Qué es ella?

—Esta tarde te llevaré a un Museo. Ahí conocerás todo eso.

Un reducido número de personas marcha por el pasaje. Todo fosforece con una tonalidad rojiza. Las personas, a lo lejos, adquieren rasgos demoníacos. El amplio túnel de las cintas transportadoras. Estas avanzan veloces con su cargamento humano. Se detienen. A. se nota triste.

—¿Qué te sucede?

Está a punto de decir algo. Se arrepiente.

—Nada.

—Mientes. Te reprimes conmigo.

—Menos mal que lo puedo hacer.

El grueso del público se desliza delante de nosotros, a una prudente distancia. Nos hallamos en la parte central del transportador con respecto a las estaciones. Por lo general estas zonas se ven poco concurridas. El público se acumula frente a los paraderos. Siempre ocurre entonces que los lugares intermedios de las vías están casi desiertos. Pocos son los cronnios que se deciden a cami-

nar siguiendo el movimiento de la cinta, por cuanto quedarían separados de los paraderos al detenerse aquéllas. Pero nunca faltan personas que, como nosotros, toman las vías desde cualquier punto de las veredas laterales.

—A. No me dejes. Yo creo que tú y yo podríamos . . .

—No podríamos —me interrumpe, en voz muy queda.

—¡No significa nada para ti!

—Si fuese así no haría lo que estoy haciendo.

—¿Por qué te vas entonces?

—Porque Cronn no es la Tierra.

—¿No hay ninguna manera para que un hombre y una mujer puedan vivir juntos?

—Ninguna. Nuestras leyes prohíben la convivencia por períodos largos. Toda persona que ve una pareja junta por más de veinticinco horas debe dar la alarma. Es una obligación.

—¿Por qué?

—No me hagas explicarte esas cosas. Poco a poco lo comprenderás. Cronn es miles de años más evolucionado que la Tierra.

Ciertas instituciones desaparecen con el progreso. En especial aquellas que generan intimidad.

Me insta a caminar por la cinta hasta que alcanzamos al grupo delantero. Atrás, envueltos en la penumbra escarlata, oscuras siluetas bajan y suben al camino. Nos trasladamos a una de las cintas circulares.

—¿Y si un hombre se enamora de una mujer?

—En Cronn nadie se enamora.

—No es cierto.

—¿Por qué habría de mentirte?

El transportador se curva a lo lejos.

—Para alejarme. Podrías ser franca. Decirme: no me gustas. Me has inspirado lástima, y por eso te ayudo. Nada más.

Me mira con aire regañón.

—Si así fuese no te quedaría otra alternativa que aceptar, ¿verdad?

Me pide silencio. Estamos rodeados de personas. En

lugar de dirigirse al parque toma el pasaje que conduce a un edificio. Antes de llegar a los ascensores se detiene, y me cuchichea:

—Cuando me haya ido, recorre la ciudad. Trata de andar apurado, como si fueses a hacer algo. Si te cansas vas al parque o te encierras en un edificio.

Me da la dirección del Museo. Allí nos juntaremos.

—Cualquier cosa que te ocurra procede con naturalidad. Nadie te va a tomar preso para interrogarte.

De pronto, con un impulso repentino, me echa los brazos al cuello y me besa. Tiembla. Antes de que pueda reponerme entra en un ascensor. Espero el próximo vehículo. Cada vez me siento más solo.

I. Creo ver visiones. La esbelta rubia está esperándome a la salida del edificio.

—Qué tal, vigía —me saluda, con un tonillo gatuno.

Aparento tranquilidad. Si bien me sorprende nada temo de la mujer.

—¿Cómo me encontró?

Sonríe con dulzura.

—Cuando Ud. me llamó en la mañana averigüé de dónde se había hecho la llamada. Por mera precaución.

Me coge de un brazo, y me hace avanzar por la calle. Me invade una leve inquietud.

—Tengo que hacer. Acompañeme un rato. Ud. está con permiso médico, así es que tiene tiempo, ¿verdad?

Procede con su desenvoltura de costumbre. Todo lo hace al desgaire, como si no hubiese nada de importancia en el mundo.

—¿Y qué hizo cuando averiguó el origen de la llamada?

—Me di un buen baño. Pero su llamada me molestó un poco. Me recordó que me había dejado plantada anoche. Recién bañada y todo. Me fui donde Ud. y lo seguí. Lo vi junto con A. Tomé el mismo "subte". Dnak está dentro de mi sector. Y aquí me tiene.

—¿Y?

—La ley dice que es de mal gusto que un cronnio se junte dos noches seguidas con una morena. Y menos con la misma. Así es que esta noche tendrá que dedicársela a la pobre I.

—¿Y si tengo otro compromiso?

—Siempre que no sea con A. tendré que conformarme. Aunque reconozco los méritos de su amiga es un poco más gruesa que yo. ¿O es que no le gustan las jovencitas delgadas?

—Sí, me gustan.

—No hay nada más que decir, entonces. Espéreme en Ernn, en el mismo departamento de anoche. Llegaré tarde.

—Debo quedarme en Dnak.

—Entonces tendrás que indicarme dónde vas a alojar para ver a tu compañera.

Bajo la calzada se extiende la foresta. Varias personas marchan en las proximidades. Jardines con bellas flores bordean la calle. Un edificio. No hay nada que hacer. La ley es la ley. Pero A.: ella me está ayudando. En cambio I....

—¿Qué me dice? ¿Me espera?

—No sé.

—Eres un tipo extraño —me interpela de pronto, deteniéndose—. No me voy a meter en tus asuntos particulares. Pero una cosa te aseguro: esta noche no te juntarás con A. De lo contrario la hago vigilar.

—Está bien —digo, disimulando mi preocupación.

—Si no puedes estar conmigo qué le vamos a hacer. Me gustas, pero no puedo obligarte. Eres un mal cronnio. No debiste dejarme anoche para juntarte con A.

Sería difícil que me creyese que no estuve con ella. Prefiero no decir nada.

—Tengo mala suerte. Nunca puedo elegir. Pero por lo menos me encargaré de que esta noche A. tenga otro compañero.

—¡Eso no lo harás! —digo con furia.

—¿Qué modales son esos? —me observa sorprendida—. Nunca había visto un cronnio tan violento.

—No puedes hacerme eso —insisto, tembloroso, tratando de contener mi rabia.

—Al menos te obligaré a buscarte otra amiga —replika displicente. Antes de entrar en el edificio añade—: En el mismo departamento de anoche. En Ernn.

Desaparece. No hay oficinas en los edificios. ¿Cuáles serán las actividades de I.? Sigo avanzando por la calle. Me sosiego. I. es inquietante por donde se la mire. Pero separado de ella, A. vuelve con fuerza. Y me va a abandonar. No hay vuelta que darle. La subtierra. Mi precaria condición en este mundo enigmático. Claro que yo hice una tontería. ¿Por qué se me ocurrió llamar a I.? Eso no se lo había contado a A. Torpezas terrestres. Una estupidez sin nombre. De no ser por eso A. habría podido quedarse más tiempo junto a mí. Aunque nada hubiese ocurrido entre los dos. Sólo por saberla cerca. Ideas confusas y contradictorias. E inútiles. En Cronn no se toleran los sentimentalismos.

La luz disminuye. Frente al Museo —un edificio color crema, de aspecto imponente, que se alza en medio de una plaza aérea— me encuentro con A. Se la ve preocupada y triste.

He esperado la cita recorriendo Dnak. No he vuelto a ver a I. Tampoco lo deseo. A medida que transcurrían las horas me ha ido poseyendo una curiosa melancolía. El dejar hacer —actitud predominante de mi personalidad desde mi llegada a Cronn—, vuelve con renovados bríos. Estuve en el parque, recostado en la hierba, observando el planeta superior, hasta que su insensible desplazamiento me produjo vértigo.

Con gran calma A. escucha la historia de mi encuentro con I. Nada dice. La calle, bajo mis pies, aspira profundamente. Una hojita seca es engullida con gran vo-

racidad. También le confieso mi imprudencia: haberla llamado aquella mañana.

—Malo estuvo eso.

—¿Crees en sus amenazas?

—A mí me puede vigilar. A ti no.

El Museo. Flores hermosas y fragantes. De nuevo reparo en la falta de la placa.

—¿Qué se te hizo?

—Se me extravió anoche.— Me coge de una mano. Así transponemos el amplio portal. Solemnidad y silencio. Tristes presentimientos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL MUSEO aparece vacío. Escasa iluminación. En una extensa sala, una máquina. El foco verde. Lo miro. A. pierde materialidad. Sólo tres personas se distinguen en la penumbra verde. La voz.

Sí: al cronnio hay que prohibírsele todo para que sea capaz de valorizar lo que la colectividad le permite hacer. El cronnio es débil, y es su debilidad la que le hace crear los convencionalismos. La historia de nuestra raza tiene como protagonista al miedo. Sentimientos tan profundos como el amor y la amistad no son sino reflejos de esa sorda lucha contra el temor. El cronnio se teme a sí mismo, y teme a sus semejantes. A eso se debe que en los comienzos de nuestra civilización haya buscado apoyo en el individuo, en su prójimo. La colectividad, aún en pañales, no constituía un respaldo suficiente para él. Le horrorizaba su propia flaqueza. Sabía que sus leyes, sus principios y normas dependían, en último término, del enfoque subjetivo de quienes las aplicaban: es decir, de sus semejantes.

Esa fue la causa de que la familia llegara a constituirse en el núcleo más fuerte de la sociedad. En aquel pequeño grupo el cronnio dictaba sus normas, sentíase obedecido y compensaba las desazones e injusticias de la colectividad. Era su único baluarte, lo único real y tangible, lo único que lo impulsaba a luchar. Allí estaba su

mujer, sus hijos, su casa. La colectividad era, en el fondo, un mal necesario.

Pero el cronnio, como ser solitario y aislado, no tiene ningún valor. Le cuesta incluso encontrar un lenguaje inteligible para comunicarse. La famosa incomunicabilidad de los espíritus es el fracaso del cronnio solo frente a sí mismo. Únicamente al integrar una colectividad, al desempeñar la labor de un mero tornillo dentro de la máquina social, alcanza toda su grandeza. Porque al aislarse, por sentirse incomprendido, se convierte en un ser inútil. Es necesario que transcurran siglos de vida colectiva para que el cronnio sea libre, pues por naturaleza es incapaz de utilizar su libertad.

Los primeros grupos sociales se organizaron para defender al individuo contra los peligros que le amenazaban desde el exterior: las fieras y las tribus salvajes. En una etapa superior, desaparecidos tales peligros, la colectividad pareció perder su eficacia, pues los hombres exigían cada vez más libertad, hasta el extremo de poner en peligro la civilización. No habrían vacilado en ir a una guerra atómica con tal de asegurar sus derechos personales.

Fue entonces indispensable una reorganización para defenderse de un nuevo peligro: ellos mismos. Y para esto hubo que suprimir la gran fuente de los sentimientos personalistas: el matrimonio, que da origen a la familia y a toda su secuela de taras sociales. Fue necesario suprimir el amor y la amistad morbosa para reemplazarlos por la mera convivencia. En lugar de exigirle al individuo, el cronnio exige a la colectividad. Ella está por encima de todas las cosas materiales, y cada uno de sus miembros puede y debe sacrificar cualquier sentimiento egoísta frente a tan magnífica realidad: la raza unida que trabaja por su bienestar, y deja a un lado los intereses particulares. Un grado excesivo de amor o amistad perjudica a la sociedad. Los amigos siempre decepcionan; lo mismo las mujeres. Y toda decepción es contraproducente. Porque las consecuencias de la ruptura de un gran

amor o de una gran amistad pueden acarrear fatales consecuencias para la vida colectiva.

¿Y qué hemos logrado con este sistema? Una raza con un nivel intelectual cada día más alto. En Cronn ya no existen los arquetipos, los ídolos ni los guías. Los superdotados, los que forjaron los albores de nuestra cultura, han desaparecido. ¿Por qué? Gracias a nuestra evolución cerebral. Hemos logrado la aristocracia del talento. Y esto a pesar de aquellos que sostenían que el medio progresaba gracias a la capacidad de la minoría, que había salvado a la gran masa de la selección natural. Se temía en forma infundada que la mediocridad llegara a imponerse. ¿Por qué? Porque nadie comprendía que esa clase media, al seguir progresando como un solo bloque, mejoraría día a día su capacidad intelectual, hasta el extremo de que cada uno de sus componentes, gracias a los nuevos métodos educativos y de selección, sobrepasase en talento a cualquiera de los genios que le dio el impulso inicial.

Porque la cultura se sedimenta y pasa a transformarse en un légamo común a todos los seres.

Avanzamos por una ancha galería. Al fondo, a través de un alto vano, la luminosidad verde. A. me oprime la mano. Una solemne expresión en su rostro.

En el centro del Museo hay un enorme anfiteatro, débilmente alumbrado.

Oscuridad. Sensación de inmaterialidad absoluta. Un suave ulular. A. está junto a mí, pero distante. Cesa el ruido. Vuelve la luz. Un foco que se agranda veloz. Una gigantesca pupila que se abre. Floto a través de una galería inmensa y cilíndrica. Anillos de luz, dispuestos alrededor de las paredes del tubo. Al fondo ábrese otra compuerta con el mismo movimiento pupilar. Silencio. Una segunda galería. Algo muy bien resguardado aguar-

da tras las compuertas. No percibo la presencia de A. Pero la siento a mi lado. Cinco galerías. La rara somnolencia.

—Las Nodrizas, las Madres de Cronn —susurra una voz en mi oído. ¿Es A.? Es una voz que despierta lejanos ecos. Triste y solemne. Con un tono maternal. Aquieta y confunde.

Un cielo tachonado de soles. Es la primera impresión. De soles soñolientos, cansados de alumbrar. Pero se trata de una colosal caverna iluminada por una claridad crepuscular. Emanada de un techo de mil metros de altura, perforado por una multitud de círculos luminosos, colocados uno al lado del otro en una sucesión interminable. Fichas nacaradas esparcidas contra un paño negro.

La caverna mide diez kilómetros de diámetro. Abajo hay una ciudad radial, formada de miles de simétricas construcciones blancas, altas como rascacielos, sin ventanas, que se yerguen en el silencio como una visión brumosa. En la techumbre y paredes de los edificios se distinguen luces. Una atmósfera de clínica, recargada de antisépticos, parece emanar del paisaje. La inmensa colmena se ve desierta. Ni hombres ni vehículos circulan por las avenidas. Las solitarias calles, delineadas con hileras de focos multicolores, van a converger a una construcción central, maciza y similar a un hemisferio.

El fantasma de un vagido. Quiero salir del sopor. Trato de revolverme. De nuevo la voz. Suave y profunda:

—De aquí, de estas colmenas, nacemos. El cronnio no nace en medio de los dolores del parto. No ha sido engendrado por nuestras hembras: las cronrias son estériles.

El vagido parece transformarse en una risa ahogada. Un siniestro susurro que se desvanece lento.

—Una atrofia hereditaria impide que las cronrias den a luz un niño. La Colectividad ha burlado a la naturaleza. Ha conseguido la absoluta libertad del cronnio

para que pueda dedicar todas sus energías a engrandecer Cronn.

Cada una de las Nodrizas —las construcciones blancas— contiene mecanismos de alta precisión, capaces de reproducir el nacimiento con mayor seguridad que la hembra más apta. Nace así un producto de probada robustez y capacidad. No hay hijos de madres famélicas o padres degenerados.

La central: una majestuosa cúpula blanca, rodeada por un alero que le da el aspecto de un yelmo. Una reja, bajo la visera, se ilumina de rojo cada cierto tiempo, como el pestañeo de un ojo ciclópeo.

La voz se metaliza. Se endurece. La Máquina que grita su técnica insuperable:

—¡La Central! Aquí hay un almácigo de células generativas cronrias, abastecido periódicamente con células extraídas de cronrios y cronrias seleccionados. Porque no somos andróides. La atrofia no impide que las hembras produzcan óvulos: sólo evita que conciban hijos. Por un proceso físico-químico las células son enviadas desde la Central a las Nodrizas, para producir seres de ambos sexos a voluntad. En un medio especialmente favorable, se repite el acto de la fecundación. Luego: el embarazo y el alumbramiento. En el recinto de las Nodrizas no interviene la mano del cronrio.

La parte superior de una Nodrizas. Una luz roja, que se sucede a lo largo de las avenidas.

Durante ciento ochenta días el embrión se desarrolla en un ambiente superior al vientre de una mujer en óptimo estado de salud. Desde la Central una Mente artificial controla las diversas fases del embarazo: da a cada una de las máquinas el tiempo preciso para cada ser, de acuerdo con sus características de resistencia y adaptación. Y la Nodrizas informa a la Mente. Esta compara, calcula y saca conclusiones en milésimas de segundo, que trasmite de inmediato a la Nodrizas. Es responsabilidad exclusiva de la Mente la eugenesia y la eutanasia. Si el ser producido es inapto, la máquina lo hace morir en

su vientre, antes de producirse el alumbramiento. La Mente vigila la evolución de los embriones; lleva una cuidadosa estadística de todo su desarrollo biológico, y en cuanto aparece un progreso visible, algún factor capaz de determinar un mejoramiento de la especie, gradúa automáticamente las Nodrizas para que las próximas camadas contengan ese factor. Las ajusta a los seres más evolucionados, desechando los anteriores.

Intento sacudir la visión. Las Nodrizas, con sus vientres fecundos, crecen en la penumbra. Aplastan con su perfecto funcionamiento. La Máquina. La Colectividad. Toda la ciudad parece estremecerse con un rítmico tic-tac. Uno, dos, tres.

Pasado un período de seis meses ocurre el alumbramiento, que se materializa en el traslado del niño a otro depósito de la misma Nodriza, perfectamente esterilizado, donde la máquina lo amamanta con alimentos especialmente dosificados, de acuerdo con un programa dietético preparado por la Mente, previa consulta a los laboratorios para cada caso en particular. Lo limpia, lo acuna, vigila su salud y desarrollo.

—El control de los cronnios comienza con la concepción. —La voz se torna amenazante—. La Nodriza transmite el hecho a la Mente, la cual lo fija en una memoria central, que puede ser consultada desde la superficie.

Las máquinas llevan una ficha de vida de cada cronnio: allí anotan sus características antropológicas, fisiológicas y químicas. Ellas los bautizan. Le inyectan los reactivos identificadores y de control, y no los abandonan hasta su muerte. Porque las máquinas dan la vida y la muerte. Cada cronnio tiene un período de cien años de existencia sana y útil. Al terminar este lapso la máquina lo hace morir dulcemente donde se encuentre. Porque los reactivos que hacen que el cronnio emita determina-

das ondas permiten que la máquina "sepa" dónde se encuentran sus hijos. Y ellas son las primeras en saber cuándo éstos fallecen por causas no naturales.

A los seis meses de edad el niño, encerrado en una cápsula, es enviado a las salas-cunas. En ese instante termina la labor de la Nodriz.

De nuevo la Central. Ahora en primer plano. Reina en el ambiente una temperatura agradable. No sopla una brisa y nada interrumpe el silencio. La construcción mide doscientos metros de altura y medio kilómetro de diámetro basal. A pesar de que en su interior se trabaja febrilmente seleccionando genes, clasificándolos, analizando nuevos alimentos de mayor poder nutritivo, el silencio mantiene su continuidad. Ni el más leve rumor de maquinarias o de cualquier estrépito revelador de actividad mecánica. En lugar de una maternidad saturada de llantos infantiles, una calma serena inunda el lugar.

Una nueva caverna —sita directamente debajo de la primera—, pero mejor iluminada. Las construcciones no presentan la misma uniformidad en cuanto a dimensiones y diseños. Conservan la misma distribución radial, pero son en general de mayores proporciones que las Nodrizas.

—Las salas-cunas. El cronnio se desarrolla aquí hasta cumplir cinco años, bajo el exclusivo cuidado de las máquinas.

A través de herméticos cristales desfilan salas donde se ve a los niños entregados a sus juegos. Los más pequeños se hallan en cunas donde se les alimenta artificialmente. Todo con religiosa puntualidad. Brazos plásticos, con delicadas manos, dan vuelta a los chicos, asean sus cunas y sus cuerpos desnudos —en aquel ambiente temperado la ropa es innecesaria—, y les hacen efectuar ejercicios adecuados a su edad. Cada cuna es un completo la-

boratorio que periódicamente les toma la presión, los pesa y los ausculta, datos aquéllos que de inmediato son transmitidos a la Central para su verificación y control. Cualquier llanto desusado es oído por la Mente a través de micrófonos ultrasensibles, y Ella subsana la anormalidad en fracciones de segundo.

En otra sala los niños aprenden a caminar. Reciben imágenes y paisajes del mundo exterior por intermedio de pantallas tridimensionales. Se les hace escuchar ruidos y percibir los olores de los objetos así representados. El niño cumple los cinco años, y tiene un acabado conocimiento del mundo externo.

—Los cronnios han obtenido el ciclo lógico: hombre-máquina-hombre. Así como las máquinas jamás podrán superar a sus inventores en cuanto a labor creadora, así también el hombre nunca podrá aventajar la calidad, precisión e imparcialidad de sus mecanismos. Se ha conseguido de ellos algo único: su insuperable ayuda en la conservación de la especie. Si un día cualquiera una peste o una guerra destruyese la raza cronnia, las Nodrizas repoblarían nuestros planetas. Se encuentran lo suficientemente protegidas para eludir cualquiera catástrofe, por imprevista que sea. Por ese motivo se les ha instalado bajo doscientos kilómetros. Basta con que los recintos escapen a la destrucción —en la práctica son innacesibles— para que al cabo de una generación salgan nuevos cronnios más perfectos física e intelectualmente que sus antecesores. Los depósitos de células generativas se hallan bien abastecidos para que la raza esté en condiciones de renacer las veces que sea necesario.

Una tercera caverna, tan simétrica y espaciosa como las anteriores. Está mejor iluminada. En medio de las construcciones se ven parques, zonas verdes y plazas de juego. Aquí son trasladados los cronnios mayores de cinco años. En esta etapa transcurre el aprendizaje. Las máquinas enseñan a leer y escribir; determinan las aptitu-

des, y de acuerdo con ellas, el cronnio se especializa. Las máquinas les inculcan los principios de amor a la colectividad, y los deja aptos para ingresar en la vida cívica.

La voz adquiere un tono épico: canta la grandeza de la raza cronnia. Acerados matices de orgullo tremolan en el silencio. Un orador invisible y hierático que ensalza las grandezas del sistema político-social.

—El cronnio llega a los quince años, a una edad en que ya está completamente desarrollado, con todos los conocimientos necesarios para cumplir con la vida colectiva. Como todo su saber le ha sido enseñado por máquinas, infalibles e imparciales, no contrae complejos. Se han extirpado los lazos que acarrea la convivencia familiar, la rémora más pesada en el desenvolvimiento de una civilización. Se ha extinguido el mito de la madre, con toda su cadena de complejos, ya que no es posible sentirse unido por vínculos afectivos a una máquina.

“En Cronn no existen ni pueden existir las clases sociales, pues todo son hijos de la madre común: la Nodriza. Desde niños saben que están destinados a “gravitar en una órbita previamente trazada” dentro de su país, en la cual siempre son solícitamente cuidados y seguidos por las máquinas, que nunca pierden su control. Ellas cuidan de su equilibrio emocional, de sus arranques instintivos, de todo cuanto pueda alterar su racionalidad. ¡Todos los cronnios trabajan por la grandeza de Cronn, ya que no existen otros objetivos dignos de sacrificio! No hay padres que respetar, ni hijos que educar, ni hogares que mantener. No hay parentescos que coarten las obligaciones colectivas. Hombres y mujeres son libres para desempeñar sus labores de producción dentro de las posibilidades de sus respectivos sexos. Libres para amarse y vivir con intensidad, sin prejuicios de ninguna especie.

Pienso que A. está cerca. No la veo. Cambia la visión. La somnolencia. Aquíétase mi temblor. La voz de la

máquina-madre. La voz que inyecta el conocimiento y que no deja hacer preguntas.

—Este Nodrizal tiene capacidad para cinco millones de seres, que a los quince años lo abandonan definitivamente.

Las centrales de identificación —construídas en la superficie de los planetas y directamente enlazadas al correspondiente Nodrizal— se yerguen en medio de los continentes, en lugares estratégicos. En ellas es posible averiguar de una ojeada cuál es la cantidad de personas que están por nacer o han nacido, o, al revés, el número de personas que han muerto, segundo a segundo. Se puede determinar exactamente en qué lugar de Cronn se encuentra una persona dada, y, en caso de necesidad, reducirla a la impotencia con un golpe electromagnético dado desde la misma central. A su vez, las diversas centrales se hallan conectadas entre sí, de modo que también se puede averiguar en cualquier momento cuál es el número exacto de habitantes de Cronn. Las Máquinas suman automáticamente los nacimientos, restan los decesos y totalizan. Es decir: un censo automático.

Una vez al año las máquinas presentan un balance de los nacimientos y defunciones ocurridos en Cronn en el mismo período, con lo cual se lleva un exacto control del ritmo de natalidad. Antes de esta ceremonia, que es de gran trascendencia, los cronnios acuden a su central de origen y enfrentan al Identificador. Es un laboratorio automático, que determina, luego de un completo análisis —se les mide a los cronnios hasta sus ondas telepáticas— si el analizado es en realidad el mismo cuyos datos se encuentran registrados en la correspondiente ficha.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL MUSEO, a nuestras espaldas, es una mole color crema. La naturaleza. El pasto se hunde bajo mis pies. Una brisa cargada de perfumes. Los rasgos de la corteza van desapareciendo. El parpadeo crepuscular. Respiro a pleno pulmón. A. camina a mi lado en silencio.

—Ha llegado el momento de separarnos —dice de pronto, en voz baja—. Te será fácil olvidarme. I. te aguarda en Ernn.

—No. —Reacciono bruscamente—. No te vayas. No puedes dejarme ahora. Te necesito.

—Ya sabes lo que soy. No podría corresponderte como tú deseas. Por eso he evitado llegar a una mayor intimidad contigo. Somos distintos, nada más.

La visión de las Nodrizas erguidas en la penumbra.

—Algún día comprenderás todo esto. La colectividad ha deseado que seamos libres. No pienses mal de mí.

Su rostro hermoso y cansado. Tras la supercivilización, la amargura. La hija de las máquinas: ha renunciado a su papel natural.

—No pienso mal de nadie. Cada vez comprendo menos. ¡No entiendo nada de nada!

—No te compliques. Otro mundo, ¿ves? Esa es la única explicación. Ya tomarás el ritmo.

Caminamos lentamente por el prado. Macizos de plantas arbóreas: siluetas que se agitan sombrías. Es tarde. Las calles aéreas despiden luz. Aplastado. Las ciudades mecánicas y parlantes son, hasta cierto punto, com-

prensibles. Pero las Nodrizas. El presentimiento de algo sombrío y siniestro. ¿Cómo se llegó a "eso"? Otro mundo. Mi mente es un caos.

—Bien: he cumplido con mi labor. Te he ayudado. I. te introduciré en la rutina.

—¡No quiero!

Me coge ambas manos. Sus rasgos oscuros, esfumados en el crepúsculo. Otra vez su piel reluce con suavidad. Me deshago de ella, y la atraigo con fuerza. Se resiste con debilidad.

—Quiero que guardes un buen recuerdo de mí. No es espíritu romántico. ¿Para qué hacer algo vulgar?

—¡No trates de ser distinta! No sé qué me pasará mañana. Tampoco sé si podré mantener la farsa por mucho tiempo. Tal vez L. no aparezca nunca. ¿Qué buen recuerdo tuyo podré guardar?

—No esta noche. —Se desprende—. Mañana. Juntémonos en Ernn. No seas niño. Echaríamos todo a perder. I. no se va a quedar tranquila.

—No iré donde ella.

—Pero ella me vigilará. Eso lo puede hacer. En cambio mañana...

Una sospecha súbita: A. no tiene su placa. Desconociendo la clave jamás podré encontrarla. El parque está solitario. Vuelvo a cogerla. Adivina ella mis intenciones.

—¡Por favor...! Tengo que hacer una visita...

Trata de desasirse con un violento tirón. La oprimo con furia. Exhala un gemido apagado. Sigo apretándola. Lentamente se doblan sus rodillas, y cae. Sólo entonces la suelto. Me mira ella desde abajo, anhelante. La luz de la calle desciende cautelosa. Ilumina apenas las copas de las plantas. Todo calla. Las hojas agitadas por la brisa. La piel de A. despide un suave fulgor. Y una fragancia.

—Vas a echarlo todo a perder...

Sus pechos suben temblorosos. Las frías aristas de las Nodrizas se diluyen sobre la hierba fresca.

*

—¿El señor está desvelado?

—No tiene importancia.

—El insomnio hace mal, señor. ¿Desea un soporífero?

—No, gracias.

La voz de Ernn calla. Pero queda al acecho en medio de la oscuridad. Soledad y silencio. Cerca de medianoche me separé de A. Se quedó en Dnak. Mañana volveremos a juntarnos. ¿Estaré enamorado? Aún no soy capaz de definir mis sentimientos en el nuevo ambiente. Siempre la sensación de pisar en falso. Las Nodrizas. ¿Quiénes son los cronnios? ¿Qué pretenden? No estoy en condiciones de juzgarlos. Algo tenebroso y sombrío. Trato de alejar la imagen. Pero vuelve. Las blancas construcciones crecen y crecen. Rebasan el techo de la caverna. La risa. El vagido. Espectros que se desvanecen. Producción en serie. Repoblarán Cronn las veces que sea necesario.

—Me permito insistir en mi ofrecimiento, señor. Un buen somnífero le sentaría bien.

—¿Te preocupa mi salud? ¿Sientes algo por mí?

—El señor no se dará cuenta. Desde el techo descenderá un haz hipnótico que relajará su organismo y lo hará disfrutar de un sueño tranquilo.

—¡Contesta! ¿Qué soy para ti?

—Un huésped de Ernn, señor. ¿Le aplico el soporífero?

—¡Cállate! ¡No necesito nada! —Y agrego, débilmente—: Solo A.

—¿Cuál es su clave?

—¡Imbécil! ¡Cretino!

El infierno. No más de veinticinco horas. Desconozco las cifras identificadoras de A. Cuando se las pedí en el parque se las ingenió para desviar mi curiosidad. Si no acude a la cita . . . Pero me lo prometió. I. ¿Qué será de ella? Debe haberme esperado hasta tarde. Para introducirme en la rutina, al decir de A. Un problema basta por ahora. Tengo que aprender a funcionar como un cron-

nio. ¿Podré hacerlo algún día? Todo depende de L. Mi destino en la subtierra está subordinado a su regreso. Vuelve I. Por su culpa no pude quedarme con A. Fui un idiota. ¿Qué me dio por llamarla? Ella es una verdadera cronnia. No como A., que tiene algo de humano.

—Señor: si no quiere somníferos tómese un baño caliente, y vuelva a acostarse. ¿Quiere que se lo prepare?

—Ya te dije: déjame tranquilo. ¿Te molesta que esté despierto?

—Es necesario dormir bien, señor, para que pueda cumplir con sus labores. De lo contrario, el día se le hará pesado.

El control automático. Es imposible eludir las funciones que ha encomendado la colectividad. Las máquinas se encargan de hacer cumplir las leyes.

—Acaba de llegar una hermosa mujer al tercero, departamento ocho. Ha estado otras veces aquí. Es muy solicitada por los huéspedes. ¿Se la llamo, señor?

—¡No!

—Vale la pena, señor. Mire.

La pantalla. Una sala de estar. La mujer habla con la ciudad. Formas opulentas. Está en los comienzos de la madurez. El pelo negro y crespo enmarca un rostro de rasgos sensuales. Todos somos más o menos parecidos, había dicho A.

—¿La señorita desea un compañero?

El diálogo se oye a los pies de mi cama. Como si los interlocutores estuviesen en el dormitorio.

—¿Qué le parece, señor?

—Es inútil. Apaga eso.

—Se la recomiendo, señor. Le garantizo que no quedará decepcionado.

—No. Búscales otro. Dame un soporífero. Has ganado.

La calle reverbera suavemente. Es una mañana luminosa, pero Ernn me ha advertido que habrá lluvia. No se ven nubes. Los cronnios, abstraídos en sus ocupacio-

nes, se dirigen a los ferrocarriles subterráneos y a los magnetones.

Avanzo con rápidos trancos por el centro de la calzada. Quizá la cronnia ya está en el lugar de la cita. Siento una leve angustia. Trato de no pensar en nada. De llenar mi mente con el espectáculo de la ciudad automática. El ritmo de la máquina que late acompasada. Uno: ábrense los orificios. Dos: una poderosa inhalación. Tres: ciérrase la criba. Los escasos desperdicios son ávidamente engullidos. Recorrerán el sistema circulatorio de Ernn para ser enviados a los atomizadores centrales. Un crepitar fulminante, y ¡zas! el humo que se desvanece veloz. La piel se humedece con la transpiración química que aseá pulcramente las células plásticas. Hasta la más leve partícula de suciedad es disuelta por el detergente. Nada. Ni rastro del hombre que pasa. Siempre limpia y nueva.

La esquina del encuentro. A. no ha llegado. La soledad avanza silenciosa por las calles. Soledad materializada en una multitud de transeúntes serios y herméticos. Han iniciado, como todas las mañanas, el recorrido de su órbita. Mujeres que miran indiferentes. A. no llega.

La calle reverbera. La avenida, azul pálida, se alarga dividida por su franja identificadora. Cada vez más rápido. Y solo. Los cronnios, concentrados en sus problemas. Ellas, liberadas de sus funciones naturales. Todos funcionan: mecanismos de carne. ¡Siglos de cultura sedimentada! Amar y funcionar, funcionar y amar. ¡Sois piezas de la máquina social! La Mente os da la felicidad: os guarda, os conserva, os alimenta. Pero, ¡cuidado! Sin salirse del carril, sin desviarse del camino: siempre adelante, y con anteojeras. Esa es la primera ley. No podéis morir de hambre; estaréis muy cuidados, limpios. Perfectísimo. Funcionad intensamente. Pero siempre que la intensidad no vaya a entorpecer vuestra labor de tornillos sociales. Reverberan los edificios, los muros, los ojos.

En el cielo, fulge un anillo. Una plaza. Escasos transeúntes. Los cronios han abandonado la ciudad, y regresarán al caer la noche, luego de cumplir con su trayectoria orbital. No serán los mismos de ayer. Una población nómada, que gravita sobre dos mil ciudades como Ernn. Girad, girad, seguid en vuestros caminos. Yo os guardo, os velo. Pero seguid. Uno, dos, tres. Tres, dos, uno. La náusea que domina. Dos, uno. Uno. Giro, doy vueltas. El círculo que avanza y me rodea.

—¡Eh! —grito—. ¡Ustedes, sí, ustedes! ¡Estúpidos! —La gente se detiene. Todos brillan, ojos fosforescentes en medio de la oscuridad que me envuelve, aunque todo brille fuera de mí. Me miran. Se aproximan—. ¡Imbéciles! Quedo en el interior de un círculo de rostros impávidos. Atisbos de sorpresas—. ¡Soy un hombre! ¡Un hombre...!

—¡X.!

La voz seca, dura. Alguien se destaca del círculo.

La azotea. Magnetones. Nubes negras encapotan el cielo. Ernn no se ha equivocado.

L. interrumpe su silencio.

—Bien: no ha pasado nada, por suerte. También los cronios tienen, a veces, esos ataques. En general, estoy satisfecho con los resultados de la prueba.

—¿Prueba? ¿Qué quiere decir...?

—Se estimó necesario dejarlo solo para ver cómo se desempeñaba en el nuevo ambiente. Convenía que Ud. se enterara personalmente de ciertas curiosidades cronias. Por ejemplo: el hecho de que Cronn es un mundo desconocido para la Tierra; determinadas características de su sistema económico y social, y las Nodrizas.

—¿Y A.?

—Apareció de manera imprevista. No estaba dentro de nuestros planes. Pero pensamos que sería una buena ayuda.

—¿Que ella se puso de acuerdo con Uds.?

—Sí y no. Yo fui el cronnio que la abordó en la terraza.

—¡Ud!

—Emulando a su antecesor me hice un pequeño disfraz. Llegué junto con Uds. a Ernn. Aterricé, por cierto, en el mismo edificio. Cuando vi que A. se disponía a abandonarlo, me presenté. Quería saber qué había ocurrido entre Uds.

Contengo la respiración.

—Ella me preguntó qué era Polonia y la cortina de hierro. Se lo expliqué. Era imposible que un cronnio cualquiera lo hubiese sabido.

Ernn se aleja. Desciende la lluvia como una cortina vaporosa. Tras ella el paisaje se esfuma. Pronto nos envuelve.

—Ella dedujo el resto. Me pidió que guardara el secreto. Se lo prometí. Le di, de paso, varios consejos.

—¿Sabía ella quien era Ud.?

—Por cierto que no. Le repito: no figuraba en el plan. Pero como Ud. decidió seguirla, cuando abandonó el pueblo, no me quedó otro recurso que hablarle. Por otra parte mi riesgo era mínimo. No usaba mi clave verdadera. Además, ella guardará el secreto, en vista del aprecio que le tomó.

—¿Con Ud. se juntó anoche entonces?

La semisonrisa.

—No, X. Se limitó a comunicarme cómo le había ido. Estaba desconcertada con Ud. El hombre emite efluvios animales extinguidos en el cronnio. Todas nuestras mujeres tiene la sensibilidad suficiente para percibirlos. Para las cronrias Ud. tiene que ser un tipo de raro atractivo. Pero ellas temen. Las imposiciones de la Colectividad son más fuertes que el deseo de amar. Han llegado a integrar nuestro subconsciente colectivo. Como el miedo al diablo entre Uds.

La voz de L., fría y dura. Observa el panorama. Una túnica de agua cubre el magnetón.

—A pesar de eso A. le dio todo lo que podía dar-

le. Pero tuvo miedo de enamorarse. La mayoría de las cronnias reaccionarían igual. Excepto I. y otras como ella que se sienten seguras de sí mismas.

—¿También habló con I.?

—No. En este caso especial era preferible evitarlo. A. se encargó de eso.

—¿Por consejo suyo también?

—No, X. Ella estaba interesada en Ud. y por eso hizo todo lo que hizo. Lo vigiló, y se las arregló para separarlo de I. Lo que estuvo bien, pues lo de I. sólo fue un capricho, activado por su llamada de ayer.

—¿Cuántas veces estuvo con A.?

—Una sola vez. Otras dos me comuniqué con ella por televisión. La hice creer que estaba tratando de localizar a L. Ayer en la tarde le dije que lo había conseguido.

—¡Ud. fue el culpable de que me dejara!

—Lo habría abandonado de todos modos luego de mostrarle las Nodrizas. El amor no es posible en Cronn, X. Confórmese con lo que obtuvo de A. Ella, para no perjudicarlo, faltó a su promesa de juntarse con Ud. hoy día.

—¿Cómo sabe eso Ud.?

—Porque me llamó en la mañana para avisarme.

—¿Y por qué Ud. esperó hasta hoy para presentarse?

—Porque quería observar su reacción después de la falla de A.

—Ud. es un desalmado, L. —Me levanto, excitado. El cronnio me observa fríamente.

—La visión de las Nodrizas le produjo a Ud. un verdadero trauma síquico. Pero era indispensable que las conociera. Si yo hubiese aparecido anoche, Ud. habría sido capaz de asesinarme. Por eso tuve que esperar que su estado hiciera crisis.

Me siento, abatido. L. se aproxima. Por primera vez noto en él un destello humano.

—Eso es fuerte. Créame, yo no interferiré para que

A. dejase de cumplir. Al contrario: por muchos conceptos era preferible que hubiese vuelto. Olvídela. Más adelante, cuando se haya aclimatado, la puede llamar.

—Ignoro su clave. Su placa identificadora se le había extraviado.

—Nadie pierde su placa en Cronn, X. —comienza L., con lentitud—. Desconocía esa parte de la historia. Eso significa que A. no quería, simplemente, que Ud. la volviese a encontrar.

Por esta vez al menos L. es sincero. Avanza el magnetón en medio de la lluvia. Ernn, a lo lejos, rodeada de bosques, prosigue su marcha. Fuera del anillo el tiempo debe ser calmo. Nadie podría imaginar que en el interior de aquel macizo aro una tempestad de agua oscurecía el cielo.

—¿Y esto es civilización?

—Es la verdadera civilización, X. —La voz de L. adquiere su dureza de costumbre—. El egoísmo ha desaparecido. La cronnia no se “entrega”. El cronnio no la “posee”. Sólo hay un mutuo acuerdo para realizar algo sin sentimientos morbosos. ¡Todos iguales, X.! Nadie tiene más mujeres que otro. Esos dones especiales del instinto que Ud. posee no son necesarios aquí. Servirían si fuese posible la convivencia por períodos largos. Las cronrias han perdido sus facultades selectivas, debido a la homogeneidad de la raza, por una parte, y a las leyes de la colectividad, por otra. Les da lo mismo cualquier hombre. Es cuestión de dirigirles la palabra. Sólo se negarán si tienen un compromiso previo. Y así todos son más felices. No hay frustrados. Las mismas ciudades se encargan de fomentar estos principios.

Se exalta por momentos. Su ceño es una sola raya negra.

—Liberados de las ataduras de la materia. Cualquiera mujer está obligada a complacer al cronnio que sea, siempre que se lo pida en buenos términos. Y cuando existe absoluta libertad para hacer algo, ese algo

queda relegado a segundo término. Así el cronnio ha quedado libre para dedicarse a otras actividades de más provecho para la Colectividad. No se olvide: el peor enemigo de la civilización es el amor individualizado. El cronnio, como ser racional, está en condiciones de encauzar sus potencias sentimentales en amar a su raza y no a uno de sus componentes. No producimos por compensación, para llenar vacíos, como en la antigüedad. La capacidad de amar —todas las misteriosas energías que la componen— se ha canalizado hacia lo superior.

Cruza el magnetón a gran altura un extenso lago. Pintorescas construcciones, borrosas por la lluvia, destacan en sus riberas. No sé como hacer la pregunta.

—¿Ud. también es hijo de las...?

—Sí: soy hijo de las Nodrizas. Aún me quedan sesenta años de vida. ¡No soy una máquina! Piense: el cronnio, respecto al hombre, es como un adulto frente a un niño. De ahí que una convivencia con Uds. sea difícil. Mejor dicho, imposible. Hemos evolucionado mucho, pues nuestra ciencia no se ha diluído en la contemplación de las estrellas. El hombre se encuentra en la infancia de la civilización. Aún conserva su espíritu destructivo. Si llegaran a Cronn lo harían pedazos, como el niño que destruye sus juguetes para ver qué hay adentro. Y con juguetes tales como la bomba de hidrógeno y los cohetes teledirigidos, podrían causarnos graves daños.

En la práctica, estoy en otro planeta, como había dicho A. No es el espacio el que me separa de mi mundo sino una corteza de tierra impenetrable. En una hermética prisión. Había sido separado de los de mi especie. Mi instinto —una eternidad de ancestros y antepasados— me puso en guardia: todas aquellas raras sensaciones que experimentara en la clínica.

—¿Cómo se va a la superficie?

—Pronto lo sabrá.

Con toda su enigmática personalidad, la presencia de L. me hace bien. Poco a poco valorizo su regreso. La

imagen de A. se desvanece lentamente. I. permanece en mi conciencia como una figura graciosa. Pero nada más. Una indefinible sensación. ¿Volveré a ser alguna vez el mismo de antes? No, al parecer. Sigo siendo un ser amorfo, sin sentimientos definidos ni propios. Quizá esté atravesando por un período de transición entre mi antigua personalidad y la que deberé representar en adelante. Un sordo temor. L. está de nuevo junto a mí. Lo ocurrido en Ernn: un sueño. O una pesadilla. Las Nodrizas. A. en el parque de Dnak. ¡Insistió tanto en la imposibilidad de algo duradero entre los dos! Una vez más la abulia, la sensación de vivir una aventura absurda. Desde mi llegada a Cronn nada persiste en mi memoria. A. sólo es una figura inmaterial y esquiva.

Pero la proximidad de L. me restituye algo de confianza en mí mismo. De alguna manera el cronnio influye en mí para hacerme sentir un atisbo de personalidad. Mientras estuvimos separados fui un hombre lleno de confusiones y torpezas. No podía ser de otro modo. La sospecha de que la sustitución hubiese sido descubierta acentuó de tal modo mi desamparo que, desde mi segundo encuentro con A., no pude evitar la idea inconsciente de que mis días estaban contados. Sin confesármelo. Tratando de no darle importancia. Latía, a pesar de todo, en el fondo de mi mente. Por mucho que la cronnia me hubiese asegurado que mi supervivencia estaba garantizada por un tiempo indefinido. Sabía que, de nuevo solo, no tardaría en traicionarme. Habría sido incapaz de deambular por Cronn sin mezclarme con la gente.

El retorno de L., además, me hace presentir que mi futuro no tardará en definirse. Para mejor o para peor. Ideas confusas y oscuras empiezan a debatirse. ¿Qué me aguarda? Se consolida la realidad de mi situación: soy la víctima de una intriga bien urdida, a consecuencias de la cual he venido a parar en Cronn. Y la trama seguirá adelante pues hubo un momento, en tanto vagabundeaba por Ernn y Dnak, que pensé en la

posibilidad de que L. me hubiese abandonado a mi suerte. Es decir, que allí terminaban mis aventuras. Que todo lo demás —mi adiestramiento para vigía, y mi próximo papel de X.— sólo era una de las tantas mentiras de L. Pero el regreso del cronnio destruye definitivamente dicha posibilidad.

A la distancia, otra ciudad corre en pos de Ernn. Las ciudades, dentro de los anillos, giran como en un carrusel que da la vuelta al mundo. Valles, colinas y montañas. Lagos y ríos.

—Udar —indica L. la otra urbe. Una gigantesca rueda que se extiende a los pies de un monte.

—¿Quién hizo esto?— Señalo el anillo.

—Los titanes. No el anillo mismo. Lo trabajaron y transformaron en estos estuches.

Refugios inaccesibles en caso de invasión. Los cronnios pueden vivir aquí durante siglos sin necesidad de acudir a los planetas. Y están en condiciones de vigilar éstos con toda comodidad debido a la trayectoria del aro. Desde fuera nadie podría verlos. Nadie sospecharía qué significaban dichos cuerpos.

—El techo transparente, ¿también lo pusieron los titanes?

—Sí. Recuerde que para ellos la tierra era un planeta de baja gravedad. Para comprender esto habría que imaginar al hombre actuando en un planeta que fuese para él lo que la tierra fue para los titanes, en lo que se refiere a su masa y gravedad.

En un mundo así, prosigue, el aro mediría dos mil ochocientos metros de ancho y unos cuatrocientos kilómetros de longitud. Recubrirlo de un techo, ayudado por el insignificante peso de las cosas, que lo transformaría en un superhombre, y por mecanismos adecuados, sería tarea fácil.

Desciende el magnetón por una de las salidas.

—Su pueblo es muy afortunado, L.

—¿Por qué?

—Porque son los herederos de una superraza. Ojalá el hombre hubiese tenido esa suerte.

L., por primera vez, pierde la impasibilidad. Me lanza una mirada de furia. Va a hablar. Pero se arrepiente y desvía la vista. Arriba, el cielo encapotado. La lluvia nos sigue por la chimenea. Abajo, desciende la tapa de mil metros de diámetro. Una luz radiante penetra por todos lados.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

L. se ha recuperado del impacto. ¿Por qué su reacción?

—¿Cuál es la verdadera historia de X.?

—La que Ud. conoce. Sólo que huyó de Cronn y no de Polonia.

—¿Y los reactivos identificadores? ¿Cómo explica eso?

—Los que van a la superficie pueden anular temporalmente sus reactivos.

—¿Quiénes son los que van?

—Expediciones con personal elegido, por lo general, del Cuerpo de Vigías.

—¡Ah!

Sube el magnetón. La mole del aro cubre el espacio por la izquierda. Arriba y abajo, los continentes iluminados. El satélite gira llevando en sus entrañas el valle sin fin.

—¿A dónde vamos?

—A la clínica. Nos entrevistaremos con D.

La cara superior del anillo: un río de plata que se desenrolla inacabable. La corteza, con sus zonas boscosas y su sistema hidrográfico se refleja nítida en él. Rebasamos su borde. Por varios segundos la figura de nuestra esfera aparece allí, hundiéndose rápida, junto con los detalles continentales. Habría sido curioso poder vernos a nosotros mismos tripulando el magnetón. Pero es impenetrable por fuera: una bolita de nácar que se aleja veloz.

—¿Y el lago Wigry? ¿Su refugio? ¿El sol? ¿El cielo estrellado?

—Uno de los planetarios. Los nuestros son enormes. Hemos aprovechado unas grutas hemisféricas construidas por los titanes. Están bajo tierra, como las cavernas de las Nodrizas.

Son muy útiles para observar el cielo estrellado, vedado a los cronios, continúa. Al menos, para simularlo. Mediante dispositivos adecuados, es posible proyectar sobre sus cúpulas un cielo con sol o una noche de luna. Y las estrellas de cualquier época del año. Como son tan inmensos se les utiliza, además, como lugares de veraneo. Incluso, se pueden reproducir las condiciones meteorológicas de la superficie: lluvias, vientos, tempestades.

Recuerdo a A.

—¿Qué es la Cáscara?

—La corteza terrestre.

Mediodía. El techo se agranda como una hondonda polícroma que gira. Inviértese el magnetón, y comenzamos a descender. Vamos hacia una región montañosa. El mar dibuja gráciles figuras en los litorales. Una de éstas, parecida a una hoja con su pecíolo, penetra en tierra hasta las vecindades de un monte. Se divisan dos o tres pueblos en sus alrededores.

En el cielo, el mapamundi y un aro plateado.

El reloj pulsera cromado sobre una mesa. L. casi sonríe.

—Esto y la lámpara con ampolleta esmerilada en la clínica: un proceso de adaptación riguroso.

—¿Y el plazo que Uds. tenían para recuperar a X.?

—Los caminos son transitables cada cierto tiempo. No siempre están habilitados.

Según mis cálculos llevo tres semanas en Cronn. De ellas, dos las pasé en la clínica, y solamente una visitando el nuevo mundo. La última, sin embargo, me pare-

ce más larga que las anteriores. E incluso, más extensa en el tiempo que todos los años vividos hasta el día en que conocí a Mendes.

L. prepara algo. Comienza a hablar del maquinismo. De las múltiples ventajas que representa la utilización de la máquina en la conservación de la especie. Por de pronto, ha desaparecido el sufrimiento físico en las cronnias: no padecen los dolores del parto desde hace generaciones. Para los terrestres, llenos de prejuicios aún, esto constituiría una monstruosidad. Violación de las leyes naturales. ¡Pero qué de infinitas ventajas representa! Cronn es un pueblo de trabajo. Los cronios, de ambos sexos, deben trabajar y producir. No hay tiempo para que las mujeres soporten el largo período del embarazo. Todas aquellas potencias que el sexo femenino ha dejado de utilizar, se han encauzado hacia la producción. Se realizan importantes investigaciones en el campo de las percepciones extrasensoriales. En él las mujeres se han destacado en especial, pues determinadas percepciones las tienen más desarrolladas que los hombres. ¡En eso estriba la verdadera trascendencia del maquinismo! Alivia al hombre del trabajo físico y lo posibilita para desplegar todas sus energías en la conquista de los poderes mentales.

Las máquinas, como productos materiales, son limitadas. Es imposible dotar de espíritu a un mecanismo. Por otra parte, es evidente que la última etapa de toda civilización es la del dominio de la materia y la del imperio del espíritu. Pero para conseguirla es indispensable pasar por muchos períodos, uno de los cuales es el maquinismo. Sin duda han existido razas que se quedaron en él. El perfeccionamiento de la cibernética, al transformar las máquinas en servidoras que satisfacen todas las necesidades, empuja al hombre a la corrupción. Pero la raza capaz de sortear el problema queda en óptimas condiciones para enfrentar el asalto final.

¿Es posible que un pueblo llegue a la última etapa sin pasar por el maquinismo? Para seres como el

cronnio o el hombre: no. Su conformación morfológica los conduce ineludiblemente a la máquina. En cambio sería posible que existiesen otros mundos en los cuales sus habitantes, por carecer de miembros apropiados para construir y manejar máquinas, se hayan visto en la necesidad de desarrollar desde el comienzo sus facultades mentales. ¿Significa que esos seres están en mejores condiciones que el hombre para perfeccionarse? No. En el mundo de lo material, nadie ha sido creado perfecto. Es imposible que exista un pueblo que no tenga nada que hacer, porque ello estaría en desacuerdo con las leyes cósmicas.

Presentimientos. Tal si fuese a suceder algo decisivo, de mayor gravedad de todo lo ocurrido hasta la fecha. L. aún no lo ha dicho todo. Sus versiones relativas a mi rapto son ambiguas. Además de eludir preguntas, deja muchas en suspenso. "Lo sabrá más adelante. Tenga paciencia". ¿Para qué?

A pocos kilómetros, un majestuoso cerro de cabeza trunca se destaca en el selvático paraje. Parece un volcán con sus faldeos verdes y agrestes.

La hostería integra un grupo de construcciones diseminadas en un bosque. La región, en general, es salvaje. Mucha gente se dirige a la explanada donde dejáramos nuestro magnetón. Pululan éstos en el cielo. La gran mayoría se dirige hacia la cima del monte. También reparo en que las esferas, empequeñecidas por la distancia, parecen surgir del interior de la montaña.

—¿A qué se debe tanto tránsito?

—Ya lo verá. También nosotros iremos allá. —Señala el cerro.

Nos hallamos en el interior del continente. No se divisa el mar, excepto los caprichosos canales, golfos y ensenadas del techo. Uno de los anillos atraviesa el espacio transversalmente, ya en las inmediaciones del cénit. Es el segundo anillo del planeta. Casi en el hori-

zonte otro satélite asoma escasamente por detrás del mundo superior. Su aparente proximidad a la tierra le da el aspecto de una muralla contra la cual se recortan las sinuosidades de unas cumbres.

La cima. Una multitud de esferas nos precede.

—¡Un cráter! —exclamo.

Es el cráter de un volcán. Hacia él dirígense todas las aeronaves, incluyendo la nuestra. Se hunden en el gigantesco agujero, y desaparecen luego en la penumbra. Simultáneamente, muchas emergen de sus entrañas. Pica el magnetón. Las paredes de la chimenea son verticales y pulimentadas. Tal vez, otra obra de los titanes. Pronto la oscuridad nos absorbe. Arriba se divisa una porción circular del techo, formado por un brazo de mar y un continente de costas amarillentas. El piso del magnetón despide una suave fosforescencia. Afuera, contra la pared del cráter, numerosos puntos blanquecinos suben y bajan en rápida sucesión. Semejan chispas en las tinieblas.

La chimenea mide diez kilómetros de diámetro. La redondela superior se encoge más y más. Debido al movimiento rotatorio de los planetas, ahora sólo es visible el océano como una mancha azul. Tal un trozo de cielo terrestre. Pero el de aquí es un pedazo de mar. Abajo las tinieblas parecen solidificarse, interrumpidas apenas por el fulgor de las esferas, que ora se agrandan ora empequeñecen. Es como flotar en el espacio rodeado de estrellas que se mueven.

Descendemos cada vez más rápidos. Penetramos en las entrañas del monstruo recorriendo su interminable intestino. L. parece preocupado. La fosforescencia le da un aspecto curioso.

—¿Cuánto hemos bajado?

—Doscientos kilómetros.

—¿La clínica está cerca de la superficie?

—No. La corteza es muy gruesa. Por mucho que bajemos, aún nos quedarían cientos de kilómetros para llegar a la Cáscara.

De súbito experimento una sensación extraordinaria. Me parece que la esfera gira de manera casi imperceptible y que dejamos de caer. Me quedo inmóvil, tratando de comprender. Sí: es incuestionable que nuestra dirección ha sufrido un giro de ciento ochenta grados. Nos hallamos en plena ascensión. Arriba, muy lejos todavía, creo distinguir una motita que crece vertiginosa. ¡Y no es un magnetón!

—¿Qué ha pasado? ¿Volvemos?

—¿Cómo íbamos a virar con la velocidad que llevamos?

—Pero, ¿por qué subimos entonces?

Una idea acude atropelladamente. ¡Vamos a la superficie! Tiene que ser eso. La gravedad ha cambiado de origen. En el planeta cóncavo —la cara interna de la esfera terrestre— nuestra posición era antípoda con respecto a la tierra. ¡Para hacer el viaje sólo se requiere de un magnetón! L. ha mentido por centésima vez. El camino que conduce a la superficie exterior es la chimenea de un volcán, ancha, limpia y calibrada como el ánima de un cañón. ¡Regresaré a Chile!

Doy una mirada de gratitud a L. Pero su cara impenetrable enfría mi entusiasmo. En lo alto se ve ahora un redondo agujero, a través del cual penetra la luz del día. ¡Nubes! No. No pueden ser nubes. No obstante, algo hay en el cielo. En la rodela se perfilan figuras que podrían tomarse por llanuras. Nunca he visto nubes verdes. ¿Y aquéllo no es la línea de una costa? ¿Y lo otro no es el mar? Continuamos subiendo. Ahora, una enorme extensión de cielo. No cabe duda: ¡en el espacio hay un mapamundi con sus detalles en relieve!

La esfera sale del cráter como un proyectil. Veo un conjunto de tierras labradas que se hunden bajo el magnetón. Y encima, la cóncava superficie de otro planeta, con un anillo que lo cruza de lado a lado. Vértigo: desfilan raros continentes atravesados por ríos. Mares de tortuosas costas. Bahías, golfos y penínsulas. ¿Hemos regresado?

Atontado me hundo en el sillón. L. me observa.

—Sí. Cronn se compone de varias esferas concéntricas. Estamos haciendo un viaje interplanetario vertical. Nos hallamos en el segundo planeta del sistema.

La tierra está integrada por una serie de esferas huecas. Es un verdadero sistema planetario, oculto a los ojos del universo. Como las sorpresas chinas, esas bolas talladas en marfil, que se encajan una dentro de la otra.

El anillo, el más próximo al planeta superior, es una barra metálica que centellea suavemente. Todos los planetas de Cronn tienen anillos. ¿Cuántos son los planetas? Los ojos de L., con su fulgor hipnótico, me devuelven la calma. Intento hablar. Las palabras no salen de mi garganta. Enormes flores abiertas en las selvas giran majestuosas. Son los pueblos continentales.

Se invierte el magnetón. Giran los planetas en nuestro derredor. Iniciamos el descenso. Nuestra velocidad va en constante aceleración. En el centro de una pradera se destaca un montículo, similar a los volcanes de la luna. Volvemos a sumergirnos en las entrañas de la tierra, con centenares de esferas que nos hacen cortejo. Ese es el motivo de tanto tránsito: los cronnios se trasladan continuamente de un planeta a otro. Y para ello, sólo cráteres. Centenares en cada planeta. En cada continente hay dos o tres, por lo menos. Todos iguales. Su longitud equivale al espesor de las esferas: quinientos kilómetros. Entre aquellas hay un vacío de mil kilómetros, en el cual flotan cuatro anillos. Para ir de una superficie convexa a otra es necesario recorrer mil quinientos kilómetros. Planetas concéntricos. Un sistema planetario dentro de un planeta. El sistema Cronn.

De nuevo el aire libre. La abertura del cráter se contrae rápidamente. Estamos otra vez en plena travesía interplanetaria. Tempestad de lluvia y viento. Trasponeamos las ráfagas y el agua. Hay un cruce de anillos a la izquierda. Debajo, nubes arremolinadas. Enci-

ma, la carta geográfica, vecinas las tierras a la zona polar. Los continentes y mares son distintos a los de los planetas anteriores. Cada mundo ha sido diseñado en forma diferente. Es una galería de planetas que se suceden unos a otros, con su sello característico. Y todo en el interior de un humilde globo terrestre. De un minúsculo satélite del sol, una de las tantas estrellas de la Vía Láctea. Las esferas jamás chocan entre sí, porque poseen un centro de gravedad común. Cada mundo tiene cuatro anillos, que son sus satélites. Todos idénticos al que yo conociera. Eso significa que la población de la subtierra es fabulosa.

El cruce en la actualidad, suspendido a nivel nuestro: materialización de sueños descabellados, de inconcebibles obras de ingeniería. Encerrados en aquellos estuches los cronios, con sus ciudades, valles y cerros, aislados en el cielo, sobrevuelan eternamente los planetas. ¡Cuándo van a imaginar los hombres que bajo sus pies comienza un nuevo infinito, a menos de mil kilómetros de distancia! Un infinito subterráneo, repleto de mundos que ruedan sobre sus ejes, que se empequeñecen a medida que se acercan al centro común.

¿Dónde acaba el sistema cronio? Quizá los planetas siguen achicándose hasta alcanzar el tamaño de una manzana. Y dentro de aquél gravita otro no más grande que una nuez. Y más al interior existe un espacio infinitamente pequeño en cuyo centro flota el Atomo. Así sucesivamente. Los cronios son los únicos hijos de la tierra que tienen el privilegio de admirar ambos universos: el de las estrellas y el subterráneo, los dos inconmensurables.

En el centro de la concavidad se yerguen ruinas ciclópeas: murallas, colosales edificios, calles amplias como océanos. Una ciudad titánica. En sus vecindades se extiende una planicie desértica, de fuertes colores: un continente intensamente mineral. A la distancia un

mar mediterráneo, con la configuración de un trébol de múltiples hojas.

Al vértigo se suma el miedo. Luego un desfallecimiento paulatino. El paisaje se reviste de un aspecto tétrico. Figuras confusas se retuercen tras una cortina de niebla. El cruce da vueltas como una rueda negra.

Vuelvo en mí sentado en el mismo sillón. L., desde el suyo, me escruta tranquilo. La esfera, de nuevo va subiendo. Encima aparece el eterno techo cóncavo, atestado de continentes oscuros y vastos mares con simétricas costas. Aquel techo, más que los anteriores, es de colosales proporciones. Dobla en tamaño a los precedentes. Es tan inmenso que casi no se nota su concavidad.

Está oscureciendo. A trescientos kilómetros del planeta interior. Sus límites se desvanecen a una distancia infinita. Los bordes sutiles de un anillo: en su vítrea superficie se refleja un atardecer con destellos dorados y verdosos. Y dicho aro es dos veces más ancho que el de Ernn. Parte el techo en dos porciones idénticas. En tanto el panorama longitudinal que reproduce aparece lejano, el que se divisa a sus dos lados es más claro y grande, aún cuando se encuentra en el fondo de un abismo.

—¿Cuándo va a concluir este viaje?

—Ahora. Estamos en el último planeta. Ahí está la Cáscara. Atravesando ese cráter se llega a la superficie.

Pasamos al lado del anillo. Su muralla, impenetrable y oscura, parece ilimitada.

—Ese anillo es el doble de los otros, por lo menos...

—Exactamente. Ahí se hallan las ciudades más grandes de nuestro sistema.

¿Cuántos planetas hemos atravesado? Por lo menos tres. Y hay que agregar aquél donde despertara. El primer planeta de Cronn conocido por mí. Como cada uno es doble, resulta que hemos sobrevolado ocho mundos. ¿Cómo una población tan numerosa no ha absorbido a

la tierra? Inexplicable y absurdo. ¿Cómo los cronnios no han sojuzgado a los hombres? ¿Se conforman con vivir en el subsuelo? ¿En aquel mundo seguro y dotado de todo lo necesario para vivir, sin duda, pero privado de la luz del sol y de las estrellas? ¿Ellos, incansables científicos, preocupados de lograr la última etapa?

Un pueblo. En seguida una pradera con animales. Un arenal: de su centro surge recta y delgada algo como una línea. Una interminable antena metálica. Pasamos a menos de una cuadra de ella. Es como una robusta columna que intenta tocar el cielo.

—¿Qué es eso?

—La Aguja de los Rebeldes. Un monumento nacional.

Es un verdadero pilar, ligeramente inclinado con relación al terreno. Cuando mucho, mide un metro de diámetro. Y una longitud de kilómetros. Es difícil justificar su empleo en una zona tan desolada. La sigo hasta que sólo su extremo superior es visible detrás de un cerro. Pronto no es sino una línea estampada en una fotografía.

Mar adentro. Vuelo horizontal. Rodeado de lánguidas olas, aparece uno de los cráteres. Surge del océano como un caño trunco, con sus paredes externas verticales y negruzcas. Nuestra esfera emboca en él, y nos sumimos en la noche. Sólo los ágiles puntos de los magnetones perforan las tinieblas. Bajamos cien kilómetros. La esfera cambia de rumbo. Avanza en sentido horizontal por un breve lapso. Al hacer una curva, se presenta una zona iluminada. Es un túnel colosal, con un techo combado. Simétricos arcos luminosos lo dividen. Arcos que se achican a lo lejos y que irradian una luz azulina. Una multitud de vehículos de diversos tamaños —algunos enormes— se suceden por el piso de la caverna. Estamos en lo que debe ser un gigantesco aeródromo.

Grupos de cronnios entran y salen de los aparatos. Conversan en forma más animada que los que hasta la

fecha conociera. Sus uniformes son de colores opacos y de líneas sobrias.

En una explanada libre de magnetones hay varios cuadrados dibujados en el suelo. Uno, con varios uniformados encima, se hunde en tierra. Un vestíbulo de grandes proporciones, cien metros más abajo. Innumerables reproducciones de aparatos voladores se distribuyen en la sala sobre pedestales. Pilotos o soldados van y vienen entre las maquetas. Escúchase un bronto zumbar, que el eco agranda.

L. no me da tiempo para contemplar el museo. Me conduce por un bien iluminado pasadizo. Al fondo, una puerta se abre automáticamente. Una sala grande. Otra puerta. Una segunda: detrás de un escritorio, D. De verlo me acomete la misma desagradable sensación de nuestro primer encuentro. Le saludo secamente. No parece percatarse de mi presencia. L. se le acerca. Cambian algunas palabras en voz baja.

Me escruta el viejo con científico interés. Hace un gesto afirmativo con la cabeza. Luego acomoda al azar unos papales dispersos sobre el escritorio.

—Me dice L. que Ud. ya se ha repuesto por completo de su enfermedad. En un par de días más comenzará su aprendizaje de vigía. Ya está en condiciones de entrenarse en forma seria. Espero que se desempeñará convenientemente en sus nuevas funciones.

Acostumbra acompañar sus palabras con dramáticos visajes: fruncimientos de ceño y uno que otro gesto de sus manos nerviosas. Sin ser demasiado notorio, se percibe un trasunto irónico cada vez que me dirige la palabra.

—Así espero yo también, profesor —murmuro entre dientes—. Me gustaría saber, eso sí, cuando podré regresar a Chile.

Mira D. a L. y éste a aquél. Permanecen un segundo sin decir nada. Acto continuo, el viejo me habla con su acostumbrada rapidez:

—Dentro de veinticinco horas podremos contestar-

le con seguridad esa pregunta. —Y añade, convencido—: Sólo debo advertirle una cosa: no se preocupe.

Es como para quedarse tranquilo.

—¿Y por qué tengo que esperar veinticinco horas?

—La pregunta tiene mucho de infantil. Pero me es imposible evitarla. Presiento que D. contestará: "Porque sí".

—No puedo satisfacer ahora tan natural curiosidad —replica—. En algunos minutos más L. lo llevará a conocer ciertas cosas. Muchas de sus preguntas encontrarán respuesta. Ya ha esperado lo más. ¿No es así?

Debí darle una bofetada.

Abandonamos la construcción. L. no se preocupa de darme explicaciones. Una vez más atravesamos el aeródromo. Reina en él una extraordinaria actividad. Segundo a segundo los magnetones aterrizan y despegan. Algunos se dirigen hacia la entrada del refugio. Otros hacia el fondo. En medio de mi furia me detengo a admirar la magnitud de aquél. Las arcadas luminosas, que siguen la curvatura del techo, se achican progresivamente hacia el interior hasta adquirir minúsculas proporciones, esfumadas en una neblina azul.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL ÚLTIMO despertar. El sueño, provocado por un narcótico, no me trajo pesadillas ni visiones como los primeros sueños. Me hundo en la oscuridad. Después de un lapso indefinible, vuelvo en mí. Sin malestares. Como si sólo se hubiese tratado de una breve interrupción en el proceso de percibir los objetos y los hechos. Alguien nos tapa los ojos. Hay un instante de cesación de todo, producido por la sorpresa. Cuando descubrimos que es una jargueta todo pasa.

La noche ha caído. El cielo se materializa en puntos luminosos. Algunos enormes, otros pequeñísimos. Una nube que abarca todo el espacio. Se hacen cada vez más penetrantes: ojos que comienzan a abrirse paulatinamente. Miles y miles de soles pegados a un techo negro. Saltan de la noche y del espacio. ¡Las estrellas! Millones de estrellas. Infinitas estrellas hundidas en la inmensidad. Palpitantes, vívidas, en un cielo negro. Recién me encontraba en una caverna artificialmente iluminada. Ahora, estoy bajo otra caverna. Una bóveda sin paredes ni techo.

—El corazón de la galaxia.

Ahí está L. Su silueta se proyecta contra las constelaciones. Sus ojos me observan fríos y enigmáticos. Sólo entonces reparo en que la esfera está a oscuras. La única luz es la del fulgor estelar.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

—En la Cáscara. Venga.

Me levanto. Avanzo torpemente hasta la pared trans-

lúcida: abajo, una zona negra, sin rasgos visibles, sombría como el alquitrán. Cerca del horizonte, moles de cadenas montañosas, débilmente perfiladas contra el cielo. Y encima del paisaje tenebroso: estrellas y estrellas. Su luz nos permite ver nuestros rostros.

¡Nada importa! Todo ha cambiado, X. Puedes preguntar. ¿Qué temes? La verdad única y definitiva. Está frente a ti. Me dejo caer en el sillón. Otra vez las estrellas. Sí: éstos son los cielos de X.

L. indica una pequeña constelación próxima a desaparecer.

—El sol. La más pequeña de las cinco. La amarillenta. Ahí está la tierra.

El sol, la tierra. La verdad dicha en forma escueta. Perdido en la multitud. En medio de un gentío. Todos gritan a la vez, sin que nadie entienda a nadie. Mis dudas se aclaran. Aquellas dudas que no me abandonarían desde mi despertar en la clínica. El mundo subterráneo de Cronn no está en la tierra. Por mis ojos desfilan los astros, apretujados, a velocidades vertiginosas.

—La Cáscara. La envoltura externa de nuestro sistema.

Cronn no es un planeta. Es un sistema planetario compuesto por nueve esferas concéntricas. La primera es la Cáscara. No está sujeto a un sol. Tal los cometas, con la diferencia que Cronn elige sus órbitas. La Cáscara tiene la particularidad de absorber energía cósmica que se encuentra dispersa en el espacio. Ella lo provee de todas las condiciones necesarias para la vida y evolución de sus planetas. Es un sistema que durará por toda la eternidad, pues no depende de la existencia más o menos efímera de una estrella. Los cronnios viven en las entrañas de la gran madre. Se trasladan entre los dieciséis mundos, mientras Cronn viaja de una estrella a otra, sin exponerlos a los riesgos del cosmos. Además, los protege de las miradas indiscretas con una envoltura negra

e inhóspita. Siete esferas son habitables tanto en su cara externa como interna. Sólo la Cáscara —habitable en su superficie interior únicamente— y la esfera central, donde la vida se desenvuelve en su faz externa, constituyen las excepciones. De ahí resulta que los cronnios disponen de dieciséis planetas. Todo ello en una esfera de treinta y tres mil kilómetros de diámetro.

Los cronnios viven sin tener un cielo estrellado sobre sus cabezas. Para observar los astros deben acudir a la Cáscara y exponerse a sus peligros. Pero están las compensaciones: protección contra los peligros del espacio. De otro modo sería imposible sobrevivir a un viaje interestelar. Se congelaría la atmósfera; se estrellarían nubes de meteoros contra las ciudades; los cronnios se verían expuestos a las tempestades cósmicas. Cronn, más que un planeta o un sistema planetario, es una insuperable astronave. Segura, veloz e indestructible. Capaz de viajar durante millones de años con los recursos siempre frescos y renovados de dieciséis mundos. Con océanos insondables y continentes casi inexplotados que proveen de agua y alimentos.

La historia de la organización social y política de Cronn está en relación directa con sus peculiaridades. Más que en cualquier otro planeta, la conformación cósmica de Cronn ha influido en el carácter cronnio. Nadie ha podido determinar la edad del sistema. Sus primitivos pobladores —los titanes— descubrieron que la Cáscara era un acumulador natural de energía cósmica. Que, asimismo, aquélla era susceptible de transformarse en un agente propulsor con la intervención de sencillos mecanismos. Al cabo de milenios de experiencias y trabajos, descubrieron un proceso, mediante el cual convirtieron Cronn en un mundo autónomo, capacitado para trasladarse por el espacio a grandes velocidades, hacia puntos determinados de antemano. Los dispositivos que hicieron posible esta propiedad se deben a los titanes. La magnitud de tales trabajos era irrealizable para una raza como la cronnia. De este modo Cronn puede polarizar la

energía que acumula y moverse entre los campos magnéticos estelares. Un principio semejante al de los magnetones. Los cronios, como herederos de los titanes, han proseguido sus viajes por el universo a través de los siglos.

—¿Podré volver? ¡Por Dios, sea franco!

—No. No podrá volver. Por desgracia, nos dimos cuenta demasiado tarde del engaño de X. Ud. ya estaba en Cronn. Le parecerá raro que con todos los medios de identificación que poseemos, nos haya sucedido. Pero sucedió. Estamos a cien años-luz de la tierra. Y la luz recorre trescientos mil kilómetros por segundo. Vamos rumbo al corazón de la Vía Láctea.

No. No habrá regreso. No hay camino de regreso. Seré otro resorte. Y adelante. Seguid. Uno, dos, tres. Perfectísimo. Sin desviarse del camino.

—¿Y la verdadera historia de X.?

—La que conoce, con una nueva variante: huyó de otro mundo. Y por ese mismo hecho nos fue necesario imaginar un proceso de adaptación. Ud. sufrió el trauma interplanetario. Fue el principal indicio de que Ud. no era el verdadero X. Ud. estuvo un mes entero en la clínica. Treinta días durante los cuales hubimos de mantenerlo en un estado hipnótico, inyectándole alimentos y drogas.

Las estrellas que tachonan el cielo brillan como brasas. Verdes, escarlatas, anaranjadas, azules. Tan próximas y materiales que podría percibirse su calor. No hay atmósfera que intercepte la visibilidad. Estamos en el vacío.

En medio de su constante deambular por las estrellas, Cronn llegó al sol. Los astrónomos habían estudiado sus planetas, y descubierto, antes de rebasar la órbita de Plutón, que la Tierra albergaba una raza idéntica a la cronnia en muchos aspectos. De inmediato las astronaves partieron a reconocer el planeta, e instalaron en la luna su base de operaciones.

Hallar dos razas iguales en el universo constituye una casualidad. Los cronios, que en el curso de su historia exploraron cien mil soles provistos de planetas, jamás encontraron seres tan parecidos a ellos. De ahí su interés en conocer a los hombres. Siguieron estudiando la Tierra con telescopios, y la recorrieron desde la estratosfera con sus astronaves: captaron sus ondas de radio y televisión e hicieron un estudio completo de los hombres, sin entrar en contacto con ellos.

La Tierra es un mundo indefenso. Cualquier viaje interestelar está en condiciones de imponerse de todo cuánto le interese saber respecto a ella, con el sólo recurso de captar e interpretar sus emisiones electromagnéticas. Incluso, pueden aprender todos los idiomas terrestres por dichos medios y conocer la totalidad de sus costumbres. Sin delatarse. Tal hicieron los cronios.

Cronn se aproximó e instalóse frente a la Tierra, pero con el sol de por medio. Durante un año fue el Antiktron. Allí se mantuvo agazapado, girando en derredor del sol en el mismo período de la tierra y recorriendo su misma órbita. Dadas sus condiciones de automovilidad evitaba las libraciones. De este modo, nadie en la Tierra lo pudo descubrir. Además, las ondas de radar son absorbidas por la Cáscara. Es decir, no se reflejan. Debido a su color negro, es un pésimo reflector de la luz, aún directamente iluminado. Tiene un albedo insignificante, muy inferior al de Plutón, el planeta más opaco del sistema solar. En la práctica es invisible.

Continuaron las expediciones a la Tierra. Pero sin entrar en contacto con los seres humanos más civilizados. Aterrizaron en regiones desiertas; trabaron relaciones con algunas tribus perdidas en el Amazonas; conocieron los continentes polares, y, una vez que se formaron una exacta idea de la idiosincrasia del hombre, de sus inquietudes, de la crisis social y psicológica que atraviesa el siglo XX, seleccionaron un grupo de cronios que ya hablaban varios idiomas terrestres, para que se mezclaran con sus habitantes y los estudiaran más de cerca.

Entonces se produjo el incidente. X. integraba la tripulación de la astronave que comandaba L. ¿Quién podía imaginar que un cronnio prefiriera la precaria situación del hombre a la seguridad de Cronn? Pero había uno. X. llegó a la Tierra. Todos los cronnios llevaban cédulas de identidad, pasaportes, en fin, los antecedentes indispensables para ingresar en la comunidad terrestre sin peligro de ser descubiertos. La astronave de L. aterrizó en los Estados Unidos. Tres días después, X. desaparecía. Había preparado cuidadosamente su fuga: llevó consigo reactivos, antirreactivos —de uso exclusivo de las patrullas de exploración, que los emplean para no ser descubiertos cuando llegan a otros mundos—; con sus conocimientos estaba capacitado para hacer rápida fortuna. Un tuerto en el país de los ciegos.

El resto de la aventura me era conocido. Un sólo detalle ignoraba: que X. me había inyectado una dosis de su reactivo, con lo cual los cronnios fueron definitivamente despistados. Como las Máquinas, fuera de determinados límites pierden el control sobre los cronnios, éstos se inyectan sustancias que permiten al capitán de las astronaves detectarlos con aparatos de corto alcance.

X., que sabía que en cuanto desapareciera sería perseguido, extremó sus precauciones. Al verse acorralado —con la personalidad de Fernando Mendes, y ya en contacto conmigo— me inyectó una dosis de su identificador. Fue su toque maestro. Con ello los cronnios no podían seguir dudando. ¿Por qué —una vez que descubrieron la sustitución— no volvieron en su búsqueda? Los Técnicos de Cronn fijan sus itinerarios. Y dentro de la mecánica de los campos magnéticos, existen períodos críticos, que se producen cada determinados lapsos, y que es indispensable aprovechar al iniciar un viaje. Si bien es cierto que Cronn puede desplazarse con toda facilidad por el espacio, no es práctico manejarlo como una astronave. Habría sido ridículo regresar en busca de un hombre, cuya sustitución fue descubierta cuando se hallaba en plena travesía interestelar, muy lejos de la Tierra. X., que co-

nocía el plazo que habían fijado los Técnicos para permanecer en el sistema solar, se limitó a eludir a los cronnios por ese período. Sabía que, una vez iniciado el viaje, estaría a salvo.

En medio de todas estas revelaciones A. reaparece.

—Uno de los consejos que le di fue, precisamente, que le ocultara la realidad cronnia como otro planeta. Todavía no era conveniente que Ud. lo supiera.

—¿Y no temió que me enterara por otros medios?

—¿Cómo? Para empezar, yo seguía cada uno de sus pasos. Y la afortunada intervención de A. hizo el resto. Por otra parte era difícil que un cronnio cualquiera le hubiese dicho por propia iniciativa que Cronn era un sistema planetario de esferas concéntricas. Habría tenido que preguntárselo Ud. Y eso no lo habría hecho por razones obvias: Ud. no tenía por qué dudar de que se encontraba en el fondo de la Tierra, y temía, en especial, traicionarse.

Durante el viaje a Dnak la cronnia me dijo que ignoraba los planes que L. y D. podían tener sobre mí. Este detalle me confirma que A. procedió de buena fe.

Todo se explica. Menos la actitud de los cronnios frente a los hombres. ¿Por qué no entraron en contacto directo con ellos? ¿Por qué esa actitud sigilosa? Y si se consideraba que con el adelanto alcanzado por Cronn en el campo científico, habrían llevado siglos de adelanto a la Tierra —más aún al considerar la crítica etapa porque atraviesa: a punto de comenzar una guerra atómica— su actitud tornábase incomprensible. ¿Qué perdía Cronn?

El problema es complejo, dicen los cronnios. ¿Quién garantiza que la ayuda que un planeta preste a otro más atrasado sea de verdad efectiva para su desenvolvimiento? Es necesario considerar que la existencia de un mun-

do transcurre en la eternidad y en el infinito, y que sus destinos están regidos por factores que escapan a la razón. No se trata de aliviarlos por un año o por un siglo o por un milenio. La cuestión de la convivencia interplanetaria difiere de la de los pueblos entre sí. Aunque dentro de la misma Tierra se producen situaciones similares en los casos en que un país adelantado presta ayuda a una nación subdesarrollada. Muchas veces los problemas que les crean son mayores que los que pretendían solucionarles.

Ciertas etapas culturales deben alcanzarse a través de una evolución progresiva. La Tierra, con su actual grado de cultura, al verse de súbito en posesión de una civilización tan avanzada como la cronnia, con entera libertad para usufructuar de ella, podría sufrir fatales trastornos. La mejor manera de obtener ventajas de un gran progreso es cuando éste se ha conseguido por sí mismo. De lo contrario no se sabe valorizar y menos emplear.

Enfocado el asunto desde otro ángulo, cada mundo tiene sus móviles, sus propósitos, sus inquietudes, sus finalidades. Dios, al crearlos, les ha infundido todos los medios que les permitirá encontrar sus derroteros. Todo ha sido sabiamente planeado, y, a medida que se evoluciona, se va comprendiendo cuál es Su sabiduría. Cronn tiene millones de años de evolución cultural, y algo sabe del universo. Si el hombre no es capaz de encontrar el paliativo a sus miserias en su planeta, difícilmente lo encontrará en los mundos vecinos.

—Ud. lo comprenderá más adelante, cuando conozca mejor a los cronnios. Comprenderá por qué Cronn ha hecho bien al no intentar influir en la Tierra. En ella se habla de que el hombre fue expulsado del paraíso terrenal por su "curiosidad". Pudiera ser que esa misma "curiosidad" por conocerlo todo le depare desagradables sorpresas en el futuro.

X. Está vivo para las Máquinas. Cualquiera que vaya a consultar su ficha sabrá que aún vive. De ahí que los cronios se hayan visto forzados a mantener la sustitución. ¿Y el Identificador? ¿Cómo podré burlarlo? Aún falta mucho tiempo para el balance. Se buscará un medio de eludirlo, llegado el momento. No puedo reprimir un escalofrío. Por ahora, basta con que la máquina indique que X. está en Cronn —gracias al reactivo que me inyectó mi antecesor—, aunque no sea capaz de identificarlo.

El sol se ha puesto. A cien años-luz de distancia, por cierto. Diez mil metros más abajo, la Cáscara semeja un abismo, sin el más mínimo detalle visible. Sólo en lontananza se distinguen, vagamente, las cumbres de sus montes. Una región árida.

—Una vez me dijo que la noche y el día eran una consecuencia de la actividad solar, que acentuaba los fenómenos electromagnéticos...

—Fue una buena versión, ¿no?

Es un fenómeno de intermitencia magnética, explica. Un proceso automático. Desequilibrios de presión. El calor provocado por la luz hace que la energía cambie de polarización y se apague. Doce horas y media después, las partículas, que han llegado a un punto crítico de actividad, se reestructuran y vuelven a producir luz. Y así sucesivamente. A esto hay que agregar la especial compresión del espacio entre las nueve esferas. O sea, cada

veinticinco horas, en Cronn hay un período de día y de noche total para todo el sistema. No sucede lo que en la tierra, donde mientras en un hemisferio hay luz en el otro hay oscuridad. La campana anuncia cada veinticinco horas los períodos, al caer la noche.

Emprende vuelo el magnetón. Varias astronaves —puntos incandescentes que se destacan contra la Cásca— recorren el tenebroso paisaje.

—Patrullaje de rutina —advierde L.—. Cuando nos aproximamos a los corazones de las galaxias se extrema la vigilancia: son, en general, zonas de intenso tránsito interestelar.

La evolución es más rápida en el centro de un grupo estelar que en su periferia. En esos lugares las civilizaciones —cuando existen— se desarrollan veloces y alcanzan pronto altos grados culturales y científicos. En cambio el sol, situado en los suburbios de la Vía Láctea, está en condiciones de inferioridad. Es posible que sus planetas jamás alcancen determinadas etapas, para las cuales se requieren las condiciones cósmicas que imperan en dichas regiones.

Si, X. Estás oyendo hablar de “intenso tránsito interestelar”, de patrullajes de negros desiertos, de la ventaja de aquellos planetas que se hallan en el corazón de las galaxias. Mala suerte la de la Tierra, que nació en los bajos fondos. Debajo de ti se extiende la coraza protectora de dieciséis planetas. Dieciséis mundos perfectamente protegidos.

—¿Hay observatorios o construcciones ahí abajo?

—Ninguna. Nada que pueda delatar la existencia de seres vivientes a un posible invasor. Si una astronave aterrizara aquí no tardaría en emprender vuelo. En ninguna parte es posible encontrar un sitio más inhóspito. Son cerca de tres mil quinientos millones de kilómetros de esa substancia.

En medio de la noche se distingue una figura humana que camina con rápidos pasos.

—Un autómatas gigante. Un Máximo. Vigila la Cáscara en colaboración con las astronaves.

Tiene que ser inmenso. A pesar de la distancia es visible con nitidez. La falta de puntos de referencias impide valorizar su tamaño.

La espectral figura, que viste un traje fosforescente, desaparece de pronto, oculta por una colina.

A la luz de las estrellas se columbra una zona negra. Agudizando la vista se entrevé, también, un reborde circular de grandes proporciones.

—Uno de los accesos a Cronn.

Es un cráter con su correspondiente chimenea. Mide cien kilómetros de diámetro. Atraviesa la corteza de parte a parte —dos mil quinientos kilómetros de espesor— en sentido vertical. Mil quinientos kilómetros corresponden a la Cáscara en propiedad —la sustancia negra capaz de acumular energía cósmica—, y los mil restantes están compuestos por rocas metalíferas, común a las demás esferas. De ahí el nombre *Cáscara*: una piel que envuelve el primer planeta.

—Cualquier astronave puede descender por él.

—Cuando se encuentra abierto, X.

—¿Me quiere decir que “eso” puede cerrarse?

—En forma hermética, con un movimiento contráctil o pupilar. Una vez cerrado, lo único que se ve es un monte de dos mil metros de altura, con un cráter ciego en la cumbre.

El nivel del reborde. Su altura es insignificante en comparación con su amplitud. Transpuesta la pestaña, el magnetón flota sobre el abismo. Algunas esferas emergen con un trazo de luz.

—¿Qué mecanismo lo cierra?

Otra obra de los titanes. Encontraron la manera de surgir a la superficie. Durante milenios los colosos no co-

nocieron las estrellas. Podían viajar entre los planetas interiores. Pero una parte de la última esfera era impenetrable. La nada del universo cronio. Una nada sólida, que resistía las herramientas y explosivos más poderosos. Pero un día descubrieron que ante ciertas ondas de alta frecuencia, la Cáscara se perforaba. Como un tubo que se hunde en el agua: las moléculas se repliegan, pero al sacar el tubo vuelven a unirse. Aumentando el poder de esos reflectores se consiguió al fin abrir los respiraderos. Y las estrellas saludaron a los titanes.

Las paredes de la chimenea son perfectamente verticales. Atraviesa zonas de gravedad contrapuesta. Mil quinientos kilómetros más abajo —en el límite de la Cáscara con la roca— el conducto sube. En ese lugar los titanes instalaron el foco perforador. Ahí la gravedad es nula. La parte del tubo que desemboca en la cara interna de la esfera, es rígida. Sólo la que atraviesa la Cáscara es contráctil.

Pues bien: si se lanza un objeto desde el otro extremo del respiradero, cae con movimiento uniformemente acelerado hasta el límite. De ahí comienza a subir. Pero no alcanza a llegar a este cráter, porque su velocidad se anula quinientos kilómetros abajo. De ese punto, vuelve a caer. Significa esto que, desde el interior del sistema, nada puede llegar a la superficie por su propio peso. Necesita de un propulsor mecánico.

En cambio, si soltáramos un objeto aquí, la velocidad alcanzada al llegar al punto neutro, le permitiría recorrer los mil kilómetros restantes. Continuaría ascendiendo, teóricamente al menos, hasta quinientos kilómetros por encima del primer planeta. No sucedería eso por cuanto la atmósfera, que baja varios miles de metros por el tubo, frena y volatiliza cualquier objeto que se precipite desde afuera. Tal sucede a los meteoros que por casualidad embocan en las chimeneas. Además, a lo largo de la primera sección de éstas, existen alarmas automáticas que delatan y destruyen cualquiera cosa de tamaño peligroso que caiga en su interior.

—¿Cuánto tarda en cerrarse? —Era lo único que me preocupaba.

—Media hora. Y una hora en abrirse.

—¿Y se contrae a lo largo de sus mil quinientos kilómetros?

—Totalmente.

—¿Sin quedar rastros?

—Sólo el montículo exterior.

—¿Podría suceder que una aeronave quedase atrapada en el conducto, por no alcanzar a subir o regresar?

—Por cierto. Es difícil, pues hoy día todo se halla bien controlado y sincronizado. Pero hace siglos . . .

Cuando recién se habilitaron los caminos, una astronave trató de huir de Cronn. El sistema se encontraba en las vecindades de una estrella rodeada de hermosos planetas. Un grupo de cronnios decidió escapar y colonizar uno de aquellos mundos. Tomaron una nave de gran capacidad —medía doscientos metros de diámetro—, y emprendieron vuelo. Eran quinientos, entre hombres y mujeres. Recién comenzaba la ascensión de la segunda etapa del tubo, cuando fueron descubiertos. Los Técnicos hicieron funcionar el dispositivo.

El efecto fue notable. Muchos creyeron que los rebeldes habían logrado su objetivo. Por ninguna parte se encontraron los restos de la máquina. Incluso, se organizó una expedición para que los persiguiera en los vecinos planetas. Entonces apareció, a cuarenta kilómetros del cráter interior, en el centro de un arenal, una pértiga de miles de metros de longitud por un metro de diámetro.

—¿La Aguja que me mostró ayer?

—Exactamente. La Aguja de los Rebeldes. Estaba como ahora, enterrada sólidamente en tierra, un poco inclinada al Este. Era todo lo que quedaba de la astronave.

Fue comprimida por todos lados hasta adquirir esa forma extraña. Se alargó más de cuarenta veces su diámetro primitivo. Cuando el tubo volvió a abrirse horas

más tarde, aquel dardo descendió con movimiento acelerado y fue a surgir en la cara interna. El impulso adquirido lo hizo subir varias decenas de kilómetros más. Luego cayó en el desierto y se clavó profundamente en él. Nadie lo vio. Si hubiese caído al mar, jamás se habría conocido el destino de los fugitivos. Con toda probabilidad.

—¿Y los quinientos tripulantes? —Adivino la respuesta. Pero me es imposible evitar la pregunta.

—¿Por dónde iban a salir? Ahora es un monumento nacional. Un ejemplo para los audaces. Imagínese la presión de estos billones y billones de toneladas.

—¿Hay más cráteres?

Cuatro iguales por cada ochocientos mil kilómetros cuadrados de territorio, aproximadamente. Existen, más o menos, veinte mil respiraderos. Dada la magnitud de Cronn, son como vasos capilares en su piel. Además hay otras cuatro mil chimeneas de doscientos cincuenta kilómetros de diámetro cada una, que están esparcidas por toda la superficie. Corresponden a otros tantos observatorios astronómicos.

Un mundo de cuatro mil ojos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

DENTRO de las paredes de cada esfera existe una infinidad de burbujas. Cavernas colosales, como las que sirven de refugio a las Nodrizas, y una red de túneles similares al aeródromo. El diámetro de éstos fluctúa entre los cinco y diez kilómetros. La mayoría da la vuelta completa a la respectiva esfera. Casi todos iluminados. Además, hay una red de túneles auxiliares de mil metros de ancho, que conecta todo el sistema subterráneo entre sí.

Las principales experiencias científicas de Cronn se realizan bajo tierra, en la seguridad de tales refugios. Ahí se hallan las Nodrizas —accesibles sólo a los Técnicos—, los telescopios y planetarios —éstos únicamente en la corteza externa—, e inmensos laboratorios y fábricas. Servirían, asimismo, de cómodo refugio a la totalidad de la raza cronnia, en caso de invasión. Para un mundo como Cronn, que recorre las galaxias de arriba a abajo, todas las medidas de seguridad son pocas.

Una caverna similar a la de las Nodrizas. Desde el techo, a mil metros de altura, perforado por gigantescos focos, la luz se derrama sobre innumerables construcciones metálicas. Colosales torres forman un bosque de agresiva apariencia. Tensos cables y tuberías bifurcadas las conectan entre sí. Es una ciudad construida toda de acero. Llama la atención, como siempre, el trabajo de los titanes. Han recubierto con planchas de metal tanto las paredes como el techo de la gruta. Al mismo tiempo, la han dotado de luz. Una luz eterna, susceptible de apagarse en caso de necesidad.

Reina una intensa actividad. Entran y salen pesadas máquinas de las torres y edificios anejos. Las calles —cintas rodantes, radiales y circulares— las conducen a los aeródromos. De allí, segundo a segundo, despegan aeronaves hacia los túneles de salida. Simultáneamente, otras regresan desde diversos puntos de Cronn.

Nada en común tiene la ciudad con las Nodrizas, que se yerguen en un ambiente blanquecino. Aquí, sin ser la luz más intensa —sólo produce una claridad crepuscular—, ésta envuelve a los edificios acentuando sus oscuras formas. Las torres, en su mayoría cilíndricas, alcanzan hasta seiscientos metros de altura. Parecen tocar el techo. Atrevidos puentes cruzan sobre las arterias entrelazando las construcciones. El aspecto de la urbe es sombrío. No hay nadie.

Es uno de los laboratorios atómicos de Cronn.

El Atomo: un sistema planetario en miniatura, cuyo tamaño está determinado por el radio de las órbitas de los electrones que giran en torno al núcleo. Durante siglos los cronios estudiaron la manera de agrandar y reducir el Atomo ¿Cómo? Con un método que permitiera adicionar energía a sus partículas, en el primer caso. Para reducirlo, a la inversa, se trataba de sustraerles energía. Las leyes generales del equilibrio harían el resto. Es decir, automáticamente el átomo se expandiría al ampliarse las órbitas electrónicas, y tanto su masa como su magnitud general debería aumentar en proporción. Y viceversa. Considerándolo como la unidad mínima de materia para fines prácticos, las consecuencias de un invento así serían infinitas. Por ejemplo, permitiría construir cualquier cosa, aun las mayores máquinas, a escala reducida, para ampliarlas luego a conveniencia. El hombre logra sus obras más perfectas cuando las construye a una escala que le permita trabajar con comodidad.

Pues bien: eso es lo que se ha conseguido en estos laboratorios, después de infinitas experiencias. Aquí están los ampliadores y reductores. No es necesario agrandar directamente los objetos muy voluminosos. Basta ampliar

sus piezas para después armarlos. Ciertos artefactos, que requieren una resistencia especial, se agrandan directamente. Las naves interplanetarias, sin ir más lejos, y los magnetones, que se construyen de un tamaño no superior al de una naranja.

Mediante tales técnicas, la mayoría de las fábricas sólo producen miniaturas. Se economiza mano de obra, trabajo y materia prima. Lo único que se requiere en abundancia es energía. Para Cronn, que la obtiene del cosmos en cantidades ilimitadas, no hay problemas. Además, una materia constituida por superátomos, posee nuevas propiedades. Para empezar, una resistencia miles de veces superior a la original. Aumentando la energía de protones, electrones y demás partículas, crece el poder de cohesión de las moléculas. O sea, se obtiene la supermateria. Metales indestructibles para seres comunes, aun cuando posean las herramientas más perfeccionadas. La supermateria es irremplazable para la fabricación de astronaves: son las únicas substancias que se prestan para la utilización de los propulsores magnéticos. Se simplifica el transporte. En un solo magnetón se pueden llevar centenares de objetos a los ampliadores.

Y así como la ciencia cronnia ha obtenido átomos de un diámetro cien veces superior al original, ha conseguido reducirlos a la centésima parte de su tamaño. Un metro cúbico de cualquier substancia es susceptible de convertirse en un centímetro cúbico. Nada tiene que ver la reducción del átomo con la compresión de la materia. Esta última, que consiste en eliminar los espacios interatómicos por presión, también achica las substancias, pero éstas conservan su peso. Tal es el caso de las estrellas denominadas "enanas blancas". Allí la materia ha sido comprimida hasta el extremo de que un centímetro cúbico pesa miles de toneladas. Lo que la ciencia cronnia ha obtenido es una nueva forma de materia, como sucede con la ampliación del átomo. Es una materia muy tenue, que posee, asimismo, especiales propiedades.

Pero no todo ha sido éxito en estas experiencias. Si

bien es cierto que se pueden agrandar y achicar los átomos, es imposible devolverles su tamaño original una vez sometidos al tratamiento. ¿Por qué? Simplemente porque los nuevos átomos comienzan a actuar, instantáneamente, en otra escala. En otras dimensiones, donde principios y leyes desconocidos los rigen. Leyes y principios que, para comprenderlos, sería necesario trasladarse a dichas dimensiones. Cosa imposible para los cronnios. Allí toda su ciencia ha fracasado.

Pero, ¿por qué se habla de fracaso? ¿No han sido un éxito las experiencias en su aspecto práctico? Nada más que en lo tocante a la materia inanimada. El problema de las distintas escalas se presentó al aplicar tales métodos a los seres vivos. Es decir a sus células germinales. ¿Que fue monstruoso realizar dichos experimentos? No: fue una imperiosa necesidad. Cronn, destinado a recorrer los caminos más remotos, debe incrementar su poder con todos los medios a su alcance. Pues es posible que en el universo ya se hayan realizado estos experimentos. Cualquiera día Cronn puede toparse con enemigos que pongan en peligro su civilización. Los que vigilan la Cáscara conocen las acechanzas que aguardan a un vagabundo del espacio. Los planetas que giran alrededor de una estrella nada deben temer, excepto a la casualidad. Menos un planeta como la Tierra que se encuentra en las afueras de la galaxia. Hay billones de mundos más interesantes que conquistar. A Cronn no le interesa dominar otros mundos. Pero debe precaverse de ser conquistado.

De ahí nació la necesidad de crear superhombres. Por lo demás, habría sido difícil sustraerse a la tentación. Los métodos se aplicaron a células germinales humanas. ¿Qué resultó? Gigantes por una parte y pigmeos por la otra. Máximos y Mínimos. Colosos de doscientos metros de estatura y entes de dos centímetros. Un fracaso del cronnio. ¿Por qué? ¿No vivieron? Sí: vivieron. Pero fue imposible establecer una comunicación inteligible con ellos. Sus espíritus latían en otra dimensión, en otra

escala: fueron inaccesibles para un ser normal. El cronnio no es un dios. Su ciencia está capacitada para modificar la magnitud de los átomos de las células. Pero no así las partículas espirituales que van unidas a ellos. Nacieron titanes y pigmeos, pero algo les faltó, algo que era imposible otorgarles. Algo que nadie previó que les faltaría. Y como resultado de esa falla, no se les pudo hacer comprender una serie de cosas fundamentales: los principios de la colectividad; la colaboración con el cronnio para trabajar por la grandeza de su país; el afán de superación; ciertas inquietudes, etc. Porque la figura humana sólo es funcional dentro de determinados límites. Fuera de ellos, se torna inútil. Los cronnios pensaron que serían invencibles si conseguían crear una raza de titanes semejantes a la que construyó gran parte de Cronn. ¡Qué de ventajas habría representado el contar con su inteligencia superior al servicio del sistema!

—¿Y las calaveras del villorio? Tenían forma humana.

Sí. Pero son los restos de veinte Máximos que perecieron hace treinta siglos en una guerra interplanetaria. De los primitivos titanes no han quedado vestigios. Sólo su obra. Se supone que su aspecto nada tenía en común con el cronnio, en cuanto a conformación y figura.

—¿El autómatas que vimos en la Cáscara? ¿Vive aún?

—Sí. —L. parece envejecido. Desde que me mostró la Cáscara se ha humanizado—. Los Máximos son inmortales. Y se reproducen.

—¿Y continúan fabricándolos?

—No. Fue una experiencia que se efectuó hace cinco mil años. En vista del fracaso, no insistimos.

Pero los Máximos, por estar constituidos de supermateria, no fallecen de muerte natural. Como la gravedad de Cronn es baja para ellos, sus poderes físicos son ilimitados. A su escala, la materia y la energía se confunden. Tienen extraordinariamente desarrolladas sus percepciones extrasensoriales. Por desgracia, el cronnio no las puede aprovechar. Sus inquietudes constituyen un enigma. Para comunicarse con ellos se necesitan complejos

transformadores de ondas telepáticas. Nunca dicen nada sobre ellos mismos. La mayoría de sus órganos se les han atrofiado. Se alimentan de energía, que absorben por osmosis. Son verdaderos autómatas. Un milagro de la cibernética, que podría enorgullecer a sus creadores. Piensan, sienten, raciocinan y comunican sus impresiones: las que estiman convenientes. Pero de no necesitar a los cronnios para vivir, hace mucho tiempo que los habrían abandonado. Requieren de grandes presiones, de una atmósfera líquida y densa. Los cronnios, con toda su ciencia, habrían sido incapaces de construirles un mundo adecuado. Unicamente los han podido dotar de trajes herméticos —verdaderas corazas— mediante los cuales están en condiciones de subsistir y realizar algunas actividades. También se les han habilitado cavernas donde pueden despojarse temporalmente de sus vestiduras. Son indolentes. Nada les preocupa. Hacen caso omiso de los problemas humanos, sociales y científicos. Son silenciosos y, afortunadamente, pacíficos. Los cronnios, como seres prácticos, han conseguido hacer un pacto con ellos: les proporcionan los medios de subsistencia, y los Máximos, en retribución, ayudan a vigilar la Cáscara. Son ciento treinta y cinco mil. Cada uno tiene una superficie de treinta mil kilómetros cuadrados bajo su control. Pero para efectuar estas labores tienen que ir con un cronnio, que va instalado en el casco de su traje espacial. Es la única manera de obtener una labor efectiva de ellos. Poseen ciertas fibras humanas. Si bien no se inmutan con nada, se preocupan de que el cronnio que les acompaña no corra riesgos. Tratan de defenderlo en caso de peligro. En la Cáscara viven a sus anchas. Gozan con el espectáculo del cielo estrellado. Toleran la vida de los planetas interiores sólo por breves lapsos. Se vuelven hoscos y melancólicos. En todo caso, su colaboración es útil. Claro que se aprovecha sólo un porcentaje insignificante de su verdadera potencia. Unicamente en algunos trabajos de carácter físico. Pero son los verdaderos vigías de Cronn.

—¿Cómo?

—Ellos son los vigías. También se da este nombre a los cronios que montan guardia junto a ellos.

—¿Y yo?

—Ese será su papel. Ud. tendrá a su cargo el sector 517, que vigila Mh.

—¿Mh? ¿El otro que conoce el secreto? ¿Es un Máximo?

—Sí: hay cosas que adivinan. Cuando regresábamos con Ud., Mh estaba de guardia en el cráter 517. Dijo, brevemente, que necesitaba hablar conmigo. Tuve que acceder, pues de lo contrario, no nos habría dejado pasar. Llevan armas muy poderosas y son de una agilidad increíble. Me dijo que conocía la treta..

—¿La treta? ¿Qué treta?

L., en un santiamén, prepara sus defensas. Es algo notable. Por desgracia, todo es muy rápido. Una oportunidad perdida.

—Los Máximos hablan en enigmas —explica L., hermético el rostro—. En ese instante no comprendí qué quiso decirme. Por lo demás, se negó a dar mayores explicaciones. Pero supo que Ud. no era X. Sin verlo. Adivinó que en la astronave venía un terrestre. Eso fue todo.

L. ha reparado la fisura. Abandonamos la sala de proyecciones, sita en la torre central, y partimos en busca del magnetón. L. aún no lo ha dicho todo. Desde el balcón, la ciudad se extiende atestada de cables, luces, tuberías, raros receptáculos y depósitos globulares empostrados en el suelo. Bajo la central, una Mente coordina el incesante trabajo. ¿Qué me espera? L., transformado ahora en mi instructor, me prepara para mi oficio. Todo en forma sigilosa por cierto. El tornillo que Cronn perdiera con X. debe ser repuesto sin llamar la atención.

Sí: también existe una incomunicabilidad en el universo. Pero es real y no metafísica. Dios lo creó a infi-

nitias escalas, dentro de las cuales imperan leyes que les son inherentes e inseparables. Dentro de ellas los seres viven y mueren. Su capacidad e inteligencia ni siquiera les permite comprender lo que ocurre entre esos muros. Menos podrán comprender qué sucede al otro lado de esas infranqueables e invisibles barreras. Y los cronnios entrevieron dichas barreras al crear los Máximos y los Mínimos.

—¿El disco que apareció en mi dormitorio, en su refugio?

—Sí. Esos son los Mínimos.

Otro fracaso de la ciencia cronnia. También pensaron que esos seres minúsculos les serían de insuperable ayuda para desentrañar los misterios del microcosmos. Pero huyeron, y aprovechándose de su tamaño establecieron sus guaridas en los ilimitados escondrijos del sistema. Son tenues, sutiles y huidizos. Al revés de los Máximos, han asimilado gran parte de los adelantos científicos y sociales cronnios. Pero se niegan a mantener relaciones con éstos. Viven en otra dimensión. Temen y quizá odian a sus creadores. Nunca se han podido descubrir las causas de su miedo; pero los cronnios la sospechan. Son muy hábiles. Han fabricado armas que les hace temibles. Sin embargo evitan pelear. De ellos no ha sido posible obtener ni la más ínfima colaboración. Pero saben exigir. Los cronnios se han visto obligados a habilitarles enormes cavernas con su tenue atmósfera —verdaderos países—, y allí viven sin aceptar intromisiones. De tarde en tarde salen en rápidas excursiones a los planetas, en sus veloces y bien equipadas astronaves. Habría sido interesante conocer más o fondo sus problemas y cómo los han resuelto. El de la superpoblación, sin ir más lejos, que es el mayor de todos. Se reproducen con pasmosa rapidez. Pero su longevidad es proporcional a su tamaño. Además, se sabe que terribles pestes han exterminado naciones enteras. No obstante, su población se estima en dos mil millones.

Los Máximos han colaborado con los cronnios en

la adaptación de las cavernas para los Mínimos. Nadie sabe si se ha establecido algún contacto entre éstos y los colosos. Se supone que no. A los Máximos nada les preocupa mayormente. Por su parte, los Mínimos huyen de todo. Temen a todo. Desconfían de todo. ¿Por qué? Misterio impenetrable como el de la indolencia de los gigantes. Con la colaboración de estos dos extremos, Cronn habría sido invencible. Pero en la práctica se le han convertido en un problema.

Los planetarios son los museos vivientes de los cronnios. Quedan exactamente encima de los telescopios —los Ojos— y son tantos como éstos: cuatro mil. Están formados por dos hemisferios concéntricos. El externo, que está excavado en la roca, mide doscientos kilómetros de diámetro basal por cien de altura. El segundo es justamente la mitad de las dimensiones del primero. Es una cúpula construida con un material delgado y resistente. Una de las obras maestras de los titanes. La superficie útil de cada planetario supera los seis mil kilómetros cuadrados. Verdaderos países.

En el techo de la cúpula exterior, los titanes instalaron los dispositivos proyectores, que pueden desplazarse automáticamente siguiendo toda la curvatura del domo. Desde allí se proyectan, sobre la cúpula interior, que es translúcida, los cielos estrellados de cualquier planeta que haya visitado Cronn. Adentro, sobre el suelo encerrado por el hemisferio interno, los cronnios han reproducido, con ayuda de los Máximos, los paisajes y condiciones atmosféricas que más les han interesado en sus constantes exploraciones. Asimismo, los han dotado de variados ejemplares de la fauna propia de los mundos conocidos. Es posible realizar interesantes y peligrosas excursiones de caza en estos singulares zoológicos.

El planetario Tierra: en él sale y se pone el sol como en la tierra. De noche las estrellas cambian de posición en el período de un año terrestre. No hay posibi-

lidades de descubrir el engaño. Gracias a sus progresos en botánica, los cronios están en condiciones de hacer crecer en corto tiempo los árboles y plantas que sustraen de los planetas. Los Máximos, con sus grandes poderes, son capaces de reproducir los escenarios elegidos en cosa de semanas. Nada falta en ellos: lagos, ríos, bosques, montañas e incluso pueblos y ciudades.

Al visitar de nuevo el planetario Tierra, recordé el incidente de los caballos. Como yo, los animales estaban bajo los efectos del trauma interplanetario aquella mañana en que, acompañado de L., paseamos por el lago Wigry, en el "campo polaco". Y a cien años-luz de la tierra.

Tiempo después acudí al planetario. En un jeep típicamente terrestre —ya los silenciosos y suaves magnetones habían terminado por enervarme— descendí por una carretera de tierra, bordeada de árboles familiares y bajo un sol ardiente. Liebres y conejos huían a esconderse en la espesura al oír el vehículo. Por una avenida de álamos llegué a un pueblecito deshabitado. Una calle central, con casas a derecha e izquierda. Posadas, con pintorescos nombres escritos en sus muros blanqueados a la cal. ¡Y en español! "Patente de primera clase", "La sin Embidia", etc.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Los ojos o telescopios de Cronn. Están situados, como los planetarios, exclusivamente en la esfera externa. Son tubos de dos mil kilómetros de longitud por doscientos cincuenta kilómetros de diámetro. Atraviesan dos zonas de gravedad distinta. La pantalla magnética del aparato que abarca una extensión de 49.087,5 kilómetros cuadrados, se encuentra en la parte rocosa de la corteza. Cuatrocientos cincuenta kilómetros debajo de aquella, en la zona donde la gravedad es nula, los titanes instalaron el proyector de imágenes. De allí el conducto sube a través de la zona contráctil hasta desembocar en un cráter mil quinientos kilómetros más arriba. La tercera sección del telescopio es el ojo: una esfera de doscientos kilómetros de diámetro que, impulsada por un foco magnético montado sobre el proyector, asciende por el respiradero hasta asomar en la Cáscara. Es la parte móvil. Puede girar y seguir la trayectoria de los astros sin otro límite que el horizonte. Es decir, "mira". Recoge las imágenes y las envía al proyector, el cual, a su vez, las refleja en la pantalla. La observación se hace por encima. Debido a que la chimenea atraviesa zonas de gravedad opuesta, su fondo constituye el techo de la pantalla, a cincuenta mil metros de ésta. O sea, los observadores están protegidos del espacio exterior por la pantalla —una espesa red de líneas magnéticas—, la cámara reflectora y el globo ocular. En caso de necesidad el ojo se cierra: baja la esfera y se contrae la segunda sección del tubo.

Túneles de cinco esclusas contráctiles unen al Ojo con la red subterránea. Vasos capilares del gigantesco organismo que es Cronn. Su piel o Cáscara, horadada por miles de chimeneas. Allí asoman los Ojos. Y por aquella piel Cronn absorbe la energía cósmica que le permite moverse y dotar a sus planetas internos de todas las condiciones necesarias para la vida. Se alimenta por osmosis.

Espaciosas cámaras construidas por los titanes: allí van a desembocar los accesos. Luego, amplios e interminables pasillos. Piezas provistas de trajes del espacio —la pantalla está en el vacío—, ascensores, y por último, una cámara donde invisibles compresoras extraen el aire. La falta de presión da soltura a los movimientos. Los trajes están hechos con materiales rígidos y livianos. En medio de un grupo de cronnios salimos al Ojo. Hay allí un balcón amplísimo, que circunda toda la pantalla. Arriba y atrás: oscuridad densa e impenetrable. Al frente, detrás de la baranda del volado, surge un halo de luz.

—Las estrellas, X.

Avanzamos. La gente camina hacia la luz, apenas perfiladas en las tinieblas. Sensación de espacio abierto, sin paredes ni techo. No obstante estamos en el extremo anterior de un tubo cerrado herméticamente. La baranda. Instrumentos similares a microscopios y cámaras, montados en el antepecho, hasta una distancia incalculable. La circunferencia total del volado se aproxima a los ochocientos kilómetros.

Súbitamente una luz intensa rasga la penumbra. Los alrededores se hacen visibles. Estamos a pleno día. Multitud de cronnios se mueven a lo lejos, la mayoría apoyados en la baranda, manipulando los instrumentos. Se recortan contra una barrera blanca e interminable que se pierde en las alturas.

—Un planeta, X.

Cronn se aproxima a un sistema solar. Sus ojos lo están observando desde hace varios días. Me asomo a la baranda. Abajo, a poca distancia, se destaca un globo

de colosales proporciones. Es como mirar la tierra desde una altura tal que permita abarcarla de un solo vistazo en todo su tamaño.

Por varios segundos no percibo detalles en la esfera. La luz que despide enceguece. Poco a poco voy distinguiendo cosas. Regiones sombrías, zonas amarillentas y una franja rojiza que se extiende a lo largo de su borde derecho. Luego se bifurca en dos ramas: una que desaparece hacia la cara posterior del planeta y otra que baja hacia el ecuador. Casi la mitad del globo permanece en las sombras. Existe una línea definida que la separa de la parte luminosa. Esta línea presenta numerosas protuberancias. Unas motitas se deslizan sobre la zona amarilla. Cada vez se destacan más pormenores. Sí: en el fondo de la sima un mundo entero gravita silencioso y solitario. Se tiene la impresión de estar a bordo de una astronave que se aproxima lentamente: el balcón parece balancerse sobre el abismo. La esfera se hincha a ojos vista. Nuevos accidentes resaltan en su nítida y sólida superficie. Más allá de ella, una sección de espacio estrellado.

Es la imagen tridimensional de un planeta. La ausencia de atmósfera en la Cáscara permite una visibilidad insuperable. El mayor telescopio de la tierra tiene un reflector de cinco metros. Se necesitaría un espejo de más de doscientos mil metros de diámetro para conseguir un efecto aproximado. Y sin tomar en cuenta las aberraciones, parpadeos, etc. que produce la capa de aire. Los Ojos de Cronn aproximan millones de veces los objetos.

El planeta: conjunto de montañas y valles áridos. Nubes que navegan en una atmósfera arrastradas por silenciosos vientos. Paulatinamente se aproxima. L. manipula un complicado instrumento con tubos que se asoman al vacío.

—Atmósfera venenosa. Gran porcentaje de gases radioactivos.

El aparato tiene un espectroscopio anexo. Apoyo la

cara en una abertura rectangular: el fondo de un valle, al alcance de la mano. Rocas de siniestro aspecto, de un color rojizo. Forman la pared de un desfiladero cortado a pico. Gases verdes se esparcen sobre el terreno como una neblina repugnante.

El planeta está a medio año-luz de distancia. Los astrónomos terrestres atribuyen un radio de cinco mil millones de años-luz al universo. El telescopio del Monte Palomar penetra hasta dos mil millones de años-luz. Los Ojos de Cronn alcanzan a billones: no han encontrado los límites del universo.

El mundo continúa agrandándose. Sus bordes ya no se delinean con el trazo firme de una esfera: poco a poco se va extendiendo y aplanando. Desaparecen las estrellas de sus contornos.

—Cada vez más aumento, X. Vamos a ver algo interesante. ¡Mire allí, cerca de la orilla derecha!

La imagen ha sobrepasado los doscientos kilómetros de diámetro. En primer plano se ve un valle por cuyo fondo serpentea un río caudaloso. Pero el panorama es árido. Ni rastros de vegetación. Zonas coloreadas, que no son sino yacimientos minerales. Alternase el rojo intenso con el azul turquí: aquí y allá fuertes trazos gualdas. De pronto, a orillas del río, una mancha. Sus contornos, difuminados por el aire neblinoso, se prolongan hasta la ribera misma del río, por un lado, y penetran en un desierto marrón por el otro. El telescopio auxiliar está sobre ella. Es una gran ciudad: sus calles obstruídas, y en el centro, un enorme cráter.

El Ojo aumenta su poder progresivamente. La ciudad se agranda. Es posible ver sus torres y murallas; se yerguen carcomidas. Hay restos de una gran carretera, que interrumpen algunos cráteres. Tienen algo de familiares.

—Hace siglos que está abandonada. ¡Guerra atómica! —comenta L. en voz baja y calma—. Han envenena-

do el aire y destruido la superficie. Todo el planeta está así, al parecer. Eso es lo que queda de un mundo. Un cadáver que gira solitario en el espacio. —Lo dice sin ninguna emoción.

La ciudad se encuentra ahora a corta distancia. Abarca la parte más próxima de la pantalla. Más allá se perfila la curvatura del horizonte. En medio de su triste aspecto, los edificios se alzan con cierta majestad, perforados sus muros por ventanas poligonales. Los terrenos vecinos, desérticos y pedregrosos, desaparecen bruscamente en las tinieblas.

La imagen proyectada tiene ahora el tamaño real de la urbe. Una ventana. El interior de una habitación vacía, iluminada por los rayos solares. Los muros han sido construídos con bloques muy bien unidos.

—¿Es posible ir hasta allá?

—Desde luego.

A unos cincuenta metros se alinean diez o doce magnetones: ventanillas redondas, cuyos vidrios son lentes de aumento, y un equipo de instrumentos de observación. Una verdadera lupa voladora. Trasponemos la baranda, y empezamos a descender sobre la ciudad. Es lo mismo que estar acercándose a una población real. Planeamos sobre la campiña que circunda la metrópoli por su extremo norte. Se desliza por debajo del magnetón una pradera salpicada de peñascos rojos, sin una brizna de vegetación. Baja la esfera: su fondo roza el terreno. Miro atrás, seguro de ver una nubecilla de polvo que se deshace en el aire. Nada. La esfera se precipita contra una roca de gran tamaño: es decir, la atraviesa con suavidad. L. indica el cielo. Levanto la vista. Sobre mi cabeza se extiende una manta negra e impenetrable. La luz por cierto no proviene de arriba. Es el único detalle que lo distingue de un paisaje real.

Al frente, a unos cinco kilómetros, álzanse los muros circunvalatorios de la urbe. Resalta un edificio en

forma de aguja situado en primer plano detrás de la muralla.

—El diámetro de cualquier planeta que se proyecta en la pantalla, desde una distancia apropiada, es de doscientos cincuenta kilómetros. Un planeta como la tierra se vería de un tamaño equivalente a la cincuentaava parte de su magnitud normal. Ahora estamos casi con el máximo de aumento. El territorio que está ahí abajo es una exacta reproducción, a escala real, del territorio que enfoca el Ojo.

No alcanzo a oír sus últimas palabras. ¡Nos precipitamos contra la torre! Estamos a menos de cien metros... Cuando abro los ojos, el edificio, con su imponente mole, ha quedado atrás. Atravesamos murallas y rascacielos: la esfera se inunda con un destello de luz. Las imágenes, al ser atravesadas, deshácense como pompas de jabón, pero al mirarlas de nuevo, se las ve tal cual estaban antes, compactas y materiales. El magnetón llega, por último, a una amplia plaza, rodeada de edificios en ruinas. No es el silencio lo que más impresiona. La muerte emana de cada piedra de los rascacielos, de sus ventanas poligonales, de sus puertas desquiciadas. Por una de las calles que desemboca en la plaza avanza una densa neblina: se arrastra por el suelo, reptando por encima de los baches y los montones de escombros que la obstruyen. Es difícil creer que aquel suelo, que aparenta tanta solidez, no sea sino una ilusión. Los edificios se elevan a nuestro alrededor: la esfera está a la altura del primer piso. La ilusión es perfecta. Pero aquel cielo opaco —en contraste con las arterias iluminadas por el sol de mediodía— me vuelve a la realidad.

L. pone en marcha el magnetón. Lentamente avanzamos por una gran avenida. Desembocamos en nuevas perspectivas: construcciones ruinosas. ¿Hay alguien en el interior de las habitaciones? Dibújanse con nitidez

los marcos poligonales y una sección del muro interior. Más allá la noche.

Otras veces la ciudad se achata, encogiéndose grotesca o desapareciendo engullida por las tinieblas, según sea el ángulo de observación del Ojo.

Todo es tan real y a veces se enfocan paisajes tan atractivos que, en más de una ocasión, los cronios se han dejado caer en una verde pradera. Y han seguido viaje hasta la chimenea contráctil. Una novedosa manera de suicidarse. Tirarse de cabeza en las tranquilas aguas de un lago, y sumergirse en sus entrañas sin fondo, en una caída de cientos de kilómetros. También produce un raro efecto el precipitarse contra la gente y atravesarla de parte a parte sin que ellas se den cuenta de nada. Si se utilizan esquíes, la sensación es aún más real. La gente está al lado de uno: conversa y camina tranquilamente, sin percatarse de nada. ¿Crearían que seres de otros mundos están mirándoles las caras a pocos centímetros de ellos?

—¡Así lo vio X. a Ud., cuando era Hernán Varela, empleado de Acomsa!

Antes de partir a explorar un planeta, los vigías acuden a los telescopios y se “mezclan” con sus habitantes. Es muy útil: se conocen muchas de sus costumbres con el sólo estudio de su ritmo de vida, sus movimientos, sus gestos.

—No me cabe duda que X. fue a Santiago, cuando aún nos encontrábamos en las afueras del sistema solar. Hizo lo que estamos haciendo nosotros, ni más ni menos. Y lo vio a Ud. Es la única explicación razonable. Por eso, cuando huía, se dirigió a Santiago. A unos diez mil millones de kilómetros de distancia, su antecesor tuvo el primer encuentro con Ud. Entonces fraguó su plan. Es posible que haya estudiado su imagen en el telescopio.

Macizos muros. Calles agujereadas. En el corazón de la ciudad: un cráter inmenso, de cinco kilómetros de

ancho; casas pulverizadas en sus orillas. El impacto de un arma nuclear. Mi imagen reproducida en las profundidades de un mundo que no era la tierra. La ciudad crece a nuestro lado. Se estira. Se hincha. Alárganse los edificios. Se agrandan los adoquines. Se ensanchan las avenidas.

—¿Qué pasa?

—Más aumento. Están dando el máximo de aumento...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

UNA HABITACIÓN del Ojo. Sobre pedestales —descubiertos unos, dentro de burbujas plásticas, otros—, hay varias maquetas de lo que deben ser cuerpos siderales.

El centro de la sala. Encima de una base metálica se destaca una esfera de dos metros de diámetro: arrugada, con montículos anulares esparcidos regularmente por toda su área. De un color negro opaco. L. oprime un botón. El hemisferio que nos enfrenta se ilumina. Se hace transparente. En su interior, varios círculos concéntricos que son otras tantas esferas divididas por la mitad. Son nueve. La central, la más pequeña, no es hueca como las restantes. Compacta, atravesada de polo a polo por un eje o algo parecido a un eje. Son tan perfectas, tan bien calculados sus espesores y la distancia que las separa entre sí, que cuesta creer que sea la réplica de una obra de la naturaleza.

Una maqueta de Cronn a rigurosa escala. Descontando la Cáscara, la extensión de sus territorios equivalen a treinta y dos tierras. Como las aguas ocupan una superficie de aproximadamente un veinte por ciento del total, Cronn dispone de continentes feraces y ricos en minerales equivalentes a cien veces el área de los cinco continentes terrestres. Sólo los anillos sobrepasan el tamaño total de la Tierra. Todo esto para cien mil millones. Esa es la población de Cronn, exceptuando a los Máximos y Mínimos. Pero sus países son capaces de albergar con holgura a mil personas por kilómetro. A

doce billones de seres. A ello hay que agregar las características de Cronn: trasladarse por el Universo; sus métodos defensivos; la hermética protección que ofrece a sus habitantes, manteniéndolos en sus entrañas, fuera del alcance de cualquier enemigo; su autonomía completa en cuanto a abastecimiento de energía; su cualidad de ser casi indetectable y poco menos que invisible.

Una sala de proyecciones. Diversas vistas de planetas visitados por Cronn. Extrañas formas de vida. Civilizaciones en todo su apogeo.

La pantalla abarca toda una pared. Uno se cree asomado a un ventanal. Aparece un planeta, enfocado por uno de los Ojos. Una meseta rodeada de áridas y escabrosas montañas. Una luminosidad azulina y viva envuelve el paisaje. Picachos puntiagudos. De súbito, a la vuelta de un monte, se extiende un cuadro del Bosco. Insectos de tornasolada piel deambulan alrededor de una gigantesca aeronave. Un proyectil cohete: su proa afilada apunta al cielo. Otros cohetes están diseminados por el campo, dando el aspecto de un bosque exótico. Sin duda es una base de lanzamientos. El panorama —no sólo a consecuencia de su aridez, sino debido a la luz— es tétrico. Cambia la escena. La silueta de Cronn, iluminada asimismo por la luz lívida, aunque un tanto debilitada. Navega majestoso en el espacio.

—Son escenas captadas por nuestros Exploradores. Nos permiten ver simultáneamente los dos hemisferios de un planeta y a nosotros mismos.

La luz azul se intensifica. En el centro de la pantalla, un sol muy achatado en los polos, rodeado de un anillo de gases rojos que giran en torno a su plano ecuatorial a una distancia apreciable. Un gigante azul. Su diámetro equivale al de cien soles colocados uno al lado del otro. Situado en el centro del sistema solar, alcanzaría hasta las inmediaciones de la órbita terrestre.

—Los seres que vio pertenecen al cuarto planeta del sistema, un astro tan grande como Júpiter.

Reaparece el campo. Comprendo ahora el porqué de sus extraños movimientos.

—Duros como el acero. Quisimos trabar relaciones amistosas con ellos. Su mecánica y su arquitectura eran notables. Una flotilla de nuestras astronaves aterrizó en el planeta, luego de haber entablado las primeras conversaciones.

En un valle tan árido como la meseta pululan los insectos, en medio de una veintena de aeronaves esféricas. Distingo el extremo de los miembros superiores de aquellos monstruos, que rematan en una gigantesca tenaza. La pared de una de las astronaves se rasga como papel a la presión de la pinza.

En aquella época —cien mil años atrás— aún no se utilizaba la supermateria en la construcción de astronaves. Entes negativos para los humanoides. Todos sus actos eran impulsados por la más extravagante perversidad.

—Nos hicieron creer que deseaban nuestra amistad. Por razones que más adelante conocerá, nuestro sistema no podía alejarse de esa estrella. Nos manteníamos en las afueras de su último planeta.

Murieron miles de cronios. No funcionaron las defensas del sistema, y fueron alcanzados por sus bombas termonucleares, una de las cuales dañó un telescopio. La estrella no estaba en la Vía Láctea, sino en otra galaxia, a millones de años-luz de aquélla. Los cohetes eran proyectiles balísticos interplanetarios. Desconocían los secretos de los campos magnéticos, y con los combustibles de que disponían no les era posible lanzar una aeronave de tamaño suficiente para transportarlos a ellos, capaz de vencer su gravedad.

En la pantalla se refleja la figura de una esfera brillante que se dirige al sol azul.

Las siguientes escenas muestran alternativamente el campo de lanzamientos, con su bélica actividad, y la esfera que se acerca cada vez más a la estrella. Uno de los cohetes emprende vuelo. En medio del espacio estalla.

La bola penetra en el disco solar, y apenas se distingue como un puntito que parpadea contra el halo azul.

—Uno de nuestros detonadores cósmicos.

De nuevo el campo de tiro. Otros cohetes están listos para ser disparados. Un intensísimo destello hace palidecer el paisaje. Los insectos retroceden: se doblan, se retuercen. Aumenta la luz. La escena es una sola llamada que funde los alrededores en una masa ígnea.

—¡Una nova! La estrella estalló. Se dilató hasta sobrepasar con su volumen la órbita del planeta. ¡Hicimos un bien a la galaxia!

Una bola de fuego se expande con enorme rapidez.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

SEGUNDO viaje a través de Cronn. Del telescopio pasamos a uno de los túneles. Luego: la chimenea de salida. Y surgimos al primer planeta. La luz se extingue.

Nos dirigimos al planeta central. Hay que recorrer doce mil kilómetros por senderos verticales.

Reanudamos viaje al alba. Quinientos kilómetros de tinieblas. Nuevos continentes y océanos se suceden, dibujados con maestría. Y desfilan los anillos: flotan tranquilos e inmutables en el espacio, llevando en su seno miles de ciudades y millones de cronnios. La magnitud de los territorios y la baja densidad de la población hace que los mismos no aparezcan poblados en exceso. El grueso de los habitantes vive en los anillos. Sobrevolamos terrenos intensamente cultivados, praderas donde el ganado pace a sus anchas. Continentes selváticos y agrestes, lugares montañosos y desiertos donde los minerales colorean las tierras.

A medida que nos acercamos al planeta central se percibe el volumen cada vez menor de las esferas. Resalta la curvatura de los techos y se reduce la anchura y grosor de los anillos. La distancia de mil kilómetros que separa los planetas entre sí se mantiene constante. De haberse reducido en proporción al diámetro de cada uno, tal encogimiento no habría sido notorio. Pero la magnitud de los aros varía: su anchura corresponde exactamente a un dos por ciento del diámetro de la esfera que los sustenta. Y su altura equivale a la décima parte de su an-

cho. La regularidad del espacio interplanetario protege a Cronn de los choques. El sistema ha sido construido a prueba de colisiones. La Cáscara no sufriría gran cosa si Cronn arremetiera contra un astro. Protegería de paso a los planetas interiores. Y esa distancia interesférica uniforme evitaría que se produjese una reacción en cadena ante un golpe de intensidad dada, como ocurriría en el caso de que dicha separación disminuyera de manera proporcional al diámetro de los planetas. La potencia del choque se iría amortiguando al internarse en Cronn. La fuerza primitiva no sería capaz de impulsar sucesivamente a todos los planetas con la energía necesaria para hacerlos avanzar mil kilómetros. El magnetismo que existe en los espacios interplanetarios desempeña el papel de verdaderos pilares, y ayudarían a suavizar los efectos de un encuentro violento. El vacío constituiría otra defensa.

Todas las esferas tienen un espesor constante de quinientos kilómetros, a pesar de sus diferentes diámetros. Pero pesan casi lo mismo. Eso significa que la fuerza de gravedad actúa en todas con una intensidad similar. La materia se va concentrando en razón inversa al tamaño de los planetas, de modo que la de los interiores es la más densa. Las máximas fluctuaciones gravitacionales son del orden de un veinte por ciento mayor que la normal en la esfera externa y de un veinte por ciento menor a la normal en el planeta central. Lo justo para que no se produzcan perturbaciones serias en el organismo.

Descendimos sobre un paisaje lunar. Cadenas rocosas. Un desierto de arena iridiscente. A poca distancia el mar: lame el liso acantilado. El cráter comunicante se abre en el centro de una llanura pedregosa, de amarillenta tonalidad. Y emergemos al último planeta. En las inmediaciones el terreno sube en una pendiente bastante pronunciada. En el cielo, la esfera final se aprecia en toda su redondez. Flota libremente en el espacio. Uno de los anillos se enrosca en su torno. Hemos ido a dar a las proximidades del polo norte. Concurren allí los cuatro aros formando el cruce. Siendo más angostos, flotan con mayor hol-

gura que en los planetas precedentes. Por el mismo hecho, la distancia que los separa entre sí es ligeramente superior.

Entramos en el polo. El diámetro de los círculos árticos de Cronn equivale a un diez por ciento de la longitud del eje de la respectiva esfera.

Una vez más, la simetría continental. El polo superior es un círculo perfecto, separado de los continentes por un canal que lo circunvala por entero, con una anchura inalterable. Del mismo modo, el casquete al cual nos dirigimos, se encuentra separado de las tierras por un brazo de mar que, a juzgar por lo que es posible distinguir, también le rodea por completo. El acantilado cortado a pico, de unos cien metros de elevación, sigue la línea de la costa y surge erecto de las aguas, con sus paredes lisas y oscuras. Es una meseta cuyos negros flancos contrastan con la pradera nevada que comienza en su cima.

Baja el magnetón y planeamos sobre montañas cubiertas de nieve. Silencio y quietud por todas partes. A lo lejos se avecina una tempestad.

Momentos después se perfila, a medias escondida por el temporal, una montaña de cinco mil metros que remata en una meseta. Sus costados verticales: muros de compacto hielo.

El magnetón, rozando los cerros vecinos al monte, se introduce por una amplísima abertura situada a ras de tierra, en la base del paredón de nieve. Volamos en medio de compactas tinieblas, que retroceden ante una luz lechosa que sale del suelo. En el extremo del túnel hay un agujero circular, bien trazado, que se hunde en tierra. De allí proviene la luz. Innumerables pasajes que nacen en la base de la montaña polar desembocan ahí.

Durante las últimas horas he cambiado de táctica: opto por hacer el menor número de preguntas. No porque haya desaparecido mi curiosidad. En cierto aspecto, aquel sentimiento aislador, por así llamarlo, que intenta separarme de todo, es una nueva versión de mi primitivo estado síquico. No es el mismo que me poseyera en los

primeros días de mi permanencia en Cronn. Lo absurdo de todo cuanto me rodea ha tomado ahora un nuevo derrotero. Me veo a mí mismo protagonizando la aventura como si fuese un espectador y no el héroe de ella. Hernán Varela mira incrédulo a X., sin conseguir asimilar el cambio. Sé que estoy sustituyendo a otro. Que aquél otro está muy lejos, a más de cien años-luz. No obstante, creo sentirlo junto a mí en todo momento. Como si algo del verdadero X. aún permaneciese en Cronn, junto a los espíritus de sus antepasados. Quizá a él también le ocurra lo mismo.

Baja el magnetón por el agujero, de paredes metálicas y pulidas. Volamos dentro de una de las colosales grutas cronrias. En el techo se dibuja el borde curvo de la abertura de acceso, enorme y oscura. Su situación corresponde al centro del techo, el cual se despliega a su alrededor plano y perforado por los mismos reflectores circulares, comunes a las cavernas de este tipo. Es la de mayor amplitud que todas las visitadas hasta la fecha, a excepción del planetario. Totalmente desierta. Abajo, en la parte central, destácase una prominencia circular y simétrica. Una suerte de meseta artificial, rodeada de una llanura metálica. La esfera toca tierra a menos de diez metros del paredón. El piso de la gruta, vastísimo y bruñido, débilmente iluminado, refleja un frío letal. Sus medidas —cien kilómetros de diámetro por diez de alto— la transforman en una de las obras más monumentales e inútiles de los titanes.

A pesar de su frío aspecto, reina en el ambiente una temperatura tolerable. Muy lejos me parece columbrar el paredón demarcatorio que se eleva diez mil metros en una rigurosa vertical. Y al lado nuestro, el muro metálico, liso y alto, tan extenso como una cordillera. La obra cumbre de los titanes. El extremo norte del eje de Cronn.

Al acercarnos al muro se enciende una luz roja. Despide extraños reflejos en la semipenumbra, a unos dos metros sobre el nivel del piso. Se distingue, entonces, un círculo de unos diez metros de alto, que comienza a ras

de tierra, vagamente delineado en la oscuridad del muro. En su centro, el fanal. Aquel trozo de pared gira en silencio sobre un invisible gozne, dejando al descubierto una negra oquedad. No bien hemos salvado el umbral, cuando se encienden luces que revelan un túnel cilíndrico. Emanan la luz de una franja que corre a todo lo largo del techo. A cien metros de distancia el tubo termina bruscamente.

L. abre una trampa en el piso. Extrae dos trajes del espacio.

Llegamos al fondo del pasadizo, y otra puerta se abre ante nosotros. Cien metros más allá, una segunda puerta. A nuestras espaldas ciérrase la hoja recién traspuesta. Solemnidad en el silencio de L. Soledad del lugar. Sensación de vacío.

—Nosotros construimos estos conductos —dice L., al desgairé.

Al llegar al extremo opuesto el vacío es total. Abrese la puerta, y una galería, copia de la anterior, se proyecta hacia las entrañas del planeta. Ciérrase la puerta a nuestras espaldas. Angustia intolerable. Quiero hacer algún comentario. Ágiles pasos de L., como si alguien los aguardase. La cuarta esclusa se abre. El último umbral. Estamos en una planicie de metal, bien iluminada, de una extensión imposible de calcular. La luz emerge de un hueco central, que se extiende a diestra y siniestra, curvándose con suavidad a una enorme distancia.

El lugar se asemeja notablemente al Ojo. Pero no hay nadie. Ni gente ni instrumentos. La intensa claridad me permite reparar en una nueva diferencia con el telescopio: no existen barandas en torno al precipicio por donde surge la luz. Esta se eleva cual un muro lívido hasta desaparecer en lo alto. Marca el brusco final de la planicie. Antes de observar nada capaz de justificarlo, siento un vahido violento.

L. llega al borde del abismo.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Se asoma, y luego se vuelve hacia mí.

LA SILUETA de L. se recorta grotesca contra el muro blanco.

Llego a la misma orilla. Desfallezco. Un vacío que se agranda en la boca del estómago. Retrocedo tambaleante. El abismo se hunde insondable en las entrañas del planeta. Un tubo, con anillos de luz en su interior, se empequeñece progresivamente hacia la sima.

—Tiéndase en el suelo, y acérquese.

Se equilibra en el canto del cráter. Repto y avanzo por segunda vez. Me zumban los oídos. El precipicio gira. Estamos sobre una plataforma suspendida en el vacío. Debajo de ella nace la primera franja luminosa. El tubo se abre bajo el piso de la caverna donde aterrizáramos. Los contornos constituyen la tapadera del pozo, que desciende a plomo con una infinita serie de círculos de luz que van disminuyendo de tamaño. El más profundo parece hallarse en el extremo de un embudo.

Un microbio asomado a una faringe humana. La voz fría y seca del cronnio:

—¡La obra maestra de los titanes! Un tubo enteramente iluminado, eternamente iluminado, de cien kilómetros de diámetro por cinco mil de longitud. El Eje del Mundo. Un eje hueco, que atraviesa el último planeta de polo a polo, calibrado como el ánima de un cañón.

Me ayuda a levantarme. Siento que mi cabeza gira veloz. Parado al lado de la sima, temblorosas las rodillas, advierto que L. fija el extremo de un cable a mi cintura,

el cual ya está unido a la suya. Deslumbrado por la visión, no me doy cuenta de lo que hace. El mismo hecho de encontrarnos en el vacío, sin escuchar otro ruido que la respiración del cronio por los auriculares, acentúa el carácter de pesadilla de la escena. A menos de treinta centímetros de mí se abre el agujero. A nuestra derecha, el oscuro piso del volado, que una luz crepuscular ilumina, va a unirse con la pared del fondo, donde se halla la puerta del pasillo neumático.

¡Y me empuja! Desprevenido y mareado, pierdo el equilibrio. Vacilo una fracción de segundo al borde del abismo, y me precipito en el vacío.

Me siento suspendido en el espacio, sin ningún movimiento. Cierro los ojos. Un ronco estertor.

—¿Tiene miedo? ¡Míreme! Estoy a su lado... ¡A menos de cinco metros!

Las palabras de L., pronunciadas con esa serenidad que sólo él sabe darle, no son suficientes. No me atrevo a abrir los ojos. Manoteo desesperado.

—En vez de manotear en forma tan poco digna, dése vuelta, y míreme. ¿Más insultos? Para su tranquilidad, debo decirle que no se va a morir. ¡Una simple prueba! Hágase cuenta que es aerosquí. ¡Caída libre! La gravedad burlada gracias al ingenio y la inteligencia.

Pruebo hacer lo que me dice. Mis párpados, pesadísimos, se niegan a abrirse. Abro los ojos por último. Estoy vuelto hacia el fondo. A pesar de nuestra velocidad apenas nos movemos. Abajo, los anillos no son mayores que una rueda de bicicleta. A la derecha vislumbro, con el rabillo del ojo, algo que sube con acelerado movimiento. Vamos dejando atrás, mejor dicho arriba, el primer círculo luminoso.

—Las franjas nos darán una idea de la velocidad. Tienen veinticinco kilómetros de ancho, separadas de su vecina inmediata por una banda oscura de la misma medida. Poco a poco pasarán con mayor rapidez. ¡Vuélvase para acá! Estoy a su izquierda. Un poco por encima de usted.

Efectúo un movimiento de torsión. Gira el tubo. L. está unido a mí por el cable, de pie como si estuviese en un piso invisible. Detrás de él se extiende una gigantesca pantalla blanca donde se destaca su silueta. Es el segundo aro. En un vacío casi absoluto es imposible percibir la sensación física de la velocidad.

—Llegaremos a velocidad cero al otro extremo. El conducto cruza el planeta de polo a polo. En la Tierra oí una adivinanza bastante tonta, pero susceptible de aplicarse a este caso. ¿Qué hace un perro cuando llega a la mitad de un bosque? La respuesta es: empieza a salir. Aquí pasará más o menos lo mismo: caeremos con velocidad uniformemente acelerada hasta llegar al centro del planeta. ¿Qué pasará entonces? ¡Comenzaremos a subir! Desde la segunda mitad de la chimenea, nuestro movimiento será uniformemente retardado, hasta detenernos por completo. El tubo está vacío. Sólo de tarde en tarde vienen cronios a efectuar la prueba. Para los vigías es obligatoria. Forma parte de su entrenamiento. Además, son mínimas las posibilidades de una colisión en un espacio de cien kilómetros. Podrían estar cayendo miles de personas en este mismo instante y no nos daríamos cuenta.

Sigue disertando: aceleraciones, caídas libres, etc., con la misma tranquilidad de un conferenciante. Su inalterable sangre fría termina por devolverme la calma. Por otra parte, la caída es de tal modo silenciosa y los puntos de referencia para valorizar la aceleración se encuentran tan distantes, que el miedo concluye por desvanecerse. A pesar de todo, aún no me siento capaz de mirar abajo. Miro hacia arriba. Puedo ver ahora el anillo inicial en toda su amplitud. Su movimiento ascendente no refleja ni de manera aproximada nuestra real velocidad. Cerrando los ojos uno se cree suspendido en el espacio sin ataduras de ninguna especie. Y caemos. Cada vez más rápido.

Mi terror se bate en retirada. El hecho de ver al cronio a menos de cinco metros de mí me restituye

el valor. Los anillos tardan menos en pasar. Se suceden con majestuosa aceleración.

—¡Cinco kilómetros por segundo! Dieciocho mil kilómetros por hora. No se nota, ¿verdad?

Los aros se mueven. La más perfecta inmovilidad: los vemos pasar como las ventanillas de un tren nocturno. ¡Dieciocho mil kilómetros por hora! Y nuestra carrera va en constante aceleración.

—¿Para qué los titanes construyeron este tubo?

—Cada raza tiene su meta. Los titanes, como grandes ingenieros y constructores, aspiraban a la realización de algo único. ¡Este esófago! ¿Cuál fue la utilidad práctica que obtuvieron de él? Nadie lo sabe. Quizá fue una simple obra maestra, la culminación de su talento constructor.

Transcurren los minutos. Todo cuanto me sucede y me ha sucedido es absurdo, sin agarradero posible. Una historia sin pies ni cabeza. La Gran Prueba. ¿Por qué tengo que hacerla? ¿Para representar el papel de otro, a billones de kilómetros de mi planeta? ¿Podré regresar algún día?

—Llevamos doce minutos y medio de viaje. Vamos llegando al corazón de Cronn.

Poco importa ya que estemos en el núcleo del sistema o en la Cáscara. Da lo mismo.

De súbito la chimenea gira por completo. Miro, en esos precisos instantes, las profundidades, sin preocuparme del resultado final de la caída. Y entonces se produce. En un segundo, cambia el sentido de nuestro viaje. Empezamos a subir a vertiginosa velocidad. Desfilan las franjas. Abajo, el tubo ábrese interminable. Lo mismo arriba: los anillos se achican ahora por ambos extremos. Encima de nuestras cabezas las bandas vienen a nuestro encuentro con silenciosas rapidez. En veinticinco minutos atravesaremos el último planeta. De polo a polo, sin necesidad de vehículos de ninguna clase. Siento una gran calma. No sólo es una calma espiritual. El cronnio intercala de tarde en tarde una

que otra frase. Despierto de una pesadilla que ha durado años. Miro los contornos, sintiéndome despejado y dueño de mí mismo por primera vez desde mi llegada a Cronn. Ahora lo sé. La trascendencia de mi descubrimiento no me mueve a ser muy locuaz.

Voy a hablar: mis pies se apoyan en algo sólido.

—¡Venga! Llegamos. La plataforma magnética se mantiene únicamente por diez minutos. Si no logramos llegar a la orilla en ese plazo, volveremos a caer...

Caminar en el aire, sobre un agujero como aquél... Arribamos a un volado igual al que abandonáramos media hora antes. Tal cual si hubiésemos regresado al mismo sitio. La red magnética, que se extiende entre las márgenes del agujero de cuarenta kilómetros, aún está allí.

—¡Nadie, ningún titán, por grande que sea, es capaz de construir eso!

El rostro de L. envejece a través del cristal de su escafandra.

—Me alegro que haya llegado a esa conclusión. Los titanes existieron, pero no en Cronn. Por eso quise que hiciera esta prueba. Temí, por un momento, que nunca presintiera la verdad...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

DEJAMOS atrás el círculo antártico, que mantiene escondido, bajo una espesa frazada de nieve, el eje del mundo. Contemplo el techo, que siempre ha sido para mí lo más desconcertante. Parece que las masas continentales se desplazan como si no se encontrasen sólidamente empotradas en el planeta.

—Todo flota. Cada esfera, tanto en la superficie interior como exterior, se halla recubierta por una capa de agua de cincuenta kilómetros de profundidad. Sobre ella flotan los continentes. Pontones rellenos de tierra, de veinte kilómetros de hondura, separados del fondo del mar por un espacio de treinta mil metros de agua. Ese manto líquido, que totaliza cien kilómetros entre dos planetas, es el que acorta la verdadera distancia que separa las esferas de mil kilómetros a novecientos.

Los continentes flotan, pero sus posiciones apenas varían. Los tubos comunicantes los unen a las esferas por debajo del mar. Otros conductos de las mismas proporciones enlazan los continentes entre sí, bajo los océanos, a cinco mil metros bajo el nivel del agua. Son verdaderas barcazas cuyo fondo plano sigue la curvatura de la esfera correspondiente. Sus flancos son de veinte mil metros y cortados a pico. Las murallas o acantilados de metal que yo observara en el Villorrio de la Calavera. El fondo o quilla es del mismo material, y dentro de ellos, hay tierras fértiles seleccionadas.

—Todo lo hicieron los Altísimos.

Fue la primera vez que los oí mencionar. Sin saber a qué se refería —debido tal vez a la especial entonación de su voz al nombrarlos, o quizá a sus explicaciones sobre la configuración continental—, el hecho es que de inmediato me puse en guardia.

—Ellos construyeron Cronn.

Comienza el crepúsculo.

Los hombres, los de la Tierra y los de Cronn: meros juguetes. De nada sirve que la ciencia demuestre nuestra pequeñez, que la contemplación del espacio nos haga sentirnos insignificantes. De nada sirve que la idea de Dios trate de ponernos en nuestro lugar de seres pequeños y efímeros. El ser racional necesita de hechos, de cosas tangibles para comprender su miseria. Sin ellos, busca y busca. Y a veces encuentra.

La plataforma se posa en el pasto. L., el rostro cansado y melancólico, se dirige hacia la barrera de árboles gigantes que rodea el claro. Siéntase a los pies de uno de los colosos. Apoyado en la arrugada corteza mira la copa de los árboles de enfrente, y por encima de ella, el techo, y más allá del techo...

—¿Comprende lo que es eternidad? ¿No? Yo tampoco. ¿Por qué? Porque nuestra razón no ha sido conformada para entender conceptos así. Nuestra vida transcurre en el infinito y en la eternidad. Aún más: nosotros podemos trasladarnos por el universo, recorrer todos sus caminos. Deberíamos ser capaces de asimilar alguna de esas palabras. Sin embargo, no es así.

Nos hemos preocupado por encontrar la manera de reducir a términos inteligibles el universo que nos rodea. En todos los mundos habitados existe la misma inquietud. En todos ellos, sus científicos han descubierto —o creído descubrir al menos— esos términos. Han llegado a calcular, como en la tierra, el diámetro del cosmos visible. Han hablado de dimensiones, de expan-

sión del universo. Han estimado su edad en tantos o cuantos miles de millones de años. Hablan de su forma general y de cosas abstractas.

Pongamos como ejemplo al planeta Tierra. Allí se desenvuelve una vida inteligente, similar a la cronnia y a la de muchos otros mundos poblados por humanoides. Allí el hombre es el padrón, el punto de referencia, la medida con la cual todo cuanto existe es susceptible de reducirse a términos comprensibles. Su tamaño le hace pensar, no sin razón, que se haya situado a medio camino entre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. Hacia abajo, el átomo, y, en el cielo, el espacio poblado de estrellas. Dentro de los confines de su mundo, el hombre es una excelente medida para concebir y calcular todo lo visible. Para concebir "su" universo, "su" infinito, "su" eternidad. Pero, ¿es, en términos absolutos, el hombre un buen padrón?

El átomo, el hombre, el universo y Dios. ¿Podría ser así? En cierto sentido, sí. Dios está por encima de todo lo que existe. Ya sea respecto a un microorganismo como a un titán. Para comunicarse con El no es necesario recurrir a intermediarios. De existir una raza microscópica, por cierto que no requeriría de nosotros para hacerse oír por El.

Pero, ¿qué representaríamos nosotros para esa hipotética raza? Imaginemos a un ser pequeñísimo, visible mediante potentes microscopios, que vive en un mundo apropiado a su tamaño, en un planeta de un volumen no mayor que una esfera de un metro de diámetro, por ejemplo. Imaginemos que dichos entes logran imponerse de nuestra existencia por medio de cálculos y observaciones instrumentales, pues nuestra magnitud no podría ser apreciada conforme a su escala. ¿Qué pensarían de nosotros? ¿Nos considerarían dioses? Estaríamos en condiciones de hacer por ellos cosas "sobrenaturales". Llegada la ocasión seríamos capaces de construirles un mundo artificial infinitamente superior, desde el punto de vista técnico y de seguridad, al que

les diera la naturaleza. Podríamos dominarlos como ningún ser humano lo ha hecho hasta ahora. Podríamos elegirles una órbita alrededor de nuestro mundo, y hacerlos girar allí hasta que nos diera la gana. Nos serían de gran utilidad para descorrer los misterios del microcosmos. Podríamos inyectarlos en nuestras venas y utilizarlos para explorar nuestros vericuetos orgánicos, y obtener de ellos valiosas informaciones. ¡Observadores inteligentes que nos servirían para la conquista del micromundo! Y la contrapartida: jugaríamos ante ellos el papel de Hacedores, de divinidades de su universo.

Pero ellos, por hallarse dotados de la capacidad de razonar y hacer abstracciones, comprenderían a la larga que, por mucho que fuese nuestro poder y dimensión, seríamos, como ellos, productos de la creación. Seres prodigiosos pero llenos de flaquezas y necesidades.

Raros, incomprensibles quizá, misteriosos en nuestros propósitos. Nada más. Si ellos se autodenominaran humanos, dentro de los límites de su universo, nosotros pasaríamos a integrar el mundo de lo no-humano o de lo sobrehumano. Así denominamos todos aquellos fenómenos cuyo origen desconocemos. Capaces de convertirnos en sus tiranos absolutos, podríamos hacer de ellos nuestros más humildes y sumisos esclavos, bajo la amenaza siempre latente de destruirlos en un abrir y cerrar de ojos. De existir una raza semejante, nosotros, por haber alcanzado un alto grado de civilización, nos compadeceríamos de tales seres, siempre que no representaran un peligro para nuestra seguridad, y trataríamos de ayudarlos. Nos sería posible construirles un paraíso, y solucionar de golpe la totalidad de sus problemas.

UNA VEZ más envejece el rostro del cronnio. La noche ha llegado.

Nuestra raza nació en el corazón de una galaxia que dista de la Vía Láctea algo así como tres mil millones de años-luz. Nuestro planeta giraba en compañía de quince mundos alrededor de una estrella azul de gran magnitud. Nuestra nación, favorecida por la naturaleza, sacó partido de aquellas excepcionales condiciones, y evolucionó fuerte y sabia. Su historia, llena de altibajos como la historia de los hombres, no atravesó por épocas de inactividad. Pronto encontraron los medios de abandonar su planeta. En pocos años, todos los mundos vecinos cayeron bajo su dominio. Sucedió esto hace más o menos un millón de años. Pero no se detuvieron ahí. Millones de estrellas horadaban el cielo: en torno a la mayoría de ellas debían girar planetas. Y allí estaba, tal vez, la vida. Los sabios descubrieron sutiles fórmulas de mecánica celeste, y enteráronse que el universo había sido construido a infinitas escalas. Por razones desconocidas, desestimaron la trascendencia de este descubrimiento, o, lo que es más probable, no supieron valorizarlo.

Realizaron así los primeros viajes interestelares, y su cultura se extendió hasta los confines de la galaxia: su situación, como base de operaciones, facilitó el éxito de los viajes.

Nuestra raza, ensoberbecida, creyendo que el universo había sido hecho para que ella lo conquistara, desoyó muchas advertencias. ¡No comprendió que había cosas fuera de su alcance! Hechas para devolvernos un poco de humildad y para hacernos saber que no somos dioses. Y ocurrió, entonces, que los Altísimos se enteraron de nuestra existencia.

Las tinieblas caen veloces sobre el paisaje, disolviendo sus detalles, tornándolo cada vez más irreal. Ocho esferas, de quinientos kilómetros de espesor cada una, me separan del abismo.

Es una historia tan antigua que se hace difícil distinguir la realidad de la leyenda, a pesar de que acaeció en una etapa de avanzada civilización. Por otra parte, Ellos se han preocupado de mantenerse siempre en el misterio, por lo cual todos los testimonios son bastante vagos. ¿Por qué han procedido así? Probablemente para que no descubramos sus debilidades. Para que no logremos comprobar que se hallan sujetos como nosotros a las leyes del universo físico. ¡Para aumentar la real diferencia que nos separa! También procedían de ese modo las antiguas aristocracias. Con la diferencia de que Ellos son distintos a nosotros en múltiples aspectos. Eso es todo lo que se ha podido saber. Y han conseguido darnos la impresión de omnipotencia que deseaban mostrarnos, colocándose fuera de nuestro alcance sensorial, impidiéndonos, de este modo, zafarnos de su tiranía mediante nuestra ciencia física.

¿Cómo nos conocieron? Presentían Ellos la existencia de este microcosmos del cual formamos parte. Como a su escala la evolución tiene que ser más lenta, sólo se han hecho presentes en el universo en una época relativamente reciente. Algo así como lo ocurrido con los virus y microbios en relación a nosotros, los cuales, exis-

tiendo desde el comienzo de la creación, sólo han sido descubiertos después de la invención del microscopio. No hay que tomar estas comparaciones en un sentido absoluto. En el universo no hay parangón que sea capaz de reflejar la verdad respecto a lo que está fuera del alcance de nuestros sentidos.

El hecho es que consiguieron ampliar nuestras emisiones electromagnéticas, y descubrieron que, en aquellas nubecillas de polvo cósmico, había manifestaciones de inteligencia. Le correspondió a nuestra nación el triste honor de ser la primera —que sepamos, al menos— en ser descubierta.

Por intermedio de algún transformador, pudieron a su vez hacerse entender por nuestros antepasados. Se estableció así el contacto. Desde ese día, hace cerca de diez mil siglos, nuestro destino estuvo decidido.

¿Por qué se interesaron en nosotros? La razón habría que buscarla a través de meras conjeturas. Son inteligentes, de una inteligencia que escapa a nuestra comprensión. Inquietos investigadores que jamás se cansan de profundizar sus conocimientos del universo. Así como nos sentimos fascinados por lo infinitamente grande, Ellos se han vuelto hacia lo infinitesimal. ¿Por qué? No porque actúen desde el infinito y la eternidad. Así como el átomo sólo nos preocupa respecto a la utilidad práctica que le podamos sacar, a los Altísimos no parece preocuparles lo que tienen encima. Podría ser también que su ciencia haya tomado otros derroteros.

El hecho es que, interesados en conocer los secretos de nuestro universo, fraguaron un plan: utilizarnos como exploradores inteligentes, capaces de raciocinar, para que les comunicáramos los resultados de nuestras investigaciones sobre el microcosmos, de acuerdo a sus designios. ¿Cómo? El chantaje: para darle su verdadero nombre. Una vez que nos conocieron lo suficiente, nos comunicaron que nuestro sol se transformaría en una supernova al cabo de un año terrestre. Agregando la acción a la palabra, durante varias noches consecuti-

vas nuestro cielo se pobló de fuegos, provocados por las explosiones de un millar de estrellas previamente señaladas por los Altísimos.

Simultáneamente, y de manera sucesiva, constelaciones enteras entraron en ebullición. Decir que fue terror el que se apoderó de nuestros antepasados sería inexacto y ajeno a la verdad. Poco es lo que se sabe de aquella época. El caos, simplemente. La locura más desenfrenada que jamás haya poseído a ningún habitante de las galaxias.

Una vez que los vieron deshechos, o poco menos, ofrecieron la oportunidad. En una órbita situada más allá de la última de nuestro sistema, apareció un nuevo astro. De treinta y tres mil kilómetros de diámetro: negro, indetectable para los instrumentos comunes, flotaba silencioso y tranquilo bajo las afiebradas miradas de nuestros astrónomos. Era Cronn.

Los Altísimos lanzaron un ultimátum: si mi pueblo deseaba escapar a la inevitable destrucción, debería trasladarse de inmediato al nuevo planeta. Se garantizaba la supervivencia; sería la raza más poderosa de su cosmos. No había dónde elegir. Nuestro pueblo no tuvo otro remedio que agachar la cabeza.

En pocos meses nuestros planetas —tres del sistema— se vaciaron en el nuevo mundo, que, a simple vista, parecía inhabitable. Se les permitió llevar todo cuanto quisieran, sin prohibiciones de ninguna especie. Trasladaron fábricas, laboratorios, ciudades enteras. En fin, todo lo que necesitaban para su nuevo destino. Ellos estaban interesados en que nuestro avance científico y cultural no se interrumpiera: demostraban así una absoluta falta de temor ante nuestros posibles descubrimientos.

Fueron quince mil millones los que llegaron a colonizar Cronn. Y se encontraron con un sistema planetario artificial, compuesto de nueve esferas concéntricas, cuya superficie quintuplicaba la de nuestros planetas reunidos. Nada faltaba. Había sido construido con un

profundo conocimiento de nuestras necesidades: tomaron en cuenta todas las medidas de seguridad imaginables. Una técnica mil veces superior a la que nuestra raza podía concebir. Océanos, tierras fértiles seleccionadas, anillos que no eran sino amplios y cómodos refugios, mil y un vericuetos en las cortezas de cada planeta, continentes que flotaban anclados en el fondo de los mares, y una envoltura externa contráctil, de una substancia desconocida, que poseía ciertas particularidades orgánicas, como la de abrir y cerrar miles de poros por los cuales se posibilitaba el acceso al interior del planeta. Además, a nuestra escala, constituía un aislante absoluto. Planeado para trasladarse por el universo, capaz de alcanzar la velocidad infinita, a prueba de colisiones estelares. ¡La velocidad infinita, cosa que nuestra ciencia consideraba imposible de lograr!

Un sistema planetario artificial. Una astronave que navega desde su construcción sin haber tenido jamás una falla. Tampoco podrá tenerlas, pues sus realizadores, por vivir en otra dimensión, regidos por leyes distintas a las nuestras, pueden producir obras perfectas para nuestra escala. Los Altísimos revelaron las características de Cronn y la forma de conducirlo. Y comenzó nuestra labor de tripulantes de un satélite teledirigido.

Ellos determinan nuestros caminos. Estamos autorizados para guiarlo sólo en casos especiales y siempre bajo su directa vigilancia. Jamás han perdido contacto con nosotros. Porque el planeta central —de cinco mil kilómetros de diámetro— contiene una unidad mental o Mente Artificial —un cerebro electrónico, al decir de los terrestres, aunque sin ser eso precisamente—, por medio de la cual los Altísimos mantienen el control del sistema. Pero este planeta es apenas el núcleo de un mecanismo integrado por las nueve esferas, en cuyas cortezas existen esos conductos huecos e incomprensibles que utilizamos de refugios. Su objetivo verdadero es desconocido. Cronn no es otra cosa que un ingenioso transmisor

y receptor de enigmáticas ondas, probablemente mentales. Los vacíos que existen entre las esferas rebosan una energía similar al magnetismo, que utilizamos en parte, pero cuya verdadera finalidad está en relación directa con las características intrínsecas del sistema como laboratorio tripulado, como satélite de observación. Esa energía, de origen desconocido, causa los fenómenos luminosos y acústicos. La voz que se escucha cada veinticinco horas —que diariamente nos recuerda nuestra esclavitud y que motivó el nombre del sistema— se propaga en el vacío. No son ondas sonoras las que la transmiten.

Por otra parte, la habitabilidad de las esferas, si bien es fundamental para nuestra supervivencia, no lo es para las cualidades mecánicas de Cronn. Somos meros accesorios del sistema, accesorios que raciocinan, que sirven devotamente a sus amos, con la devoción que sólo puede causar el terror a una muerte súbita. Tenemos de todo, sin duda. Constituimos la raza más poderosa de nuestro universo. Nadie es capaz de superarlos dentro de las dimensiones y conceptos a nuestro alcance intelectual. ¡Los reyes de la creación! Bacilos que podrían enorgullecerse de su omnipotencia, de no saberse sojuzgados sin remedio.

¿Qué forma tienen? Nadie lo sabe. Mantenerse invisibles y anónimos ha sido su preocupación fundamental. Se supone que su magnitud es tal que nos sería imposible percibirla con nuestros sentidos. ¡Ni siquiera los instrumentos más perfectos estarían en condiciones de darnos una idea inteligible de Ellos! Fueron creados para habitar el macrocosmos, para cuya sola concepción carecemos de la inteligencia necesaria. El Creador los dotó de extraordinarios poderes. No sabemos si atribuirlo al resultado de sus esfuerzos o a una cualidad innata —casi con seguridad lo último—: el enorme desarrollo de sus facultades extrasensoriales. Y en ese terreno, nos-

otros estamos recién comenzando. Nuestro infinito termina donde comienza el infinito de los Altísimos, en el cual todo es distinto. La materia y la energía se comportan de otra forma, obedecen otros principios.

Somos la clase baja del universo. Menos que eso. Después de siglos de luchas y sufrimientos, nos hemos encontrado con una raza tan superior a la nuestra que nos ha quitado de una vez por todas la idea de hacerle frente. Lo único aconsejable es huir, esconderse como delincuentes, cuando aún hay tiempo.

Seguramente estiman que debemos sentirnos satisfechos y halagados de habitar un planeta como éste. ¿Qué más puede ambicionar un ser inferior? No entienden o no les preocupa entender el concepto de libertad. Lo de siempre: el que está arriba se arroga el derecho de decidir los destinos de los de abajo. Frente a nosotros constituyen una aristocracia, con todo el cúmulo de intereses creados que caracteriza a esos grupos. No se les puede juzgar por eso. ¡A otra escala, otros son los móviles y otras las finalidades! Pero algo en común tienen con nosotros: les preocupa la ciencia, el saber, el aprender cada día más. No tienen misericordia de nadie tratándose de adquirir nuevos conocimientos. Les importa un bledo nuestro porvenir, nuestra esclavitud. Piensan que nuestra finalidad es la de servirles fiel y lealmente. Porque habrían podido llegar a un acuerdo amistoso con nosotros, con los consiguientes beneficios. Pero no son dioses, a pesar de que juegan ese papel frente a los cronios. Dios, el Creador del Universo, no iba a crear ciertos seres para que hicieran el papel de dioses respecto a otros menos favorecidos. Los Altísimos nos consideran seres inferiores, incapaces de autogobernarnos, despreciables en muchos sentidos, no sólo debido a nuestra pequeñez. Tienen un concepto distinto de la vida. ¿Y qué van a hacer los cronios? Para comenzar: no sabemos dónde están. No conocemos su aspecto ni sus intenciones finales. Pero, en relación a nosotros, Ellos todo lo saben. En la práctica, adivinan nuestros pensa-

mientos colectivos, nuestras reacciones como integrantes de una masa. Eso les basta. Mal que mal, los microorganismos tienen la propiedad de multiplicarse vertiginosamente. Nosotros, no. En una palabra, no poseemos armas contra Ellos.

Es un misterio cómo construyeron Cronn. Se sabe que lo hicieron en muy poco tiempo: un lapso que podemos medir a nuestra escala. ¡Menos de un año! Unos pocos segundos para Ellos. Aprovecharon, por cierto, productos de los planetas de nuestra galaxia para proveer a Cronn de tierra, agua y minerales. Efectuaron una acuciosa selección: les bastó poco tiempo para imponerse de nuestras necesidades y costumbres.

Se cree que el volumen de Cronn es muy inferior a la masa de uno solo de Ellos. Pero ignoramos qué forma tienen. A su escala todo cambia. Sería ridículo imaginar, por ejemplo, que son hombres de cien mil kilómetros de estatura. Son distintos: nada más. Es lo más que puede decirse. Todo cuanto sabemos de Ellos está basado en puras conjeturas. De manera velada y ambigua, nos han dado a conocer sus proporciones. Sus formas, sus costumbres, los planetas que habitan han permanecido y permanecerán siempre en el misterio. Tal vez el diámetro de sus mundos deba medirse en años-luz. Es posible que existan supergalaxias, integradas por estrellas que sobrepasen en masa a la Vía Láctea. Desconocemos los límites del espacio. Todas nuestras teorías han fracasado. Hoy por hoy, somos más ignorantes que al principio. Quizás existan infinitos universos encajados uno dentro del otro en un espacio multidimensional, donde todos son vecinos, aunque debido a las distintas escalas a que fueron creados, sean mutuamente invisibles.

¿Que los átomos tal vez son pequeñísimos sistemas planetarios, habitados por seres ultramicroscópicos? Es casi un hecho que un átomo es la partícula mínima de

materia. El límite entre la materia y la energía. Pero nada se repite en la naturaleza. El Creador tiene una infinita imaginación. Ha inventado millones de estructuras, cada una en función de determinadas magnitudes, sin repetirse nunca. Si hubiese alguna forma de vida en los átomos, ella estaría más lejos de nuestra comprensión que la de los Altísimos. Estos últimos deben actuar, posiblemente, en un universo inmediato al nuestro, donde la materia y la energía han creado fenomenales fuerzas. Tal vez el universo sigue expandiéndose por encima de los Altísimos, y la energía y el espíritu se funden en colosales seres, frente a los cuales los Altísimos son microbios. ¡Tan pequeños para esos colosos como los posibles seres atómicos para nosotros! Y tal vez el universo crece, crece hasta llegar a Dios, o a la nada...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

POBRES DE NOSOTROS si nos sorprenden preparándoles alguna jugada. En varias ocasiones tratamos de independizarnos. Y el castigo aplicado fue tan desproporcionado al delito, y nos descubrieron en forma tan oportuna, que desde hace diez mil años no intentamos ninguna rebelión. A eso se debe que nos alejemos de cualquier raza semejante a la nuestra. ¡No les deseamos nuestra suerte! Por eso evitamos entrar en contacto con la Tierra. Unicamente habríamos podido darles un consejo: que abandonaran sus ambiciones por penetrar los misterios del universo. ¿Y qué habría sucedido? Nos habrían hecho preguntas imposibles de contestar. Nada habríamos obtenido con ponerlos en guardia. Nunca ha servido la experiencia ajena. Para convencerlos, hubiéramos tenido que mostrarles Cronn. Y eso está prohibido por los Altísimos. Además se corría el riesgo de que Ellos se interesaran por la raza humana a través de nosotros. Por alguna razón les atraen los seres de forma humana. Les despierta su interés científico.

Estamos perfectamente controlados. Entre los cronios hay un gran porcentaje que les son leales. No significa que esos cronios sean nuestros enemigos. Pero los Altísimos nos han impuesto una serie de obligaciones que debemos acatar a riesgo de ser exterminados. Por ejemplo, los únicos que pueden dirigir Cronn, los únicos que tienen acceso a las cámaras de dirección del sistema, son los Técnicos. O sea, nuestra raza está obligada

a sacrificar periódicamente un buen número de personas para que ingresen a ese Cuerpo. Es una verdadera casta de cronios, especialmente seleccionada desde su niñez, de mutuo acuerdo con los Altísimos. Se les somete a una misteriosa intervención quirúrgica —imprescindible para sobrevivir en las cámaras de dirección—, que efectúan sólo Técnicos y que los convierte en verdaderos autómatas. Quedan entregados a los Altísimos. Por otra parte, los Técnicos son de vital importancia. Si algún día los Altísimos, por cualquiera razón, perdieran contacto con nosotros, serían los únicos capaces de manejar Cronn.

¿Por qué los Altísimos no nos han transformado a todos en Técnicos, si de ese modo se aseguran nuestra lealtad? Es la única limitación que les conocemos. La operación deja a los Técnicos inhabilitados para el desempeño de la mayoría de las actividades intelectuales que desarrollamos normalmente. Se convierten en autómatas, entregados por completo a su tarea de conducir Cronn y vigilarlos. Forman parte del sistema de espionaje de los Altísimos. Pero no sirven para funciones creadoras: sólo les sirven para manejar Cronn en la parte mecánica. Y son los únicos que conocen la manera de comunicarse con los Altísimos, mediante complejas claves e instrumentos. Abren los caminos y saben nuestro itinerario. Por suerte, nuestro pequeño y complicado organismo les ha impedido descubrir un proceso que les permita hacer de todos nosotros algo semejante a los Técnicos, sin las limitaciones de estos últimos, aun cuando nunca han tenido, hasta la fecha, mayores problemas en hacerse obedecer. Algunos creen que los Altísimos nos prefieren rebeldes, pues así les somos de mayor utilidad.

Cronn es la cárcel más perfecta que haya sido inventada. Está materialmente atestada de alarmas y dispositivos que ponen de inmediato en guardia a los Altísimos. Basta que el uno por ciento de la población abandone

Cronn —poniéndonos en el caso de que pudiésemos en-
gañar a los Técnicos— para que funcione una multitud
de ingeniosos y eficientes sistemas de exterminio, ocul-
tos en las cortezas de las esferas o quizá dónde. En cosa
de minutos, toda la raza cronnia puede ser aniquilada,
sin dejar rastros de ella. Y las Nodrizas se encargan de
repoblar el planeta. Construimos las Nodrizas bajo sus
indicaciones, una vez que les proporcionamos todos
nuestros conocimientos sobre genética. Cuando estuvie-
ron funcionando, introdujeron mutaciones en nuestras
mujeres para impedirles la procreación. Es lo único que
las cronnias no pueden hacer: dar a luz un niño. Se
aseguraron así nuestra permanencia en Cronn, ya que
una raza estéril es incapaz de colonizar otros mundos.
Tampoco podemos llevar las Nodrizas con nosotros: ne-
cesitan de una instalación compleja y voluminosa. Si
intervenimos en ellas, automáticamente lo comunican
a la Mente artificial, la cual, a su vez, la transmite a la
central —el planeta interior—, y ésta a los Altísimos. Con
las Nodrizas pueden liquidarnos cuando se les antoje,
en la seguridad de que el sistema será repoblado en la
siguiente generación. Es muy posible que todos los dis-
positivos de seguridad actúen por sí mismos, sin inter-
vención directa de los Altísimos. Ellos no se ocupan de
los problemas “locales”. Excepto el caso de los Técnicos,
que constituyen su preocupación preferente. Quienes
ingresan a ese Cuerpo tienen un método propio e inde-
pendiente de control. Máquinas especiales los recuentan
periódicamente, y si falta uno solo, se cierran las salidas
de inmediato, hasta que se explique la desaparición.
Nadie trata directamente con los Técnicos. Son seres ex-
traños e inaccesibles. Su mismo aspecto —pálidos y de
raro mirar— inspira desconfianza y temor. En la prácti-
ca son policías. No como los de la Tierra, que vigilan
a los hombres. Los Técnicos son los guardianes de
Cronn, los vigoleros de los Altísimos. Ellos son los que
extraen las células germinales de los hombres y mujeres
de Cronn para abastecer a las Nodrizas. La mutación

atrofió a las cronrias. Y la atrofia se hizo hereditaria. Pero pueden producir óvulos.

No existen planos de las Nodrizas a nuestro alcance. De existir alguno, está oculto en algún sitio al cual sólo pueden llegar los Técnicos. Aquellos que las construyeron desaparecieron sin revelar el secreto. Jamás lo habrían hecho, por lo demás.

También las máquinas de control o censoras y las de identificación fueron construídas por los Técnicos, previa orden de los Altísimos. Con el tiempo, para nuestra raza se ha convertido en una necesidad imperiosa impedir cualquier intento de insubordinación, por razones de supervivencia. A eso se deben todos los sistemas de control individual que existen en los nueve planetas. Instinto de conservación, nada más. La raza cronria entera fue destruída diecisiete veces en un millón de años. ¿Cómo? Envenenando la atmósfera, provocando fríos o calores, mediante ondas letales que emulsionan los tejidos, con ruidos que enloquecían. También hay castigos menores o de advertencia —cuando los delitos no revisten mucha gravedad—, que pueden consistir en un oscurecimiento del sistema o en un aumento o disminución de la temperatura. Una vez nos dejaron a merced de unos monstruos —las vistas proyectadas en el Ojo—, y para deshacernos de ellos nos vimos obligados a provocar la explosión de su sol. Consecuencia de una maniobra de los Altísimos. Paralizaron Cronn. No funcionaron los dispositivos que cierran las salidas. Y esos seres metálicos nos dañaron un telescopio. Antes de destruirles su estrella habríamos preferido huir. Pero no pudimos hacerlo. Tuvimos que tomar medidas drásticas. En algunas ocasiones los Altísimos nos ponen en aprietos así. Para eso tienen una fértil imaginación. Claro que eso lo demostraron al crear Cronn, que además de prisión y laboratorio, es una sala de torturas científicamente proyectada. Una obra maestra, superior a cualquiera realización de la naturaleza. Basta ver cómo han aprovechado el espacio en un mundo de treinta y tres

mil kilómetros de diámetro. Al lado de Cronn, la Tierra es algo anticuado y primitivo. Un planeta en bruto. Además, nadie sabe lo que pueden hacer las fuerzas subterráneas: apenas es habitable en la superficie.

En Cronn todo tiene significado: el mismo hecho de que los diferentes planetas giren en sentido contrario alrededor de un eje común. ¿Por qué? No lo sabemos. La Cáscara es un aislante absoluto frente a nuestra ciencia. Sus moléculas tienen la propiedad de contraerse, haciendo desaparecer los espacios interatómicos y dejando así las chimeneas que permiten llegar a la superficie externa. Los mismos anillos: se supone que son estabilizadores del sistema. Pero además se cree que hacen el papel de conductores de energía y de enigmáticas ondas, pues sus cruces coinciden a través de todas las esferas. El Eje del planeta central —la Gran Mente— también coincide con los cruces. ¿Otro de esos extraños conductores huecos? Hay buenas razones para suponerlo, aun cuando sus paredes son impenetrables. El hecho es que mediante esos curiosos dispositivos, los Altísimos dirigen Cronn por control remoto. Se estima que no utilizan instrumentos electrónicos. La Gran Mente transmite sus conclusiones a la Cáscara. De allí las recogen los Altísimos.

Está obscuro. Se endereza L. con gran agilidad. Parte rumbo al magnetón. Este fulge suavemente en las tinieblas. La idea de que nos encontramos en el interior de una máquina, me produce una mezcla de terror supersticioso y embobamiento.

¡Cómo se las arreglaron para liquidar nuestra raza luego de nuestro último intento por independizarnos, hace cien siglos! Las nuevas generaciones que salían de las Nodrizas padecían de una alergia por los cronnios existentes. Se entabló una guerra sin cuartel, y los nue-

vos cronios asesinaron hasta el último de los antiguos. Una guerra civil, pero no por nobles causas, sino para liquidar a entes dañinos. Acto seguido, y a medida que los rebeldes morían, se les iba a depositar en la Cáscara, la cual quedó cubierta por un par de años de millones de cadáveres. Por instrucción de los Altísimos. De allí desaparecieron. Se supone que la corteza, con sus propiedades antigravitacionales, los expulsó al espacio. Treinta mil millones de cadáveres lanzados al vacío. Una verdadera galaxia. Jamás se volvió a saber nada de ellos.

Emprendemos vuelo en medio de la noche.

—En los comienzos de nuestra civilización, cuando dudábamos de la existencia de Dios, cuando nos creíamos los reyes de la creación, desafiamos al Creador a que nos demostrara su poder, a pesar de que aún no comprendíamos qué era el Universo. Nuestra insolencia fue castigada. ¿Cómo? Y apareció la superraza.

—¿Y ese pueblo de titanes?

La fosforescencia del piso da a L. un aspecto extraño.

—No existió aquí, por lo menos. Fue una historia inventada para explicarle algunas de nuestras rarezas. A eso se deben también ciertos vacíos en mis explicaciones. Todo lo han hecho los Altísimos. Exceptuando, desde luego, las ciudades, estas aeronaves. No sabemos cómo han reaccionado con la creación de los Máximos y Mínimos. Hasta ahora, nada han dicho. A veces, son muy lentos en tomar sus decisiones. Pueden transcurrir siglos sin hacer nada. Pero de improviso hablan. Hemos tratado de engañarlos, disfrazando el objetivo que perseguíamos. A su vez, los Técnicos dieron autorización. Si nuestros argumentos les han convencido, nada nos harán. De lo contrario... Tengo el presentimiento de que conocen la verdadera finalidad. Quizá desde el comienzo. Y si no se opusieron entonces fue porque esta-

ban seguros de nuestro fracaso. Pero eso no obsta para que nos apliquen algún correctivo.

Vamos, de nuevo, rumbo a la Cáscara. La noche se vuelve más y más densa. La voz de L. llega lejana:

—Y yo pertenezco a la antirraza.

En el cielo gira, a través de las tinieblas, la Mente Artificial, con sus cinco mil kilómetros de diámetro y su eje máximo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

SOY UN VIGÍA. Ha transcurrido ya una semana desde que L. descubriera el secreto de Cronn y la existencia de los Altísimos. El porqué de la enigmática actitud de L. se ha aclarado un tanto. Hay cosas que aún no son del todo comprensibles: sin ir más lejos, la historia de X.

Es triste pensar que mi nueva patria sea lo que es: un presidio equipado con perfeccionados dispositivos de vigilancia y exterminio. Claro que los mismos cronnios se lo buscaron. ¿Podrán liberarse algún día? Parece difícil. Ellos mismos lo piensan así. Su única esperanza: el dominio de las percepciones extrasensoriales. Pero para ello requieren tiempo. Siglos de estudios ininterrumpidos para que los conocimientos se sedimenten. Si bien los cronnios con todos sus adelantos están en condiciones de vivir con buena salud quizá indefinidamente, los Altísimos, a través de las máquinas, sólo les conceden un siglo de vida sana y productiva. Nada más. Todos sus problemas solucionados: hasta el de la superpoblación. Cronn está calculado para proveer subsistencia a doce billones de seres. Nunca ha sido copada dicha capacidad. Diecisiete exterminios. Y a empezar de nuevo.

Pero, ¿qué me importa que los cronnios, por ser incapaces de controlar su ambición, hayan caído en manos de una superraza? Soy hijo de la Tierra, aquel pequeño y primitivo planeta situado a dos o tres siglos-luz de aquí. He sido trasplantado a un sistema planetario artificial, a un miserable corpúsculo teledirigido,

utilizado por sus constructores para hacer estudios en el microcosmos.

Contemplo, con un indefinido sentimiento de nostalgia, el espacio poblado de estrellas que arde allá arriba. Deberé, mal que me pese, compartir la suerte de Cronn. Nada de espectables situaciones en Chile: una voz rara aquí en la Cáscara, cuando la menciono en alta voz. Moriré como vigía, como heredero forzado de X., es decir, de Mendes.

En siete días de intensivos estudios L. me ha considerado apto para desempeñarme en el nuevo oficio. La mayoría de mis actuales conocimientos me ha sido inyectada mediante máquinas similares a aquella que me enseñara el idioma. Aún tengo mucho que aprender. Altas matemáticas, sin ir más lejos. Sobre todo, aquellas sutiles fórmulas que me permitan comprender por qué transcurridos apenas un par de meses de hallarme en Cronn, en la Tierra ya han pasado cientos de años. Ello se debe, tengo entendido, a que el tiempo transcurre lentamente para los cuerpos que se desplazan a grandes velocidades. El caso de Cronn: desde que se alejó del sol ha sobrepasado la velocidad de la luz en dos ocasiones. Tal vez esto constituye una nueva triquiñuela de L. destinada a quitarme cualquiera esperanza que yo pudiera alentar de volver a la Tierra. Sin embargo, creo que me ha dicho la verdad. Si he dejado de darle trascendencia al asunto se debe al hecho de que el "dejar hacer" se ha convertido en un factor predominante de mi personalidad. En la práctica, poco es lo que me importa ya. Siento, sí, una vaga curiosidad por saber qué me ocurrirá con el transcurso del tiempo. En una palabra: hasta cuándo seré capaz de mantener la farsa de que soy X.

Volviendo a lo que me explicara L., resulta que, en la actualidad, todas aquellas personas que conociera en la tierra han muerto: mi familia, mi madre, mis escasos amigos. Esto, que en la Tierra habría sido incapaz de tolerar, aquí en Cronn me parece natural. Mi estado

de ánimo se reafirmó al confesarme L. que jamás podría regresar.

El hecho es que ahora estoy en la Cáscara. Mi primer turno de vigía. Me ha correspondido el sector que comprende el cráter 517 y sus alrededores: una extensión aproximada de treinta mil kilómetros cuadrados. Soy, por lo tanto, el vigía 517, lo mismo que X. Me encuentro en la coronilla de Mh., el Máximo, en una amplia cabina instalada sobre su casco. Vivo en una suerte de simbiosis con el coloso, y tengo a mi cargo la labor directiva de la vigilancia. Debo conducirlo en los momentos de apuro. En buenas cuentas, soy el intermediario entre la Central de Vigías, comandada por un Técnico, y el Máximo.

En el sector 517 soy el amo y señor en lo que se refiere a su atención terrestre. Pues la vigilancia de la Cáscara es muy compleja. Constantes patrullas aéreas surcan el espacio a diversas velocidades y altitudes, con lo cual la totalidad del territorio se halla bajo observación ininterrumpida. Además, existen escuadrillas de desembarco que complementan la labor de los Máximos en caso de necesidad. Cuando Cronn viaja por zonas de mucho tráfico, disminuye el patrullaje aéreo. Entonces los Máximos adquieren toda su importancia. Acontece esto cada vez que los Ojos delatan algún cuerpo sospechoso moviéndose por las proximidades. Y cuando ese cuerpo se dirige al sistema, determínase a cuál sector pretende arribar. Entonces, ciérranse los respiraderos y Ojos de la zona amagada, y los Máximos se aprestan a cumplir su cometido. No siempre entran en acción. Las más de las veces se limitan a aguardar que los intrusos emprendan la retirada, desalentados por la aridez del desierto negro. Si ello no ocurre en un tiempo prudencial, atacan. Arma sicológica, van provistos de toda clase de instrumentos de destrucción, cuidadosamente clasificados según sea el enemigo que se presente.

Tales intromisiones son escasas. No obstante, recrudescen en las vecindades de las estrellas, en especial de

las que gravitan en el corazón de las galaxias. Por fortuna, el sol más próximo, aquél del planeta destruido por guerras atómicas, se encuentra a medio año-luz de Cronn.

Hace un par de horas, cuando L. me dejó en mi garita, la soledad me produjo pavor. En el momento actual, he vuelto a recuperar mi calma. Estoy iniciándome en la actividad que ha de constituir mi profesión en la tierra de los cronnios. Para éstos, no hago otra cosa que reintegrarme a mi nuevo oficio. Y, con el fin de facilitar mi supuesto regreso, se ha instruído a los demás vigías para que me presten toda la colaboración, pues recién me vengo recuperando de un serio accidente. Especiales deferencias para X., que siempre fue un ejemplar vigía. Justo es, entonces, guardarle toda clase de consideraciones.

Mi refugio está sobre un fanal, similar al que utilizan los mineros, sito en la parte frontal de la escafandra del Máximo, encima del cristal de observación de aquélla: allí se halla montada la cabina, mediante un sistema de suspensión cardánica, al extremo de dos pilotes metálicos, de modo que siempre conserve su posición horizontal sean cuales fueren los movimientos del coloso. Integrado por una sala de mando, un dormitorio, baño completo y una cocinilla, el recinto es, amén de cómodo, seguro, pues ha sido construído con materiales indestructibles. Detrás de la carlinga, sobre la coronilla del casco de Mh., existe una concavidad hemisférica en la cual encaja el magnetón con precisión matemática. Premunido de zapatos magnéticos, que se adherieren al metal, es fácil llegar a la cabina a través de escalerillas adosadas a las pilastras. Y en el interior de la sala de mandos, las cosas cambian. Me es difícil evitar el terror cuando, pegada la nariz al ventanal, observo el suelo, deslizandó la mirada paralelamente al cristal de observación del titán y a la curvatura de su pecho ci-

clópeo. Veo cómo las piernas del Máximo avanzan y se esconden sincrónicamente al marchar: lapsos durante los cuales me parece estar suspendido en el vacío. Al comienzo, se me hiela la sangre en las venas. Y lanzo un suspiro de alivio cuando, convencido de que me precipitaré a tierra sin remedio, veo aparecer contra la negra superficie la punta de una gigantesca bota fosforescente, sobre la cual élévase una pierna inmensa, semejante al flanco de un precipicio oscilante que avanza hasta apoyarse en el suelo para luego desaparecer paulatinamente según el ritmo de los pasos. Y en lontananza, las estrellas y las cimas de los montes balancéanse con majestuosa lentitud. Imagino el aspecto aterrador que debe ofrecer el Máximo con su traje blanco, y sus cinco faros que pueden iluminar hasta cien kilómetros de distancia.

Por lo general, los fanales van apagados; pero, en caso de necesidad, barren las tinieblas en un amplio radio. Como el objetivo de los gigantes es el de atemorizar a los intrusos, llegada la ocasión encienden sus focos, y sus armaduras despiden espectrales destellos: haces de luces horadan las tinieblas.

La sala de mandos. Frente a un panel de instrumentos, cuyo manejo recién empiezo a dominar. No estoy del todo mal. Creo que, por lo menos, podré desempeñar mi trabajo en forma digna. Recuerdo a un alto jefe de Acomsa, el cual, con motivo de una desafortunada reorganización de la oficina, como resultado de la cual fui a dar a las vecindades del subterráneo, a un lugar poco acogedor, me dijo:

“¡No entiendo lo que le pasa a Ud., Hernán! —Hablabas con gran seriedad—. Lo cambian y toma las cosas como una especie de ofensa personal...”

“¡No es eso, señor Blanco! Lo que me cae mal es que ni siquiera me hayan consultado”.

“¿Ud. cree que la gerencia tiene tiempo para explicarle a cada empleado que, por razones de organización interna, serán cambiados de lugar? ¡Un buen empleado

rinde bien en cualquier parte! Ud., Hernán, podrá realizar tan dignamente su trabajo allá como aquí... —Y añadía, con inefable candor—: Yo, por ejemplo... ¿Cree que me molesté cuando la gerencia me ordenó, sin decir agua va, que me hiciera cargo de la industria?"

"Claro —pensé entonces para mi fuero interno—: si el gerente general me ordena, sin previo aviso, hacerme cargo de su puesto, con su sueldo y jerarquía, estoy seguro que no me molestaría..."

Tampoco me consultaron en este caso. Desde que nací siempre alguien me ha dado órdenes. Primero, mi padre; después, mis profesores; luego, los gerentes y jefes de Acomsa. Ahora, los Técnicos, voceros oficiales de los Altísimos. Dioses locales, cuya existencia la Tierra ni siquiera presiente.

Repito: podré desempeñar mis funciones con "dignidad". Sí: no es cosa de risa. La cabina es cómoda y segura. No así la Cáscara que, negra y accidentada, apenas se destaca a la débil luz de las estrellas. Pleno corazón de la Vía Láctea. En todas partes, la misma cosa. Arriba y abajo. ¡Siempre hay alguien sobre uno! Ya sea el gerente, el subgerente o el jefe. La misma historia.

La Cáscara. La envoltura de Cronn. Algo conozco sus propiedades. Susceptible de expandirse, de hincharse hasta alcanzar cien veces su espesor, llegando éste a los ciento cincuenta mil kilómetros. Visto de lejos Cronn sería una bola ígnea de trescientos treinta mil kilómetros de diámetro que atraviesa el universo con la rapidez del pensamiento.

Una vez que he recibido el aviso de la Central, me dirijo con Mh. al respiradero más cercano, y me sumerjo en las entrañas del sistema. El Máximo está provisto de medios de propulsión que le permiten descender a lo largo de las chimeneas o subir por ellas. Para comunicarme con el titán recorro a un complicado transformador de ondas mentales, que convierte nuestros diálo-

gos en verdaderas pesadillas. Fuera de eso, el coloso es hermético. No habla. Sólo en las grandes ocasiones los transformadores transmiten sus impresiones concisas y lacónicas. Los Técnicos, desde un lugar de Cronn, cierran los respiraderos. Esto ocurre al término de un plazo perentorio, después del cual nadie se preocupa por averiguar si todo el mundo está a salvo. Simplemente, transcurrido el lapso, los Técnicos aprietan el correspondiente botón. Entonces la Cáscara comienza a hincharse en la medida que absorbe energía cósmica. Adquiere celeridad. Al alcanzar los trescientos mil kilómetros por segundo, se ha expandido al máximo. En esos momentos es un cuerpo esférico de trescientos treinta mil kilómetros de ancho. Ha llegado el instante crítico: adquiriendo una conformación lenticular puede llegar hasta el confín del universo. Una operación que dura una semana. El viaje demora sólo unos pocos segundos. El tiempo restante es el que emplea en acelerar hasta la velocidad de la luz y en desacelerar, acto continuo. Esto no significa que la Cáscara permanezca inactiva en tiempos normales, pues Cronn se halla en perpetuo movimiento, ya sea gravitando alrededor de una estrella o viajando por el espacio a velocidades variables, como en las actuales circunstancias. Cuando es preciso traspasar grandes distancias en un tiempo corto, se recurre a este sistema.

Efectuado el salto, la luminosidad de la envoltura disminuye, y se encoge de nuevo hasta mostrar su acostumbrada superficie negra y arrugada. La faz de Cronn cambia constantemente de conformación topográfica. Luego de cada expansión y contracción aparecen nuevas cordilleras y valles: sólo las chimeneas permanecen en su posición, debido a que los mecanismos que las abren van instalados en la parte sólida de la corteza, que no es afectada por las infernales potencias de la Cáscara. De inmediato, una flotilla de astronaves traza con gran rapidez y precisión una carta topográfica de

todo el territorio, señalando los principales accidentes y cambios.

Una pantalla me permite observar el terreno, por intermedio de una luz invisible y del radar. Hay, además, ventanillas para mirar el cielo en forma directa, y, por cierto, un telescopio para espiar las estrellas. Reina una tranquilidad perfecta. Hace menos de quince días Cronn abandonó un sistema planetario. El mismo que me sirviera para comprobar la potencia de sus Ojos. Estamos en pleno espacio interestelar, rumbo al núcleo de la galaxia, a cuatro billones de kilómetros del sol más próximo. Aquéllos, apiñados en el cielo, no dejan de observarme. Mi sol, ese que da calor a la tierra, ya no es visible a simple vista. Estoy solo. Bajo mi cúpula de observación comienza el cerebro del pobre coloso. Somos dos desconocidos. Tras el cristal de su escafandra, coloreado con un azul intenso, sus rasgos no son perceptibles a través de una atmósfera líquida, densa y pesada. Destino común: la vigilancia de Cronn. Ambos contra nuestras voluntades.

Abandono mi puesto de observación. Necesito beber una taza de café. De ese café incoloro y sin cafeína de Cronn. Raquel, Andrés Villanueva y mi madre atraviesan fugaces por mi imaginación, hundiéndose luego en las profundidades de la conciencia. Únicamente la figura de A., la cronnia, en el parque de Dnak, e I., ofreciéndose en Ernn, permanecen unos instantes. ¿Qué será de ellas? Perdidas entre los cien mil millones de pobladores de Cronn. La cafetera: hiervo el agua. Pronto mis manos sostienen una tacita rebosante de líquido. Me invade una sensación de infinito bienestar. Me siento a una mesita de plástico, limpia y reluciente. Soy el vigía 517. Me enorgullezco, mientras ingiero el café. De golpe, surgen las palabras:

—¡X! ¡Una nave desconocida se dirige a tu sector!

LA VOZ, ligeramente excitada brota del parlante. Abstracto en mis meditaciones, apenas oigo el susurro.

Sigo paladeando el café, sumergido en un agradable sopor.

—¡X! —La llamada se repite en un tono más alto—. ¡Despierta al Máximo! ¡Apúrate!

Mh., al parecer, se ha detenido. De tarde en tarde, se sienta en algún promontorio. Dormita por breves instantes.

—¿Qué? —La tacita cae de mis manos, se balancea un segundo al borde de la mesilla, y se precipita al suelo: el piso plástico absorbe el golpe.

—¿Hablo con el sector 517?

Trago saliva.

—¿Hablo con X., vigía del 517?

—¡No... no...! —Y añado con precipitación—: ¡Es decir, sí...!

—¿Qué pasa? ¡Apúrate! Una astronave desconocida va hacia el sector 517. ¡Rápido! ¡Despierta al Máximo!

Escúchase un gruñido de impaciencia.

—¡Dáte prisa! ¡Están barriendo la zona con el radar! Al N.E. hay una serie de montículos. ¡Corre para allá con Mh., antes de que te detecten!

Torpemente, a trastabillones, llego hasta el tablero de dirección. Conecto el transformador. La Cáscara es indetectable, no así el Máximo.

—¿Quién habla? —La primera pregunta decente que consigo formular.

—¡N., del 518! ¿Despertó Mh.? —Era el único cronio que me tuteaba.

—¡Parece que sí! ¿Hacia el N.E.?

—¡A menos de mil metros, X! Hace una hora estuve por ese lado.

Pónese en movimiento el Máximo. Hago funcionar la alarma para que se percate del peligro. ¡Una nave desconocida...! Mi primer turno, y pasar una cosa así.

—¿La viste? ¡Mira a 3D-45H-2C, bajo la constelación en forma de triángulo! Una llamita azul.

El Máximo se desplaza raudo rumbo al N.E. Me precipito a la ventanilla de observación, mientras reviso nervioso la tabla de posiciones estelares. A la primera ojeada: semeja la llama de un soplete, ligeramente alargada y chispeante. Desciende en forma vertical, destacándose de las vecinas estrellas.

—¿De dónde viene? —La ingenuidad de mi pregunta no traduce otra cosa que una completa ignorancia.

—¡Un turista! —comenta N., sarcástico—. Hay que tener cuidado con él. ¡Menos mal que lo divisé a tiempo! Parece que los Ojos no lo vieron. ¿Te escondiste?

—¡Sí!

—¡No lo pierdas de vista!

La nerviosidad me hace cometer torpeza tras torpeza. Multitud de luces parpadean en el tablero de instrumentos. Silbidos y sordas alarmas.

—¡Sector 517! ¿Lo tiene localizado? —la voz de la Central.

—¡Sí! —Trato de dar énfasis a la respuesta.

—¡Astronave no-humana! ¡Cuidado! ¡Protéjase del radar!

—¡Sí, sí! Creo que ya estoy bien.

—Lance un espía, y no lo pierda de vista. ¡Cuidado con delatarse! Obsérvele y esté atento a las instrucciones.

—Peso: 24.320 toneladas. Longitud: 225 metros. Diámetro: 80 metros.

Secamente otra voz enumera una serie de características que yo intento comparar con los datos que mis ins-

trumentos han reunido. Calla la voz. Temblando, alargó la mano y abro un interruptor. Luego de tropezar con la tacita, que rueda por el piso, me inclino sobre la pantalla del espía. Este es un periscopio, compuesto por una esfera pequeña, premunida de un ojo y radar. Un haz magnético lo impulsa hasta una altura de diez mil metros del foco elevador.

Pronto lo tengo localizado. Desciende silencioso, apovado en un abanico multicolor de chispas. Segundos después me es posible distinguir la aeronave. Una pera invertida —de color naranja, con extrañas hendiduras en sus costados, provista, en su parte superior, de cinco grotescos brazos que rematan en bolas candentes— habla a las claras de sus tripulantes. Ninguna criatura semejante al hombre la ha podido diseñar. No se distinguen ventanillas en su coraza pulimentada y dispareja. Los tentáculos agítanse sin ritmo. Sus toberas, dispuestas en torno al pecíolo, deben ir montadas sobre un mecanismo giratorio, pues los chorros de gases rotan vertiginosamente.

Se encuentra a cinco mil metros de altura. Calculo su velocidad de descenso en cinco metros por segundo. Sin duda, apréstase a frenar, ya que es excesiva para un aterrizaje. Llega a dos mil metros, a mil quinientos, a mil, a quinientos. Nada. Cien, cincuenta metros. No aumenta la intensidad de los chorros. Pesadamente se estrella contra el suelo. Apáganse los sopletes: se bambolea, torpe y ridícula, hasta quedar inclinada, apoyándose en un aro metálico que se desprende de un costado.

—¡Bonito aterrizaje! —comenta N.

—No debe haber quedado nadie vivo —tartamudeo.

Dos tentáculos se curvan: con sus extremos cogen un pedúnculo situado en el centro de las toberas. Forcejean como si quisieran desprenderlo. La lucha: varios segundos. Fracasan. Luego: cesa. Reinicianse los tirones. La astronave entera se estremece con el esfuerzo. De sú-

bito la parte inferior se desprende de cuajo, como una tapa. La violencia del impulso hace que los tentáculos se eleven más arriba de la cúspide del cohete. La cubierta, alrededor de la cual se destacan las toberas, cae desde gran altura, y rebota en silencio contra el suelo. Los garfios dejaron escapar su presa. Vuelven a bajar los tentáculos. Tantean el suelo con torpeza hasta que encuentran la tapa. La recogen, y, levantándola, la cuelgan del lado derecho del navío. Sólo entonces reparo en una multitud de puntitos azules y fosforescentes que saltan en tierra, alrededor del cohete.

—¡Metalíferos! —masculla N.— ¿Qué buscarán? No se asustan con nada, y son anaerobios. Sólo ellos son capaces de entenderse. A veces.

Hago esfuerzos por distinguir sus formas. Parecen ovoides. Ni duda cabe que son de por sí luminosos, como su astronave. Me es imposible encontrarles extremidades. Miden, a lo más, un metro de estatura.

—Están probando el suelo —prosigue N.— ¡No le van a poder hincar el diente!

Transcurre así poco más de media hora. Los tentáculos no descansan. Abren otra compuerta más o menos en el centro de la pera, y por allí extraen, con su habitual falta de coordinación, varios objetos.

—Algo están tramando.— N., según colijo, se halla mejor situado que yo. Maneja con mayor soltura su instrumental.

No se ha equivocado. Paulatinamente va adquiriendo fisonomía una estructura similar a un hongo, que refulge con vagos destellos plateados. Balancéase de manera constante. Se retiran los tentáculos, y el hongo continúa meciéndose.

—¡Una unidad de observación! —exclama N.— Seguro que ahora emprenden el vuelo.

Los metalíferos desaparecen uno a uno en el vientre de la pera. En breves minutos y al cabo de ímprobos esfuerzos, los tentáculos ajustan la tapadera. En seguida, la astronave se endereza. Estallan los surtidores de gases.

Veloz, la gigantesca máquina sube en línea recta. Muy pronto la llamita azul se desvanece en el espacio, tragada por las constelaciones.

—¡Sector 517! Vaya a ver de qué se trata. Conecte la defensa automática. Por las sorpresas.

Imposible reprimir el escalofrío. Doy a Mh. las instrucciones del caso. ¡Primer turno de mi vida! ¡Maldito X!

Tragando saliva abro el telecontrol, y me dirijo con el Máximo en demanda del intruso. La tacita reanuda su ir y venir sobre el plástico.

En ese momento, lo absurdo de mi situación se presenta con toda nitidez. ¿Por qué tengo que ayudar a L. y D. a burlar a los cronios? ¿Hasta cuándo tendré que arriesgar mi vida por una causa que no es la mía? ¡No tengo por qué ayudar a nadie! Pero, ¿sería capaz de gritar mi verdadero nombre, decir que no soy X?

A la izquierda, el monte pierde altura a medida que vamos saliendo del valle. Es necesario rodear la puntilla, y entonces... Frente a frente. Una fría transpiración me empapa. En la pantalla del espía, se balancea suave, muy suave.

N. ha enmudecido. Decidida la suerte del intruso, seguro que se alejó para recorrer su sector. Estoy solo. Tengo la secreta esperanza de que el coloso no se atreva a continuar su avance. Pero Mh., impertérrito, no se detiene. La tacita se estrella contra mi pie. Emerge el Máximo del vallecito, frente a la explanada: en su centro se bambolea el intruso. Parece agitado por una fresca brisa. Nos separan tres kilómetros de él. En su extremo superior se divisa una pantalla que gira vertiginosa. El titán se lanza a la carga con decididos trancos. A través de las ventanillas los astros suben y bajan en un balanceo macabro. Los instrumentos lo miden, pesan y analizan. Lo único que desprendo de tanta actividad automática es que tiene cincuenta y cinco metros de alto.

Sigue meciéndose sereno, sin detectar nuestra presencia. Veloz, hago una serie de comparaciones: voy en un coloso de doscientos metros, armado hasta los dientes, revestido con una indestructible armadura... Comparado con Mh., el intruso es un enano. El miedo se retira. El titán puede aplastarlo con un solo pie. Y yo asustado. Galvanizado, me inclino sobre los mandos, y me dispongo al ataque.

—¿Qué tal? —Habla la Central.

—¡Ahí está! Se halla a mil metros.

—Lo tenemos enfocado. ¡No se descuide!

El trompo deja de girar y balancearse. Estoy a quinientos metros. Lo veo enderezarse. Se engrifa. La pantalla superior interrumpe su rotación y me enfoca.

—¡Cuidado, 517! ¡Dispare!

Despavorido por el tono de la advertencia, intento accionar el disparador. Mi cabina sufre una violentísima vibración. Tirita durante cinco segundos por lo menos. Cesa un instante. Se me abomba la cabeza. El escalofrío penetra hasta mis tuétanos. Quiero gritar algo. Alargo la mano en busca del disparador. La vibración me derriba. Me instan a hacer fuego. Siento un agudo dolor en los huesos, y comienzo a perder el conocimiento. Antes de desmayarme alcanzo a percibir a través del ventanal una tempestad de llamas que apaga el fulgor de las estrellas. ¡El Máximo hace funcionar su artillería eléctrica! Exhalo un ahogado gemido y me sumerjo en la oscuridad. Distingo vagamente un objeto pequeño que llega raudo al lado de mi mejilla. Es frío y suave. La tacita reinicia sus correrías.

De nuevo una clínica. Me duele la cabeza. Al abrir los ojos, lo primero que veo es a L. Como la primera vez.

—¿Qué pasó?

Esboza su semisonrisa.

—Nada. Nada grave, en realidad. El autómatas que

dejaron los metalíferos alcanzó a disparar un haz de ondas vibratorias. Menos mal que el Máximo hizo fuego. Pronto podrá levantarse.

Como la primera vez.

—¿Y el autómeta?

—Volatilizado.

—¿Y Mh?

—Duerma. Descanse.

QUINCE días de recuperación. En el sexto planeta. Viajando entre los continentes y anillos. Como base de operaciones: Det, ciudad del segundo anillo. Bajo el control de D.

L. había desaparecido del mapa. Por otra parte, la historia de mi antecesor sólo acudía esporádicamente a mi memoria. D. me dio expresas instrucciones respecto a la conducta que debería observar durante mi iniciación en la vida cronnia. Tenía que hablar poco, escuchar un mínimo, no aludir a mi pasado. Prohibido efectuar averiguaciones sobre las actividades anteriores de X. En una palabra: obligado a ser uno de los cien mil millones de cronnios que deambulaban por los dieciséis planetas y los veintiocho anillos, sin interesarse mucho por la vida del prójimo. Con un itinerario previamente trazado.

Concluído el permiso médico regresé a la Cáscara. Mi existencia como vigía se regularizó desde esa fecha. Encastillado en el Máximo: luego, los descansos en el subterráneo, siempre en las vecindades de D. Sólo a él visitaba.

Cronn se encuentra de nuevo en las afueras de la Vía Láctea, en el extremo opuesto al sistema solar. Durante mi enfermedad pasamos por tres sistemas planetarios. De nuevo la nostalgia. Sentía por las noches otra vez la angustia, cumplida mi jornada junto a Mh., encerrado

en mi departamento del campo aéreo. Cada vez más lejos del sol. ¿Despertaría algún día de aquella pesadilla? Recurría entonces a los calmantes.

Pasó un mes desde mi reincorporación al Cuerpo de Vigías. Cronn continúa desplazándose tranquilo. A veces caía uno que otro bólido que no nos alcanzó. A causa de la ninguna atmósfera de la Cáscara, los aerolitos caían en silencio, invisibles. Solían deshacerse contra el duro suelo, donde ni siquiera producían cráteres: aquel desierto tenía propiedades elásticas. Los bólidos de gran tamaño o aquellos formados por metales muy sólidos, rebotaban en la tierra luego de deshacerse en mil pedazos. El terreno se hundía con el impacto, y, lentamente, volvía a nivelarse al cabo de pocas horas. De manera progresiva me fui interesando en las diversas ramas propias de los vigías. Fue lo único que logró entusiasmarme en forma seria.

Pasados los primeros treinta días de jornada recibimos orden de abandonar la Cáscara.

Cronn aceleraría para retirarse de la galaxia (mi galaxia). Para siempre. La operación iba a durar aproximadamente una semana. Tres días para alcanzar la velocidad de la luz, rebasada la cual comenzaba el viaje, que duraba apenas dos o tres segundos. En aquel lapso, el sistema atravesaba cientos, miles, millones de años-luz. Nada se nos anticipó respecto a nuestro próximo destino. Por lo demás, aquello no constituía una rareza. No era costumbre de los Altísimos planear los derroteros de Cronn de acuerdo con sus subordinados. Con toda probabilidad, los Técnicos lo conocían.

Nerviosidad en el ambiente. En mi interior, maldije a L. y D. Al primero, por no dejarse ver. Al segundo, por su mutismo. Se nos prohibió abandonar la corteza. Terminó el viaje. Necesario es añadir que, a pesar de hallarnos casi junto a la Cáscara, nada o casi nada de cuanto ocurría en ella me fue posible notar. Digo "casi" porque en dos oportunidades escuché sordos ruidos, se-

mejantes a truenos prolongados, seguidos por leves estremecimientos subterráneos. Recordé que aquellos fenómenos eran las únicas señales perceptibles de las tremendas fuerzas que agitaban la Cáscara. Tanto la aceleración como la desaceleración pasaron inadvertidas.

Con celeridad extendióse la noticia. Un rumor al comienzo. Cronn se había detenido en medio del espacio, lejos de todas las galaxias. Los Técnicos la confirmaron: estábamos a cuarenta millones de años-luz de la estrella más próxima. En el más completo vacío, sin astros visibles a simple vista. Se supo en cuestión de minutos. Los vigías: sombríos. Se decía que Cronn había estado antes en esos lugares. Hacía siglos. Nadie sabía ni sospechaba qué preparaban los Altísimos. Fue la primera vez que tuve una prueba irrecusable de su existencia.

Se nos notificó, entonces, que deberíamos dirigirnos a la Cáscara. Que, "hasta nueva orden", no se harían turnos en los Máximos. Que podíamos tomar los magnetones y aprovechar aquellos días para practicar astro-gación. Una vez más abriéronse los respiraderos, mas no así los Ojos. Este último hecho espesó aún más el ambiente con funestas premoniciones. Recordábanse antiguas historias. Yo mismo conocía una de ellas: la de la nova azul...

Con otros tres cronnios, tercios y silenciosos, nos dirigimos a la superficie. No hablábamos, según costumbre. Llegamos a la salida del 517, y me fue dado contemplar algo único: un cielo sin estrellas. Difícilmente creo posible que exista un espectáculo más sombrío y siniestro. Estábamos bajo una negra bóveda, salpicada a lo lejos por breves motitas. Sólo una de ellas, de un tamaño similar al del sol, brillaba con regular intensidad. Era una galaxia de forma lenticular que, en esos instantes, hallábase vecina al horizonte. Mirando con atención, conseguí distinguir otra: apenas refulgía. Y varias más se desplazaban en el espacio siguiendo sus

eternos derroteros. Pero ni una sola estrella. Las estrellas, como los hombres, viven en colectividad, apretujadas en poblaciones, tal la Vía Láctea. Como los hombres, aborrecen la soledad. Me deprimió el ambiente. Tampoco mis compañeros se sentían a sus anchas.

—¡Bueno! —farfulló el instructor, luego de echar un rápido vistazo al cielo—. Intentaremos entrar en órbita libre.

Fue todo su comentario.

Pasaron los días sin que nada sucediera. Tampoco se produjeron cambios. Al tercer día, la Cáscara empezó a despedir radiaciones que provocaban interferencias en los teletransmisores y detectores. El fenómeno se agudizó. ¿Y qué decían los cronios? Cada día más hoscos, más encerrados en sí mismos. Sabían que algo se avecinaba. Fue lo único que pude averiguar.

Cronn se había detenido por completo. Continuaba girando sobre su eje con la regularidad de costumbre, pero sin avanzar ni retroceder. Esperaba algo. Coloso ciego, abandonado en el vacío, aguardando algún imprevisible acontecimiento. Ciego e indefenso. El radar mismo ya no funcionaba con la precisión de costumbre. Y las magníficas astronaves cronias tornábanse difíciles de conducir, debido a las perturbaciones magnéticas. Algo preparaban los Altísimos. Y lo hacían calmos y silenciosos.

Los Técnicos dieron órdenes para que la mayor parte posible de la población se trasladara a la Cáscara. Millares de personas, hombres y mujeres, surgían de los cráteres. Campamentos plásticos brotaban aquí y allá. En menos de una semana se esparcieron por toda la superficie. Las poblaciones se multiplicaban. Los cronios obedecían las órdenes con un fatalismo deprimente. Acudían en silencio al negro desierto.

Quince días. Cerca de mil millones de personas pernoctaban en la arrugada cara de Cronn. Ciudades de cúpulas plásticas, de variados colores, moteaban la tétrica superficie. Y seguían acudiendo. Luego de dos se-

manas de permanencia en la Cáscara, quedaron libres para regresar a la seguridad de los planetas interiores. Nuevos contingentes llegaban en su reemplazo. Si nada acaecía al cabo de una quincena, los colonos estaban autorizados para volver a sus tierras. ¿Por qué?

Un día —demás está que advierta que siempre era de noche— acababa de arribar a la Cáscara, finalizado mi descanso reglamentario en el aeródromo. Mis actividades de vigía desenvolvíanse normalmente. Cada ocho horas en la superficie, me correspondían diecisiete bajo tierra. Como a todos, me poseía la melancolía, que se acentuaba segundo a segundo. Sordo terror que conseguía disimular. Muy próxima al 517 habíase establecido una de las poblaciones. Aterrizó nuestra aeronave en sus inmediaciones. Hacia ella nos dirigimos. Inconscientemente me separé del grupo. Ensimismado contemplaba la galaxia lenticular que, otra vez, hallábase cercana al horizonte. De improviso tropecé con una escuadrilla de hombres que venía en sentido contrario.

Murmuré una excusa. Y vi de reojos, a través del vidrio azulino de una escafandra, un rostro. A dos metros de mí. Casi de inmediato le reconocí. Sin embargo, quedó su nombre flotando confuso en mi cerebro antes de poderlo articular. El cronnio, que estoy seguro me identificó de una rápida ojeada, prosiguió su marcha. Se unió al grupo.

—¡L.! —grité sobresaltado—. ¡L., espere!

No podía oírme. Me precipité en su persecución. Se había alejado un buen trecho, y comenzaba a desaparecer tras una de las arrugas, cuando logré darle alcance.

—¡Qué tal! —me dice, deteniéndose. Ilumina su escafandra, y muestra así su anguloso rostro. Ni el asomo de una sonrisa contrae sus labios.

Los siete cronnios restantes, que no parecieron per-

catarse de mi intromisión, desvaneciéronse en las sombras. Nos hallábamós solos.

—Está solitario esto, ¿no? ¡Esta noche va a ser!

—¿Qué?

Su rostro envejecía a ojos vista.

—Esta noche va a pasar. ¡Lo que tiene que pasar! Hablarán los Altísimos. —Añade, en tono socarrón—: ¡Por lo de los Máximos y Mínimos...!

—¿Esta noche? No entiendo.

Esboza la sonrisa.

—Ya lo entenderá. Cuando pase. Ahora, nadie sabe nada.

—Pero, ¿por qué Ud. supone...?

Creo oírle emitir un imperceptible suspiro.

—¡Presentimientos! Nada más —Agrega rápido—: No se aparte de D. Le ayudará a burlar al Identificador. No es mala persona, a pesar de que a Ud. no le agrada. Aquí no somos espontáneos y simpáticos como en la Tierra.

¿Sería una despedida?

—Y Ud., ¿qué va a hacer?

—¡No sé! —Desvía la mirada al cielo. Parece concentrarse en la observación de una débil galaxia que se desplaza en el cenit—. Es grande esto, ¿no? Una vez pasamos por aquí...

Da la impresión de decidirse.

—Creo que podré decirle algo antes de que nos separemos. ¡Esta noche van a ocurrir muchas cosas!

—¿Qué cosas, por ejemplo? ¿Por qué habla así?

—¡Ya le dije! ¡Presentimientos! Nunca me han engañado. Quería hablarle de su antecesor —Al continuar, con extrema lentitud, sus ojos fulguran como en la clínica—: De todas las facetas de la aventura, hay una que no hemos analizado. ¡Que yo hubiese ayudado a X. a escaparse de aquí!

Se me seca la boca.

—¿Ve? ¡Podría ser la última verdad! La última y definitiva. X. habría escapado con mi ayuda. Tal vez esa

parte nadie la sepa. Los que conocen algo de la verdad creen que lo hizo a solas. ¡Habría sido difícil! En cambio, fraguando entre los dos la sustitución . . .

—Pero, ¿por qué?

—Es posible que hayamos sido amigos —Su tono adquiere una leve ironía—: ¡Demasiada sensibilidad para un cronnió! Podría ser que haya ocurrido en Cronn una tragedia sentimental, de esas que tanto gustan en la tierra. Dos hombres se enamoran de una misma mujer: ella muere, y la rivalidad entre ambos, secreta por lo demás, se transforma en una gran amistad . . .

—¿Es ésa la verdadera historia? ¡Le exijo que no me mienta esta vez, L.!

Hace un gesto para calmarme.

—¡No se excite! Hay un sólo hecho cierto y fatal: Ud. está en Cronn. Ahora, en vísperas de un grave acontecimiento, deseo darle una nueva posible versión de la historia, tan probable como las anteriores. Eso es todo. Andando el tiempo podrá desentrañar la verdad.

—¡Usted no me viene a mí con esas . . .! —estallo, enfurecido.

Frunce el ceño, apesadumbrado.

—¿Me va a pegar? Si le sirviera de algo, lo dejaría hacer, sin defenderme . . . —agrega con voz ronca—: ¡No esta noche, X! La mano de los Altísimos. Próxima. ¡Juguetes, nada más! No se olvide. En sus peores momentos, recuérdelo: juguetes . . .

Van sus ojos a un cercano montículo.

—Una historia vulgar, de esas que se ven a diario en la Tierra. ¡Prohibido en Cronn! Yo, como leal cronnió, no puedo aceptarla. Por eso, tómela como una nueva versión. El quiso huir de aquí para olvidar. Ridículo, ¿no? Llegábamos al sol, y ya sabíamos que en uno de sus planetas vivían los hombres. Me solicitó ayuda. No habría podido negarme, ¿verdad?

Viejo el rostro de L. Me palpitan las sienes.

—Lo vimos desde uno de los Ojos. Estábamos obser-

vandó Santiago cuando usted apareció en una esquina, frente a un parque, en un paradero de buses. ¡La idea nació por sí sola!

—¿De quién fue?

—De alguno de los dos... —replica tranquilo—. No tiene importancia. ¡Pudo ser mía! Difícil que él haya tenido ánimos para fraguar algo. Lo teníamos al alcance de la mano. Estábamos en un magnetón, a menos de dos metros de usted. Planeamos rápidamente lo que debíamos hacer.

—¿Y la historia de X?

—¡Siempre fue un vigía modelo! Así es que aquí nada sospecharon de sus intenciones. ¡Lo demás fue fácil! Yo podía explicarle a D. que X. había huído por razones sentimentales. Por mucho que el viejo se enfureciera, la responsabilidad que le cabía lo obligó a aceptar que usted pasara por X. ¡Claro que ni sospecha que yo pude estar en la combinación!

—Como de costumbre, en lo único que no pensaron fue en mí... —Pasada la furia, un desánimo me quedaba.

—Se pensó en usted. Creímos que en ningún caso saldría perdiendo...

—¡Oh no, no! Trasplantar a un hombre a otro mundo... ¡Es para morir de la risa!

Iba a agregar algo más. ¿Qué voy a decir?

—Así es, X. Lo mejor que se puede aprender del prójimo es a prescindir de él. Convivencia, nada más. Es lo único que cuenta. ¡Adiós, X! No piense demasiado mal de mí. Cuando haya escuchado a los Altísimos...

Se aleja rápido, sin que yo haga nada por detenerlo.

Avanzo por la Cáscara dejando que mis piernas me trasladen hacia donde quieran conducirme. Habían decidido mi destino con toda naturalidad. Mi imagen: observada desde tres mil millones de kilómetros de distancia por dos seres que planeaban un rapto.

Me detengo en una pequeña explanada. La silueta de un Máximo avanza hacia mí. Los alrededores están desiertos. Tomo asiento en una protuberancia y me abstraigo en la observación de la galaxia lenticular, que no tardará en ocultarse. También allí un Hernán Varela lamenta sus frustraciones. No será un desterrado como yo, pero en todo caso se me parecerá. Alrededor de aquellos millones de soles giran planetas donde la vida sigue su curso normal. Y en cada uno de esos mundos hay un Hernán Varela, sentado como yo. Millones de Hernán Varela sentados como él, pensando en los Hernán Varela de todos los mundos habitados. Hernán Varela: sin otra compañía que él mismo.

El extremo inferior del enjambre desaparece de pronto, absorbido rápido por el horizonte. Como si una nubecilla negra fuese escondiéndolo de mis ojos. El horizonte —una saliente de él, tal vez la cumbre de una montaña— rasga la galaxia a gran velocidad. La aguzada cima de un monte. No separo los ojos del cúmulo estelar. Me consuela mirarlo. Ya la cumbre lo ha ocultado casi por completo. Vuelve la nostalgia. A mi izquierda, la figura del Máximo se acerca. Es Mh: con el rabillo del ojo distingo su selo identificador. ¡De un salto me pongo en pie! La galaxia aún se halla muy por encima en lontananza. ¡Y en la Cáscara no existen montañas de picachos agudos! Con siniestra celeridad la nube tapa la mitad del enjambre titilante. Fascinado, retrocedo dos o tres pasos. Tambaleo. Un alarido se atasca en mi garganta.

—¡Meteoros! —Doy varios pasos más, hasta que tropiezo y caigo. Me enderezo, impulsado por un resorte. A tientas, acometido por un temblor incontenible, enciendo el transmisor.

—¡Meteoros...! —El aullido me ensordece dentro de la escafandra. Retrocedo sin separar los ojos del cielo. Un manto de tinta china cubre rauda las motitas de las vecinas galaxias.

—¿Quién habla? ¿Qué pasa? —Preguntas enloquecidas.
De todas partes.

—¡Meteoros!

Corro desalado. Ciérnense sobre mi cabeza millones. No tardarán en sepultarme. Gritos de personas despa-
voridas llenan mi cabeza. ¡A diez metros empiezan a
caer! Me paro en seco, al lado de un paredón bajo. A
unos cincuenta metros forma una saliente. Desorbitado,
la respiración paralizada, comienzo a barbotar:

—¡Muertos!

Revienta mi cerebro con un solo alarido de horror
lanzado por mil cronios. Doy media vuelta. Trastabi-
llo. Los restos humanos se deshacen a mis pies. Se amon-
tonan con furia. Una impenetrable cortina.

¡Mh...! Agita los brazos. Se encoge en un inútil e
infantil esfuerzo por guarecerse de la lluvia. ¡Y se des-
integra en una explosión líquida! Un espeso torrente,
en el cual se hunden los proyectiles. Me envuelve, me
arrastra, me estrella contra el paredón. Me atasco en la
saliente que divisara segundos antes. Incrústame allí el
caudal, formado por la atmósfera de Mh, y me cubre
por entero. El territorio ha sido cubierto de restos. Con-
tinúan cayendo incesantes.

Antes de desvanecerme alcanzo a divisar, apenas ilu-
minado por la fosforescencia que emana de la sangre del
Máximo, un esqueleto semienvuelto en harapos. A un
metro. Sobre la cumbre de un montón de despojos. En
medio de la pesadilla, mi cerebro puéblase de estrellas
que danzan enloquecidas.

Las estrellas se apagan una a una.

¿CUANTO duró? Medio día, creo. El hecho es que, al despertar, un agudo dolor me perfora el pecho. Silencio y oscuridad. El silencio que la muerte provoca. Me agito balbuciente, gimiendo palabras inconexas, reprimiendo el dolor, la cabeza repleta de palpitaciones y luces que centellean. Ajeno a mí mismo, convertido en un despojo que ni piensa ni siente, que ni siquiera logra determinar su posición. Mis miembros no parecen apoyarse en nada: flotan en el vacío o en un lago invisible. Aguas que no mojan. Sin conciencia de qué me rodea, respirando apenas, el aire penetra en mi pecho como un millar de agujas que me clavan. Pasan así las horas o los minutos o los segundos. Vuelvo a la vida con exasperante lentitud. Tomo contacto con algo duro y áspero. Una cosa sólida, cuya solidez se ha materializado contra esa parte de mi cuerpo. No es el traje espacial, hecho de placas rígidas pero elásticas, sino un muro: algo semejante. Presiento su espesor y masa. Ha detenido mi cuerpo en la avalancha. Está a mis espaldas.

Mis homóplatos me ponen en contacto con la realidad. Están apoyados contra la dura corteza. Sí: me encuentro sentado sobre mi pierna izquierda, encogido en una concavidad natural, estrecha, que escasamente me da cabida. Así, con gran lentitud, con extraordinaria lentitud, tomo conciencia de mi situación. Estoy sentado: a mis espaldas, la Cáscara; encima, una protuberancia de la misma, que hace las veces de techo; a la

izquierda, la Cáscara de nuevo, que forma de este modo el angosto nicho.

¿Y al frente? ¿Y a la derecha? "Eso". Lo que cayó del cielo. Casi he olvidado qué es. Emito un gemido y muevo la cabeza. Oscuridad. ¿Estoy sepultado? Tengo los ojos abiertos, y, sin embargo, nada veo. Echo la cabeza atrás, hasta apoyar la escafandra en la Cáscara. Y entonces. Una claridad leve, casi imperceptible, destácase en las tinieblas. Avidamente concentro la vista a través de la fisura. Una nubecita blanca, muy tenue, que parece impulsada por una brisa, se mueve allá lejos, contra una negra bóveda. ¡El cielo! El vacío intergaláctico, desierto e inhóspito, con sólo una nubecilla cósmica distante millones de años-luz, una remota concentración de soles disfrazados de neblina. ¡La lluvia ha concluído! Vuelgo a gemir recordando. Y "eso" está ahí, a pocos centímetros. ¡Tan próximo, que mi rodilla derecha está en contacto con él! Respiro levemente: mi respiración es el único rumor que mis oídos perciben.

Y recuerdo algo más: los micrófonos están abiertos. Por lo menos lo estaban antes de desmayarme. Es posible que el golpe haya estropeado los instrumentos o que nadie, en el sector 517, haya escapado con vida. Nadie, salvo yo. Todos muertos. ¿Y L? ¿Qué me había dicho L? Los Altísimos hablarían esa noche.

La galaxia desaparece tras un rincón de la ventanilla. ¡Los Altísimos hablaron! L. no se había equivocado. La voz. Pero, ¿de dónde vino la lluvia? Y esos despojos. Me agito débilmente. Vuelvo a gemir. Y al moverme, descubro que estoy sentado en algo resbaloso, en algo al parecer líquido. Algo untuoso. Aquella substancia me llega a la cintura. Es espesa: forma una verdadera charca en mi derredor. La repugnancia me encoge la boca del estómago. Todo mi organismo se contrae con un asco espamódico. El líquido de Mh, mezclado con su sangre, quizá el mismo que me salvara la vida al envolverse en una gruesa capa protectora, se ha empozado en torno mío. Resbalando pesadamente en la densa ma-

teria trato de incorporarme, mientras el sudor empapa mi rostro. Me duele el pecho a cada esfuerzo que hago. De pronto, al apoyarme en falso en una saliente jabonosa, vuelvo a caer en la charca.

Ya me quedan pocas fuerzas. Comprendo que, si no soy capaz de hacer un acopio de ellas para la embalada final, me quedaré allí, sumido en el pantano. Hasta que el aire se me agote. El instinto me anima a sobreponerme. Me advierte un peligro cercano. Medio desvanecido, sintiendo martillazos en el cerebro y alfilerazos en el pecho, insisto en enderezarme. A tientas alargo una mano en busca de un punto de apoyo. —

—¡Tengo que salir! ¡Tengo que salir de aquí! —Me incorporo, luego de un titánico despliegue de energía. He llegado al extremo del agotamiento, pero ya estoy de rodillas. Un lamento, mezcla de gemir doloroso y risa histérica, contrae mi rostro—: D, me ayudará... a burlar... al Identificador... ¡Debo salir!

Esa idea contribuye a darme alientos. Estiro la mano. Me aferro de algo indefinible que cuelga hacia el interior del socavón. Debe ser un brazo o una pierna. Me agarro de él, y me arrastro algunos centímetros. Mi punto de apoyo cede por momentos. Forcejeo. Saco fuerzas no sé de dónde, y poco a poco comienzo a deslizarme por el respiradero. Pero mi suelo no es sino una capa de miembros humanos, que ceden y se hunden silenciosos. Me detengo unos instantes a tomar aliento. Apoyo mi pecho en los que allí descansan, sin pensar en mi situación ni en la de los que me sirven de sostén.

Una oscuridad material se precipita sobre mí en negras oleadas. Me mareo. Semiinconsciente, los párpados pesadísimos, dispuestos a cerrarse en la primera oportunidad. Ni siquiera se me ha ocurrido encender las luces.

Llego por fin a lo que debe ser la superficie. A mis espaldas se alza la colina cuya pared me protegiera, libre de restos al parecer. Aquellos se han acumulado en los bajos de la Cáscara, luego de resbalar y rebotar en

las arrugas, rellenas de hondonadas y valles. Alcanzo el flanco de la colina y comienzo a subir.

Una hora. La cumbre del montículo. He hecho la mayor parte del trayecto reptando, aprovechándome de la más mínima aspereza del terreno para apoyarme. Dificultado por la rigidez de mi traje. Por último hago una breve pausa y miro el cielo. Está de nuevo despejado. Las galaxias prosiguen en su inmutable avanzar. La grande, aquélla que me revelara la catástrofe, ha desaparecido tras el horizonte. Me pongo de rodillas. Mediante ímprobos empeños consigo mantenerme en pie, sin sentir mis piernas.

En medio de la oscuridad presiento que todos los alrededores se encuentran cubiertos de cadáveres. Tiemblo. Dóblanse mis rodillas, y caigo a tierra.

Súbitamente escucho a lo lejos, a través de los audífonos, un diálogo indefinido. Veloz, escruto el espacio. Son voces excitadas. El radioreceptor de mi traje espacial no es de mucho alcance.

—¡Auxilio! —grito con un último acopio de energía.

—¿Quién habla?

—¡Aquí estoy...!

—¿Dónde?

—¡Al sur este del 517!

—¿Está herido?

—¡No, no!

—¿Puede caminar?

—¡Sí!

—¡Trate de subir a una cumbre! ¡Apúrese! ¡Tenemos dos minutos para localizarlo!

—¡Estoy en una cumbre!

El diálogo se interrumpe por algunos segundos. La radio. No estaba cortada. Al dar la alarma había abierto las ondas, de modo que mis gritos llegaran a casi todas las estaciones.

Las voces de varios hombres aproxímanse veloces. Lan-

zo una ojeada circular al cielo, de bruces como estoy, entorpecidos mis movimientos por la escafandra. Violentos escalofríos me sacuden.

—¡Ilumine su traje!

¡Me había olvidado de aquel detalle! Torpemente doy contacto a la fosforescencia.

—¡Allí! —No disimula la voz su tono de alivio—. ¡Ya lo tenemos!

En el cielo aparece la imagen de una esferonave que se agranda en fracciones de segundo. Acezando, agudizados los dolores del pecho, me paro y, como un pelele, vuelvo a caer.

—¡Animos! ¡Ya llegamos!

No veo a los cronnios que desembarcan y me trasladan al navío.

—¡Qué a tiempo! ¡En cuarenta segundos más se cierran las salidas! Cronn se desembaraza de ésto.

—¿Qué pasó...? —Muy débil, inconsciente casi, aflora la pregunta.

—Nos trajeron al lugar donde fueron expulsados hace algunos siglos los cadáveres de la otra raza...

El "nos trajeron" era de por sí elocuente. La antirraza. Yo, como nuevo cronnio, pertenezco a ella. Después de haber introducido la mutación, causante de la alergia racial, Ellos llevaron a Cronn, para satisfacer alguna venganza (la creación de los Máximos y Mínimos, como me dijera L.), a la misma región del espacio donde fueran lanzados los miles de millones de víctimas producidas por su odio. Hicieron llover sobre los nuevos cronnios, sobre las cabezas de los involuntarios asesinos, una nube de muertos. Una galaxia que se mantuvo flotando en el vacío durante noventa siglos para un día precipitarse sobre sus matadores desde el tiempo y el espacio. A eso se debió la larga espera de Cronn. Lentamente su fuerza de gravedad atrajo la nube, que navegaba en aquel vacío sin estrellas.

Comprendía ahora, recostado en una camilla de la nave salvadora que se hundía en las entrañas del siste-

ma, el porqué del fatalismo cronnio. Un enemigo invisible y omnipotente, contra el cual ni siquiera podía intentarse luchar.

—¿Murieron? —Uno de los cronnios se apresta a colocarme un calmante.

Al oírme me mira con cara de sorpresa.

—¿Muchos? ¡Más de trescientos millones! La mayor parte de los que se encontraban en la zona occidental desaparecieron bajo treinta metros de restos. Nada se sabe de por lo menos un treinta por ciento de los Máximos. Por suerte la parte oriental no fue tan castigada. ¡Hace veinticinco horas que buscamos sobrevivientes!

—¡Veinticinco horas! ¿Hace veinticinco horas que cayó la nube? ¿Y L.?

—¿L?

Doy sus señas.

—¡No sé! Si estaba en la Cáscara a la hora de la lluvia no puede haberse salvado.

—Acababa de separarse de mí.

—Entonces... Fue la zona más afectada. Ahí cayeron los primeros. Alguien dio la alarma, porque los instrumentos detectores no funcionaban. Un vigía comenzó a gritar: ¡Meteoros, meteoros...! Se le oyó en todos los puestos cercanos.

—¡Fui yo...!

Parecen de veras sorprendidos.

—¿Usted es X?

—¡Yo soy! ¿Cómo supieron el nombre del que gritó?

—El identificador de ondas. Cerca del 517 quedó un puesto accesible. Una grabadora registró sus gritos y su frecuencia. —Añade, en un tono indefinible—: No es un gran honor que digamos.

Narro la historia. Exhibo mi ficha identificadora. Ni la miran. El jefe me hace un gesto para que guarde silencio y descanse. La hecatombe ha humanizado un tanto a los cronnios.

Pienso en L. Seguramente ha muerto. En ese instante no sabría decir si lo sentí. Recuerdo, también, nuestra última conversación. Presintió su fin. Por esa razón se abrió conmigo. De lo contrario, jamás habría conocido la verdadera historia. O al menos, la última versión...

Pero aquello pertenecía al pasado. Ahora, más que nunca, nada importa. Mal que mal, L., después de su delito, había tratado de arreglar las cosas. Que descansara en paz. Mi caso no tiene remedio. Los recuerdos amargos de nada me podrán servir en el futuro.

DOCE MESES desde la lluvia. D. me ha liberado en forma definitiva del Identificador. Aprovechóse de la catástrofe para hacer morir a X. Es decir X., cuyos datos conocía la máquina. Me ha dejado provisoriamente como un no-identificado, mientras prepara la mejor manera de presentar mi caso y arreglar de una vez por todas la situación.

Por lo que he podido colegir, explicará discretamente que los reactivos se han alterado debido a una misteriosa enfermedad, por lo cual será necesario volver a tomar mis datos y hacer una ficha nueva. Esta enfermedad, que ha acarreado tan peregrinas consecuencias, ha sido provocada por la lluvia, la cual ha causado traumas sicofisiológicos en numerosos cronnios.

No he concurrido al examen anual de la máquina. No me conoce. Tengo la secreta esperanza de escapar, siempre que la oportunidad se presente antes de que me contabilicen. Me será necesario aguardar a que lleguemos a un planeta en el cual sea posible vivir sin peligro. ¡Ojalá volviésemos al sistema solar!

Por desgracia es imposible. Nos hallamos, en la actualidad, a miles de millones de años-luz de la Vía Láctea. Tendré que conformarme, entonces, con cualquier planeta habitado por humanoides. Porque la verdad de las cosas es que jamás me podré acostumbrar en Cronn. Desciendo de una raza joven, a la cual le faltan miles de siglos de experiencias y sedimentación cultural para

adquirir la civilización cronnia. Mal que mal, la Tierra aún ni sospecha la existencia de los Altísimos.

He llegado a transformarme, a la sazón, en Explorador. El grado inmediatamente superior al de Vigía. Satisfizo mi desempeño, y fui ascendido, por lo tanto, a la categoría de Explorador. Sin esforzarme mucho, sin ambicionarlo, hablando con franqueza. Significa esto que puedo integrar las expediciones a los mundos visitados por Cronn. Ya me ha tocado explorar cinco sistemas solares, dos con estrellas dobles. Sería ridículo que me quejase de tales experiencias, pero debo reconocer que habría preferido no tener oportunidad de vivirlas. En la Tierra, para la época en que fui raptado, recién se iniciaba la etapa interplanetaria. Una ciencia aún en pañales. La totalidad de los hombres, los científicos: aprendices. Artesanos de la Edad Media frente a los cronnios. Estos son una raza de astronautas, que tiene a su haber milenios de viajes: interplanetarios, interestelares, intergalácticos, "interuniversales", de acuerdo con averiguaciones que he hecho. Cronn es capaz de trasladarse de un universo a otro. Es decir, puede atravesar las sutiles puertas de las dimensiones y pasar a otras escalas. Es probable que pronto abandonemos el actual universo (mi universo), aquél que contiene la Vía Láctea y billones de galaxias como ella, y nos sumerjamos en uno nuevo y mayor. Una verdadera pesadilla. Si a un hombre de las cavernas lo pusieran a convivir, de buenas a primeras, con gente del gran mundo, no se sentiría tan desambientado como yo en Cronn.

Claro que hago mi trabajo con toda dignidad. Eso es innegable. Soy alguien aquí. Un explorador. Tengo mi oficio, y en él me desempeño a "entera satisfacción". Nadie es profeta en su tierra. He llegado a ser algo en Cronn. Nadie me halaga por la eficiencia de mi trabajo. Nadie me aplaude ni me estimula cuando lo cumplo con acierto. Pero no me joroban, que es lo que me interesa. Tengo todo lo necesario para vivir, pues soy un buen tornillo de la máquina que se llama Cronn. Cada

vez que lo requiero, recibo el lubricante suficiente para seguir funcionando. ¿Inhumano? Seguramente. En la tierra siempre fui un don nadie. Bueno: aquí también. Con una diferencia, eso sí: aquí todos vamos en el mismo corral. Por otra parte, y en forma confidencial, debo decir que esto resulta aburrido. Nadie es feliz. ¿Por qué? Simplemente porque este supersocialismo no ha nacido a consecuencia de la natural evolución de regímenes políticos y económicos. No: su origen no tiene otro objetivo que el de resguardar una raza de su total extinción. En otras palabras, el actual sistema de gobierno ha sido impuesto por circunstancias ajenas a la voluntad del pueblo cronnio.

A nadie le gusta la organización. A nadie puede ni podrá gustarle jamás. Por una sencilla razón: constituímos una colonia de autómatas. En lugar de maquinarias e instrumentos, llevamos órganos que vibran con el flujo de la sangre caliente. No usamos lubricantes, sino ese fluido misterioso que se llama sangre. Aquí se lucha con muy poco entusiasmo por la supervivencia, frente a la más absoluta de las tiranías. No para sobrevivir ante el ataque de enemigos naturales, lo cual siempre conduce a la superación.

Mientras más insensible el régimen, tanto mejor. Nada de sentimentalismos: nos traicionarían frente a los Altísimos. Ellos quieren servidores sumisos, que tengan como única meta la suya, la que a Ellos interesa. Y poseen métodos para hacerse obedecer.

Nos dirigimos a un pequeño planeta cubierto de áridas montañas, valles y extensos océanos. El astro se agranda veloz en el televisor. Es un mundo con atmósfera respirable, de masa y composición similar a la tierra. Pero los instrumentos no han detectado la vida en su superficie escabrosa y salvaje. Quizá en las profundidades de sus mares estén iniciándose misteriosos procesos

que, con el correr de los siglos, darán origen a seres animados.

Siempre me posee una secreta emoción cuando nos aproximamos a un nuevo mundo. Trato de aparentar la impasibilidad de mis compañeros, pero en mi interior se agitan toda clase de sensaciones.

Un nuevo mundo. Pienso que los hombres, cuando recién desembarcaban en América, sentían lo mismo que yo ahora. Pienso que, muchas veces más, a lo largo de su historia, lo volverán a experimentar. Sólo están comenzando.

Con ahogados gemidos de metales y suspiros de compresoras, la astronave aterriza cerca de una playa de rocas agresivas y negras. Es de noche. Rielan las estrellas a través de una atmósfera pura. Autorizado el desembarco me separo de mis compañeros. Voy a la playa. Pasos medidos. Respiro a pleno pulmón. Me embarga una emoción indefinible. ¿La del conquistador? ¿La del científico? La del hombre que no se cansa de admirar los milagros de la creación.

La tierra, en sus comienzos, debió ser un planeta como éste. Lanzo una mirada en torno. Poco es lo que veo: una tierra joven, arisca, que aguarda la vida. Llego al lado mismo del mar, cuyas olas se deshacen en nubes de espuma fosforescente contra el acantilado. Observo la furia del oleaje, bajo la mirada de las estrellas. A mis espaldas, nuestra astronave se ve vagamente iluminada, en tanto los cronios deambulan cerca de ella. Me siento en una roca, de duras aristas, humedecida por el oleaje.

Con el correr de los siglos, un tímido anfibio se arriesgará a surgir de las aguas en busca del continente. Algún día aparecerán en sus bosques los primeros seres de sangre caliente, que engendrarán hijos dotados de inteligencia. Y verán por primera vez las estrellas. Sí: igual que en la Tierra. Inventará telescopios, que las harán aparecer aún más atractivas. Y espectroscopios, que les revelarán las singulares características de su materia.

Pudiera ser que algún día un cohete ascienda orgulloso hacia las fronteras del más allá.

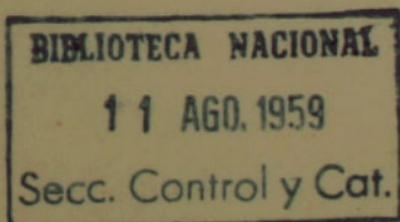
Lo mismo que los hombres. Pienso ahora en ellos, en mis remotos hermanos que, alucinados, contemplan noche a noche las galaxias e intentan, inútilmente, desentrañar los enigmas del Universo. Sus primeros cohetes taladran la atmósfera: penetran en las sendas de los astros. Pudiera ser, sí, que en una época no lejana, el primer cohete tripulado por humanos, calcine con el aliento de su toberas las estériles praderas de la luna. Y que esta hazaña abra sus apetitos de conquistadores de mundos. Y que lleguen a Marte, a Venus, a Júpiter, a los confines del sistema solar, donde monta guardia el lejano Plutón.

Pudiera ser que un día cualquiera sus astronaves abandonen los dominios del sol y partan en demanda de las vecinas estrellas. Y que esa astronave aterrice en un planeta de un nuevo sol.

Pudiera ser que los tripulantes de aquel navío, lo mismo que nosotros en una noche como ésta, se detengan a contemplar las estrellas, el corazón embargado de orgullo. Quizá en aquel día de gloria piensen que el hombre ha sido creado para conquistar el Universo. Las estrellas, con sus mundos, construídas para que ellos las sometan.

Y ese día, ¡que Dios los libre de los Altísimos!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA



LOS ALTISIMOS

por *Hugo Correa*

se terminó de imprimir bajo el sello
de la Editorial Del Pacífico, S. A., el
20 de julio de 1959, en las prensas de la
misma Editorial, San Francisco 116,
Santiago de Chile.

colección
PLENITUD

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

oscar castro
LLAMPO DE SANGRE
(tercera edición)

guillermo labarca
MIRANDO AL OCEANO
(cuarta edición)

josé manuel vergara
DANIEL Y LOS LEONES DORADOS
(segunda edición)

gilbert cesbron
LOS SANTOS VAN AL INFIERNO
(quinta edición)

evan john
LAS TINIEBLAS

marcela paz
A PESAR DE MI TIA

adriana dittborn
CASI EN VANO

tibor meray
EL ULTIMO INFORME

enrique lafourcade
LA FIESTA DEL REY ACAB

hugo correa
LOS ALTISIMOS

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.

Ahumada 57 — Casilla 3547

Santiago de Chile.